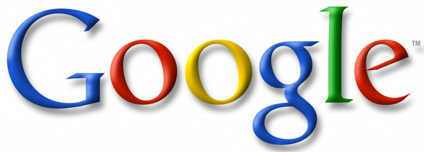






ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE

CASTILLA LA NUEVA


PER ANGUSTA AD AUGUSTA

España

SUS MONUMENTOS Y ARTES - SU NATURALEZA É HISTORIA

CASTILLA LA NUEVA

POR

D. JOSÉ M.ª QUADRADO Y D. VICENTE DE LA FUENTE

FOTOGRABADOS DE MEISENBACH Y GÓMEZ POLO — HELIOGRAFÍAS DE THOMÁS

CROMOS DE XUMETRA — DIBUJOS Á PLUMA DE MARTÍN, OMS Y XUMETRA

TOMO I

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO - EDITORIAL DE DANIEL CORTEZO Y C.ª
CALLE DE AUSIAS-MARCH, NÚMEROS 95 Y 97
1885





PRÓLOGO

GANADA por Alfonso VI y sus valerosas huestes, después de largo y porfiado asedio, la enriscada corte de los godos, que circunda el Tajo con amoroso abrazo, y las tierras cercanas de Alcalá, Madrid, Guadalajara y Sigüenza, no fué todavía empresa fácil y hacedera conservar lo ganado, ni menos avanzar la reconquista, pues que los musulmanes defendían el terreno palmo á palmo, y aun amenazaban á Toledo después de la aciaga batalla de Uclés; despoblando á sangre y fuego lo que ganaran los caudillos cristianos, ora de rebato, ora por asedio y siempre con harto sudor y sangre. Así que, ni el emperador Alonso VII con su enérgica pujanza y próspera fortuna, ni su hijo don Sancho, se titulan reyes de *Castilla la Nueva* en los numerosos documentos de su tiempo, sino de León, Castilla y Toledo, y algunas otras ciudades, siendo esta última como frontera y atalaya de las vastas llanuras y áridas estepas, que por

entonces servían de vasto palenque, donde todos los años medían sus armas moros y cristianos, almoravides y almohades, africanos advenedizos y musulmanes originarios de España, facilitando así á los monarcas toledanos afianzarse definitivamente en todo el terreno que se extiende desde Somosierra y Guadarrama hasta el Guadiana, que les servían de frontera ó *extremadura (extrema Durii).*

Ni aun así hubieron de considerarse completamente aseguradas aquellas fronteras hasta que, superadas las cumbres de Sierra-Morena, y ganada la batalla de las Navas, en que lucharon de poder á poder los reyes de Castilla, Aragón y Navarra, contra toda la morisma de África y España, quedó ya quebrantado el poder agareno, y desde entonces en inferioridad relativa y con visibles muestras de decadencia.

Y luégo San Fernando uniendo á León las dos Castillas, ya distintas, y matando las funestas aspiraciones de separatismo y orgullosa cuanto mezquina independencia, agrandaba la monarquía castellana con la conquista de las tres coronas de Córdoba, Jaén y Sevilla, al paso que don Jaime I adquiría otras tantas á costa de los moros, determinando ya desde entonces las dos grandes y pujantes nacionalidades que, cual raudales caudalosos bajando de la Cantabria y el Pirineo, habían de aunarse al pié de los muros de Granada, para constituir lo que se llama *España,* habiendo desde entonces *Nación* en vez de países, *Monarquía* en vez de Reinos, *Estado* en vez de Estados; si bien dura todavía en la Historia la nomenclatura antigua de estas numerosas coronas, á pesar de la moderna división administrativa y geográfica en Provincias.

Á esta nueva y ya precisa división obedece en la presente edición de la ESPAÑA, el disgregar en tres tomos el de *Castilla la Nueva*, que D. José M.ª Quadrado condensaba á mediados de este siglo en un solo voluminoso tomo. Mas ahora, Madrid como corte y su provincia necesitan uno solo, quedando otro para las afines y montuosas de Guadalajara y Cuenca, y el

otro para las menos afines de Toledo y Ciudad Real, cuyas llanuras constituyen la Mancha alta y baja.

Al rasgar el cuadro que, á guisa de bello paisaje, pintara en un solo lienzo con diestra y segura mano aquel mi muy querido amigo y compañero inolvidable, dividiéndolo en tres para dar cabida á las alteraciones ocurridas durante siete lustros, hállome contrariado por dos contrapuestos afectos. Tarea ingrata y deslucida, siquiera útil y aun necesaria, es la que voy á desempeñar, cual fué por lo común y será la del restaurador de un cuadro clásico, en que su nombre ha de quedar siempre no como quiera postergado, sino eclipsado por el del maestro que lo concibió y ejecutó; mas por otra parte existe la necesidad de suplir en él, sobre todo en lo que á la Corte se refiere, todas las innovaciones ocurridas, á riesgo de que estas adiciones hechas por quien no tiene la poética fantasía del autor, vengan á deslucir el cuadro, como á veces en tales restauraciones el artista experto viene á distinguir los nuevos retoques de las vigorosas pinceladas del autor primero. Consuélame la idea de que aun cuando otros literatos hubieran hecho mejor esta restauración, ninguno con el acendrado cariño y esmero con que lo hará la antigua y fraternal amistad que une al señor Quadrado, desde cuando escribía este libro, con su afectísimo amigo

VICENTE DE LA FUENTE.

Madrid, 1.º de Octubre de 1884.



CASTILLA LA NUEVA

Introducción *

I

* Con galana é inmejorable frase la describe el Sr. Quadrado en estos términos:

Castilla la Nueva carece, más que ninguna otra provincia, de centro de unidad y de característica fisonomía. Enclavada en el centro de la península, el mar no bate ninguno de sus confines, ni penetra hasta sus yermas y silenciosas llanuras el rumor y vida que hierve siempre á lo largo de las costas;

---

* Con arreglo al plan realizado por el Sr. La Fuente, en la nueva ordenación de esta obra, dejamos en la forma corriente los capítulos y apartados debidos á la pluma del Sr. Quadrado, y señalamos con un asterisco las adiciones del nuevo autor.

Igualmente distinguimos con letras las notas añadidas por el mismo, de las que ilustran la primera edición, las cuales van numeradas. (Nota de los Editores).

y alejada de la frontera, no se halla en contacto con nación extraña para contener belicosa sus acometidas ó recibir flexible su influencia. Si se mira á lo pasado, toda la historia del país se resume en Toledo, cuyos espléndidos recuerdos no alcanzan á disipar la oscuridad que pesa sobre lo restante de la comarca; si se atiende á lo presente, todo su movimiento se concentra en Madrid extranjera, digámoslo así, para el mismo suelo en que ha brotado, sin que encubra su desnudez la púrpura de los reyes, y sin que irradie la agitación de la corte en sus contornos solitarios. Guadalajara asentada en medio de la feraz Alcarria, Cuenca en el fondo de sus ásperas sierras, Ciudad Real en el seno de rasas campiñas, presiden cada cual á distritos entre sí tan desemejantes como lo son con las provincias limítrofes, y sobre los cuales no ejerce la corte más predominio que el general que obtiene sobre el ámbito de la monarquía.

Cuando los bravos castellanos del siglo XI, superadas las barreras de Somosierra y Guadarrama, bajaron como un torrente sobre el pingüe reino de Toledo, dieron el nombre de la patria que atrás dejaban, á la conquista que á sus ojos se ofrecía. Cruzaron llanos, franquearon montes, ganaron ciudades, pasaron el Tajo y el Guadiana; y todo el territorio que anduvieron en siglo y medio de victoriosa marcha, Castilla Nueva lo llamaron, hasta que desde lo alto de otras cumbres se les apareció la bella Andalucía. El tiempo ha sancionado la inspiración del amor patrio; y en las grandiosas cordilleras que al norte, al sur y al este encierran aquel inmenso valle, se han visto trazados los magníficos linderos de la provincia, á la cual su posición céntrica debía vincular el imperio sobre las restantes. Al norte levanta Somosierra sus nevados picos, y Guadarrama dilata al noroeste el escarpado muro que divide las dos Castillas; á lo largo de su límite oriental ensánchanse las sierras de Molina y Cuenca enlazándose al sudeste con las de Alcaraz y Segura, y describiendo la frontera castellana por el lado de Aragón, Valencia y Murcia; un ramal de Sierra Morena cierra por el sur

la entrada á los vergeles deliciosos de la Bética. Más accesible, aunque no del todo llana, se presenta Castilla la Nueva por occidente á la Extremadura, como pidiéndole paso para sus dos ríos principales, el Tajo y el Guadiana, que majestuosos y crecidos van á desaguar en el Océano sus corrientes.

De estos fuertes antemurales se desprenden otras cordilleras, que avanzando dentro de la provincia cortan y subdividen su dilatada superficie, y dan á sus comarcas variedad y riqueza. Ondula en quebrados y pintorescos cerros el frondoso suelo de la Alcarria, antes de introducir á las desnudas y elevadas llanuras de Alcalá y de Madrid que tuestan los ardores caniculares y abrasa el helado cierzo: á espaldas de Toledo encréspanse sus silvestres montes dilatándose entre Tajo y Guadiana; al nordeste se irgue la sierra de Molina cual mojón gigantesco entre Aragón y ambas Castillas, y la de Cuenca vestida de bosques y pinares tiéndese de norte á sur por más de cuarenta leguas, abarcando en su seno ora frescos valles, ora yermos despoblados. Un pueblo pastor habita estas dilatadas serranías, enriqueciéndose no menos que con sus ganados con las lanas que vivificaban un tiempo su abatida industria: un pueblo agrícola cultiva allá bajo las campiñas interminables de la Mancha, que cruzan en anchos círculos y en gradual diminución cadenas de colinas procedentes de las escarpadas fronteras de Murcia y Andalucía. Doradas mieses ondean en las llanuras, escasas si bien preciosas viñas surcan las laderas, el olivo rara vez sombrea el árido paisaje, la arboleda no atrae sobre los campos la lluvia bienhechora, ni los guarece del frío soplo de las montañas; los frutales y las huertas se apiñan muy de tarde en tarde en amena vega al rededor de las poblaciones. Matorrales más bien que selvas matizan las breñas y las alturas, cuyas entrañas al par que abrigan ricas minas y saludables manantiales, dan origen á copiosas fuentes que pasando á ríos derraman en su carrera tesoros de vegetación y gérmenes de vida apenas fecundados y comprendidos.

Dos son los grandes ríos que cruzan como doble banda el territorio de nordeste á sudoeste; el venerable Tajo nacido en la raya aragonesa en país de Albarracín, y el caudaloso Guadiana brotado de un lago en el seno de la Mancha. Al primero rinden tributo, corriendo paralelamente hacia el sur y descendiendo de las cordilleras septentrionales el Guadiela, el Jarama aumentado con las aguas del Tajuña, Henares y Manzanares, el Guadarrama y el Alberche: engruesan al segundo casi desde su nacimiento el Záncara, el Rianzares y el Gigüela. Tajo y Guadiana se dividen entre sí los arroyos y las corrientes y las aguas todas que riegan la provincia; y sólo dos ríos se eximen del general vasallaje deslizándose al amparo de las sierras de Cuenca, el Júcar y el Cabriel, que juntándose á su entrada en el reino de Valencia, llevan á aquel suelo la fertilidad y sus caudales al Mediterráneo.

Con el aspecto del país varía también dentro tan anchos límites el carácter de las poblaciones y de sus habitantes, y no es fácil acertar con los vínculos de unidad que traban los heterogéneos miembros de aquel gran coloso. Aldeas y lugares compártense en pequeños grupos por las vastas cuanto mal pobladas asperezas de Cuenca, y sobre todo por las sinuosidades de la Alcarria y á la raíz del Guadarrama y Somosierra, abundando más el número de pueblos donde menos el de vecinos: afluye la población y se divide en más escasas y crecidas villas hacia la comarca de Toledo; y aunque menos numerosa en las llanuras de la Mancha, apíñase y concéntrase en unos pocos y grandes villorrios, mediando de uno á otro largos vacíos y soledades (1). Ni son unas mismas las ocupaciones del

(1) Según los cálculos estadísticos del señor Verdejo, con quien aproximadamente convienen los autores del *Diccionario geográfico universal*, abarca Castilla la Nueva 2,417 leguas cuadradas de territorio, 1.275,000 habitantes y 1,390 pueblos que se distribuyen de esta suerte por provincias: la de Madrid tiene 205 leguas cuadradas, 322,000 habitantes y 225 pueblos; Guadalajara, 395 leguas, 159,000 habitantes y 485 pueblos; Cuenca, 686 leguas, 234,000 habitantes y 333 pueblos; Toledo, 468 leguas, 282,000 habitantes y 222 pueblos; Ciudad

serrano y del labrador manchego, ni semejantes las costumbres de la agitada corte y de las inertes ciudades de provincia, ni idéntico el trato y el lenguaje de los pueblos sentados á orillas de la carretera y de los internados en el fondo de su distrito, ni comunica á las comarcas fronterizas igual índole entre sí la mesurada y franca honradez de Castilla la Vieja, la ligereza é industria valenciana, la indolencia de Extremadura, la presuntuosidad y animación de Andalucía. Esta diversidad de matices que sobre Castilla la Nueva reflejan sus vecinas, suple hasta cierto punto su falta de colorido propio, fundiéndose hacia su centro en una lenta degradación, que adolecería de palidez si no la realzara el aislado brillo de Madrid.

De vez en cuando la naturaleza despertando de su árida monotonía sorprende al viajero con grandiosos espectáculos en lo alto de los picos, en lo profundo de los barrancos, en la sábana inmensa de las llanuras que al trasponer de una roca ó á la salida de un desfiladero se desenvuelve. Hay verdor en las márgenes de los ríos, murmullo de fuentes en los valles, tupida alfombra en las praderas, seculares bosques en las más altas montañas; pero no redimen estos frescos oásis la general desnudez del territorio. El arte por su lado no cuidó de vivificar con poéticos monumentos la ingrata perspectiva. Pocos ó casi ningún monasterio surgió en los yermos de Castilla la Nueva; la época de su fundación había pasado ya en el siglo XII al tiempo de la conquista; la agricultura se emancipaba de la tutela de las abadías; el espíritu monástico se trasladaba de los campos á las ciudades, y nuevos institutos iban á multiplicar sus conventos en el seno de la sociedad. Pero el siglo era gue-

---

Real, 663 leguas, 278,000 habitantes y 125 pueblos. De estos datos resultarían las siguientes proporciones:

Cuenca.	341	hab. por legua cuadrada.			702	hab. por población.	
Guadalajara..	403	»	»	»	328	»	»
Ciudad Real..	419	»	»	»	2,224	»	»
Toledo..	603	»	»	»	1,270	»	»
Madrid, excepto la capital.	610	»	»	»	541	»	»

rrero y feudal todavía; por esto domina muchas poblaciones un castillejo construído por los moros ó posteriormente contra ellos, y se levanta en su centro un alcázar convertido después en palacio, cuando se cambió en espléndidos títulos y en rica propiedad la jurisdicción de sus señores.

De las villas castellanas pocas llevan una importancia individual ó un nombre ilustre en la historia, como fundadas ó adquiridas en un tiempo en que los esfuerzos aislados se disciplinaban, la vida de la sociedad iba concentrándose, y las centellas de gloria y poder, esparcidas antes, se replegaban en un mismo foco. Algunas con la industria ó las ventajas de su posición han adquirido más tarde crecimiento sin nombradía, cual mercaderes enriquecidos; al par que sus ciudades no alcanzan á sostener el esplendor de sus timbres con la escasez de su fortuna, cual barones degenerados. No son muchas ciertamente las que esmaltan la provincia atendida su extensión. Á lo largo de las riberas del Henárez asiéntanse Sigüenza con su catedral magnífica, Guadalajara con su palacio suntuoso, Alcalá con sus abandonados conventos y sus perdidos blasones universitarios; Madrid la coronada villa ilustra y ennoblece al pobre Manzanares; el Tajo, rey de los ríos españoles, después de fecundar los frondosos vergeles de Aranjuez ciñe con amor y reverencia á la imperial Toledo; y la pequeña Huete á orillas del modesto Huécar, y Cuenca la monumental sobre su confluente con el Júcar, dominan las sierras orientales. Sólo dos ciudades, y esas modernas, asoman en las rasas comarcas del mediodía; la industriosa Almagro, y no lejos del Guadiana la despejada Ciudad Real cabeza de la Mancha, formada de cortos siglos acá con las ruinas de Alarcos y Calatrava.

La historia artística de esta provincia principia ya muy tarde, cuando el estilo gótico se hallaba en toda su pujanza y lozanía. El bizantino marcó en bien pocas y humildes parroquias su adusto sello en el decurso del siglo XII; entonces se peleaba más bien que no se combatía, y la conquista misma era tan rá-

pida que el vencedor no se entretenía en embellecer sus recientes adquisiciones. Más tarde en los siglos XIII y XIV, asegurada ya la frontera allende Sierra Morena, brotaron en el suelo castellano bellos y grandiosos monumentos; y Sigüenza y Cuenca se enriquecieron con sus majestuosas catedrales, Ciudad Real con su linda parroquia, Alcalá con su Colegiata; pero la noble Toledo, eclipsando á todas, instaló la silla primada de la España en una mansión encantadora de afiligranada crestería. Pasó el siglo XV, cuajando estas obras de góticos relieves y arabescos y levantando otras nuevas; pasó el XVI, vertiendo á manos llenas en templos y en palacios sus riquezas platerescas con arábigos resabios, y resucitando más tarde el tipo greco-romano vivificado por el severo genio de Herrera. La degeneración barroca, el churriguerismo, el segundo renacimiento, el actual eclecticismo arquitectónico han transformado por su turno la faz de un país tanto más sujeto á las mudanzas y á los caprichos del gusto predominante, cuanto más ligado á las vicisitudes políticas de la corte.

Así Castilla la Nueva presenta un teatro no de muy remotas antigüedades, pero sí de variados é interesantes caracteres. Toledo por sí sola es un panteón de las generaciones que sucesivamente la han engrandecido; memorias godas, restos arábigos, hebráica sinagoga, mozárabes parroquias, el arte gótico aplicado en todas sus proporciones desde reducido sarcófago hasta la gigantesca catedral, y desplegado en todas sus épocas desde Fernando el Santo hasta Fernando el Católico; primores platerescos, alcázar de Carlos V, construcciones greco-romanas, todo lo abarca la ciudad de los recuerdos. Hácela resultar más poética su aproximación respecto de Madrid: de un lado las tradiciones, del otro las novedades; allí lo pasado, aquí lo presente; una capital frente á otra capital. Madrid misma, aunque nacida de ayer, no carece de contrastes; la corte de los Austriacos no es la corte de los Borbones; su indígena originalidad asoma al través del uniforme revoque de la civilización; y chocan entre sí

sus anchas calles y sus angostas habitaciones, sus frondosos paseos y sus áridos alrededores, el incomparable real palacio digno de más floreciente monarquía, y las memorias del poder y piedad antigua que en lo civil y religioso prometieran más ilustres monumentos. Y para completar el pintoresco cuadro, la voluntad omnipotente de nuestros monarcas hizo brotar del seno de una yerma naturaleza la rica vegetación y encantados bosques de Aranjuez, de la pendiente de áspera sierra los amenísimos jardines de la Granja, de en medio de pajizos techos la sublime é inmensa mole del Escorial.

La catedral de Toledo, el Escorial, el real palacio de Madrid! tres importantes fechas para la historia del arte, tres glorias de sus siglos respectivos, tres insignes centros en torno de los cuales se agrupan conformándose á su tipo casi todos los monumentos de la provincia, como cabañas á la sombra de un castillo, ó como planetas al rededor de su sol. Un vulgo de curiosos los visita diariamente, recógense impresiones vagas, trázanse pomposas descripciones: felices nosotros, si con la antorcha histórica en una mano y con el lente artístico en otra, alcanzamos á abrirnos un camino al través de las confusas huellas del tropel que nos precede, y descifrar desconocidos datos, y hacer sentir nuevos encantos, y enjuvenecer desvirtuados recuerdos aliando la exactitud á la inspiración.

II

La historia peculiar de Castilla la Nueva no se diseña ni marca con más vigor en el cuadro general de la península, de lo que destaca entre las demás provincias su fisonomía; una y otra es indecisa y vaga, no constreñida dentro de estrictos límites, no dotada de originales caracteres. País de conquista casi siempre, marchando de reata en pos de otros países más expuestos por su situación al ataque ó más enérgicos por índole

en la defensa, agregado de territorios entre sí heterogéneos sin más unidad que un nombre ni más vínculo que el de vecindad, jamás aquel suelo encerró el germen ó nutrió el desarrollo de estado alguno, ni sus céntricas esplanadas fueron el palenque donde se decidiera la caída ó la elevación de los imperios que en España se han sucedido. Cual rica posesión los ha engrandecido en la época de su robustez y pujanza, pero no les sirvió de modesto solar para proteger su erección; y en esto las monarquías españolas siguen la suerte de los ríos; su manantial y nativa fuerza está en las montañas, su ensanche y crecimiento en las llanuras que pasean orgullosos. No se trata pues de remontarnos á lejanas épocas para deslindar de entre fábulas é incertidumbres la cuna de estos tronos que en la Edad media se repartieron la España, ni de investigar las leyes y organización social de uno de esos pueblos que han entrado é influído luégo en el conjunto de la nación: formadas ya y vigorosas sorprendieron á nuestra provincia aquellas sociedades en la avanzada fecha de la reconquista; y sus libertadores, ordenados en imponente ejército, trajeron allá los fueros, las costumbres y hasta el nombre de la vieja Castilla, no adquiriendo en cambio sino una corte más brillante para su monarca y un territorio más vasto para sus heredamientos. Colonia del primitivo condado fué la nueva adquisición; más tarde, fundidas en una las monarquías, á pesar de ser ella su cabeza, y tal vez por eso mismo, se involucraron y confundieron sus anales en los genéricos del reino. Algunas de sus poblaciones nos ofrecerán ilustres páginas, palpitantes recuerdos, rico tesoro de importancia y gloria; pero tales grandezas históricas les son enteramente peculiares, y nada acrecen para el lustre de la provincia; son oligárquicas fortunas en una república pobre.

Cuando cartagineses y romanos luchaban sobre el dominio de la península, época más allá de la cual no pueden extenderse en este país las investigaciones sin sumirse en las tinieblas de la incertidumbre ó sin evocar las encantadas visiones de la fá-

bula, hallábase dividida la que hoy se llama Castilla la Nueva en regiones ó grandes tribus, distintas en índole y costumbres, y tal en gobierno y en procedencia. Sus comarcas orientales formaban una gran porción de la Celtiberia, cuyos belicosos é ilustres pueblos se dilataban por las ásperas vertientes del *Idúbeda* (sierras de Molina y Cuenca), hasta tocar al sur con los montes *Orospedanos* (de Alcaraz y Segura) y al oeste con los campos Laminitanos donde brota el Guadiana. El resto de los celtíberos, allende la actual frontera, ocupaba la zona occidental de Aragón y la oriental de Castilla la Vieja hasta lás cumbres de Urbión y de Moncayo: en su país por la mayor parte montuoso bebían el aura de la independencia, y en sus feraces praderas pastaban aquellos ligeros corceles que eran su divisa y su principal recurso en las batallas. Ricos y populosos lugares se apiñaban en este angosto y prolongado recinto; una juventud animosa y fuerte salía de él en busca de guerras que rara vez faltaban en su patria, ya para secundar el aliento de sus vecinos sublevados contra los invasores, ya para militar bajo las banderas de estos con brío digno de mejor causa. Sorpresas, emboscadas, combates á muerte presenciaron aquellas fragosidades: los adalides cartagineses perdieron allí el tiempo y los soldados; los generales romanos favorecidos al principio en odio de sus rivales, se vieron luégo abandonados de los celtíberos, desde que su preponderancia se hizo amenazadora. Victoriosa á veces, vencida lás más por el arte y la disciplina, luchó más de un siglo por su libertad esta heróica gente, honrada por el senado romano con el epiteto de *rebellatrix,* impidiendo á las águilas de la República posarse tranquilamente en su territorio: sus ejércitos parecían renacer más numerosos del seno de la matanza, y ofrecieron sangrientos laureles y ópimos despojos á más de veinte pretores (1). Con las pavesas de la gloriosa Nu-

(1) Para mejor inteligencia del texto, recordaremos sumariamente las principales acciones de los celtíberos detalladamente referidas en Tito Livio, Floro, Apiano, Orosio y otros historiadores.

mancia volaron acá y acullá centellas de su noble brío que dispersas brillaron un momento y se apagaron. En la guerra de Sertorio y en las de César contra Pompeyo, agitaba todavía á la Celtiberia su marcial carácter y tal vez oculta mira de emancipación; pero Roma más que con las armas llegó á subyugarla con su civilización y sus costumbres, y el indómito celtíbero convirtió toda su actividad y energía hacia las artes y los goces de la paz, tomando el rudo suelo desde principios del Imperio todo el aspecto de una provincia itálica.

Al oeste de la Celtiberia, desde Guadarrama hasta los montes de Toledo, se extendía la también aguerrida Carpetania en

---

Año 217 antes de J. C. — Los celtíberos invitados por Eneo Escipión se arman contra los pueblos sujetos á Cartago, tomando tres ciudades, y derrotan en dos batallas campales al mismo Asdrúbal.

212. Una división de veinte mil celtíberos auxiliar de los romanos, ganada por Asdrúbal, abandona á Eneo Escipión delante de la ciudad de Anitorgis.

208. Nueve mil celtíberos reunidos al ejército de Hannón y de Magón, son sorprendidos en su territorio y derrotados por Silano cólega del grande Escipión.

195. El pretor Helvio con una escolta de seis mil hombres derrota junto á Andújar á veinte mil celtíberos. Otra división de diez mil auxilia la sublevación de los Turdetanos.

186. Dos combates de los celtíberos con los romanos, en uno de los cuales quedó indecisa la victoria, y en el otro fueron vencidos los primeros con muerte de doce mil.

182. Derrota de los celtíberos que trataban de socorrer la ciudad de Urbicua ó Urbiaca.

181. Ejército de treinta y cinco mil celtíberos exterminado casi junto á Ebura en Carpetania por D. Fulvio Flaco. El mismo año marchando al auxilio de Contrebia en Carpetania, no encuentran á los sitiadores al pié de los muros; y creyendo levantado el sitio, caen incautamente en poder de los romanos que habían ya tomado la ciudad.

180. Fulvio Flaco acometido á su salida de la Celtiberia, les mata diez y siete mil hombres.

179. Tib. Sempronio Graco toma á Alce donde tenían sus reales los celtíberos, cautivando á los hijos de Turro, régulo el más poderoso de España. Ergávica, ciudad fuerte y populosa, le abre las puertas. Los celtíberos después de una batalla de tres días son vencidos de nuevo hacia el Moncayo con muerte de veinte y dos mil.

178. Los de Complega sitiados por Graco, saliendo con ramos de olivo atacan de sorpresa á los romanos, que dejándoles saquear su campamento, revuelven contra ellos, los destrozan, y se apoderan de la ciudad.

175. Nueva derrota de los celtíberos por Ap. Claudio Centón.

98. T. Didio asuela á Termisa, y rinde á Colenda después de nueve meses de sitio, vendiendo por esclavos á sus moradores.

93. C. Valerio Flaco mata en varios ataques más de veinte mil celtíberos.

menos áspero territorio. Concitáronla contra Aníbal los ólcades arrojados de Altea su incendiada capital (1); cien mil hombres se juntaron como por encanto sobre las orillas del Tajo; la mitad de ellos perecieron al vadear el río víctimas de su arrojo y de la astucia del caudillo africano. En la expedición de éste contra Italia, los carpetanos altivos y firmes se negaron á seguirle tan allá de los Pirineos: ni el yugo romano los halló más dóciles después de la expulsión de los cartagineses, antes bien unidos con los celtíberos sus vecinos, sostuvieron el peso principal de la resistencia en los sesenta años que mediaron hasta las guerras de Viriato. Sus campos sirvieron á menudo de teatro á los pueblos comarcanos en su heróica lucha con los opresores: vacceos, celtíberos y vetones al mando de su régulo Hilermo fueron derrotados junto á Toledo por Fulvio Nobilióse; más felices los naturales vieron huir siete años después á los vencedores del orbe, pagando empero este momentáneo triunfo con sangrienta carnicería que enrojeció las aguas del Tajo. Los romanos, que fijaron tarde su planta en aquella región interior, la subyugaron en breve antes de la guerra numantina, á pesar de los celtíberos que siguieron defendiéndola y regándola con su sangre; mas pocas fueran las magníficas ciudades ó esclarecidas colonias que allí se levantaran.

Al sur de la Carpetania moraban los oretanos, tomando el nombre de su capital Oreto, en las vastas llanuras terminadas por los montes *Marianos* ó Sierra Morena, aunque no falta quien extienda más allá su comarca. Conocida y domada primero que las otras dos, como más cercana á la Bética por donde penetraban comunmente los invasores y abriendo camino á la Lusitania para los frecuentados puertos del Mediterráneo, era su posesión de no escasa importancia para el dominio de la península, y servía de frontera entre la España *Citerior* ó Ta-

(1) Los ólcades eran vecinos de los carpetanos por el lado de la Celtiberia. La Olcadia pudo corresponder á la actual Alcarria, no tanto por la analogía de su nombre, como por la de su situación y costumbres pastoriles.

rraconense, y la *Ulterior* que comprendía la Bética y Lusitania hasta las márgenes del Duero. La Oretania resistió con todo á los romanos libres ya de sus competidores; la rendición de Ilusia les costó notables pérdidas, y Noliba y Cusibi fueron tomadas por fuerza de armas (1).

Bajo el cetro imperial que comprimió al orbe entero por algunos siglos, fueron perdiéndose los nombres de Carpetania, Oretania y Celtiberia, agregándose ésta en la nueva división de provincias á la Tarraconense propiamente tal, y las dos restantes á la Cartaginense. En los primeros años del siglo v sufrieron todas aquella avenida espantosa de bárbaros bajados del Pirineo, á quienes el terror precedía, acompañaba la matanza y el incendio, seguía el hambre y la desolación; pero fijándose estas hordas en las regiones litorales, quedaron las del centro súbditas del agonizante imperio ó más bien abandonadas á sí mismas. Requila, rey de los suevos, vencidos en Bética los romanos, se derramó nuevamente por la Celtiberia y Oretania en 446, destruyendo lo que había quedado; Eurico con sus visigodos las sometió definitivamente á su dominio en 471. Un siglo más tarde, en 576, se removían y agitaban contra el poderoso Leovigildo las ciudades celtibéricas, tal vez por el catolicismo que profesaban, tal vez por la población hispano-romana que contenían: las armas las subyugaron por de pronto; la conversión de Recaredo terminó y fundió en breve estas diferencias de religión y de raza. Leovigildo fijó su corte en la carpetana Toledo, á la cual ninguna otra ciudad igualó entonces en esplendor y poderío. El trono y la iglesia se dieron la mano para honrarla y engrandecerla, y en torno de ella florecían en importancia civil y religiosa las celtíberas Seconcia, Ercávica, Segóbriga y Valeria, Compluto la carpetana y la antiquísima Oreto.

(1) Resumiendo las indicaciones anteriores podemos deducir, que la porción de Celtiberia que entraba en el territorio de Castilla la Nueva correspondía aproximadamente á la actual provincia de Cuenca, la Carpetania á las de Madrid y Toledo, la Oretania á la Mancha, y la de Guadalajara se repartía entre la Olcadia, Carpetania y Celtiberia.

En descansada paz y ocio regalado deslizóse sobre aquella región el siglo VII, y populosa y rica si bien inerme la sorprendieron los agarenos en 711, sin que un solo muro detuviera su fanático brío, á excepción de Toledo que cerró sus puertas á Taric sólo el tiempo suficiente para capitular.

La invasión asoladora, superando los montes llamados desde entonces Gibal Axerrat y más tarde Guadarrama, no detuvo su ímpetu hasta las breñas de Cantabria; y en todo aquel país no quedó en pié una almena donde no tremolara la media luna. La insigne Toledo, de corte que antes era bajó á ser cabeza de una provincia tan extendida casi como la antigua Cartaginense, abarcando en su vasto seno á más de Castilla la Nueva una porción de Andalucía, los reinos de Murcia y Valencia, y casi toda Castilla la Vieja. Valeria, Segóbriga, Ercávica, Wadilhijara y Secunda (*Sigüenza*) eran las ciudades principales que adornaban el país de que nos ocupamos; las tres primeras pronto se redujeron á un montón de ruinas, las otras dos prosperaron bajo la nueva dominación. Levantáronse ó reconstruyéronse importantes fortalezas para dominar las llanuras ó guardar los desfiladeros, y al rededor de ellas se agruparon las poblaciones de Calat-rahba, Hisn Modwar *(Almodovar)*, Talavera, Zorita, Uclis, Conca, Webde *(Huete)*, Magerit *(Madrid)*, Alarcón y Medina Selim. En las discordias civiles que precedieron y acompañaron al establecimiento de los Omíadas en el trono de Córdoba, bañáronse aquellos recientes adarves en la sangre de sus mismos fundadores, y el estruendo de la guerra resonó largamente por sus comarcas.

Á últimos del siglo VIII desmembráronse de la provincia toledana los distritos de Valencia y Murcia; pero el gobierno de Toledo continuó siendo una de las más altas y poderosas dignidades sólo inferior á la del monarca. Abrigábase en esta ciudad, poblada de mozárabes en su mayor parte, un foco permanente de insurrección que aprovechaba cualquiera ocasión de querella para estallar en abierta rebeldía. Frecuentes y largos

sitios arrostró, cruzáronse repetidamente sus ejércitos en sangrienta y campal batalla con las huestes del califa, mientras que en la frontera de Andalucía hervían sin cesar los bandidos y descontentos interceptando las comunicaciones con el interior. La prolongada dominación del rebelde Hafsún y de sus hijos en tierras de Toledo, sus alianzas con los cristianos y con los valíes de España oriental, los restos de la vencida raza, la ambición de los caudillos, no permitieron al poder de los omíadas arraigarse en aquel país durante el apogeo mismo de su gloria; y más bien que una provincia de su imperio, parecía á duras penas una región tributaria y sometida á estéril homenaje. Aprovecháronse de estos disturbios en el siglo x los príncipes cristianos para llevar hasta allí la devastación y el saqueo: Ramiro II de León en la primera de sus incursiones incendió á Madrid, y en la segunda derrotó á los moros junto á Talavera; el conde de Castilla Sancho García, no bien asegurado aun en sus dominios, dilató hasta Córdoba sus correrías.

Cuando, entrado el siglo xi, se deshizo con la estación de los omíadas su floreciente monarquía despedazada por violentos usurpadores y ambiciosos valíes, convirtió en reino independiente el gobierno de Toledo su hajib Ismail ben Dylnun, que confederándose con el señor de Albarracín y Azahila y con el jeque de Valencia, mantuvo su poder contra los moros de Andalucía, y puso en la sierra las fronteras de su estado. Derrotado en decisiva lid el rey de Córdoba que aspiraba aún á la absoluta supremacía, sitió Dylnun la ciudad de los califas, y la hubiera tomado si no la socorriera el de Sevilla, que la guardó para sí trocándose de aliado en conquistador. Dominaba entonces el rey de Toledo el centro de la península; multitud de valíes militaban bajo sus banderas; el reino de Valencia no era más que un feudo suyo que á su arbitrio quitaba y confería: pero la pujanza arábiga estaba ya herida de flaqueza tal, que Fernando I con las fuerzas unidas de Castilla y León se derramó por los campos de Guadalajara y Madrid hasta las orillas

del Tajo, asolando y destruyendo, y vendiendo su retirada á precio de ricos dones y humillante tributo.

Á Ismail-ben-Dylnún sucedió su hijo Almamun Iahie, cuyo reinado fué una continua lucha con el de Sevilla por el dominio de la España sarracena. Asegurado con la alianza del rey de Castilla como su competidor con la del conde de Barcelona, combatieron de poder á poder en los campos de Murcia; y la victoria coronando al de Toledo, le abrió sin resistencia las puertas de Córdoba y Sevilla, donde murió en paz Almamún en el alcázar de su destronado enemigo. Su hijo Iahie, no heredando con el cetro las cualidades de su padre, hubo de abandonar sus conquistas; y bien pronto su propia debilidad y las intrigas del rey sevillano le atrajeron la enemistad de su antiguo aliado el monarca de Castilla, quien salvando la barrera del Guadarrama, con anuales incursiones y continuas talas minó su trono tan constantemente, que se desplomó casi sin esfuerzo. Toledo reducida á la extremidad se entregó al vencedor, estremeciendo con su caída los cimientos del islamismo; y su desgraciado príncipe salió para Valencia donde se erigió un efímero reino.

De entonces data el origen de Castilla la Nueva y el aseguramiento definitivo de la monarquía castellana. La balanza se inclinó visiblemente del lado de la cruz; las nubes del porvenir se disiparon, y apareció únicamente como cuestión de tiempo la consumación de la reconquista. Los descendientes de Pelayo, instalándose en la corte de los reyes godos, parecían continuar la gloriosa serie de estos; el trono cesaba de andar errante de ciudad en ciudad como de tienda en tienda; y la nación, aunque ya fuertemente constituída, acabó de perder sus formas de campamento. Una capital nueva reclamaba un nuevo territorio, cuyos límites pronto se extendieron vastamente en derredor: Madrid, Guadalajara, Illescas, Maqueda, Escalona, siguieron á la vez la suerte de Toledo, su belicoso arzobispo sometió á Alcalá de Henares; y allende el Tajo rindiéronse Consuegra, Mora y

Talavera, sin detenerse las huestes hasta las márgenes del Guadiana. Del mismo modo que el recinto de Castilla la Nueva está encerrado por las dos grandes cordilleras de Guadarrama y Sierra Morena, así la historia de su libertad se halla enclavada entre dos hechos culminantes, la toma de Toledo en 1085 y la victoria de las Navas en 1212. En este período de siglo y medio se retiró y adelantó con repetidas fluctuaciones la frontera según alternaban los triunfos y los reveses, como el mar en las playas del Océano; las conquistas ni eran tan costosas ni tan fáciles de asegurar en la llanura como antes en el país montuoso; y la rapidez y la inquietud las caracterizaron, hasta que pudieron apoyarse y cimentar sus baluartes en las sierras de mediodía.

Recios embates sufrieron las nuevas adquisiciones de Alfonso V. Al año siguiente de su entrada en Toledo, vió destrocado su ejército junto á Badajoz en los campos de Zalaca por el amir Juzef y sus almoravides, á quienes los moros de Andalucía habían llamado del África para precaver su inminente ruina. Uclés, Huete y Cuenca instantáneamente libertadas volvieron al poder de los sarracenos; y aunque se restableció la fortuna de los cristianos con sus osadas correrías en la frontera de Murcia, con las hazañas del Cid campeador en Valencia, y sobre todo con la cruel discordia suscitada entre los moros españoles y sus terribles aliados los almoravides, la preponderancia de éstos trajo á Alfonso nuevos desastres. La sangrienta derrota de Uclés en 1108 le privó á la vez de la flor de sus campeones y de su hijo y heredero; y su fallecimiento sobrevenido poco después dió aliento al emir Alí para combatir furiosamente los muros de Toledo y derribar los de Madrid y Talavera, sembrando por do quiera el exterminio.

Los desórdenes de la reina Urraca y las reyertas de los vasallos con el rey de Aragón su marido no permitieron á la monarquía castellana ensanchar sus límites, hasta que Alfonso VII (1126-1157) empuñó el cetro de su abuelo, y predomi-

nando sobre los otros reinos cristianos y aterrando á los infieles, ciñó sus sienes con la diadema de emperador. Salvó la corriente del Guadiana; rindiósele tras de porfiado sitio Calatrava, donde más tarde nació del sublime valor de dos hombres una orden célebre que opuso sus pechos por inexpugnable valla; por el sur llevó sus armas hasta Sierra Morena, y por el levante sometió á Molina con una gran porción de la antigua Celtiberia. Los musulmanes mismos, mendigando su alianza para destruirse mutuamente, le abrieron camino hasta el seno de Murcia y Andalucía: Córdoba le vió entrar victorioso y plantar la cruz en su soberbia mezquita; Baeza se le rindió tras de empeñada refriega. Almería combatida por sus tropas innumerables, y cercada en el mar por las naves de Génova y Barcelona, cayó en poder de los cristianos con todas sus riquezas acumuladas en la piratería. Estas conquistas, aisladas en país distante y enemigo, eran imposibles de mantener, mucho más contra la furia de los almohades, nueva tribu bárbara, que, arrollados en África los almoravides, venía á perseguirlos en España; pero ofrecían hazañas á los aventureros y rica presa á los codiciosos, revelaban á la nación su fuerza y á los adversarios su debilidad, trillaban el camino de la victoria, y si no herían de muerte al islamismo por lo menos lo desangraban.

La muerte sorprendió á Alfonso VII bajo una tienda en la frontera que tantas veces pasó vencedor; y Castilla rápidamente engrandecida fué desmembrada del antiguo reino de León, y confiada al cetro de su primogénito Sancho II. El prematuro fin del reinado y vida de este príncipe (1158) la entregó á las débiles manos de un niño y á la ambición de los magnates: rumor de guerra resonó en sus campiñas y fortalezas, pero no ya con los moros, sino entre los Castros y Laras que se disputaban la regencia; y Fernando de León penetró hasta Toledo proyectando reunir á la suya la corona de su sobrino. Pero Alfonso VIII precozmente llegado á su mayor edad y revindicada la paterna herencia tras de larga y empeñada lucha con sus mag-

nates, robustecido en lo exterior por su enlace con la hija del poderoso rey de Inglaterra y por su estrecha alianza con el de Aragón, dirigió á la guerra sagrada todas sus fuerzas y juveniles bríos. Los cristianos, confederados contra los moros almohades con Muhamad-ben-Sad-ben-Mardenis valí de Valencia, á quien llaman rey Lobo nuestras crónicas, habían sufrido repetidas derrotas en Granada y Murcia; y el caudillo almohade Cid Abu-Beker osó en 1173 abrirse paso hasta Toledo, venciendo y dando muerte á un adalid castellano (1). Alfonso VIII, después de vengados con la espada los agravios que le irrogaban navarros y leoneses, cayó sobre los sarracenos. Manteníase Cuenca entre Aragón y Castilla como antemural inexpugnable de la media luna; reunieron sus huestes los dos monarcas igualmente interesados en su caída, y pasados nueve meses de sitio la rindieron en 1177. Siguieron la suerte de la ciudad Alarcón, Iniesta y demás lugares fuertes de las orillas del Júcar; los invasores fueron desalojados de sus guaridas de la sierra, y no pudiendo hincar el pié en las llanuras, viéronse arrollados allende las fronteras de Murcia y Andalucía.

La nueva Castilla, levantándose del seno de la inundación mahometana, aparecía ya completa y bien marcada en sus linderos; distribuíanse las tierras, reedificábanse los lugares ó de nuevo se fundaban, fortalecíanse los castillos, consolidábase y organizábase la conquista pasando á hacerse estado. Verdad es que una nueva avenida de sarracenos arrasó las nacientes obras y amenazó recobrar en un día cuánto perdiera en un siglo: el desastre de Alarcos en 1195, causado así por la impaciencia de Alfonso como por la flojedad de sus aliados navarros y leoneses, dejó abandonados los campos y los pueblos á merced de las innumerables hordas almohades; Alarcos fué destruída, Calatrava tomada con gran matanza de sus heróicos caballeros,

(1) Esta incursión sólo se halla mencionada en las historias árabes, que la pintan como una gran victoria, llamando Sancho Abulbarda al caudillo de los cristianos.

Toledo sitiada por dos veces: y el saqueo y la devastación cundió desde las márgenes del Guadiana á lo largo del Júcar y del Henares. Pero aquellas oleadas de bárbaros se retiraron como la creciente de impetuoso río, sin dejar en pos de sí más que estragos pasajeros; sus laureles agostándose sin fruto, no alcanzaron á restaurar con su sombra el extenuado islamismo; y en la atmósfera, en el siglo, ó más bien en la Providencia, había algo que detenía su empuje y esterilizaba sus victorias. Aunque acantonados los moros sobre el Guadiana, no osaron aprovecharse de las guerras intestinas que ardían entre los reyes cristianos, ni distraer al de Castilla que confederado con el aragonés dilató sus dominios por el lado de León y redujo á la extremidad al de Navarra. En poder y en ventajas personales descollaba Alfonso VIII sobre los monarcas de la península; y aumentada la fuerza y esplendor de su trono con los regios enlaces de sus hijas, dictando la paz adentro, mediando afuera en la de Francia con Inglaterra, concentrando las fuerzas de la España y la atención de la Europa, se hizo jefe de una grandiosa y decisiva cruzada en que aventuró su estado, mientras los otros combatían por la gloria.

Acudieron de remotos países copiosas huestes de barones, cuadrillas de aventureros hambrientos de combates y de botín (1): de Aragón vinieron veinte mil infantes y tres mil quinientos caballos y al frente de ellos su denodado rey Pedro II; los portugueses se presentaron sin su monarca que acababa de fallecer. Púsose en movimiento desde Toledo aquella inmensa mole, cubriendo montes y llanos y agotando las fuentes y los ríos: Calatrava se entregó sin combate, y la morisma toda fué barrida hasta Sierra Morena, en cuyas angosturas el amir Muhamad-ben-Iacub, orgulloso con la toma de Salvatierra, aguar-

(1) Según escribió el rey de Castilla al papa Inocencio III, los extranjeros que vinieron á esta jornada ascendían á 12,000 jinetes y 50,000 peones, si bien el arzobispo D. Rodrigo, contemporáneo y testigo de la batalla, aumenta el número de los últimos hasta 100,000.

daba á los cristianos con fuerzas no menos formidables. Cuando empezaban á desbandarse con los rigores del calor los auxiliares extranjeros, aparecieron oportunamente para suplir su vacío los estandartes del rey de Navarra Sancho VIII, que con sus tropas se juntó á los otros reyes; sólo el de León, enemistado con su suegro el de Castilla fué echado de menos en la gloriosa empresa. Atajó el moro las pasos de la sierra; mas superándola los cristianos por un rodeo que cierto pastor les descubrió, se hallaron frente á frente los dos ejércitos en las Navas de Tolosa, observándose recíprocamente cual si temieran el éxito de la campal contienda.

Al tercer día (16 de Julio de 1212), fortalecidos desde antes de amanecer con el pan eucarístico caudillos y soldados, acometieron al enemigo; Castilla ocupaba el centro, Navarra y Aragón las dos alas, D. Diego de Haro, señor de Vizcaya, formaba la vanguardia con algunas tropas extranjeras, las órdenes militares la retaguardia. Tremolaban entre las banderas las cruces de los prelados; tres reyes combatían al frente de los suyos; la religión y la patria, la seguridad y la gloria reunían allí como en una sola familia la flor de toda España. Chocaron con fragor terrible los escuadrones; los nuestros del centro cejaron tras de porfiado combate, los de retén acudieron á sostenerlos. Lanzáronse como leones á la pelea, los unos con nuevas fuerzas, los otros con el deseo de reparar su honra: cedieron, desordenáronse las haces agarenas; siguióse la fuga, el estrago, la matanza. Acosadas sin reposo por los cristianos, cubrieron con doscientos mil cadáveres un espacio de cuatro leguas; pero la sangre no corría por la llanura, como si fenecieran de invisible herida. El soberbio amir que bajo su encarnado pabellón de seda había aguardado impasiblemente la sentencia del destino, se salvó con dificultad sin parar hasta Jaén; sus alhajas y su tesoro fueron presa de los navarros y aragoneses. Á éstos dió Alfonso el botín del campamento mahometano, á aquellos restituyó quince pueblos que en su reino poseía; para sí no reservó

sino la gloria principal de la jornada, que á los ojos de toda la cristiandad le presentó «como príncipe venido del cielo y más que hombre mortal.»

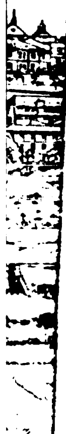
Desde aquel día planta agarena no volvió á pisar el suelo de Castilla; y los amenos jardines de Andalucía abriéronse indefensos al ímpetu del vencedor. Baeza fué abandonada, Úbeda tomada y demolida inmediatamente después de la victoria; y al año siguiente Alcaraz sobre los confines de Murcia se rindió tras de sangriento asalto. La muerte de Alfonso VIII en 1214 y la azarosa menoría de su hijo Enrique I tiranizado por los ambiciosos Laras, impidieron por de pronto recoger los frutos del glorioso triunfo de las Navas; recogiólos en abundancia el ínclito Fernando III, hijo del rey de León y de D.ª Berenguela, heredera de Castilla, por la prematura muerte de su hermano Enrique. Cada verano pasaba el joven monarca la frontera y volvía de allá con ricos despojos: al este el rey de Valencia, al sur el valí de Baeza se reconocieron sus tributarios; y no transcurría año sin que cayera con fiero estrago algún lugar fuerte de Andalucía, acantonándose en unos los conquistadores y demoliendo los restantes. En 1230 Fernando III, uniendo el reino paterno de León al materno de Castilla para no dividirse ya jamás, y duplicadas sus fuerzas y sus bríos, pareció destinado á consumar la reconquista de la España: Córdoba sagrada corte de los califas, la fuerte Jaén, la hermosa y opulenta Sevilla, una tras otra cayeron en sus manos, añadiendo tres coronas á sus augustas sienes. La rapidez y la facilidad de estas conquistas, cada una de las cuales hubiera parecido digna empresa y hazaña de un reinado entero, demuestra el poder irresistible adquirido por el estado con la ocupación de Castilla la Nueva, como núcleo de la pujanza que hasta entonces se había desenvuelto tan lentamente, y que llegada á su madurez se engrosaba y redondeaba á vista de ojos. En los campos de Castilla se empeñaron las postreras luchas encarnizadas y dudosas; lo restante fué casi una continua marcha triunfal á la sombra de palmas y laureles.

El reinado de Alfonso X (1252-1284), agitado por turbulencias intestinas primero con los barones y luégo con su propio hijo, aunque no falto de brillo y celebridad en lo exterior, aseguró á Castilla el reino de Murcia que había ganado cuando príncipe, y que el generoso Jaime de Aragón le entregó después completamente subyugado. Su hijo Sancho IV, su nieto Fernando IV, su biznieto Alfonso XI, emplearon en la toma de las plazas litorales de Andalucía el espacio y el poder que les dejaban libre las incesantes revueltas de los grandes y la opresión de los tutores. Al través de las tempestuosas menorías de estos dos últimos soberanos, del espíritu inquieto y belicoso de aquella generación no enderezado ya contra los moros, de las ambiciones cortesanas desarrolladas en el seno de la prosperidad y del sosiego, Castilla la Nueva confundida con la otra acrecentó durante el siglo XIV la población de su vasto territorio y la autoridad é independencia de sus consejos: y aunque Toledo repartía con otras ciudades el privilegio de corte, la provincia comunicaba su nombre á la monarquía más grandiosa de la península desde las costas de Galicia hasta las columnas de Alcides. La victoria del Salado (1340) en las playas de Tarifa, rival de la de Tolosa, aniquilando la innumerable hueste del rey de Marruecos, retiró la frontera desde Sierra Morena al Mediterráneo, y opuso un muro de cadáveres á las invasiones africanas.

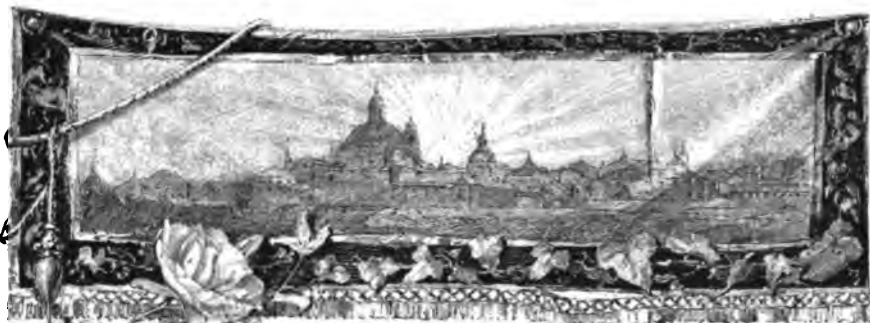
Los insensatos furores del rey Pedro, cebándose en su familia, y sublevando la aristocracia en vez de someterla, ensangrentaron á Castilla con homicidios y combates, sometiéronla á rápidas vicisitudes, y la transfirieron de uno á otro competidor, hasta que los campos de Montiel se bañaron en la sangre del fiero príncipe, inmolado con la fraterna daga. Poco ó nada ganó la monarquía castellana en esplendor y en extensión de territorio bajo la dinastía de Enrique de Trastamara: el reino de Portugal se le escapó de entre las manos á su hijo Juan I; sofocóse dentro de un cuerpo enfermizo el alma enérgica del malogrado Enrique III; y el indolente reinado de Juan II no fué sino una di-

latada contienda entre su privado D. Álvaro de Luna y los envidiosos infantes de Aragón, sobre quién había de avasallarle. Pero la degradación del trono y la anarquía del estado llegó á su colmo en tiempo de Enrique IV, y amenazaba sumirse todo en la confusión del caos, cuando súbitamente de esta noche tenebrosa brotó la aurora de la restauración. La inmortal Isabel de Castilla, ciñendo con una mano la corona y enlazando la otra con el eminente príncipe de Aragón, fundió en uno los dos reinos más poderosos: dilatóse con asombrosa rapidez, arraigóse profundamente la monarquía: al sur, desalojado el sarraceno de su postrer asilo de Granada, pasó suspirando el Mediterráneo; al norte, el navarro desposeído de su trono pasó los Pirineos. De tantas provincias discordes y heterogéneas surgió una nacionalidad robusta é invencible, y al frente de todas se colocó Castilla obteniendo de nombre y de hecho la supremacía. Desde entonces Castilla fué la España, la España señora de la Italia, conquistadora de un nuevo mundo, coronada con la diadema imperial.

La corte, transferida y errante siempre mientras duró el crecimiento de la nación, se fijó de una vez, llegada esta al apogeo de su grandeza. La villa de Madrid, en el centro de la provincia y del reino, fué la que Felipe II escogió para su residencia; y esta elección, que llamaríamos capricho de su férrea voluntad, es tal vez lo único que de su testamento han guardado sus descendientes y sucesores, lo único que de su grandiosa empresa han respetado las revoluciones y los siglos.



MADRID Y SU PROVINCIA




CAPÍTULO PRIMERO

Madrid.—La antigua villa

I

INTERNADA en campos yermos y solitarios, á orillas de un arroyo más bien que río, sentada en desigual terreno, y rodeada de aridez en un horizonte raso y monótono sin ser dilatado, tres siglos há que una villa gobierna la España y se engrandece á costa de las antiguas metrópolis de la monarquía. Si buscáis sus títulos, están escritos en un simple decreto, no en su posición topográfica ni en los anales de la historia. La naturaleza no sonríe feraz y amena en sus contornos, ni con adusto ceño é imponente desnudez llora al parecer las memorias de lo pasado: el movimiento de la industria y del comercio no disimula el desencanto de sus comarcas; no domina ninguno de los dos mares que abrazan la península, ni la baña alguna de las caudalosas corrientes que constituyen las venas principales del coloso español. Madrid carece de ascendientes: Tarragona,

Cartagena, Mérida, con sus romanos blasones é imperial esplendor le disputaran la gloriosa prerrogativa; Toledo la confundiera con la majestad de su no disputada primacía en la época goda; Oviedo y León recordaran en favor suyo la interesante cuna y los heróicos tiempos de la restauración española; Córdoba, Sevilla, Granada, citarían sus arábigas grandezas, la belleza del suelo, las ventajas de la situación; Burgos, Valladolid, Zaragoza, recordarían haber sido cabeza en otro tiempo de florecientes estados y residencia de monarcas. Diríase que para conciliar tan porfiadas competencias, tantas ambiciones encontradas, se convino en no adjudicar la preferencia á ninguna, haciéndola recaer sobre una población oscura y nueva; tal como á veces en asambleas tumultuosas se cortan y transigen las encarnizadas rivalidades entre los más ilustres pretendientes, confiriendo la dignidad electiva á quien menos cuidaba de conseguirla.

Otras capitales se identifican con las naciones á que presiden; han formado su unidad, han representado dignamente su grandeza, han marchado por luengos siglos á su frente en cualesquiera vicisitudes; son el foco de su existencia, el panteón de sus glorias, el depósito sagrado de sus costumbres y tradiciones. Madrid no tiene á su favor el prestigio de lo pasado ni la importancia de lo presente; su ensanche material carece de arraigo y de sólida fuerza, y recibe muy á menudo el movimiento en vez de imprimirlo á la circunferencia. Su pujanza social no corre parejas con su política soberanía; y si las provincias le prestan homenaje, es parecido bajo cierto aspecto al que prestaban opulentos y altivos barones á un soberano débil y empobrecido. Nuestra capital por otra parte no ha cuidado de borrar su plebeyo origen, ni de explotar para su embellecimiento los tesoros de sus regios huéspedes y de su nobleza; y no pudiendo ostentar antigüedad, ha desdeñado por lo general la magnificencia. Sus escasos monumentos apenas cuentan un siglo de fecha; sus alrededores casi en nada la distinguen de los otros

pueblos de cuyo rango salió; y con orgullosa modestia hace todavía alarde de su título de *villa*, como para humillar á las ilustres ciudades sometidas á su imperio.

Sin embargo, el improvisado encumbramiento de Madrid le ha atraído adulaciones y lisonjas de parte de sus cronistas; y como todo potentado de oscuro nacimiento, ha encontrado oficiosos heraldos que tejiéndole una magnífica genealogía plantaran su cuna entre las nieblas de los tiempos fabulosos. Hojeando las tablas de Tolomeo hallaron dentro de los límites carpetanos una población con el nombre de Mantua, que les pareció muy adaptable al sitio de la nueva corte; y fundados en la identidad del nombre no dudaron atribuir á esta el mismo origen de la Mantua italiana, y designar por fundador de entrambas al príncipe Ocno Bianor, hijo de Tiberino rey del Lacio y de la adivina Manto (1). Satisfechos con semejante hallazgo, cuidaron menos de presentar los comprobantes que de derivar gloriosas consecuencias, remontando la antigüedad de Madrid sobre la de la Ciudad del Capitolio, y forjando narraciones tan agenas de la verdad histórica como del sencillo encanto de las tradiciones populares.

Acerca de la grandeza de la primitiva Mantua no se manifiestan tan ambiciosos como respecto de su antigüedad. Rastreando ciertos vestigios de viejos paredones, y tomando por obra de semidioses lo que no era tal vez sino morisca fortaleza,

(1) Supónese que este príncipe, griego por su madre, aunque latino por línea paterna, arrojado de Italia por su hermano Agripa Silvio que ocupó el Lacio, y por el tirano Mecencio que se apoderó de Etruria, vino á fundar esta población á que impuso el nombre de su madre, y á semejanza de la cual fundó la otra en Italia cuando volvió de su destierro. De tan gratuitas aserciones parece fué primer autor Francisco Tarafa, canónigo de Barcelona, en su historia *De origine et rebus Hispaniæ,* á mediados del XVI, á quien siguieron los escritores de aquel siglo y del siguiente, rivalizando en infantil credulidad y en indigesta erudición. Por lo demás, no sólo la historia sino la misma cronología sale mal parada de estas demasías de celo cortesano. Jerónimo Quintana se contenta con poner la fundación de Madrid 879 años antes de J.-C., otros le añaden siglos y más siglos, y por fin nuestro *respetable* calendario le da una antigüedad de 4017 años, no concediendo á Roma sino la de 2600, como si de Tiberino á Rómulo hubieran transcurrido veinte y cuatro siglos.

señaláronle por recinto poco más del que ocupa en la actualidad el real Palacio (1); y con tal de atrasar su fecha, poco les importó atribuir esta cerca á griegos, á asirios, á romanos. Mas pareciéndoles tanta estrechez poco digna de la grandiosa época de los dominadores del mundo, en la misma etimología del nombre Madrid, que suponen corrupción de *Majoritum*, hallaron el argumento de su ampliación por no sé qué emperador, dándole ya todo el circuito que tenía en el siglo XI al salir de manos de los sarracenos. El *Majoritum* romano figura como un arrabal respecto de la *Mantua* carpetana; conjetúranse templos erigidos á Júpiter, alégánse lápidas (2), interprétanse blasones; una inducción sirve de base á otra inducción, y lo que empieza por conjetura acaba por axioma.

El entusiasmo religioso tan pujante en el siglo XVI, pasando

(1) Empezando esta primera cerca en la puerta de la Vega, subía por detrás de los Consejos, cortaba por medio la plaza de Oriente, y cerraba con el Alcázar por bajo de las Caballerizas. «La muralla, dice Quintana, era fortísima de cal y canto y argamasa, levantada y gruesa de doce piés en ancho, con grandes cubos, torres, barbacanas y fosos.» En lo alto de la cuesta de la Vega frente á la iglesia de Santa María había una torre llamada *Narigués del Pozacho* donde residía un castellano y gente de guarnición, y en las afueras hacia los Caños del Peral otra torre con el nombre de *Gaona*. Servía de entrada á este recinto el arco de la Almudena, y cuando por su angostura fué derribado en 1572 con motivo del solemne recibimiento de la reina D.ª Ana de Austria, reemplazándole con tres arcos de ladrillo, su robusta torre de pedernal no se deshizo sin gran trabajo. El maestro Juan López de Hoyos afirma haberse hallado en ella unas láminas de metal que decían ser construídas aquellas murallas en tiempo del soberbio Nabucodonosor, cuya venida á España se da por *cosa asentada y llana*.

(2) Gonzalo Fernández de Oviedo en su libro inédito de las *Quincuágenas* que escribió á mediados del XVI, cita varias lápidas, de las cuales existían algunas en tiempo de Quintana, entrado ya el siglo XVII. En una de ellas se leía el nombre de Sertorio; las demás se reducían á memorias sepulcrales, sin ninguna mención de pueblo ó municipio que pueda apoyar las pretensiones de Madrid en competencia con Villamanta y Huerta, donde otros colocan la *Mantua Carpetenorum*. De esta antigua población no conocemos sino el nombre, y no figura en ningún lance de guerra. El Villanovano en su edición de Tolomeo de 1535 añadió entre paréntesis *olim Viseria*, sin expresar el fundamento de este renombre que no se halla en ediciones más antiguas. Otros en vez de Viseira leyeron Ursaria; y de ahí sin duda deriva el oso que forma desde tiempo el blasón de la heróica villa. El *madroño* se añadió más tarde cuando formado ya el nombre de Madrid se reconoció en él alguna semejanza con el de aquel arbusto. Una orla de siete estrellas y una corona añadida por Carlos V completan las armas que á tantas inducciones y comentarios han dado margen.

todavía más allá que la vanidad anticuaria, conduce como por la mano hasta Madrid al apóstol Santiago, y más tarde á San Pedro; y aprecia como regalo del primero la devota efigie de la Virgen de la Almudena, y la de Atocha como recuerdo del segundo. De sus numerosas parroquias algunas supone erigidas durante el furor mismo de las persecuciones, otras durante la paz de Constantino, otras después de la conversión de Recaredo; otorga carta de ciudadanía á dos pontífices, San Melquíades y San Dámaso; erige silla episcopal aunque por breve tiempo en medio de su reducida feligresía; y se envanece con los mártires San Atanasio, San Plácido y San Ginés muertos bajo el imperio del apóstata Juliano (1); no se atreve, es verdad, á adornar con peculiares timbres el período de la dominación goda en este suelo; pero la historia de su ocupación por los sarracenos en la pérdida universal de España va acompañada de una tradición que por lo singular, ya que no por lo fundado ni siquiera verosímil, merece referirse. Tomada ya la villa, retiróse á su castillo orillas del Jarama un caballero llamado García Ramírez; y ocupado en edificar una nueva capilla á la Virgen de Atocha que milagrosamente había cambiado de sitio, sorprendiéronle los infieles que á enjambres salían de la población. Turbóse la fe del buen caudillo, creyó ver ya á su esposa y sus hijas abandonadas al desenfreno de los bárbaros, y cruelmente piadoso las degolló por su mano. Peleó, venció, volvió á deponer á los piés de la Virgen la corona del triunfo, abrumado de dolor y remordimientos; y halló resucitadas, aunque con indeleble cicatriz en los cuellos, á las prendas de su corazón. Esto, dicen, sucedía en 720, nueve años después de la batalla de Guadalete; Madrid fué libertada por los valientes de García Ramírez; mas no pudiendo sostenerse su independencia, ó por

---

(1) Estas especies apenas reconocen otro apoyo que el de los supuestos cronicones de Lucio Dextro y Julián Pérez, de que más adelante deberemos ocuparnos.

mejor decir la fábula de los cronistas, confiésase que al siguiente año volvió al yugo de sus opresores.

Que concedieran éstos á los vencidos para su culto las iglesias de Santa María, San Ginés y San Martín, que establecieran en ella cátedras de astronomía, que su alcaide llevara la primera voz entre los del reino de Toledo, dícese pero no se prueba: lo que aparece como indudable es que Madrid debió á los árabes su nombre (1), y su origen probablemente. Fuerte ya y murada la vemos por primera vez salir de su oscuridad en el siglo x, cuando Ramiro II rey de León en osada correría llevó la desolación hasta el centro de los dominios del califa. *Magerit* le resistió fiada en la fortaleza del sitio y en las minas subterráneas del alcázar que le proporcionaba víveres y socorro: pero el leonés rompiendo sus muros, penetró en ella un domingo y después de causar rigorosos estragos, la dejó á sus espaldas humeante y bañada en sangre de sus defensores, marchando con el botín hacia Talavera donde en batalla campal consiguió nuevos laureles (2). Levantáronse otra vez los muros de Magerit y aumentaron en fortaleza á par del riesgo y de la pujanza de las armas de Castilla; y tras del Guadarrama que servía ya de frontera al enemigo, descollaban cual robusto baluarte del vacilante reino de Toledo. Hacia 1050 combatiólos á su paso

(1) Alguno pretendió interpretar Madrid en arábigo por *madre del saber*, otros por *lugar ventoso;* pero el primitivo nombre es Magerit, que significa más bien *abundancia de venas ó manantiales*. De magerit derivaron Mageriacum, Mageridum, Majeritum, Majoritum y otros nombres latinizados que se hallan en los antiguos documentos y en la historia del arzobispo D. Rodrigo, hasta fijarse al cabo en el de Maidrit y luégo Madrid. En los anales árabes la hallamos á veces nombrada Mahubit. De que en ella florecieron las ciencias de los musulmanes da algún indicio la mención que hace Conde de Abu-Otman-ben-Sait, ben-Salem-el-Mageriti, así llamado de Magerit su patria en tierra de Toledo, que tuvo ilustres discípulos, y vivía á mediados del siglo x.

(2) De esta expedición hacen memoria el diario del monasterio de Cardeña, la crónica de Sampiro y la historia del arzobispo D. Rodrigo, refiriéndola el primero al año de 925, el segundo al 933 y el último al 939. Sampiro, que fué casi contemporáneo, la refiere en estas breves palabras: *Et congregato exercitu, pergens ad civitatem quœ dicitur Mageriti, confregit muros ejus et maximas fecit strages.* La crónica general de Alfonso el Sabio y los historiadores árabes no hablan sino de la jornada de Talavera.

el victorioso Fernando I que corrió desde la sierra al Tajo arrollando cuánto se le oponía; pero cuidando más de quebrantarlos que de subyugarlos, y proponiéndose el saqueo más bien que la conquista, contentóse con reducir á los moros á rendirle parias y homenaje. Allanado encontró el camino su hijo Alfonso VI á quien estaba reservada la gloria de añadir á su corona tan fuertes é ilustres pueblos, países tan dilatados: ignórase si Madrid vió enarbolado antes que Toledo el estandarte de la cruz, porque la caída de la villa quedó sofocada por el estruendo de la caída de la capital, y el esplendor de un triunfo eclipsó la importancia del otro. Sin embargo, los cronistas de Madrid interesados en que la toma de ésta precediese á la de aquella ciudad (1), realzan la descarnada noticia con algunos pormenores: que el conquistador ganó desde luégo el arrabal de San Ginés en medio de las bendiciones de los mozárabes que en él habitaban, que asentó sus reales frente de la puerta de *Guadalajara,* que la tuvo cercada algunos días, y que al fin la entró por fuerza, haciéndola centro de sus operaciones contra Toledo. Los segovianos por su parte se envanecen de haber obtenido la prez en aquella jornada, y cuentan que detenidas sus milicias por las nieves de la sierra llegaron tarde á los reales, y pidiendo alojamiento, contestóles indignado el monarca que lo buscaran dentro de la cercada villa. Cumplió el mandato la pundonorosa cohorte, y á la mañana siguiente viéronse ondear sus banderas sobre la puerta de *Guadalajara*, donde se esculpieron las armas de Segovia con los bustos de sus dos caudillos Díaz Sanz y Fernán García. Bella anécdota, aunque falta de apoyo, y desmentida con empeño por los madrileños á causa de la rivalidad que alimentaron largo tiempo contra los de Segovia.

No se consolidó fácilmente la conquista; y el aliento que in-

(1) Bleda pone la toma de Madrid en el año 1080, cinco años antes de la de Toledo; González Dávila, Quintana y otros en el de 1083. Mariana parece suponerla posterior á la de Toledo, como simple consecuencia de aquel gran triunfo, aunque la situación septentrional de Madrid da cierta probabilidad á la primera opinión.

fundió á los moros la muerte de Alfonso VI les abrió en 1110 las plazas recién perdidas, excepto la de Toledo que en balde combatieron. Penetraron en Madrid los bárbaros almoravides que Alí acaudillaba, cebándose en la destrucción y en el saqueo: pero los valientes moradores encerrados en el alcázar arrostraron las iras del sitiador, hasta que una terrible peste le desalojó de la villa. En 1198 el amir Aben-Jucef orgulloso con su victoria de Alarcos esparció la desolación por los campos de Madrid, mas hallándola pertrechada, tras de repetidas tentativas, fué á descargar su encono sobre los pueblos circunvecinos.

Reducíase entonces Madrid á un estrecho recinto por el lado occidental, situado sobre escarpados ribazos á lo largo del Manzanares; y aunque tan estrecho, obtiene ya el nombre de segunda cerca respecto de otra que se supone primitiva. Desde la puerta *de la Vega* angosta y fuerte que dominaba las feraces márgenes del río, subía el muro por las ásperas cuestas de las *Vistillas* á enlazarse con la puerta de *Moros* que miraba hacia Toledo, y junto á la cual habitaban en mezquino barrio los restos de la vencida raza. Torcía luégo hacia sudeste por la calle conocida aún por *Cava baja* ó foso, á cuyo extremo se hallaba la puerta *Cerrada*, y sobre ella esculpido un dragón ó culebra que á los apasionados ojos de los anticuarios era irrrecusable argumento de su griega fundación. Por la *Cava de San Miguel* comunicaba con la puerta de *Guadalajara* la más suntuosa de todas, vuelta al oriente en medio de *las Platerías*, flanqueada por dos torres de pedernal, y asentada sobre el arco de sillería una rica y hermosa capilla cubierta de dorados y esculturas, sobre la cual arrancaban tres torrecillas formando un grupo de brillantes capiteles, y la del centro más alta que las otras contenía un reloj con vistoso artificio y estatuas de gigantes. Siguiendo la calle del *Espejo*, hallábase al norte hacia los *Caños del Peral* la puerta de *Balnadú* (1) angosta y tortuosa como las

(1) En su empeño de *romanizar* á Madrid, Quintana deriva la etimología de este nombre de *Balmea duo* (dos baños), y en prueba de que en Madrid los había

demás, y desde allí iba la muralla derechamente á reunirse con el alcázar. En la aspereza y desigualdad del terreno, en la forma irregular de sus calles y plazuelas aunque reformadas y ensanchadas en parte, en la multitud de parroquias allí acumuladas (1), todavía revela este primer núcleo de Madrid su antigua procedencia; y en el mapa topográfico se diseña limpiamente sobre el inmenso acrecentamiento en que se halla como anegado. Pero la cerca y las puertas desaparecieron conforme quedaban metidas en la población, el sinuoso desfiladero que formaba la *Cerrada*, receptáculo de ladrones y facinerosos, obligó á tapiarla, antes de ser demolida en 1569; y la de *Guadalajara* con su magnífico ornato del siglo XV y del XVI sin duda, que los cronistas creen cándidamente obra de romanos, pereció en 1580 en una noche de regocijo incendiada por la misma copia de luminarias.

Durante el siglo XII principió ya Madrid á ensancharse rápidamente con el privilegio concedido en 1126 por Alfonso VII á los benedictinos de San Martín para que poblaran un dilatado barrio, sobre el cual á más del derecho parroquial les confirió un absoluto señorío (2). Ensancháronse hacia el oriente los

---

de muy antiguo, cita una cesión que de ellos hace Alfonso el Sabio en 1263 á la villa para que de su producto se reparen los muros. Pero el nombre es evidentemente árabe, y puede ser una contracción de *Bab-al-Nadur* (puerta de las atalayas) por haberlas acaso en lo alto de la colina que es hoy plazuela de *Santo Domingo*.

(1) Dentro de la cerca primitiva de que hablamos páginas atrás, hallábanse las dos parroquias de Santa María y San Miguel de la Sagra pegada al mismo alcázar, á la cual en tiempo del emperador Carlos V reemplazó la de San Gil. La segunda cerca que ahora nos ocupa abarcaba las de San Nicolás, el Salvador, Santiago, San Juan, San Miguel de los Octoes, San Justo, San Pedro y San Andrés, y en los arrabales las de San Ginés y San Martín. Más tarde hubo de erigirse la de Santa Cruz, de la cual en 1550 se desmembró la de San Sebastián. San Ginés tuvo que tomar por anejo á San Luís, San Martín á San Ildefonso y San Marcos, San Justo á San Millán, que acabaron por erigirse en parroquias.

(2) Como curiosa muestra de la legislación y costumbres del siglo y de las obligaciones semifeudales que contraían los pobladores con el dueño del solar, insertamos este documento poco conocido si bien no es inédito, y uno de los más antiguos referentes á Madrid. Si no prueba que el monasterio de San Martín existiera ya bajo la dominación sarracena desde principios del siglo X como asegura Yepes, manifiesta por lo menos que luégo después de la reconquista fué fundado por Alfonso VI quien le anejó al de Santo Domingo de Silos en Toledo concedién-

arrabales de San Martín y San Ginés, y al mediodía el de San Francisco; y al cabo de dos siglos habíase triplicado casi la extensión de la villa. Trasladóse la puerta de *Balnadú* á lo alto de la cuesta de *Santo Domingo,* y corriendo desde allí la tapia por el *postigo* de San Martín y torcida calle de *Preciados*, sustituyó á la de *Guadalajara* la puerta *del Sol,* así llamada sea porque la alumbrasen los primeros rayos de la aurora, sea por un gran sol pintado sobre el arco de ella. Hacia el devoto santuario de Atocha formaba ángulo la población hasta la fuente de *Antón Martín,* bajando en línea recta á la plaza de la *Cebada* donde se abrió otra puerta en dirección á Toledo. Las nuevas calles describían en gran parte líneas concéntricas á la an-

---

dole vastos heredamientos y lugares. Semejente privilegio debió ser recompensa de grandes servicios.

«In Dei nomine ego Adephonsus Dei gratia rex Hispanie vobis abbati S. Dominici duo, scilicet Joanni omnique congregationi ejusdem loci, vobisque etiam priori S. Martini de Madrit videlicet duo. Sanctio, in Domino salutem. Placuit nobis inspirante Deo facere vobis cartulam et nostre auctoritatis confirmationem ut populetis vicum S. Martini de Madrit secundum forum Burgi S. Dominici vel S. Facundi, et possideatis in perpetuum aldeas vestras Valnegral et Villamnovam et Xaramam que beate memorie avus meus rex Adephonsus dedit vobis. De hominibus undecumque venerint et illi homines qui ibi populati fuerint sint in potestate et subjectione abbatis S. Dominici et prioris S. Martini, et nulli alio domino serviant, neque ab aliquo hominun opprimantur, nec faciant vicinitatem in alio loco, sed permaneant in servitio et libertate ac potestate vestra secundum consuetudinem predictorum in perpetuum, amen. Et hanc populationem facite ad laudem et honorem Dei sicut melius potueritis pro remedio anime mee et parentum meorum. Nullus homo sit ausus edificare domos ad contrarietatem vestram intra terminum S. Martini, et si aliquis hominum qui populaverit in territorio ecclesie S. Martini voluerit exire de vestro jure, veniat ad priorem S. Martini dicatque ei quod vult recedere et vendere hereditatem et facturam domorum suarum; et si prior voluerit emere omnia, emat, et nullia lii homini ille populator sua nisi priori vendat: si autem prior emere noluerit, populator vendat sua tali homini qui sit in servitio et sub potestate abbatis S. Dominici vel prioris San Martini. Et si non potuerit invenire aliquem cui vendat sua, relinquat omnia sub prioris potestate, et si post longum tempus redire voluerit, reddat ei prior hereditatem et domos suas libere sine ulla contradictione. Intra autem terminum vestrum nullus omnino hominum audeat intrare solare vel construere domos absque voluntate abbatis vel priori S. Martini. Siquis vero hanc cartam infringere voluerit, decem libras auri ad partem regis exsolvat, et quod auferre temptaterit in duplo priori S. Martini et fratribus ibidem servientibus persolvat.» Sigue la firma del rey, la de los prelados de Toledo, Palencia y Burgos, la de los abades de Arlanza, Cardeña y Oña, la del conde Pedro *nutritor regis*, y la de siete testigos más. La fecha es á dos de los idus de Julio, era de 1164.

tigua cerca, conservando á Madrid su figura; las ermitas de las afueras abarcadas por el rebosante caserío se trocaban en conventos ó parroquias; y mientras que las feligresías del interior de la villa permanecían estrechas y cortas, las exteriores adquirían un desmedido ensanche que les obligó por fin á dividirse y desmembrarse.

Tal acumulación de vecindario no podía ser efecto sino de las ventajas del suelo que nos pintan en aquel tiempo risueño y fertilísimo, y de la predilección de los monarcas. Dícese que Alfonso VI tenía ya su consejo en la iglesia de San Martín, y su morada en el que fué después convento de las Descalzas; Alfonso VII, al extender la jurisdicción de la villa sobre las tierras, pinares y pastos circunvecinos desde la cumbre de las sierras que dividen los términos de Segovia y Ávila hasta el puerto de Lozoya, reconoce los grandes servicios que en la guerra se le prestaron (1); aquí meditaba Alfonso VIII su grandiosa campaña de Andalucía cuando en 14 de Octubre de 1211 arrebató la muerte en la flor de su juventud á su único hijo varón el príncipe Fernando: y de aquí salió el triste féretro para las Huelvas escoltado por su hermana y por el arzobispo D. Rodrigo. En la inmortal victoria de las Navas ondeó con gloria el estandarte de Madrid (2); en el cerco de Sevilla distinguiéronse sus vecinos acaudillados por Gómez Ruiz de Manzanedo, y fueron en el reparto de tierras muy bien heredados. El santo rey Fernan-

(1) Á más de expresar que ya de antes poseía Madrid este término, dice que se lo otorga «*pro bono et fidelisimo servitio quod mihi fecistis in partibus sarracenorum et facitis, et quia majorem fidelitatem inveni in vobis quamdiu servitium ipsum volui.* Colmenares, historiador de Segovia, impugna la autenticidad de este privilegio: la fecha de él por lo menos está equivocada, pues lleva la era de 1160 ó año de Cristo 1122, y entonces no reinaba Alfonso VII en Zaragoza como dice la firma, pues no la ocupó hasta 1134.

(2) Iba el concejo de Madrid en la vanguardia que mandaba don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, y en su pendón estaba ya figurado el oso; pues que en medio de la polvareda Sancho Fernández, sobrino de Haro, confundiendo el oso con los lobos pintados en el pendón de su tío, creyó que éste se quedaba atrás cuando ya había atravesado con solos cuarenta hombres el campamento de Miramamolín.

do desde los principios de su reinado en 1222, confirmó á la villa sus fueros, obligándose á aprobar cuántos adelantados ó caudillos eligiesen de entre sus naturales, no confiando la defensa de los portillos sino á quien tuviere casa propia, armas y caballo, mandando que las aldeas formaran un cuerpo con la villa como en tiempo de Alfonso VIII, y limitando á una vez al año el deber de seguirle fuera del reino.

Entre los términos de Madrid y Segovia existía un distrito llamado *Real de Manzanares* que abarcaba las comarcas de Manzanares, Colmenar, Guadarrama, Galapagar y algunas otras cuya posesión se disputaban los dos pueblos, sin que la división que alguna vez trazó el rey en persona bastara á conciliar sus pretensiones. Durante la expedición de los madrileños á Sevilla en 1248, poblaron los segovianos á Colmenar y Manzanares; opusiéronse aquellos; siguieron sin embargo las obras, y los de Madrid salieron con el hacha y la tea á destruirlas. Alióse Segovia con los lugares de allende la sierra, Madrid con los del reino de Toledo, é iba ya á encrudecer y á generalizarse la lucha cuando intervino el rey por medio de árbitros que declararon la justicia á favor de la villa. Renováronse las discordias en el reinado de Alfonso X que se reservó la población de dichas comarcas sin adjudicarlas á ninguno de los contendientes, y continuaron no sin robos y muertes durante dos siglos, primero con los segovianos, y luégo con los nuevos pobladores colocados bajo el señorío de los Mendozas marqueses de Santillana.

Á la clerecía de Madrid hasta el número de treinta individuos concedió Alfonso el Sabio en 1275 franquicia de caballeros, por razón de los aniversarios celebrados en sufragio de su padre y bisabuelo; mercedes que aumentaron sus sucesores á aquellos sacerdotes *por limpias vidas que diz que facian*, según expresión de Juan II. Á Madrid vino ya moribundo en busca de alivio el bravo rey Sancho IV, y allí tuvo con D. Juan Núñez de Lara aquellas tiernas razones en que le recomendó á su

hijo (1), y allí recibió promesas tan mal cumplidas por el turbulento magnate durante la azarosa minoría de Fernando IV. Bajo el reinado de este príncipe la villa por primera vez vió cortes congregadas dentro de su recinto con motivo de los aprestos para la desgraciada expedición de la Vega de Granada. Alfonso XI en 1327 y 1335 la honró con la reunión de nuevas cortes (2), mirándola como centro y cuartel general donde preparaba sus gloriosas jornadas, y se fraguaban los rayos que habían de herir la media luna.

Gobernaban la villa sus propios naturales divididos en brazo de hidalgos y de pecheros ú hombres buenos, eligiendo sin intervención alguna del rey sus autoridades y justicia titulado *señor de Madrid* en algunos documentos; los pleitos eran juzgados por los alcaldes, y el soberano no entendía sino en casos de apelación (3). Á este fuero *viejo* tan libre y municipal inten-

(1) En la crónica del rey Sancho se leen estas interesantes palabras: «D. Juan, bien sabedes como llegastes á mí mozo sin barbas, é hicevos mucha merced, lo uno en casamiento que vos dí muy bueno, y lo otro en tierra y en quantía. Ruegovos, pues yo estó tan mal andante desta dolencia como vos vedes, que si yo moriere, que nunca vos desamparedes al infante D. Fernando mi fijo hasta que aya barbas. E otrosí que sirvades á la reina en toda su vida, é mucho lo meresce á vos e á vuestro linage; é si assí lo hiziéredes Dios vos lo galardone, e si no él vos lo demande en logar donde mas menester oviéredes. Y respondió (Núñez de Lara): Assi lo conozco, Señor, é yo vos hago pleito homenage que lo haré assí, e si non Dios me lo demande, amen. E despues desto moró el rey en Madrid bien un mes.»

(2) En las cortes de 1327 se estableció que ninguno en la casa real tuviese más de un oficio, que no pudieran imponerse nuevos pechos sin convocación de cortes, que no se diesen beneficios á extranjeros, que se quitara el cargo de almojarife al judío D. Jufaz por no haber dado bien las cuentas y que en adelante no pudiera conferirse sino á cristiano. Durante estas cortes enfermó el rey de gravedad.

(3) En las interesantísimas ordenanzas formadas en 1202 por el concejo de Madrid bajo la dirección de Alfonso VIII, y que vimos en el archivo municipal escritas en latín romanzado y en precioso carácter del siglo XIII, se contiene este notable artículo: *Et júdice non tradat vocem* (no ceda su derecho) *nisi pro homines de sua casa aut de homines de palacio, vel de moros vel de judeos, qui pertenent ad regem, aut vocem de conceio major; sed sedeat in otero, et tradant los voceros illas voces, et judicent alcaldes, et de quo habuerit calumpriam* (caloña ó multa) *apprehendere, prendat.*» Casi todas las disposiciones de estas ordenanzas muy numerosas, son penales y redimen los delitos con multas, aunque en ciertos puntos se muestran muy justicieras. Algunas manifiestan la grande extensión del término de Madrid qne se dilataba sobre el Jarama y Guadarrama. En su principio se lee: «*Sancti Spiritus adrit nobis gratia. Incipit liber de foris de Magerit unde dives ac*

tó sustituir sus leyes Alfonso el Sabio, pero sus esfuerzos uniformadores se estrellaron en el hábito arraigado de independencia, no sin quiebra del buen orden y sosiego público, hasta que Alfonso XI en 1339 trató de poner en vigor la legislación de su bisabuelo, otorgando únicamente á los vecinos las propuestas para alcaldes y alguacil. Continuaban asimismo los excesos y prepotencia de los hidalgos; y en 6 de Enero de 1346 abolió el rey el gobierno por estados, é introdujo el de doce regidores que personalmente designó, presididos de dos alcaldes y un alguacil (1). Reservóse á los caballeros el goce de los oficios superiores sin darles parte en las elecciones del concejo, y semejante exclusión fué objeto de reñidas discordias durante el siglo XV. La elección de alcaldes vino á ser atribución del concejo, y en 1467 Enrique IV los dispensó hasta de obtener su confirmación soberana. Para regular el turno electoral dividióse la población en doce parroquias ó colaciones distribuídas en dos cuadrillas, formada la una por Santa María, San Nicolás, San Juan, San Miguel de la Sagra, Santiago y San Andrés, y la otra por San Justo, San Pedro, San Miguel de los Octoes, San Salvador, San Martín y San Ginés. En el reinado de Enrique IV añadióse á los alcaldes un *asistente* que tomó luégo el nombre de *corregidor;* y más tarde, erigida Madrid en corte, aumentó hasta treinta y ocho el número de regidores, siendo ya admitidos y aspirando á este cargo los gentiles hombres más esclarecidos.

Quizá la grata memoria de Alfonso XI inspiró á los madri-

---

pauperes vivat in pace. Era M. ducentesima et quadraginta annorum.» Y añade que fué hecho á honra del rey Alfonso. Termina con una cédula de este rey en que establece otras varias penas, entre ellas que se derribe la casa al que dé dinero para conseguir la alcaldía, é instituye varios pesquisadores en las diez parroquias, sin nombrar todavía las de San Martín y San Ginés, pues los arrabales pasaron mucho tiempo sin parroquia.

(1) Si no hubiéramos visto copia auténtica de este privilegio, nos haría dudar de su exactitud lo que dice Juan I en otro de 1381, que su abuelo Alfonso XI creó *ocho* regidores, y que su padre Enrique II los aumentó hasta doce. Los seis debían ser caballeros, y el citado Juan y Enrique III mandan que de ningún modo ocupen sus puestos vacantes sino los que tuvieren armas y caballo.

leños la más acendrada lealtad hacia su hijo Pedro, cuando acosado el violento monarca por los enemigos que le suscitaban sus crueldades, veía toda Castilla conjurada en su ruina. Cerró la villa sus puertas al victorioso ejército del conde de Trastamara, y hubiera burlado así las trazas como los asaltos del enemigo, si un villano de Leganés llamado Domingo Muñoz no le entregara las torres de la puerta de Moros confiadas á su custodia. Trabóse en las calles la pelea, los Vargas y Luzones resistieron con valor junto á la puerta de Guadalajara, hasta que cediendo al número se retiraron al alcázar, y no terminó su briosa resistencia sino al terminar en Montiel la vida de D. Pedro. Hernán Sánchez de Vargas y otros caballeros hubieran expiado en el patíbulo su firmeza, si un poder sobrenatural no ablandara, según se cree (1), el ánimo del vencedor. Madrid estaba destinada á dar sepulcro á los restos de D. Pedro y de su infortunada descendencia; sin embargo el nuevo rey Enrique II no se desdeñó de visitarla distintas veces confirmando sus privilegios; y allí tuvo en 1373 su entrevista con el rey de Navarra que tentaba en vano separarle de su alianza con el francés para amistarle con la Inglaterra.

Un arranque generoso de Juan I sometió á Madrid con otras villas al señorío de un príncipe de Oriente. Celebrando bodas en Badajoz el rey castellano, llegó á darle las gracias el de Armenia León V por la libertad que le había alcanzado del fiero sultán de Babilonia. Otorgóle su bienhechor magnífica hospitalidad, y otro día le envió ricos paños de oro, vajilla de plata y gran suma de doblas, dándole además las villas de Madrid, Villareal y Andújar, y 150,000 maravedís de renta anual, cual escasa indemnización del reino que en defensa de la fe católica había perdido. Esta merced hecha en 1383 no tuvo efecto desde luégo por la resistencia que Madrid opuso á

(1) Diego Fernández de Mendoza en su *Nobiliario* dice que Vargas debió su salvación á Ntra. Señora de Atocha, por cuya devoción se mandó sepultar en su santa ermita.

ser enagenada del dominio real; y al prestar por fin sus procuradores homenaje en Segovia al rey de Armenia, no fué sin que éste confirmara sus fueros, y sin que Juan I prometiera no volver jamás á desmembrarla de la corona (1). Corta fué la residencia de León en Madrid, y antes de dos años llegó de Francia la noticia de su muerte, sin dejar en su villa otro recuerdo que la reparación de las torres del alcázar.

Divulgado apenas el desgraciado fin de Juan I, voló de Talavera á Madrid su hijo Enrique todavía de once años: allí se levantaron por él los regios estandartes, allí recibió en su orfandad embajadas de amistad y consuelo de los principales soberanos, allí casó con Catalina de Lancáster nieta de Pedro el Cruel para conciliar los derechos y sofocar de una vez los enconos; allí en las cortes generales de 1393 tomó las riendas del gobierno emancipándose de codiciosas tutelas. La villa, turbada con disensiones y aparatos de guerra durante su menoría, vió al *doliente* Enrique III recobrar con mano fuerte cuánto le habían usurpado los grandes, enriquecer su erario sin gravamen de los pueblos, y añadir torres al alcázar para custodia de sus tesoros; y entonces oyó de sus labios aquella expresión sublime: *más temo las maldiciones de mi pueblo que las armas de mis enemigos* (2).

(1) Constan en el archivo municipal varios documentos relativos á dicha cesión, los cuales insertó Quintana: el poder otorgado por el concejo de Madrid á cuatro vecinos principales en 2 Octubre de 1389 para prestar homenaje al nuevo señor; un privilegio de Juan I en que declara que su donación al de Armenia sólo es vitalicia, y promete no volverla á ceder en ningún tiempo; otro del rey León en 19 de Octubre, en que confirma los fueros de la villa; y el homenaje que le prestan los indicados procuradores, en el cual es de notar esta cláusula: *facen pleito homenage de lo acoger en la dicha villa cada que llegase de noche é de dia, con pocos ó con muchos, irado ó pagado, viviendo en amistad é en amor del dicho señor rey D. Juan.*

(2) Envió Enrique III dos embajadores al famoso Tamerlán, á quienes tocó la suerte de presenciar la fatal derrota de Bayaceto, y volvieron de allá con ricos presentes y dos damas griegas y una curiosa carta en que admitía su amistad. Repitióse la embajada en 1403, y fué á ella con otros dos compañeros Rui González Clavijo, caballero madrileño, quien á su vuelta en 1406 escribió un *Viaje* interesantísimo así por el país que recorrió hasta el corazón de la Tartaria, como por el siglo y por el lenguaje. Esta obra anda impresa con las crónicas, precedida

En cortes también de Madrid, á 7 de Marzo de 1419 inauguró su mayor edad Juan II; y en las turbulencias suscitadas por sus primos los infantes de Aragón, y más tarde por su propio hijo Enrique, halló siempre en esta villa el apoyo y la sumisión que le negaron las ciudades más ilustres. Hízola pues frecuente sitio de su residencia, teatro de sus magníficas justas y torneos, asiento de las cortes convocadas en 1433 para renovar la guerra contra Granada (1), y mansión adonde acudían á solicitar su apoyo los embajadores de Francia (2). Ensayábase Madrid para su futura dignidad; y el rey hubo de desvanecer sus temores de ser dada en patrimonio á algún privado, reconociéndola como *casa propia suya y de los reyes sus progenitores y como una de las principales de sus reinos.* Distinguióla de hecho sobre todas Enrique IV, pasando allí en la indolencia la mayor parte de sus días, ora le complaciese, como se dice, lo fértil y abundoso de la comarca, ora más bien el sosiego y docilidad de los naturales. Quiso que en Madrid se verificase el alumbramiento de su esposa haciéndola conducir en una litera, que naciese en Madrid la princesa fruto del escándalo y germen de discordia, que ante las cortes allá reunidas en 1462 fuese jurada como su hija y sucesora: y cuando la rebelión cundió por todo el reino, cuando depuesto en efigie por sediciosos

---

de un curioso discurso de Argote de Molina: y en ella se notan las buenas dotes de Clavijo como narrador y como observador.

(1) Acudió á estas cortes tanta concurrencia, que el rey no tuvo dónde aposentar sus criados, y le fué preciso retirarse á Illescas, hasta que Madrid se hubo despejado un tanto, pasando su gente á las aldeas circunvecinas.

(2) Fueron estos embajadores el Arzobispo de Tolosa Luís de Molin y Mossen Juan de Monays, enviados con el objeto de estrechar la confederación contra la Inglaterra. Acerca de su recepción refiere la *Crónica* de Juan II un curioso incidente. «Hallaron al rey, dice, en una muy gran sala del alcázar de Madrid acompañado de muy noble gente donde había colgados seis antorcheros con cada cuatro antorchas... El rey estaba en su estrado alto, asentado en su silla guarnida, debajo de un rico doser de brocado carmesí, la casa toldada de rica tapecería, é tenia á los piés un muy gran leon manso con un collar de brocado que fué cosa muy nueva para los embajadores de que muchos se maravillaron, y el rey se levantó á ellos é les hizo muy alegre rescebimiento, y el arzobispo comenzó de dudar con temor del leon. El rey le dijo que llegase, é luego llegó, y abrazólo...» Año MCCCCXXXIV, c. 7.)

magnates apuró las heces del oprobio, sólo su villa prestó seguro asilo á su persona y á sus sesenta caballeros; á su alcázar fueron trasladadas las joyas y tesoros del de Segovia, cerráronse las puertas, llenáronse los muros de vigías (1). Túvose junta en la iglesia de San Ginés, y el pueblo amotinado arrojó fuera á los sospechosos consejeros que proponían al rey una entrevista con los sublevados; mas al fin para entablar una avenencia tratóse de dar á Madrid en tercería, destinando el alcázar para custodia de la reina y de su hija (2). Dobles tratos mantenía con el enemigo su alcaide Pedro Munzares, y sorprendido una tarde por la imprevista entrada del rey, pasando de la perfidia á la insolencia, intentó poner en él sus manos; pero Enrique satisfecho con removerle, y recordando el ejemplo del Señor con Judas, le otorgó el perdón y la libertad.

La trabajada vida de este príncipe tuvo fin allí mismo donde había tenido solaz y defensa. De vuelta de las largas cacerías del otoño, y vestido para otra que en el Pardo se preparaba, sobrecogióle la muerte en 11 de Diciembre de 1474; fortalecido por su confesor fray Mazuela, partió de prisa para la eternidad, dejando su cadáver al monasterio de Guadalupe, y el trono á su disputada hija D.ª Juana. Siguióle dentro de medio año su culpable esposa, que retirada en el convento de San Francisco de Madrid procuraba expiar sus liviandades, y alcanzó en la capilla mayor un sepulcro más honorífico que su memoria (3).

(1) Por cédula de 15 de Julio de 1465 fecha en Toro, que se conserva en el archivo municipal, manda Enrique IV al concejo de Madrid que guarde la villa, en especial la puerta de Guadalajara, y que sean tapiadas las demás, y que en el arrabal se haga una carnicería, pescadería y mercado.

(2) Teníalo en su poder el arzobispo de Sevilla, pero habiéndose salido una noche la reina para ver á su hija en Buitrago, abandonó el arzobispo aquel cargo en que le reemplazó el célebre favorito D. Juan Pacheco. De éste hay una carta escrita á Madrid para sosegar los rumores que corrían acerca de su entrega, diciendo: «que essa villa es principal casa y asiento del rey nuestro señor y que no es casa para otro alguno sino para su Alteza; la cual sed ciertos que aunque se nos dierase fuera toda ella de oro, nos no metiéramos la mano en ella.»

(3) Era el sepulcro de blanco y fino alabastro con estatua yacente de la reina, que mandó construir su cuñada Isabel la Católica generosamente olvidada de sus desavenencias, y llevaba este epitafio: «Aquí yace la muy excelente, esclarecida

Mantúvose Madrid por la huérfana Beltraneja; y aunque los rumores de su bastardo origen y la ambición del portugués su marido crearon en el pueblo un poderoso bando á favor de la virtuosa princesa Isabel, comprimíalo al frente de numerosa guarnición Rodrigo de Castañeda. Trataron Pedro Núñez de Toledo y Pedro Arias con el duque del Infantado de entregar la villa á las tropas que por la princesa se presentaran; sintiólo la parcialidad dominante, y echando á los enemigos interiores, redobló su vigilancia. Sin embargo el duque se apoderó del arrabal, puso cerco á la población, y minando la puerta de Guadalajara infundió tal espanto en su guarda Pedro de Ayala, que éste se la abrió temeroso de una ruina general. Los de D.ª Juana se guarecieron en el alcázar, y desde allí y desde el Pardo molestaron con robos y escaramuzas á los vencedores por espacio de dos meses, hasta que al fin cedieron arrollando su bandera. Sin embargo Isabel, para quitarles en lo sucesivo esta guarida, hizo desmantelar los fuertes que defendían las puertas de Madrid (1).

En 1477 los Reyes Católicos honraron con su presencia la recobrada villa, y la frecuentaron desde entonces con predilección. Allí tuvieron cortes en 1478 y 1482, aquellas para restaurar la santa hermandad y estas para reformarla; allí las de 1509 para la expedición africana; allí se trazó la inesperada promoción del gran Cisneros á la silla primada de las Españas; allí fué enviado cautivo el duque de Calabria Fernando de Aragón, último retoño de la destronada dinastía de Nápoles. En

y muy poderosa reina doña Juana, mujer del muy excelente, esclarecido y muy poderoso rey D. Enrique quarto, cuyas ánimas Dios aya. La qual falleció dia de S. Antonio de LXXV años.» En 1617, por un rigor nada cristiano contra su memoria, y por la ambición de un personaje que pedía aquel sitio para su entierro, con motivo de renovarse la capilla, fué quitado el sepulcro; pero la efigie de D.ª Juana ¡rara metamórfosis! si hemos de creer á León Pinelo, colocada sobre la puerta exterior, vino á representar á la Virgen en su purísima concepción. Sirvió de habitación á D.ª Juana un cuarto que caía sobre la portería vieja del convento.

(1) Cédula de la reina Católica dada en Segovia á 7 de Setiembre de 1476. *(Archivo municipal.)*

1502 recibió la magnánima pareja á su hija heredera y á su yerno Felipe de Austria, y dispensando con esta ocasión la severa modestia establecida en su comitiva, se permitió vestir de color y usar sayos de seda á los que podían traer jubones de lo mismo. Las varias fundaciones que ennoblecieron á Madrid bajo este reinado, y la multitud de sabios consejeros é ilustres damas que producía su vecindario para dirección de los negocios ú ornamento de la corte, revelan la alta estima en que la tenían Fernando é Isabel, quien solía decir, según atestigua Gonzalo Fernández de Oviedo, «que el oficial y artesano de Madrid vivían tan como hombres de bien que se podían comparar á los escuderos honrados y virtuosos de otras ciudades y villas, y los escuderos y ciudadanos eran semejantes á honrados caballeros de los pueblos principales de España, y los caballeros y nobles de Madrid á los señores y grandes de Castilla.»

Aunque en los siglos inmediatos á la reconquista abundaban ya los caballeros madrileños, bajo el reinado de Juan II principiaron á afluir de todas partes familias ilustres fijando en Madrid su domicilio, movimiento que tomó creces progresivas en los reinados posteriores. Labráronse grandiosas moradas dominadas y defendidas por su torre en los barrios primitivos del oeste; edificaron en las parroquias suntuosas capillas para su entierro, así como un siglo después se dieron á erigir conventos. Largo es el catálogo de esta aristocracia y brillante la relación de sus hazañas y empleos trazada por los historiadores de Madrid; pero con más esplendor ó con más frecuencia vense en ella centellear los nombres de Luján, Ramírez, Vivero, Bosmediano y Luzón, de los Zapatas señores de Barajas, de la extendida y antiquísima estirpe de los Vargas, de Coalla, Valera, Salcedo, Solís, Francos, Gudiel, Gato y Rivadeneira, de los Herreras marqueses de Auñón, de los famosos Toledos, Mendozas, Guevaras y Alarcones trasplantados de otro suelo, de los Castillas descendientes del rey D. Pedro y unidos con los Lassos, de los Arias condes de Puñonrostro, de los Cabreras

condes de Chinchón y marqueses de Moya. Al par que crecía la grandeza civil de la población, pensóse también en realzar su eclesiástica categoría, y en 1518 se trató de erigir á Madrid en silla episcopal desmembrando la vasta diócesis de Toledo; pero el proyecto llevado al pontífice se estrelló en tales obstáculos, que no volvió á renovarse ni en los días de su apogeo.

Las disensiones que el fallecimiento de la reina Católica ocasionó entre el suegro y el yerno, y luégo entre el abuelo y el nieto acerca del gobierno de Castilla, hallaron eco en Madrid; y divididos en bandos los Arias de una parte y los Castillas y Zapatas de la otra, hubieron de llegar repetidas veces á las armas. El juramento que á 6 de Octubre de 1509 prestó Fernando V en San Jerónimo el Real como administrador de su hija y tutor del príncipe D. Carlos, puso treguas á semejantes reyertas: renovólas su muerte en 1516. Pero el consejo real instalado en Madrid, y sobre todo la prudente y firme diestra de Cisneros, socio en la regencia aunque único de hecho en la autoridad, hizo atravesar felizmente al reino aquel tránsito peligroso. Madrid oyó las primeras aclamaciones en que se tituló rey á Carlos I viviendo aún su madre, y presenció bien de cerca la energía é incomparable tino del Cardenal gobernador, el orgullo impaciente de los grandes, la rapacidad insaciable de los flamencos. Las ciudades de Castilla en 1520, la envolvieron en su aristocrático alzamiento de las *comunidades*; mas los caballeros madrileños se mostraron por lo general hostiles ó indiferentes. Defendió valerosamente el alcázar contra los sediciosos María de Lago en ausencia del alcaide Francisco de Vargas su marido; preservólo del saqueo Rodrigo de Cuero disuadiendo á las turbas elocuentemente; perdió por poco la vida en Illescas Juan de Arias por intentar reducirlos y negarse al entrego de la artillería; vió incendiado su castillo de Odón Fernando de Cabrera; casi todos aliaron el valor con la fidelidad. Para poner las doncellas á salvo de los conflictos y desórdenes de la guerra, abrióles sus puertas el convento de Santo Domingo el Real. Para

seguridad del pueblo se levantó un castillo hacia la Puerta del Sol, que más tarde fué derribado para ensanche de aquella salida.

Complacióse el ánimo generoso de Carlos I en honrar la leal y pujante villa, donde recobró su salud alterada por tenaces cuartanas, y donde un día de 1525 recibió la nueva del mayor triunfo que había de ilustrar su reinado: pero singularmente modesto y magnánimo en la prosperidad, no quiso que las armas francesas aniquiladas en Pavía y el cautiverio del rey Francisco su rival fuesen objeto de públicos regocijos. Poco después vió Madrid entrar al monarca prisionero, cuyas cadenas aunque doradas y cubiertas de flores se esforzaba en romper, á ratos impaciente y á ratos abatido: fué su primer albergue la torre de Luján frente á las casas municipales, y de allí se trasladó al alcázar, donde su hermana la duquesa de Alenzón y el emperador mismo acudieron á consolarle. Tras de seis meses de negociaciones concluyóse la concordia llamada de *Madrid*, y los dos soberanos pasearon juntos sus calles rivalizando en cortesía, hasta que partieron á Illescas para desposarse Francisco con la hermana de Carlos. Largas y frecuentes fueron haciéndose en Madrid las estancias del emperador, aunque su corte estuviera en Toledo; allí celebró cortes en 1528 y en 1534, y se dictaron varias medidas para buen gobierno de sus estados; y en su alcázar se labró una suntuosa mansión, ensanchando y mejorando las obras de los reyes sus antecesores.

Pero el nuevo reinado, más poderoso aunque menos espléndido, de Felipe II, elevó al colmo la grandeza de Madrid, fijando en ella la corte, cuya residencia compartía en los últimos años con Valladolid y Toledo. Por una extraña negligencia no puede la villa ostentar el decreto á que debe su ensalzamiento verificado en la primera mitad del 1561, y así no es dado examinar los motivos que decidieron en su elección al gran Felipe, quizá no tan profundos ni trascendentales como sería de suponer en monarca tan previsor. La lealtad de antiguo acreditada, la posición céntrica, la ponderada y ya perdida frondosidad del cam-

po y salubridad del clima, y sobre todo el placer creador, tan propio de las voluntades fuertes, de engrandecer lo oscuro y desconocido, bastaron tal vez para erigir á Madrid en capital. Cuán rápido sería entonces su acrecentamiento, lo muestra la comparación de su actual recinto con el anterior: la puerta sita junto á Santo Domingo avanzó á enorme distancia sobre el camino de Fuencarral, la del Sol pasó más allá del Prado doblando la extensión de la villa, la de Antón Martín bajó hasta el arroyo de Atocha, y la del hospital de la Latina se acercó mucho al puente de Toledo. Pero en medio de estas calles más regulares, aunque no exentas de declive y sinuosidad, que se tendían como inmensos radios, en medio de las manzanas de nueva planta, apenas surgían sino vastos y poco magníficos conventos: nada de monumental, nada para el porvenir; tratábase al parecer de acampar una corte más bien que de arraigarla.

Pero si Felipe II, sencillo y austero en cuanto atañía á su persona, y concentrando en el Escorial su magnificencia, no adornó su nueva corte con fábricas suntuosas, dotóla de altos y gloriosos recuerdos al asociarla á la historia de su inmortal reinado, al hacerla perenne testigo de la grandeza de su poder y de la prudencia de su gobierno. Tocóle á Madrid ser cabeza de la España, cuando la España era cabeza de la Europa: apiñábase en la capital la nobleza del reino, abandonando sus estados y castillos y retraída independencia por la dorada servidumbre de palacio, por una toga ó encomienda, por honrosos mandos ó peligrosas campañas en remotos países: una administración activa y vigorosa reunía en una sola mano las riendas de tan vastas y apartadas regiones, é irradiaba su poderoso impulso hasta las últimas extremidades; afluían los pueblos, pedían mercedes los magnates, cruzábanse las embajadas al pié de aquel trono señor por la diplomacia, no menos que por las armas, del universo civilizado. Ofrecíale el Nuevo Mundo sus inagotables tesoros, Flandes é Italia glorioso campo de laureles, el Imperio

inseparable alianza, la abatida Francia poco menos que vasallaje: los triunfos y los reveses exteriores, y hasta la sublevación de los moriscos granadinos, no alteraban sino pasajeramente el uniforme sosiego y gravedad de aquella corte, y en su movimiento tan rápido y complicado reinaba tal orden y compás que se parecía casi á la inmovilidad.

Domésticos pesares, los más terribles que podían herir el ánimo de un padre y de un monarca, apenas traspiraron fuera de los muros de palacio. En la noche del 18 de Enero de 1568 bajó Felipe II al aposento de su único hijo D. Carlos, y quitándole la espada de la cabecera del lecho, redújole á estrecha aunque decorosa prisión bajo la custodia de ilustres caballeros. Torcidas y aviesas inclinaciones en el príncipe heredero (1), in-

(1) Este príncipe tantas veces transformado en héroe de teatro, platónico amante según Alfieri, humanitario reformista en la pluma de Schiller, era un mancebo de feroces instintos, de alma mezquina, de enfermizo natural, que hubiera llevado la autoridad absoluta de su padre hasta la crueldad y la extravagancia, en cuanto permiten augurar sus primeros años. Los elogios que se le han tributado son gratuitos por lo menos, sin otro fundamento que el odio á Felipe II: sus amores con la reina Isabel su madrastra, su envenenamiento de orden de su padre, son especies ya relegadas á la novela, y nuevos documentos se presentan cada día á refutarlas. Felipe, suspicaz con su hermano D. Juan de Austria, no fué con su hijo sino justiciero; temía en éste los vicios y no las cualidades; y la severidad que empleó en esta ocasión, midiendo por una misma regla á propios y á extraños, realza la igualdad de su carácter, subordinado en todo á la razón inflexible, no á malas y caprichosas pasiones. En la carta que escribió en 21 de Enero á su hermana la emperatriz, son de notar las siguientes misteriosas palabras con que al parecer indica en su hijo una demencia incurable: «El fundamento desta mi determinacion no depende de culpa ni desacato, ni es enderezada á castigo que (aunque para esto habia materia suficiente) pudiera tener su tiempo y término. Ni tampoco lo he tomado por medio con que por este camino se reformarán sus desórdenes; tiene este negocio otro principio y raiz cuyo remedio no consiste en tiempo ni medios, que es de mayor importancia y consideracion para satisfacer yo á las obligaciones que tengo á Dios.» «En fin, dice mas arriba, yo he querido hacer en esta parte sacrificio á Dios de mi propia carne y sangre, y preferir su servicio y el beneficio y bien universal á las otras consideraciones humanas.» El príncipe mismo temía pasar en el concepto de demente, y en el acto de prenderle su padre, exclamó: «qué me quiere V. M.? no soy loco sino desesperado.» Sin embargo y á pesar de sus faltas la suerte de D. Carlos interesó vivamente no sólo á sus tíos los emperadores de Alemania, á los reyes de Portugal su abuela y primo, y al mismo pontífice, sino también á los súbditos españoles; y Cabrera dice significativamente en su historia: «Tan atento (el rey) al negocio del príncipe estaba, y sospechoso á las murmuraciones de sus pueblos fieles y reverentes, que ruidos extraordinarios en su palacio le hacian mirar si eran tumultos para sacar á S. A. de su cámara».

tolerable orgullo y violencias con sus servidores, raptos cual de demencia desde la violenta caída que en Alcalá había sufrido, y sobre todo intentos de fuga hacia los Países Bajos devorados entonces por la sedición, obligaron al desgraciado padre á destruir sus propias esperanzas; y las instancias de sus deudos y de los príncipes de la Europa no pudieron recabar de él lo que no había logrado la voz de la sangre. Seis meses duró el cautiverio de D. Carlos, mientras se instruía el proceso de cuyo fallo pendía la España y el mundo entero, cuando á la entrada del verano se propuso abreviar sus días á fuerza de excesos y privaciones. Logrólo muy en breve contrayendo unas malignas calenturas, y en 24 de Julio espiró resignado, sin ver á su padre que por cima de los hombros de los que rodeaban su lecho le dió la postrera bendición. En 3 de Octubre inmediato siguióle al sepulcro la reina Isabel de Valois iris de paz entre la Francia y la España, y sus últimas palabras fueron una tierna exhortación de paz al rey su marido, recomendándole el amparo de su patria y de su familia tan trabajadas por las herejías y facciones.

Hallándose sin hijo y sin esposa, pensó el monarca en su cuarto enlace; y en 26 de Noviembre de 1570 vióle Madrid con desusada pompa entrar al lado de su sobrina y consorte Ana de Austria, que tras de varios hijos fenecidos en la cuna, le dió al cabo un sucesor en Felipe III. Vencedor de los moriscos de las Alpujarras, presentóse en la corte D. Juan de Austria, y de allí voló á ponerse al frente de la armada que había de hundir el poder de la media luna en las aguas de Lepanto: Italia, Túnez, los Países Bajos se inclinaron sucesivamente al fulminar su invencible espada: diríase que los dos hijos de Carlos V, repartiéndose y mejorando las prendas de su padre, no formaban sino un cuerpo, y que D. Juan era el brazo, Felipe II la cabeza. Por algunos años los triunfos del príncipe sirvieron á la capital de único pábulo de novedades y asunto de regocijos; pero el misterioso asesinato de su secretario Juan de Escovedo inspirador de harto ambiciosos proyectos, y la prisión de Antonio Pé-

rez, no tanto por ser reo de esta muerte como de secretos agravios contra su rey, dieron nuevo sesgo á los rumores cortesanos sobre el enlace de entrambos acontecimientos. Once años mantuvo la espectación pública el proceso del célebre ministro; y cuando el rigor siempre creciente de su prisión amenazaba un sangriento desenlace, su fuga al territorio aragonés, complicando en su causa todo un pueblo, atrajo la tempestad sobre la desventurada Zaragoza.

Fijos los ojos en la corona de Portugal vacante por muerte del rey cardenal su tío, salió de Madrid Felipe II en 4 de Marzo de 1580, y no volvió sino con ella en la cabeza á 27 de Marzo de 1583, viudo ya de su postrera esposa que en Badajoz había generosamente ofrecido su vida al cielo en cambio de la del monarca. La bella Lisboa aumentó el número de cortes tributarias de la nuestra, que apenas nacida tocaba á un apogeo de grandeza sólo inferior al de la antigua Roma; pero conforme desmayaba con los años la robusta mano que la sustentaba, oíanse crugir los mal trabados miembros de aquella inmensa monarquía. Los Países Bajos casi por completo habían ya sacudido el yugo; la Inglaterra, estrellada en sus costas la armada *invencible* que había de aniquilarla, se atrevía á insultar las nuestras con desembarcos de piratas; la Francia con la paz interior recobraba sus fuerzas bajo el cetro de Enrique IV: Portugal rebullía siempre inquieto, ansioso de reyes propios, y ciego aún con la crédula esperanza de que vivía su D. Sebastián. En 19 de Octubre de 1595 moría ahorcado en la plaza de Madrid fray Miguel de los Santos, anciano fraile portugués, cuyo delito había sido el de promover semejante impostura incitando en Madrigal á un pastelero á tomar el nombre del difunto soberano, y sorprendiendo el candor de su confesada doña Ana, hija del príncipe D. Juan de Austria, en el retiro de su convento.

Á la sombra de su monumento colosal cerró los ojos Felipe II en 13 de Setiembre de 1598; y Madrid que proclamó á

su heredero en 11 de Octubre, vió inaugurarse un reinado de prodigalidad y flaqueza en la suntuosísima entrada que un año después, en 24 de Octubre, preparó á Felipe III y á su esposa Margarita de Austria. En arcos de triunfo, en fuentes artificiales, en fuegos, y luminarias y vistosas danzas de gremios, gastáronse arriba de cien mil ducados; pero estos obsequios no impidieron que el nuevo rey, poco afecto á la coronada villa y deseoso de contener la despoblación de Castilla la Vieja, trasladara á Valladolid su corte á 11 de Enero de 1601. Perdió Madrid de un golpe su prestado esplendor y su gratuita importancia, al apartarse de ella el trono á cuyo abrigo se había dilatado; nada le quedó de su opulencia, que era móvil y transferible toda, sino el sin número de casas desiertas y abandonadas, que no sólo se alquilaron de balde, sino pagando á los inquilinos el cuidado de su conservación. Pocos años hubieran bastado para reducirla á su condición primera, si, ora por los inconvenientes que en la mudanza se palparon y por la insalubridad de Valladolid (1), ora por veleidad y capricho del rey y clamores de los madrileños, no se hubiera restituído la corte á su puesto al cabo de cinco años de ausencia. Compró la villa este privilegio ofreciendo al monarca la sexta parte de su caserío, que se conmutó después en un donativo de 250,000 ducados; si bien muy pronto la recompensaron de este sacrificio el adorno de nuevas obras, la construcción de la plaza Mayor y un rápido aumento de vecidario. Con la expulsión de los moriscos (medida que, si tal vez desacertada, no puede negarse fué entonces popular) no salieron de la capital arriba de cuatrocientas personas, al paso que iba aglomerándose en ella lo más florido de

(1) La competencia entre Valladolid y Madrid la resolvió agudamente Cervantes en su *Licenciado Vidriera* con estas breves palabras: «De Madrid los extremos, de Valladolid los medios; de Madrid cielo y suelo, de Valladolid los entresuelos.» Quevedo en un romance se burló desapiadadamente de Valladolid después que la corte la hubo abandonado, si bien su mordacidad tampoco perdonó en otras composiciones á Madrid su patria.

las provincias, absorbiendo en cierto modo la sustancia del reino (1).

Las costumbres eran de cada día menos rígidas, los trajes más lucidos y ostentosos, más dispendiosas y frecuentes las fiestas no ya para celebrar nuevos triunfos, sino tratados de paz ó nacimientos de príncipes ó juras y esponsales regios. En

---

(1) En la notable consulta que dirigió al rey el consejo de Castilla en 1.° de Febrero de 1619 para alivio de los pueblos y reparación del estado, lamentándose de la insoportable carga de tributos, de la desatentada liberalidad en otorgar gracias y mercedes y en desmembrar el real patrimonio, del ruinoso lujo, del abandono de la agricultura, de las multiplicadas exenciones y privilegios, del excesivo número de conventos y religiones, cuenta por uno de los males de mayor gravedad la demasiada aglomeración de vecindario dentro de la corte. Siendo este párrafo curiosísimo, lo transcribimos aunque en extracto.

«Que para poblar bien el reino de Castilla no se ha de traer gente estrangera; pues los estrangeros no vienen á España sino á chuparla y destruirla, y conviene escusar en lo posible el trato y comercio con ellos. Convendrá sí dentro de estos reinos traspalar de unos lugares á otros la gente que sobre. La que hay en esta córte es escesiva en número, y será conveniente descargarla de mucha parte de ella, mandando que la sobrante se retire á sus respectivos hogares. Y en esta diligencia no se ha de comenzar por la gente comun y vulgar como se ha hecho hasta ahora: pues seria iniquidad dejar los ricos y poderosos que son los que han de mantener á los pobres, y echar á estos donde no tengan que trabajar para ganar la comida. Los que deben salir de la córte son los grandes, los señores, los caballeros y gente de calidad con gran número que hay de viudas ricas y poderosas, y otras que no lo son tanto y han venido á la córte sin legítima causa ó la buscaron afectada; como también muchos eclesiásticos que tienen obligacion de residir en sus iglesias, só color de que tienen pleitos en esta córte, y que sus iglesias los envian á la defensa de ellos. Unos y otros se domicilian aquí comprando y edificando casas con menoscabo de sus patrias, cuyos pobres se mantendrian á la sombra de los ricos si estuvieran en ellas. Pero como estos no viven allí, huyen tambien los pobres y se refugian á la córte buscando maneras de vivir muy agenas de las que les competía. Restituidos los señores á sus lugares, conocerán á sus vasallos, querránles bien, haránles justicia, y verán por sus ojos los trabajos y necesidades que padecen y podrán remediarlos. Los lugares comarcanos venderán bien sus cosechas y manufacturas: se poblarán los que están mal poblados, con los criados que llevarán los señores, alli necesarios y en la córte perniciosos. Los premios y mercedes no se darán por importunidades ni por malos medios. Á quien tuviere justa causa para venir á la córte en solicitud de negocio preciso, se le concederá licencia por el tiempo que pareciere necesario, y concluido este, se restituya á su casa y cuide de sus pobres vasallos. Respecto á los pretendientes no debiera darse licencia á ninguno para venir á la córte, sino darles los premios que segun sus méritos les correspondan, y aun buscar para ellos á los que no los solicitan ó los huyan. Estaria la córte sin tanta confusion de forasteros de España y de fuera de ella, casi todos corrompidos en religion y costumbre. Dado lugar á condescendencias, no hay que tratar de restaurar lo perdido, sino tener entendido se va á acabar lo que resta.» Esta consulta puede verse en los *Discursos políticos* que sobre ella imprimió en 1626 el licenciado Pedro Fernández de Navarrete.

vez de la cohorte de intrépidos adalides y sabios ministros que rodeaban el solio de Carlos V y de Felipe II como planetas alrededor del Sol, eclipsaba al bondadoso monarca un indolente valido, el duque de Lerma, cuya privanza sólo duró dos años menos que el reinado de su señor, reemplazándole en su blanda caída el duque de Uceda su propio hijo. La fortuna como subyugada no se atrevía sin embargo á desairar aún nuestras banderas; escudaba á la España la grandeza y el temor de su nombre; y la nave del estado, aunque sin piloto y sin rumbo cierto, cruzaba orgullosa los tranquilos mares, en tanto que borrascosas nubes se condensaban en el horizonte. En este intermedio feneció prematuramente en su palacio Felipe III á 31 de Marzo de 1621, más que de calentura consumido de tristeza; atormentaron su agonía los escrúpulos y los recuerdos de una vida negligente aunque devota, y entre vislumbres de piadosa esperanza, *¡oh! quién no hubiera reinado!* murmuraban sus labios moribundos.

Con el nuevo rey no hubo otra mejora que cambio de privados; y como víctima expiatoria de las faltas y desaciertos pasados, subió al cadalso en 21 de Octubre D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, hechura del duque de Lerma. La religión convirtió en héroe al antes insufrible favorito, y la resignación más bien que la inocencia le inspiró un valor tan modesto y firme, que preguntaba en el postrer instante á su confesor: «padre, ¿será pecado de altivez el despreciar tanto la muerte?» Después que el verdugo hubo pasado tres veces el cuchillo por su garganta, su cadáver, á más de la tortura martirizado por áspero cilicio, fué llevado al convento de carmelitas descalzos; y calló la envidia, y nació la compasión y hasta la alabanza sobre su tumba. Más ilustre y justificada víctima y no menos resignada ofreció á sus émulos D. Pedro Girón duque de Osuna, cuyos servicios y altos pensamientos en el virreinato de Nápoles fueron acriminados como intentos de rebeldía; trasladado de castillo en castillo y de casa en casa, cruelmente

afligido de la gota, murió preso en 1624 en la habitación del consejero Gilimón de la Mota, y á menudo exclamaba compungido: «dad, Señor, paciencia y aumentad el dolor; vengan penas, y vayan culpas.» Y otras veces alarmado su pundonor con tan feas imputaciones añadía: «errar en el servicio del rey puede ser; pecar, eso no. Oh rey de reyes, y Señor mío, ¡oh! quién os hubiera servido, majestad eterna, como á la temporal!» Generación aquella venturosa y grande á pesar de sus miserias y desdichas, en que la fe severa al par que consoladora se sentaba en el trono lo mismo que en el patíbulo, en que una fuerza de lo alto sublimaba toda caída, robustecía toda flaqueza, suavizaba toda amargura, fiscalizaba todo poder, consagraba toda expiación!

En sus principios se propuso Felipe IV, aunque tan mozo, imitar al parecer la severidad de su abuelo (1), pero el conde-duque de Olivares pronto logró adormecerle en el seno de los placeres; y las amorosas aventuras del rey y las profusiones del valido y los refinamientos de la galantería y del ingenio ocuparon exclusivamente á aquella fastuosa y brillante corte de un imperio que se hundía á toda prisa. En Marzo de 1623 apareció en ella de incógnito el príncipe de Gales, más tarde infortunado rey de Inglaterra con el nombre de Carlos I; reci-

(1) Entre las medidas adoptadas por entonces, dos sobre todo merecen referirse. Una es la real cédula de 14 de Enero de 1622 mandando que todos los ministros que hayan sido desde 1592 y son y fueren, dén inventario de sus haciendas, muebles y riquezas á la entrada y á la salida de su cargo, comparación que no dejaría de ser útil á más de curiosa. Acerca de la otra oigamos cómo la expone Gonzalo Dávila en su *Teatro de las Grandezas de Madrid*. «Mandó el rey abrir ventanas en todos los consejos para ver y no ser visto, oir y no ser sentido; y cuando quiere ir á la ventana de un consejo le van acompañando algunos de su cámara, y en llegando á la puerta del aposento abre y entra solo. La llave de estas puertas la trae el rey consigo, que asiste el tiempo que le place y advierte lo que conviene para el buen gobierno de las materias que oye conferir, y avisa al presidente ó cabeza de aquel consejo; y cuando sale de la corte quedan estas puestas en recato para que nadie entre, como cosa reservada para el rey y no mas. Los aposentos son pequeños y no claros, bien aderezados y alfombrados, con un taburete donde el rey se sienta. Las ventanas tienen delante unas esteras ralas de la India con sus cortinas; no puede ser oído ni sentido cuando entra ni cuando sale; y así en todo tiempo los consejos están en vela, presumiendo cada uno que la presencia de su rey los oye.»

bido con solemne entrada, su estancia en Madrid fué una continuada fiesta, hasta que salió en 9 de Setiembre acompañado del mismo soberano, rivalizando ambos en cortesía y generosidad, aunque el proyectado enlace que había de unir á Carlos con la hermana de Felipe quedó frustrado por obstáculos misteriosos. El presuntuoso ministro, malgastando los caudales públicos en insensatos festejos y las fuerzas de la nación en estériles y ruinosas guerras en que las mismas victorias eran fatales, no hizo más que concebir aventurados y gigantescos planes que siempre aguó su mala fortuna ó la superior habilidad de sus adversarios. Agotábanse las fuentes de riqueza, la península se despoblaba, multiplicábanse los tributos hasta el punto de *faltar ya nombres que imponerles* (1); y entretanto Felipe IV en su nuevo palacio del Buen Retiro convocaba á poéticos certámenes, disponía comedias, fiestas de toros y nocturnos saraos, y gastaba de diez á doce millones de reales para celebrar la elevación de su cuñado al imperio de Alemania. Los súbditos emulaban en el lujo el ejemplo del soberano; y en ningún tiempo fueron tan frecuentes y tan inútiles las pragmáticas sobre trajes y las leyes suntuarias. Las artes y la literatura, nunca más animadas y fecundas que en aquel reinado, tenían asimismo más de brillante que de sólido, de sutil más que de profundo; y apartándose cada vez más de la noble sencillez que caracterizó el poder y la energía del siglo anterior, y sacrificando la idea al culto de las formas, dejaban entrever lastimosos síntomas de postración al través de su inquieta vitalidad y de los exuberantes adornos que al fin habían de ahogarlas.

Declaróse súbitamente en 1640 la espantosa desorganización que desde tiempo amenazaba. Cataluña se sublevó hostigada por los excesos de la soldadesca y por el orgullo de los gobernantes; Portugal proclamó su emancipación ciñendo la corona

(1) Palabras literales de una exposición presentada en las Cortes de Madrid en 1646.

al duque de Braganza. El rey que acudía á atajar estos daños no pasó de Aranjuez en ocho meses; y á vista de tamañas pérdidas afectaba el conde-duque aquella fatua serenidad con que asistían á la desmembración de sus dominios los últimos emperadores romanos. El pueblo murmuraba y hacía oir la verdad al soberano en las calles mismas de la capital: la reina se le presentó llorosa mostrándole al joven príncipe próximo á quedarse sin corona: y en Enero de 1643 se verificó por fin la caída de Olivares, menos estrepitosa de lo que hacía temer su desmedida elevación y el sin número de odios aglomerados sobre su cabeza. El rey se propuso gobernar por sí, pero muy pronto heredó el ascendiente del conde-duque su sobrino Don Luís de Haro. Á las guerras intestinas, sangrienta la de Cataluña y harto floja la de Portugal, se añadieron los reveses exteriores en Flandes y en Italia; y para mayor desventura cundió el contagio de la sedición entre la misma nobleza que rodeaba el trono. El duque de Medina Sidonia, á ejemplo de su cuñado el de Braganza, proyectó locamente en 1641 alzarse rey de Andalucía, si bien el reconocimiento de su culpa á las plantas del monarca fué seguido del perdón más absoluto. En 5 de Noviembre de 1648 y en la plaza de Madrid rodaron sobre el patíbulo las cabezas de D. Carlos de Padilla, guerrero distinguido, y de D. Pedro de Silva, marqués de Vega de la Sagra, autores de un negro cuanto desatinado intento de regicidio para entronizar en España á los Braganzas; y el duque de Hijar, como sabedor del atentado, después de sometido á cruel tortura, fué condenado á perpetuo encierro. Más clemencia encontró en 1662 el marqués de Liche, gracias á su mocedad y á la memoria de su padre D. Luís de Haro; en su atroz despecho había concebido volar con pólvora el teatro del Buen Retiro mientras el rey con su corte se solazara en el espectáculo: perdonado generosamente, lavó más adelante su mancha á fuerza de lealtad.

Fallecida en Madrid la interesante reina Isabel de Borbón en ausencia de su marido, y dos años después su único hijo

Baltasar Carlos en Zaragoza, desposóse Felipe IV con su sobrina Mariana de Austria á quien recibió la capital en 13 de Noviembre de 1649, y con ella entraron en palacio costumbres más austeras y sombrías. Larga serie de derrotas terminada en 1659 con la paz *de los Pirineos*, para renovarse luégo en las desastrosas campañas de Portugal, reflejaron una sombra de melancolía sobre aquella corte tan alegre é imprevisora un tiempo, y sobre el ánimo del monarca que espiró en 17 de Setiembre de 1665 dejando un enfermizo niño de cuatro años bajo la tutela de una madre débil más austriaca que española. Desplegóse con motivo de la regencia la rivalidad hasta entonces sorda entre la reina Mariana y su bastardo entenado D. Juan de Austria, hombre ya maduro y de gallardas prendas, á cuyo valor no siempre acompañaba la fortuna, ni á sus virtudes la templanza. Mientras la Europa se aprestaba á vengar sus pasadas humillaciones y á pedir cuenta á la España de su antiguo predominio, ardía la corte en intrigas para retener ó alejar al padre Nitardo, confesor de la reina y dueño casi de la suprema autoridad. Don Juan, sostenido por el afecto del pueblo y de gran parte de la nobleza, mejor que por el pequeño ejército con que apareció en Febrero de 1669 á las puertas de Madrid, dictó la remoción del jesuíta alemán, é impuso leyes al gobierno, reservándose el de la corona de Aragón y una intervención notable en los negocios del estado. En 6 de Noviembre de 1675, día en que Carlos II llegaba á su mayor edad, logró la reina madre arrancar de su lado al príncipe; mas apenas pasó un año antes que D. Juan volviera á la corte llamado por el mismo rey, privando á Doña Mariana de su nuevo y oscuro favorito Fernando de Valenzuela, y desterrándola á Toledo. Árbitro absoluto de la nación, D. Juan distó mucho de realizar las esperanzas en él fundadas, y atendió más á los manejos y rencores palaciegos que á reprimir los enemigos exteriores que no sin gloria había combatido en vida de su padre. Su arrebatada muerte en 1679 dejó el timón del estado á merced del duque de Medinaceli, del conde de

Oropesa, del de Melgar y del cardenal Portocarrero, que sucesivamente unos á otros se derribaron. Á la malograda reina María Luísa de Orleans reemplazó en 1689 Mariana de Neoburg en el tálamo de Carlos II; pero la sucesión apetecida no venía á calmar la ansiedad y desconsuelo de los españoles. La nación abatida é insultadas por el orgullo francés sus costas y fronteras, inquieto el pueblo y azorado con el sordo rumor de la próxima borrasca, el erario exhausto, la corte dividida en encarnizados bandos sobre la sucesión á la corona, el rey doliente y pusilánime sometido á supersticiosos conjuros; tal fué la agonía lastimera de aquella dinastía austriaca poco antes tan venerada y poderosa. Un día de 1699 se agrupó la hambrienta plebe de Madrid pidiendo *pan* al pié de los balcones de palacio: se le dijo que el rey dormía; *hora es ya de que despierte,* respondieron á gritos, hasta que Carlos pálido y tembloroso se presentó á sosegarles. La furia popular recayó sobre el conde de Oropesa, saqueando su casa en la plaza de Santo Domingo; y la caída del ministro fué el triunfo de Portocarrero y del partido francés, y la ruina del austriaco que sostenían la reina y el almirante de Castilla. Mientras contaban á Carlos los instantes de vida sus presuntos herederos, mientras las potencias se repartían entre sí la España en insolentes tratados, el moribundo rey otorgó su testamento á favor del duque de Anjou, nieto de su hermana primogénita María Teresa; y más tranquilo con esta declaración, como si de ella no hubiera de apelarse á las armas, decrépito ya á sus 39 años, falleció en 1.º de Noviembre de 1700.

Una nueva dinastía constantemente rival de la austriaca á pesar de sus frecuentes y recíprocos enlaces, vino á recoger su todavía pingüe aunque descuidada herencia; y en 14 de Abril de 1701 el palacio de Felipe II recibió por dueño al vástago de los Borbones Felipe V. Con su esposa María Luísa de Saboya entró la princesa de los Ursinos, dama intrigante y altanera, que no sólo subyugó á la reina sino al mismo soberano; y pronto hirvió la corte en intrigas y rivalidades entre los franceses que

venían á darnos la ley y los españoles que más habían contribuído al encumbramiento de su príncipe. La Ursinos fué llamada á París, y otra vez restituída á su real é inseparable amiga; por su influjo el conde de Montellano suplantó al cardenal Portocarrero; y los embajadores y los mismos generales hubieron de someterse á los caprichos de una favorita. Pero á las mudanzas palaciegas sucedieron más duras y sangrientas vicisitudes: el Austria y la Inglaterra, Holanda, Portugal y Saboya se habían conjurado para arrebatar la corona al nieto de Luís XIV y ceñírsela al archiduque Carlos hermano del emperador. Felipe V, que en el campo de batalla había mostrado más decisión que en el gobierno, peleó con varia fortuna, tan querido y aclamado en Castilla como combatido en las provincias aragonesas; hasta que rechazado con pérdida del sitio de Barcelona, en Junio de 1706 tuvo que abandonar una capital que le idolatraba. Las tropas portuguesas proclamaron en Madrid al archiduque; pero la mitad de ellas encontró allí su sepulcro, víctimas de sus propios excesos y del odio de los naturales (1). En 4 de Octubre inmediato se restituyó Felipe á su palacio en medio de generales aclamaciones, que al año siguiente resonaron de nuevo por la victoria de Almansa y por el nacimiento de su primogénito Luís, asegurando á la vez su trono y su descendencia. Dos nuevas derrotas en 1710 le forzaron á refugiarse á Valladolid con su corte; treinta mil personas siguieron su retirada, y el pueblo inerme que allí quedaba mantenía para él su fe y su corazón. Á la proclamación de Carlos III por los batallones ingleses y alemanes sólo respondió una turba de hambrientos muchachos: solitarias calles y balcones cerrados á despecho del temor y de la misma curiosidad, fué lo único que encontró en su triunfal entrada el archiduque, cuando en 8 de Octubre, después de visitar el santuario de Atocha, subió calle arriba hasta

(1) Los más de los soldados perecieron de enfermedades vergonzosas con que las mujeres públicas les contaminaron de propósito, brindándoles al deleite: *lealtad impía*, como dice enérgicamente el marqués de San Felipe.

la plaza Mayor, y sin ver el palacio volvió á salir por la calle de Alcalá, exclamando que Madrid *era un pueblo desierto*. Un mes entero permaneció en sus inmediaciones, y al retirarse persiguió sus oídos el estrépito de las salvas, campanas y vivas con que se reanimó aquel desierto para aclamar á su competidor. El alborozo subió de punto en 3 de Diciembre con el regreso de Felipe, que seis días después se coronaba en el campo con los inmarcesibles laureles de Brihuega y Villaviciosa.

La paz de Utrech sancionó en 1712 el fruto de la victoria, y subyugada la temeraria Barcelona, Felipe V salvó la integridad de la española diadema, aunque desnuda ya de los florones medio desgajados de Flandes é Italia que en los últimos tiempos le servían de carga más que de adorno. Su esposa apenas gozó de sosegada dicha muriendo precozmente en 1714, y el mismo año entró en Madrid la nueva reina Isabel Farnesio, no sin haber antes desterrado de la península á la inquieta princesa de los Ursinos. Á los manejos femeniles sucedieron los planes sobrado ambiciosos y elevados del cardenal Alberoni, la conquista de Cerdeña y de Sicilia, y los inesperados alardes de la pujanza española, hasta que en Diciembre de 1719 fué inmolado el audaz ministro á los celos y temores de la Europa coligada, mandándole salir precipitadamente de la corte. Alejado Felipe del gobierno por una genial flojedad y tristeza de espíritu, depuso la grave carga en los hombros apenas juveniles de su primogénito: Madrid, asombrada de tan generoso desprendimiento, victoreó rey á Luís en 9 de Febrero de 1724, y en 31 del siguiente Agosto le lloró ya difunto, subiendo de nuevo al aborrecido trono su buen padre arrancado de su retiro de la Granja. La postrera mitad del reinado de Felipe V fué serena y venturosa; y mientras que nuestras armas adquirían gloriosamente en Italia un patrimonio para sus hijos, ciñendo á Carlos la corona de Nápoles y á Felipe la ducal de Parma y Plasencia, la paz y la abundancia fijaron su mansión en la península, las artes y las ciencias florecieron en la capital á la sombra de

ilustres academias, y con la erección del real palacio amaneció para la degenerada arquitectura la aurora de la restauración.

Al suceder Fernando VI á su padre herido por muerte casi repentina en 9 de Julio de 1746, continuó su pacífico y reparador impulso sin sentirse apenas el cambio de monarca. La nación halló en sí misma gérmenes de prosperidad y fuerza que antes no conocía; organizóse la hacienda, creció nuestra marina; ministros enérgicos y virtuosos como Carvajal y Ensenada secundaban las paternales miras del soberano, en cuya firmeza se estrellaron todos los esfuerzos y lisonjas de la Francia y de la Inglaterra para ladear la España á favor suyo. Ni la paz se compró con humillaciones, ni la gloria con sangre, ni las reformas con trastornos, ni las mejoras con gravámenes de los pueblos. En la corte modesta al par que brillante, que encantaba con sus gorjeos el músico Farinelli, y en que el decoro se hermanaba siempre con la alegría, no se cruzó otra intriga que la que produjo en 1754 la funesta destitución del marqués de la Ensenada. Perdida en 1758 su esposa María Bárbara de Portugal, Fernando VI acabó consumido de tristeza en medio de un pueblo cuya dicha labraba, y las primeras lágrimas que costó á sus vasallos fueron por su fallecimiento en 10 de Agosto de 1759.

Cuatro meses después entró en Madrid su hermano Carlos III trocando la corona de Nápoles por la de España; y el sosiego interior y el constante engrandecimiento del país en nada se resintieron de la guerra apenas interrumpida con que nuestras escuadras osaron disputar á las inglesas el dominio de los mares. La Francia, á cuyo gabinete se ligó inseparablemente el nuestro con el gravoso *pacto de familia,* empezó á imponernos sus ideas y costumbres; y envueltos en benéficas mejoras y en científicos y materiales adelantos vinieron de allá funestos gérmenes, cuyo desarrollo comprimió la religiosidad del monarca y la sumisión profunda de los vasallos. Sólo una vez en 26 de Marzo de 1766, domingo de Ramos, se sublevó el pueblo

madrileño en defensa de sus usos y trajes nacionales, arrolló á las guardias valonas, arrancó á Carlos la destitución de su predilecto ministro el príncipe de Esquilache; pero desahogada en dos días la efervescencia, poco le costó al gobierno el restablecer la tranquilidad, y más poco todavía al año siguiente la fácil hazaña de la expulsión de los jesuítas consumada en una sola noche con tiránico y ridículo misterio. Venturosa y digna, bien que en parte imprevisora, fué sin duda aquella generación: ministros enérgicos y respetables en medio de sus faltas y prevenciones, realzaban el esplendor del solio sin esclavizarlo; celebraban á su coronado protector los literatos y poetas; enriquecíase el erario sin empobrecimiento de los particulares; proyectos mil de utilidad y ornato pululaban tan pronto realizados como concebidos; y en las letras y en la industria, en la agricultura y en el comercio, en el gobierno y en la sociedad, notábase una actividad desusada de que Madrid era el foco y el corazón. Cúpole pues una parte muy principal en probar los efectos de aquella regia munificencia que surcaba la península con caminos y canales, que la cubría de fábricas, iglesias y caseríos: remozóse la capital lavando las manchas que afeaban su prematura senectud, y lo que le faltaba de monumental lo compensó con los suntuosos edificios y los útiles y benéficos establecimientos que vió brotar de su recinto. Comodidad y recreo, salubridad y cultura, aseo y seguridad, todo lo debe Madrid á su restaurador, al que por títulos muy especiales puede llamar el *gran* Carlos III.

Cuando lloró su muerte en 13 de Diciembre de 1788, su heredero Carlos IV todavía inspiraba esperanzas por desgracia bien fallidas. Renovóse en breve el palacio y el gobierno: á Floridablanca suplantó el orgulloso conde de Aranda, para verse arrollado luégo por el favorito Godoy. Bajó el escándalo del mismo trono contagiando gradualmente todas las clases; mientras que la nación hecha patrimonio del inepto valido, desangrada en infausta guerra contra la república francesa, se

vió uncida por ignominiosa paz al carro triunfal de Napoleón. Sin embargo la superficie se mostraba aún tranquila y halagüeña; las artes y las letras hacían progresos brillantes si no muy profundos; lisonjeaban las liras el inerte sueño de los gobernantes, acallando el sordo rumor de la próxima borrasca; la capital se embellecía de cada año; y en aquel pueblo apático y frívolo que abría paso á la carroza de sus soberanos, murmurando alegremente de las cacerías del buen Carlos y de las galantes aventuras de María Luísa, ó desahogando en epígramas su desprecio respecto del favorito, nadie hubiera reconocido á la generación magnánima del 2 de Mayo.

Sonó la hora, y en pocos meses probó Madrid las más violentas y encontradas vicisitudes. En 19 de Marzo de 1808 enloquece con la noticia de la caída de Godoy seguida de la abdicación de Carlos IV, al resplandor de las hogueras que consumen los fastuosos muebles del ministro y sus secuaces; en 24 acoge con frenético entusiasmo á su deseado Fernando VII; pero el 10 de Abril con sombríos presentimientos le ve salir para el insidioso congreso de Bayona, ocupado ya su recinto por las legiones francesas. En 2 de Mayo se levanta como un solo hombre, lanzando á la nación el heróico grito de independencia, y ofreciendo los inermes pechos de sus hijos á las bayonetas de Murat: en 1.° de Agosto insulta á la retirada de sus opresores ahuyentados por el victorioso ejército de Castaños; en 2 de Diciembre prepárase á resistir á la espada aún invicta de Bonaparte, sin inclinar su indefensa cerviz sino á una honrosa capitulación. Cuatro años gimió bajo un yugo que su propia lealtad agravaba, prefiriendo pasar por esclava que por súbdita, y mofándose del intruso rey que le habían impuesto: inútiles eran halagos, amenazas, escarmientos; y en medio de los rigores del hambre de 1811 hasta el sustento rehusaba de manos de sus dueños. En 12 de Agosto de 1812 saludó á sus libertadores españoles é ingleses; y aunque recayó dos veces todavía en la servidumbre, el 28 de Mayo de 1813 alumbró

su libertad definitiva, y el 13 de Mayo de 1814 el triunfante regreso del cautivo monarca objeto de tantos votos y sacrificios.

De las sangrientas y mezquinas revueltas que desde entonces han agitado á España, Madrid ha sido el principal teatro y hartas veces la oficina: mucho ha presenciado de fiestas de *real orden*, de proclamaciones de *oficio*, de prófugas salidas y de triunfales entradas, de solemnes juramentos infringidos al otro día, de manifestaciones populares hechas por un grupo de voceadores, de efímeros motines, de horribles matanzas, de asesinatos y de suplicios, que sobrepuestos unos á otros se borran y confunden en la memoria. Al discurrir por las calles de la capital asaltarán nuestra fantasía cien recuerdos palpitantes, dramáticos y memorables cual ningunos; pero estos recuerdos emponzoñados por la política todavía no pertenecen á la historia. Madrid se va acostumbrando á tales peripecias como á los cambios atmosféricos; y serenada apenas la borrasca, se reanima y bulle de nuevo, indiferente á su porvenir, ataviándose de cada vez con más elegancia, y disimulando con ostentoso oropel las quiebras de su fortuna.

Cada soberano ha legado á Madrid por joya algún monumento como en prenda de la estabilidad de su residencia; y una rápida enumeración de ellos puede servir de historia artística resumiendo la cronología de sus principales edificios. El hospital de la Latina y el convento de San Jerónimo recuerdan, aunque no en su mayor suntuosidad, la época brillante de los Reyes Católicos: del gótico plateresco sólo un precioso destello nos queda en la capilla del Obispo, ya que pereció el alcázar de Carlos V, y que nada nos dicen de su magnificencia ni el renovado convento de Atocha ni el demolido de San Felipe el Real. Religiosos fueron los dones de Felipe II, distinguiéndose entre ellos la Trinidad, el Carmen calzado y las Descalzas reales, aunque sólo en el puente de Segovia consignó la grandiosidad de sus empresas, con las cuales rivalizó el reinado de Felipe III en San Isidro el Imperial, en la cúpula de los Basilios, en las

monjas de la Encarnación, y sobre todo en la plaza Mayor tantas veces renovada desde entonces. Las profusiones de Felipe IV sólo dejaron en pos de sí la cárcel de corte, la casa de Ayuntamiento y el palacio y encantadores jardines del Buen Retiro; y del período decadente de Carlos II son ejemplo la capilla de San Isidro y la casa de la Panadería. Empezaron entonces y siguieron triunfantes bajo Felipe V las restauraciones barrocas que contagiaron toda la capital; en el cuartel de Guardias de Corps, en el Hospicio, en el puente de Toledo, en teatros y fuentes se hizo alarde de lujosas extravagancias á que puso término el hermoso tipo del real palacio. Las Salesas y la puerta de Recoletos conservan dignamente la dulce memoria de Fernando VI: la Aduana, la casa de Correos, San Francisco el Grande, el gabinete de Historia natural, el Museo de pinturas, el jardín botánico, el observatorio astronómico, el canal de Manzanares, el arco de Alcalá, el Prado reducido á una amena regularidad y adornado con suntuosas fuentes, inmortalizan el nombre de Carlos III y le proclaman segundo fundador de Madrid. Graduales mejoras de adorno y policía, reparaciones y arreglos de lo ya construído, si se exceptúa el teatro de Oriente, ocuparon la atención bajo Carlos IV y Fernando VII, logrando empero gran desarrollo el gusto en las construcciones privadas. Barrer conventos y despejar solares fué el único cuidado de la dominación francesa y de los primeros años de nuestra revolución: trocarlos en plazas ó jardines, alinear y empedrar calles, poblar la capital de cafés y tiendas, pulirla en fin y acicalarla con el barniz uniforme de la cultura, tal es la tarea de nuestros días, fácil sin duda, aunque no inútil ni deslucida si menos jactanciosamente se pregonara.

II

* Mucho ha cambiado el aspecto de Madrid, desde la época en que el Sr. Quadrado escribía los párrafos anteriores á mediados de este siglo.

* No es ya la capital de España aquella población de 200,000 almas escasas que contenía la antigua villa y corte de Fernando VII en los últimos años de su vida, y durante la agitada regencia de su cuarta esposa y los primeros años del reinado de su hija.

* El aumento de aguas potables dos siglos antes proyectado, el crecimiento burocrático que llevan consigo las complicaciones de la administración moderna y las exigencias de la civilización y aun del lujo y de la moda, el deseo de mayores goces y mayor soltura que agita á las fortunas nuevas é improvisadas, las cuales por lo común se desdeñan de la tranquila vida de ciudades de provincia, y propenden á dejar los parajes en donde es conocido su modesto y aun oscuro origen, á veces y por el contrario la necesidad de ocultar en ignorado albergue las consecuencias desastrosas del despilfarro, del juego, ó de reyertas y envidias lugareñas, la acumulación de obreros para la multitud de edificios construídos, que ya apenas encuentran quien los habite, y esa atracción fatal y vertiginosa de los grandes centros de población, que parece arrastrar hacia sí la gente de los campos y las aldeas, diezmándolos y aun dejándolos yermos, han hecho duplicar de cuarenta años á esta parte el vecindario de Madrid, que hoy se aproxima ya á medio millón, en sus no muy exactas estadísticas. Ni aun agua hubiera encontrado suficiente para beber esta gran masa de habitantes á mediados de este siglo, cuando en los rigores de la canícula tenía que apagar la sed con no poca de pozos y de norias.

* Y con todo eso, fué Madrid por algún tiempo población rica en aguas, hasta el punto de que la dijera el poeta

en agua y fuego fundada,

aludiendo á la mucha que se hallaba en el subsuelo de Madrid en el siglo XVI, y al pedernal usado en sus cimientos y antiguas construcciones.

* Repetir la descripción del Madrid de 1850 sería decir lo que fué, no lo que es ahora. Y por otra parte, ¡cuántas demoliciones insensatas, cuántas transformaciones ha sufrido la capital de España en sus últimas convulsiones políticas de 1854 y 1868!

* Consignadas quedan ya las tradiciones más ó menos legendarias de Madrid en la época romana, y en la arábiga y mozárabe, tal cual las consignara el Sr. Quadrado en las bellas páginas de la anterior introducción, relativas no solamente á la villa de Madrid, sino en gran parte á las provincias inmediatas, y sabidos son y hasta vulgares los versos que fantaseó Moratín en su gallarda imaginación, que si fueran de algún cíclico del siglo XIV, probablemente hoy pasarían por historia, como algunos otros de su género.

Madrid castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso
por ser el natal dichoso
de Alymenón de Toledo.
. . . .
Donde fué campo del Rey
y hoy del Rey caballeriza
por la acción que solemniza,
la plaza armó Alyatar Bey
para la sangrienta liza.

* Preciso es comenzar la historia de Madrid por la de sus

parroquias, lo más antiguo y tradicional que nos queda de ella (1).

Humilde templo de humilde aldea, semeja, al extremo de la calle Mayor, Santa María, que apoya su primacía sobre las demás en las dudosas tradiciones de su remoto origen (2). Dióle nombre y consideración desde los primeros años de la reconquista una imagen salida de las entrañas de un torreón contiguo que servía de *Almudena* ó alhóndiga; y este piadoso hallazgo, no poco embellecido por historias muy posteriores (3), la constituyó tutelar de Madrid y objeto predilecto de su veneración. Pero la iglesia, aunque restaurada por Don Ventura Rodríguez y adornada en su techo y cúpula con lindos casetones, no corresponde ni al pueblo ni á la imagen; y sólo la capilla de Santa Ana, construída sobre el sitio del antiguo claustro por Juan de Bosmediano, secretario del emperador Carlos V, nos recuerda con su techo de gótica crucería y

(1) De las ordenanzas de Madrid formadas á principio del siglo XIII se deduce que existían ya entonces las parroquias de Santa María, San Nicolás, el Salvador, San Miguel de la Sagra, San Juan, Santiago, San Miguel de los Octoes, San Justo, San Pedro y San Andrés. Más tarde se erigieron en los arrabales las de San Ginés y San Martín. Pero semejante antigüedad satisface muy poco todavía á ciertos analistas que sin más pruebas que ridículas conjeturas, remontan la fundación de Santa María, al año 38 de la era cristiana, la de San Salvador al 280, la de San Nicolás al 300, la de San Ginés al 382, la de Santiago al 392, la de San Juan al 580, la de San Justo al 587, la de San Andrés al 600, la de Santa Cruz al 614.

(2) Los escritores madrileños la han hecho fundación del mismísimo Santiago, catedral durante la soñada episcopalidad de Mantua Carpetana, y casa de canónigos reglares en tiempo de los godos, en prueba de lo cual aducen este epitafio que se descubrió hacia 1600 sobre una sepultura donde yacía un cadáver con la correa de San Agustin: *Min. Bokatus indignus prs... imo et tertio regno domi... Rut... mi regum. Era DCCXXXV* (697). En la interpretación andan muy discordes, y todas distan mucho de ser satisfactorias. Más verosímil nos parece que hubiera en Santa María canónigos reglares desde el siglo XII, según se desprende del antiguo claustro que había y de ciertas figuras con cogullas pintadas en el antiguo enmaderamiento.

(3) Es natural que algunos fieles en tiempos de persecución ocultaran la imagen en aquel sitio: pero los historiadores de la Virgen de la Almudena la suponen ya muy conocida antes de los sarracenos, como que atribuyen su escultura á Nicodemus y á San Lúcas su colorido; y cuentan que haciendo rogativas después de la reconquista los pobladores cristianos para descubrir aquel tesoro de que conservaban memoria, desplomóse de noche un lienzo de muralla, y en el hueco del cubo apareció la imagen entre dos velas encendidas.



La Virgen de la Almudena, en la Cuesta de la Vega

su retablo de menudo relieve aquellos tiempos en que su festividad era solemnizada á hora de vísperas con danzas y cantares dentro del propio santuario (1).

Muy más pobre todavía ocúltase San Nicolás á la sombra de la primera; y las feligresías de entrambas son tan reducidas como su edificio, aun después de igualada con el suelo á corta distancia de allí la parroquia de San Salvador por mano del ayuntamiento, á cuyas asambleas siglos atrás prestaba sitio cuando carecían de techo sus regidores. Estrecha y ruinosa su iglesia pareció deformidad de la plazuela de la Villa la que antes formaba su adorno, y que había regenerado en su pila (2) y acogido en sus bóvedas sepulcrales á tanto noble campeón, á tanto prudente consejero ilustre de la corte de Juan II, de Enrique IV y de los reyes Católicos: los restos del inmortal Calderón fueron objeto de una ovación poética, pero quedaron confundidos con el polvo los de aquellos hidalgos madrileños cuyos servicios hicieron su misma patria tan grata á los soberanos.

En solitaria pendiente eleva San Pedro su cuadrada torre, única que á pesar de su lisura retiene en Madrid el colorido de

(1) Sobre esta costumbre y fiesta de Santa Ana patrona de Madrid puede verse á Cervantes en el principio de su *Gitanilla*.

(2) El buen Quintana y sus contemporáneos no temen asegurar que en esta parroquia cabalmente, llamada entonces de Santa María Magdalena, fué bautizado hacia 304 el pontífice San Dámaso: falta probar que existiera ya Madrid. Más fundados aunque menos antiguos blasones dieron á San Salvador en los siglos XV y XVI los Vargas, Lasos, Zapatas y otras familias y personajes distinguidos que tenían allí sepultura, y entre ellos descollaba Juan Álvarez Gato, mayordomo de Isabel la Católica y uno de los mejores poetas de su tiempo. En su primera edad, dice Dávila, escribió muchas cosas en verso castellano á lo humano, y en los postreros años de su vida muchas á lo divino. Por muestra pondremos los versos esculpidos encima de su losa:

Procuremos buenos fines,
Que las vidas más loadas
Por los cabos son juzgadas.
  Aparéjate á querer
Bien morir,
Y el morir será nacer
Para vivir.



Torre de San Pedro

la Edad media (1); y la estrechez y la disposición y la entrada de la iglesia, si la despojamos idealmente de la moderna cáscara que la cubre, no nos revelan todavía la parroquia del siglo XIV. Hay sin embargo quien le señala por antecesora una mezquita, y hasta una iglesia mozárabe; hay quien fija su primitivo asiento en una casa fronteriza que llamaban San Pedro el Viejo, y refiere su traslación al 1345, cuando acaeció aquella desigual pelea que diz que sostuvieron los muchachos de la parroquia con sus vecinos de la Morería, arrollándolos á pedradas y palos hasta las puertas de la villa, y terminando en expulsión de los moros lo que empezó por pueril reyerta. Blasones no menos antiguos presenta un poco más arriba San Andrés, en cuyo suelo repetidas veces hincaron la rodilla los reyes Católicos hospedados en el contiguo palacio de D. Pedro Laso de Castilla, y aún cubre los piés de su nave una bóveda de crucería: pero dos capillas cuenta, que la realzan sino la eclipsan atrayendo en distinto sentido la atención, la de San Isidro y la del Obispo de Plasencia.

Á principios del siglo XII florecía entre los primeros pobladores de Madrid un santo labrador, á cuya voz brotaba el agua de las peñas, cuyas rústicas tareas los ángeles auxiliaban, y cuya ardiente caridad en medio de su pobreza proveía á los hombres y á los brutos. Lleno de años y de virtudes durmió Isidro en el cementerio parroquial de San Andrés; mas no pasó medio siglo sin que sus venerados y enteros despojos fuesen introducidos en el templo; y el mismo Alfonso VIII, creyendo reconocer en él al misterioso pastor que le mostró en las Navas el camino de la victoria, le labró una capilla, é hizo esculpir en el arca la memoria de sus beneficios.

(1) Á la subida conserva aún la torre un estrecho ventanillo de forma arábigo-bizantina. De su antigua campana que duró hasta 1567, dícese que era espanto de los demonios. En la capilla de los Lujanes, edificada por Isabel de la Cerda y Velasco, yace su esposo Francisco de Luján, capitán general del mar de Indias, que venció en 1568 á los corsarios ingleses, y fray Antonio de Luján, obispo de Mondoñedo, con estatua arrodillada sobre el sepulcro.



Capilla de San Isidro en San Andrés

San Martín y San Ginés, aunque situadas fuera del primitivo casco de la villa, no presumen de menor antigüedad que las anteriores. La primera, erigida por Alfonso VI para monasterio de benedictinos, no reunió sino más tarde al señorío temporal, la jurisdicción parroquial sobre los vastísimos barrios cuya población había promovido tan eficazmente; y su iglesia se reconstruyó hacia fines del XVI, cuando el priorato fué erigido en abadía para honrar las virtudes de fray Sebastián Villoslada. Quedó del género gótico moderno la capilla de Nuestra Señora de Valvanera con su retablo, y dos bellas urnas sepulcrales con figuras echadas de Alonso Gutiérrez, tesorero del Emperador, y de su consorte María de Pisa; pero la capilla y la iglesia y las lápidas del sabio D. Jorge Juan y del erudito P. Sarmiento, y la célebre custodia de Juan de Arfe, todo desapareció bajo la opresión francesa; y si bien la iglesia probó de nuevo á levantarse con harta mezquindad, arrasada nuevamente en nuestros días, ha pedido la parroquia un asilo al que fué templo de clérigos menores con el nombre de Portaceli.

En el siglo XV, á orillas de una laguna existía fuera de la puerta de Guadalajara una ermita de Santa Cruz (1), que, cercada ya por el creciente caserío en tiempo de Cisneros, fué creada parroquia, bien agena tal vez de ocupar un día el centro de la población.

La iglesia incendiada en 1763 no ganó ni perdió mucho en su reconstrucción, y no es digna ciertamente por su estructura de poseer las olvidadas cenizas del arquitecto del Escorial Juan Bautista de Toledo (2). Otra ermita de San Sebastián se veía

(1) En tres versos compendia Moratín las vicisitudes de este solar:

Hubo aquí gran laguna antiguamente
De Luján, del Vicario aquí la audiencia,
Hoy la torre soberbia y eminente.

Entre particularidades que refiere Dávila de Santa Cruz, nos parece curiosa la de un altar dedicado al Santo Job, á quien se celebra fiesta con sermón el 10 de Mayo.

(2) Este piadoso artista legó tres misas semanales en Santa Cruz bajo el pa-

más allá sobre el mismo camino de Atocha, que en 1550 se levantó á alguna menor distancia en medio de una nueva feligresía desmembrada de la de Santa Cruz á solicitud de su cura Juan Francos: dábale su monstruosa fachada cierta grotesca nombradía (1); ahora se ha quedado insignificante á pesar del ornato y amplitud de algunas de sus capillas (*a*).

* Ya para entonces existía un convento de la orden de San Francisco de gran antigüedad y nombradía en poder de religiosos claustrales, de cuyas manos lo sacó Cisneros al reformar la orden en Castilla y Aragón, entregándolo á los más austeros menores observantes.

Al frente de los conventos de Madrid marcha por su antigüedad y por la ostentación de su fábrica San Francisco el Grande. Corría allí una fuente entre dos álamos á la salida de puerta de Moros, cuando en 1217 diz que echó los primeros cimientos de la casa el Santo patriarca de paso para la romería de Santiago; la choza más tarde se hizo convento, y fué renovándose con los siglos y ampliándose con los dones de los magnates que pedían á sus bóvedas sepultura. Los restos del sabio cuanto misterioso D. Enrique de Villena (2) yacían en su iglesia

---

tronato del ayuntamiento, dejando por principal hipoteca la casa que poseía calle de Preciados.

(1) De esta portada churrigueresca hizo no sé qué poeta el siguiente epígrama, comparándola con la del Hospicio:

Santo de heróico valor
¿cómo así en tal frontispicio?
— No me puedo ver peor,
á no ser en el Hospicio.

En la bóveda de San Sebastián estuvo enterrado el inmortal Lope de Vega, hasta que á principios de este siglo fué sacado y confundido entre los demás esqueletos.

(*a*) Entre estas son notables la del Cristo de los Guardias, la de los arquitectos, y la de los cómicos.

(2) En 15 de Diciembre de 1434, á los 50 años de edad acabó su vida en Madrid este personaje tan célebre en la historia como en la literatura, si bien poco conocido críticamente. Descendía por línea paterna de los reyes de Aragón, y por su madre era nieto de Enrique II de Castilla. Sobre el *escrutinio* de sus obras quemadas en el claustro de Santo Domingo el Real de Madrid por D. Lope de Barrien-

no lejos de los de Juana de Portugal, la liviana y penitente esposa de Enrique IV; Rui González Clavijo el camarero de Enrique el Doliente y su enviado hacia el gran Tamorlán, tuvo allí su urna y estatua de alabastro; y hubo capillas propias de la antigua y dilatada estirpe de los Vargas y de los Lujanes adictos al condestable de Luna.

III

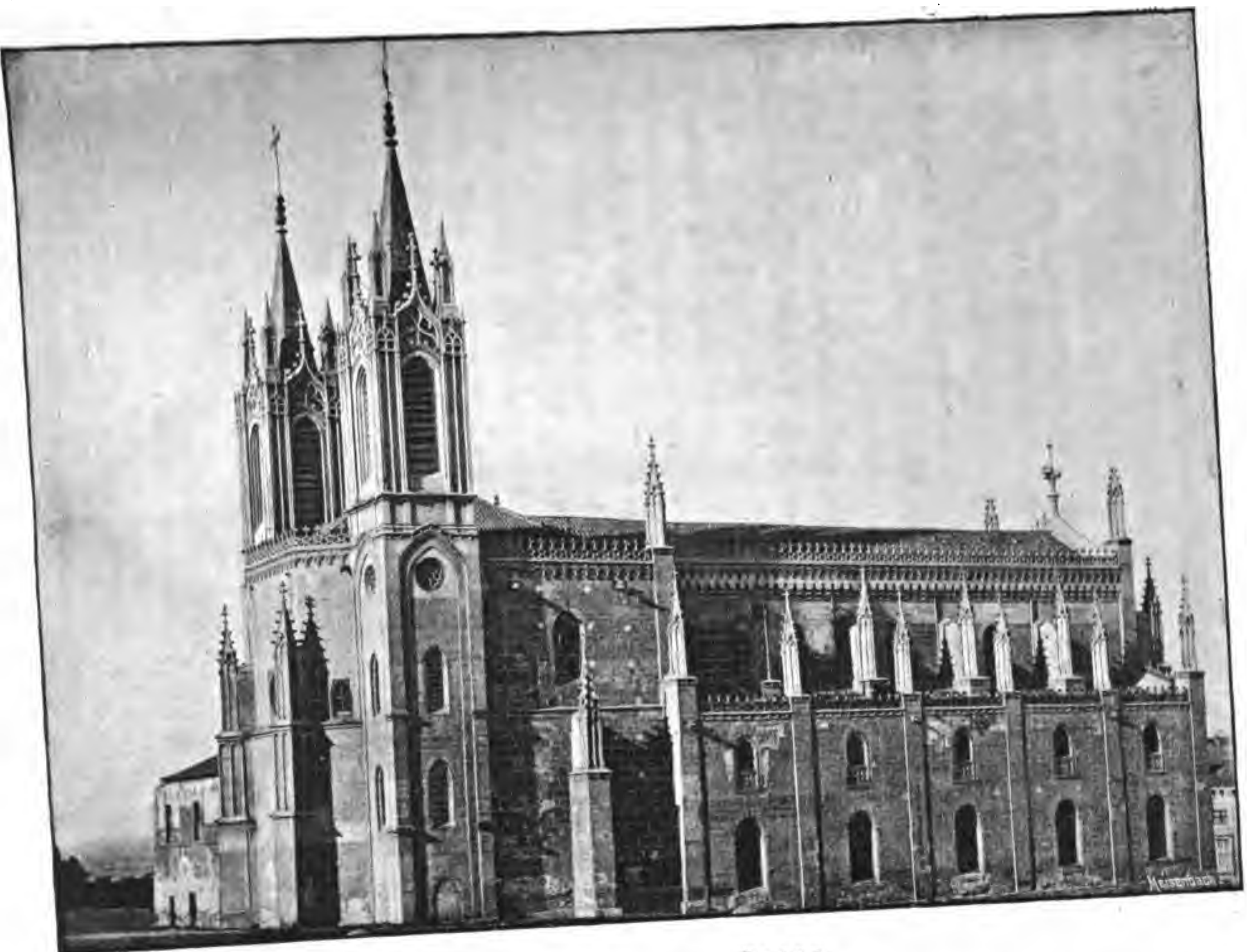
* Preciso es ahora remontarse á los buenos tiempos de los Reyes Católicos, en que Madrid comenzó á tener mayor importancia, y siguiendo en lo posible un método cronológico no del todo rigoroso, examinar el aumento de la villa desde aquellos tiempos y durante la dominación austriaca, su crecimiento en el siglo pasado, no muy considerable hasta el tiempo de Carlos, y no continuado en los poco tranquilos reinados siguientes, y finalmente las vicisitudes de los últimos cuarenta años de este siglo, adversas unas, favorables otras.

* Hija de Madrid era D.ª Isabel la Católica (*a*), y no dejó de mostrar cariño al alcázar en que nació, aunque su vida aventurera no le permitiera morar mucho tiempo ni aun menos de con-

---

tos, preceptor de Enrique IV, discurre bellamente el bachiller Fernán Gómez de Ciudad Real en la carta escrita á Juan de Mena. «Dos carretas, dice, son cargadas de los libros que dexó, que al rey le han traido; e porque diz que son mágicos e de artes no cumplideras de leer, el rey mandó que á la posada de fray Lope de Barrientos fuesen llevados; e fray Lope, que mas se cura de andar del Príncipe que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar mas de cien libros, que no los vió él mas que el rey de Marroecos, nin mas los entiende que el dean de Cibdá-Rodrigo; cá son muchos los que en este tiempo se fan dotos faciendo á otros insipientes e magos, e peor es que se fazan beatos faciendo á otros nigromantes... Muchos otros libros de valía quedaron á fray Lope, que no serán quemados ni tornados.» Estos fueron el *Arte cisoria* ó de trinchar que se imprimió en 1766, la traducción de la *Eneida,* otra del Dante, la *Retórica nueva de Tulio,* y algún otro del cual se conservan fragmentos manuscritos, habiendo perecido los más en el incendio de la Biblioteca del Escorial en 1671.

(*a*) Aunque se la suponía nacida en Madrigal, recientes investigaciones han probado que era de Madrid, según la carta de su padre D. Juan II al Consejo de Segovia, que en el archivo de esta ciudad se conserva.



San Jerónimo del Prado

tinuo en él. Con todo, el ceremonial de la Real Capilla se refiere á la que había hecho construir su padre en el Real alcázar, que lindísima era según las noticias que nos restan, y para conjeturarlo bastaba el ser obra de D. Juan II, compartiendo el cariño de la reina los alcázares de Madrid y Segovia que merecían su predilección, y la Mota de Medina, donde le esperaba la muerte.

* Del tiempo de los Reyes Católicos, quédale á Madrid el célebre monasterio de San Jerónimo del Prado, cuya hermosa iglesia acaba por fortuna de ser devuelta al culto católico y á la curiosidad arqueológica y artística después de medio siglo de azares y vicisitudes (*a*). Al tiempo de su fundación, sólo tenía Madrid el convento de San Francisco el Grande.

Más de dos siglos permaneció sin compañero en Madrid este convento, hasta que en 1464, para eternizar el recuerdo de unas brillantes justas y de la bizarría y destreza de su favorito, edificó Enrique IV un monasterio de jerónimos hacia el Puente Verde entre el Pardo y la villa. En el torneo, en las cuadrillas de cañas, en la montería, allí fué el héroe D. Beltrán de la Cueva á presencia de la corte y de los enviados del duque de Bretaña, allí defendió un paso según las leyes de la caballería (1), de donde el monasterio vino á denominarse de San Jerónimo *del Paso:* ¡hazaña singular para ser

(*a*) Madrid agradece al Cardenal arzobispo D. Juan Ignacio Moreno, los esfuerzos que hizo para devolverla al culto el año de 1884, poco antes de su muerte.

(1) Óigase cómo lo describe un cronista contemporáneo, el licenciado Enríquez, en su larga relación de estas justas: «Estava puesta una tela bordada al rededor, de madera, con sus puertas donde havian de entrar los que venian del Pardo, en cuya guarda estavan ciertos salvajes que no consentian entrar los cavalleros e gentiles hombres que llevavan damas de la reina, sin que prometiesen de hacer con él seis carreras, e si no quisiesen justar que dejasen el guante derecho. Estava junto cabe la tela un arco de madera bien entallado donde havia muchas letras de oro, e acavadas cada uno sus carreras, si havia quebrado lanzas, iva á el arco e tomava una letra en que comenzaba el nombre de su dama. Havia ansimesmo tres cadahalsos altos, uno para que estuviese el rey e la reina con sus damas e el embajador, e otro para los grandes, e otro para los juezes de la justa.» Tenía el monasterio por blasón una granada con el mote *agridulce,* como puede observarse aún en los arcos del claustro: ¿y esta divisa más caballeresca que religiosa, sería acaso la que usó en las justas D. Beltrán de la Cueva?

objeto de un monumento, y singular monumento para semejante hazaña! La insalubridad del sitio obligó en breve á los jerónimos protegidos por Isabel la Católica á buscar otro más cercano á la villa, al opuesto lado oriental; y sobre el repecho que dominaba el silvestre Prado, alzábase ya concluída en 1505 la ancha y majestuosa nave que estuvo desde el principio en posesión de recoger los juramentos de los nuevos reyes. San Jerónimo inauguraba los reinados, el Escorial los cerraba bajo la losa. Portada gótica con figuras de personas reales, sepulcros de mármol así góticos como del renacimiento, retablo mayor encargado á Flandes por Felipe II, magnífica sillería costeada en 1627 por Volfango duque de Baviera en agradecimiento del hospedaje recibido, alhajas, adornos, pinturas de las capillas fueron víctimas y despojos de la fatal época de 1808; y como si á Madrid le sobraran monumentos, el espacioso templo, que tiene del gótico toda la gallardía si no la riqueza del ornato, permaneció ocupado por la artillería, inaccesible al público y olvidado casi de los madrileños.

* Si el convento de San Francisco fué el primero de hombres en Madrid, y sin segundo hasta la construcción de San Jerónimo del Paso y después del Prado, por rara coincidencia siguieron análogos pasos y trámites los de mujeres.

Todavía era Madrid oscura villa y en las afueras de la puerta de *Balnadú* reunía en 1219 el gran Domingo de Guzmán una comunidad de virtuosas mujeres, infundiéndoles su espíritu y llevándolas consigo en la memoria para inculcarles desde lejos sus santos documentos (1). Pronto se hizo proverbial la observancia y el *encierro* de las *dueñas* de Santo Domingo de Madrid, y era su claustro un semillero de nuevas fundaciones en Casti-

(1) Varios historiadores de la orden traen la carta que dirigió Santo Domingo á esta naciente comunidad, recomendándola al celo de su propio hermano fray Mamerto ó Manés, de quien dicen que está enterrado en dicho convento junto con un sobrino, ó con dos sobrinas según otros. El convento dos años antes había sido fundado para religiosos bajo la advocación de Santo Domingo de Silos, que se transformó insensiblemente en la de Guzmán después de su canonización.

lla; Fernando el Santo en 1228 las tomó bajo su real amparo y les cedió la Huerta de la Reina; el pontífice en 1237 las autorizó para heredar y recibir limosnas; las damas al vestir el hábito traían en dote lugares enteros, y hasta ciudades alguna princesa (1). En el coro, que Felipe II hizo labrar de nuevo por su arquitecto Herrera en agradecimiento del hospedaje que desde 1567 á 1573 había dado al cadáver de su desgraciado Don Carlos, yacen vástagos de real estirpe, Berenguela hija de Alfonso el Sabio, Constanza hija de Fernando el Emplazado, y bajo de un sencillo enterramiento gótico otra Constanza nieta del rey D. Pedro, que en el siglo xv manejaba el báculo con mejor fortuna que el otro empuñando el cetro. En la capilla mayor, que edificó con el auxilio de Enrique IV, no temió la varonil priora colocar bajo suntuosos túmulos de mármol las cenizas de su destronado abuelo y de su triste padre el infante D. Juan, cuya vida fué un prolongado cautiverio sin más delito que su cuna (2);

---

(1) En 1242 D.ª Flor, hija de Martín Juan, trajo en dote al convento el lugar de Rejas; D.ª Berenguela, hija de Alfonso X, á quien impidió entrar en el claustro la oposición de su padre, á su muerte le hizo donación de la ciudad de Guadalajara. De esta infanta refiere algún cronista de la orden, con harta inverosimilitud por cierto, que enfurecida contra la priora por haber manifestado al rey varias cartas confidenciales en orden á su entrada en religión, partió de Guadalajara con ánimo de reducir á cenizas el convento, y que en el camino se lanzó sobre ella un águila sacándole un ojo, de que murió arrepentida.

(2) Fué este D. Juan hijo natural de D. Pedro habido en D.ª Juana de Castro, entregado por el duque de Lancáster á Juan I y preso en Soria en poder de Don Beltrán de Arill, caballero aragonés; casó con D.ª Elvira hija de su alcaide, sin que con esto ni con los ruegos de su esposa lograse la ansiada libertad. De este enlace nació la priora D.ª Constanza, quien al trasladar á Santo Domingo los restos de su padre, hizo esculpir en la efigie de éste los grillos que constantemente le habían encadenado y la siguiente inscripción: «Aquí yaze el muy excelente señor D. Juan fijo del muy alto rey D. Pedro, cuyas ánimas nuestro Señor haya, e de tres fijos suyos. Su vida e fin fué en prisiones en la ciudad de Soria. Fué mandado enterrar por el rey D. Enrique en San Pedro en la mesma ciudad de Soria. Trasladó los huesos viernes á XXIV de diciembre de MCCCCLX e dos años.» Los que me mirais conosced el poder grande de Dios; él me fizo nacer de muy alto rey; mi vida e fin fué en prisiones sin lo merecer. Toda la gloria deste mundo es *nihil;* bienaventuranza cumplida es amar y temer á Dios.» Doña Constanza murió en 1478, según expresa el epitafio de su lápida.

En cuanto al cadáver del rey D. Pedro, hacia 1444 fué trasladado á Madrid desde la Puebla de Alcocer donde yacía en el olvido una vez frustrada la voluntad de su bastardo hermano de que se erigiese un monasterio y un honroso sepulcro á la

sentidas inscripciones lamentaban su infortunio; y la dinastía de Enrique de Trastamara, lejos de ofenderse de estos piadosos homenajes, á principios del siglo XVI nombraba todavía de entre los hidalgos un *guarda mayor* del sepulcro de D. Pedro. En hora menguada Felipe III ofreció treinta mil ducados para la restauración del templo borrando su antiguo carácter y sus memorias; la tumba del temido y aventurero monarca fué arrumbada del presbiterio; su estatua ha ido rodando por los sótanos (1); y nadie reconocería al celebrado Santo Domingo el Real en aquel vulgar edificio asentado en la costanera plaza de su nombre, y cuyo único adorno forma el sencillo pórtico del renacimiento construído en 1539 por otro de los descendientes de Pedro el Cruel, D. Alfonso de Castilla obispo de Calahorra.

Al declinar el siglo XV ilustres damas, dignas contemporáneas de Isabel la Católica, empezaron á señalar su piedad con la erección de nuevos claustros. D.ª Catalina Núñez, viuda del contador mayor de Juan II, Alonso Alvarez de Toledo (2), fundó

víctima en el lugar del fratricidio. En su testamento otorgado en Burgos á 29 de Mayo de 1374 decía Enrique II: «E otrosí conociendo á nuestro Señor Dios el bien e la merced que nos fizo en nos dar victoria contra D. Pedro que se dezia rey e nuestro enemigo, que fué vencido e muerto en la batalla de Montiel, por los sus pecados e merecimientos, é está su cuerpo en la dicha villa de Montiel, como quier que lo non devíamos fazer según sus merecimientos, pero conociendo á Dios la dicha gracia é merced que nos fizo, tenemos por bien e mandamos que sea fecho y establecido un monasterio en que haya doze frayles cerca de la villa de Montiel, que sea dotado de lugares e bienes rayces con que se puedan mantener los dichos frayles, e que sea enterrado dentro el monasterio el cuerpo del dicho D. Pedro ante el altar mayor, e que los frayles sean tenidos de rogar á Dios por su ánima que lo quiera perdonar.» Circunstancias ignoradas pero fáciles de adivinar impidieron la realización de este voto hijo de una tardía caridad ó de un inquieto remordimiento, monumento que hubiera sido á la vez precioso para el arte y para la historia.

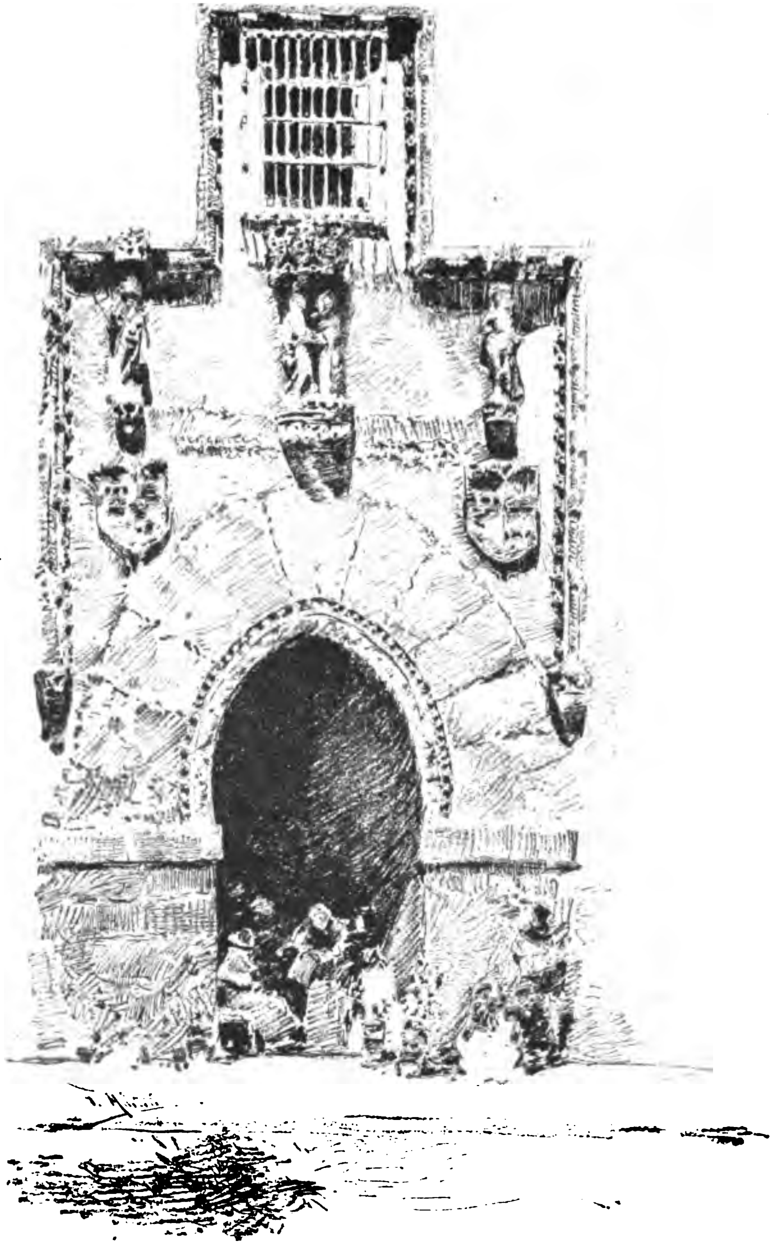
(1) Según el diseño que vimos, dicha estatua de mármol blanco se representa de rodillas, por cuya circunstancia y por la índole de su trabajo conjeturamos que es obra de tiempos posteriores á los de D.ª Constanza. Los huesos de D. Pedro y de su hijo D. Juan yacen actualmente en la sala del Capítulo: una moderna inscripción en letras negras es todo el monumento consagrado á la ruidosa memoria de este infeliz soberano.

(2) Era éste poderosísimo, pues al morir en 1457 dividió entre amigos, parientes y criados 380 casas que poseía en las ciudades y lugares principales de Castilla. Hijo ó deudo suyo fué Pedro Núñez de Toledo que defendió á Madrid

en 1460 junto al alcázar el convento de Santa Clara del cual sólo queda el nombre de la calle; D.ª Catalina Manuel de Lando y su esposo el comendador Pedro Zapata establecieron en 1469 otro de franciscas en el lugar de Rejas, y cinco años después fabricó otro en Vallecas D.ª Mayor, hija de Pedro Díez de Ribadeneira, fiel servidor de los Reyes Católicos. Trasladados ambos á la corte por los años de 1550, retuvo éste en la calle de Alcalá el nombre de su primitivo asiento, y aquel, situado junto á la Almudena, debió el de *Constantinopla* á una Virgen traída de dicho punto, hasta que uno y otro han dejado de existir últimamente. En 1510 Catalina Téllez, camarera de la reina Isabel, construía el de Santa Catalina de Sena, que el duque de Lerma un siglo después trasladó de su primer sitio á la bajada del Prado de donde los franceses lo hicieron desaparecer. Pero entre las fundaciones de aquella época se conservan invioladas la Concepción Jerónima y la Concepción Francisca, nacidas como gemelas del celo y desprendimiento de aquella admirable mujer D.ª Beatriz Galindo, amiga y maestra de la grande Isabel y conocida por su saber con el dictado de la *Latina*. Viuda del denodado Francisco Ramírez, fenecido gloriosamente en la sierra de Granada, unió al hospital que su esposo había empezado á la extremidad meridional de la villa un convento para jerónimas, que luégo ocuparon en 1512 ciertas beatas franciscas (1), trasladando las primeras á las casas de su mayorazgo sitas en el recodo que forma aún aquella bajada. Entre uno y otro convento, entre los piadosos recuerdos de su noble marido y de su real amiga, repartió Beatriz la última mitad de su tranquila y benéfica existencia; honrada por el rey católico, visitada por Carlos V, vivió como terciaria en una celdilla del mismo hos-

contra los partidarios de la Beltraneja, y yacía en el coro de Santa Clara. La fundadora Catalina Núñez murió en 1472 antes de ver reinar á la princesa Isabel que la estimaba como á madre y pasó quince días en su casa.

(1) Habíalas fundado en 1448 en San Pedro el Viejo junto á Puerta Cerrada, María Mejía, mujer del alcaide Francisco de Ávila.



Puerta del Hospital de la Latina

pital, y su cadáver en 1534 pasó á descansar en el coro de las jerónimas al lado del de Ramírez (1).

Todavía cobija la capilla mayor de ambas iglesias crucería gótica á modo de estrella; todavía guardan una y otra dentro de nichos á los lados del presbiterio bellas urnas sepulcrales con estatuas yacentes de sus fundadores. Pero unido á la Concepción Francisca se levanta en mitad de la calle de Toledo un paredón, el único que logra en Madrid detener al anticuario: menudos follajes y una línea de bolitas guarnecen la entrada de arco apuntado y de casi imperceptible herradura; una moldura

(1) En los sepulcros del presbiterio de la Concepción Jerónima, que no son más que cenotafios, se leen las siguientes inscripciones: «Este monasterio y el de Nuestra Señora de la Concepcion de la orden de San Francisco desta villa, y hospital que está junto á él, fundaron y dotaron los señores Francisco Ramirez y Beatriz Galindo su mujer; al cual Francisco Ramirez, despues de aver servido á Nuestro Señor y á los Reyes Católicos de gloriosa memoria D. Fernando y D.ª Isabel siendo capitan general de la artillería en la guerra de Granada, le mataron los moros quando se rebelaron en la sierra Bermeja. Año mil quinientos uno.»—«Aquí yace Beatriz Galindo, la cual después de la muerte de la reyna católica D.ª Isabel de gloriosa memoria, cuya camarera fué, se retruxo en este monasterio y en el de la Concepcion Francisca desta villa, y vivió haciendo buenas obras hasta el año MDXXXIV que falleció.»

Francisco Ramírez de Orena era madrileño y uno de los adalides más distinguidos en las campañas de Granada. En 1487 tomó con inaudito valor las torres del puente de Málaga, en 1490 recobró de los moros el castillo de Salobreña; y todas sus hazañas las refería á la protección de San Onofre á quien edificó un templo en Málaga y una capilla en San Francisco de Madrid. De su primera esposa Isabel de Oviedo tuvo varios hijos, y habiendo enviudado en 1484, los mismos reyes trazaron su casamiento con Beatriz Galindo, dando á ésta en dote 500,000 maravedises: de este matrimonio nacieron D. Fernando y D. Nuño ú Onofre. Doña Beatriz era oriunda de Zamora y natural de Salamanca; su talento y adelantos en las bellas letras le adquirieron por discípula á una reina, su prudencia y sus virtudes se la granjearon por íntima amiga. Nada pinta mejor su modestia y piedad que la siguiente cláusula de su testamento otorgado en el mismo día de su muerte á 23 de Noviembre de 1534: «Y declaro que todo lo que he gastado en los edificios y dotaciones de los dichos monasterios y hospital ha seydo de algunas mercedes que la reyna D.ª Isabel nuestra señora (q. h. s. g.) me fizo así para los dichos edificios y dotaciones, como para el gasto de mi persona y casa; del qual gasto yo me retraje todo lo que pude viviendo pobre y estrechamente despues que el secretario mi señor murió; y todo lo que avia de gastar segun lo que tenia y la honra en que estava, lo quise gastar en estas obras pias y en otras, mas que en vivir honradamente como lo pudiera hazer... Así que mis nietos y otras personas no tienen razon de quejarse de mí por aver fecho las dichas obras; antes me lo deven mucho agradecer, porque confio en N. Sr. que por lo que será servido en los dichos monasterios y hospital, les hará mucha merced en esta vida y en la otra.»



Torre de los Lujanes

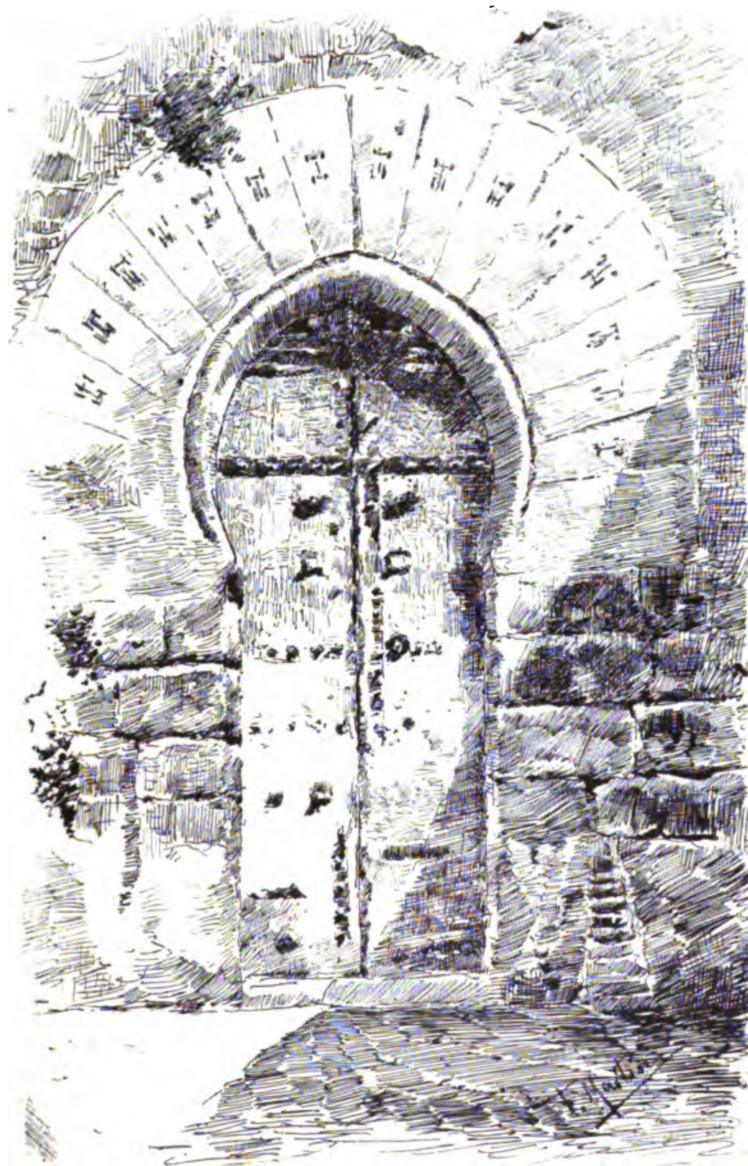
rectangular á guisa de marco de retablo, orlada con el cordón franciscano, resalta del frontis, y encierra un grupo de la Visitación colocado en el centro bajo doselete, dos figuras de santos y dos escudos de armas: aquel es el hospital de la Latina (1) fundado para sacerdotes y *gente honrada*, y construcción del maestro Hazán, uno de tantos moros que entonces trabajaban en provecho de sus vencedores. Adentro posee por únicas memorias un reducido patio de sencillos y ochavados pilares, y una preciosa escalera cuyo pasamanos de piedra bordan gruesos y hermosos calados con estribos de crestería, y que armonizándose con una pintura antiquísima del Calvario colgada de la pared fronteriza, parece guardar recientes las huellas de su ilustre bienhechora.

* No desdeñó Cisneros, durante los dos años de su inteligente y honrada regencia, residir en Madrid, dándole sanción como de corte. La tradición ha mirado como suya la casa de la calle del Sacramento, que sobre su puerta conserva todavía el escudo de los escaques, antigua divisa de los Cisneros. La misma ha conservado también la poco probable anécdota de que al exigirle los magnates exhibiera los poderes que de Regente debían acreditarle, llevándolos junto al balcón de la casa les enseñó las compañías de arcabuceros y algunas piezas de artillería diciéndoles: «Con esos poderes pienso gobernar á España» (*a*).

(1) Sobre la puerta dice un letrero en caracteres latinos: «Este hospital es de la Concepción de la Madre de Dios, que fundaron Francisco Ramírez y Beatriz Galindo su mujer, año de 1507.» Que fuese su arquitecto el moro Hazán, se comprueba por el testamento que otorgó Ramírez en 1499 antes de salir á campaña. «Otrosí, dice, por quanto yo tengo comenzado á facer e edificar una casa para hospital en el arrabal desta villa de Madrid como van desde mis casas á San Francisco á la mano derecha cerca de San Millan, el cual, dándome Dios nuestro Señor salud para ello, yo entiendo de acabar... quiero e mando que el dicho hospital se labre de las piezas de salas, enfermerías, capilla e otros edificios, segun la muestra que de él tiene maestre Hazan moro que tiene cargo de lo facer.»

(*a*) Créese que dió lugar á esa anecdotilla la impaciencia con que varios magnates llevaron su gobierno y aun las sabidas rebeliones de algunos de ellos.

Tenía Cisneros para su guardia dos compañías de arcabuceros, los cuales estaban alojados en Fuencarral. Refiere su biógrafo Alvar Gómez de Castro, que los



ARCO DE LA CASA DE LOS LUJANES

* Contigua á la casa de Cisneros y á espaldas de ella se alza la de los Lujanes que la tradición designa como prisión temporal del rey Francisco I de Francia después de la batalla de Pavía, junto á la cual se alzaba un modesto y cuadrado torreón, cuyo arco morisco le da cierto aire de antigüedad. Siquiera la crítica se halle poco conforme con la tradición, el gobierno al adquirir aquella vetusta morada ha tenido el buen gusto de respetarla y decorarla conforme al estilo del tiempo á que se refiere aquella (*a*).

* Durante el siglo XVI y los prósperos reinados de Carlos V y su hijo, siguió también creciendo Madrid en extensión é importancia.

Al extremo mismo del Prado, entre campos y olivares, fundó con harta pobreza el célebre convento de Atocha para la orden dominicana Fr. Juan Hurtado de Mendoza, confesor de Carlos V (1).

Ya de antes consagraba aquel sitio la devota efigie de la Virgen, que le da nombre y que antes servían algunos clérigos en su pequeña ermita aneja al abad de Santa Leocadia en

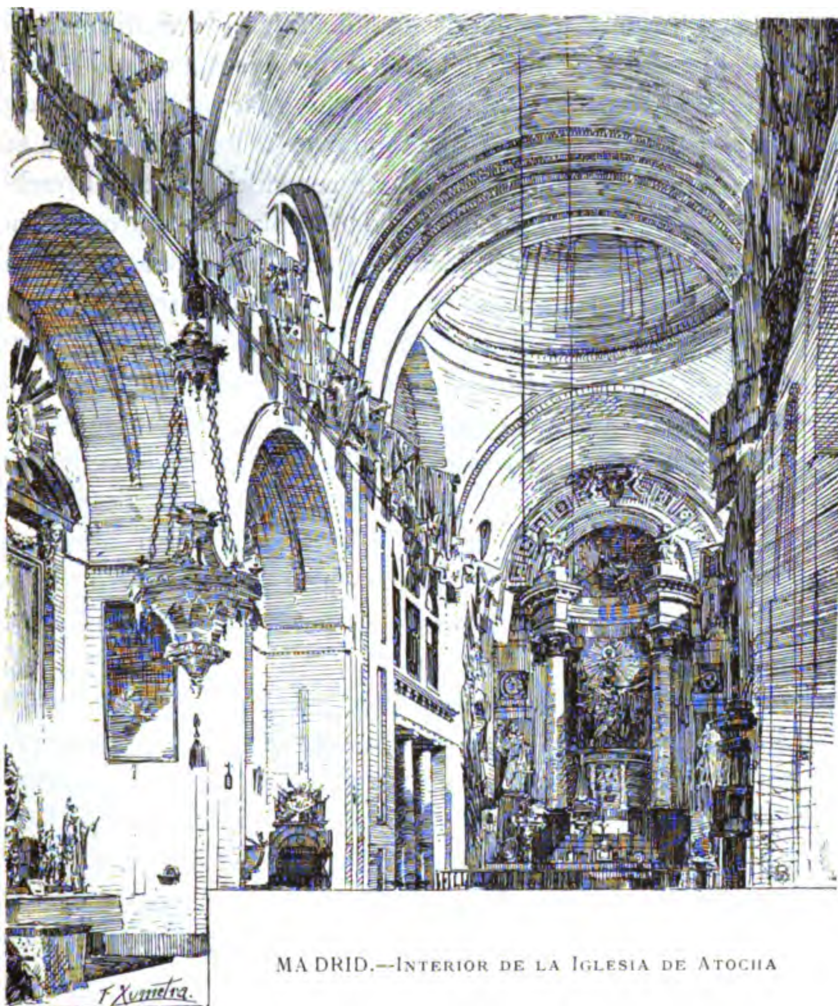
---

tenía alojados en Fuencarral y que en el motín que promovieron los grandes acudieron presurosos á defender al Cardenal y restablecer el orden. Cisneros puso además dos parques de artillería, uno en Alcalá para Castilla la Nueva y Andalucía y otro en Medina para Castilla la Vieja y lo que llamaban *Ultra puertos*. Armó además 33,000 hombres llamados de *la ordenanza*, milicia sedentaria compuesta en su mayor parte de labradores y menestrales. La aristocracia se lo echó en rostro y luégo se dijo que había dado origen al conflicto de los comuneros.

(*a*) En el informe que dió al gobierno la Real Academia de la Historia se probó que la tradición no tiene fundamento ninguno histórico; que, según los documentos irrecusables y noticias contemporáneas, Francisco I se alojó en el alcázar, que se habilitó para ello. La llamada tradición comenzó un siglo después por un dicho hipotético del historiador Quintana; y, como sucede en tales casos, del se dice y la conjetura se pasó al aserto.

Adquirido por el gobierno en alto precio, se dió colocación en aquel edificio á las Academias de Ciencias Políticas y Morales y Ciencias Naturales, y en la planta baja á la Sociedad Económica. La restauración se ha hecho en 1882.

(1) Dos años después de la fundación murió este venerable religioso que yace en una capilla del claustro; su abnegación fué tanta que se echó de rodillas á los piés de su real penitente para que no le confiriera el arzobispado de Toledo. Entre otros esclarecidos religiosos está allí sepultado el célebre bienhechor de los judíos fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, que tanto abogó por ellos contra la dureza y codicia de los conquistadores.



MADRID.—INTERIOR DE LA IGLESIA DE ATOCHA

Toledo, y si hubiera de comunicársenos el candoroso entusiasmo de sus historiadores, nos la mostrara traída por San Pedro desde Antioquía (1) dando la victoria al buen Gracián Ramírez

(1) Muchos quieren leer esta procedencia en la etimología de la voz Atocha como contracción de Antioquía, otros la derivan de la palabra griega *Teotcka* ó Madre de Dios, algunos sencillamente de la planta atocha, clase de esparto que tal vez se criaba en aquellos alrededores. La historia de Gracián ó García Ramírez estaba pintada en la capilla sin que sea esto una prueba de su autenticidad; de otra no menos interesante hacía fe una tabla. Sucedió durante las Cortes de Burgos de 1374 que asesinado en una reyerta el infante D. Sancho hermano del Rey,

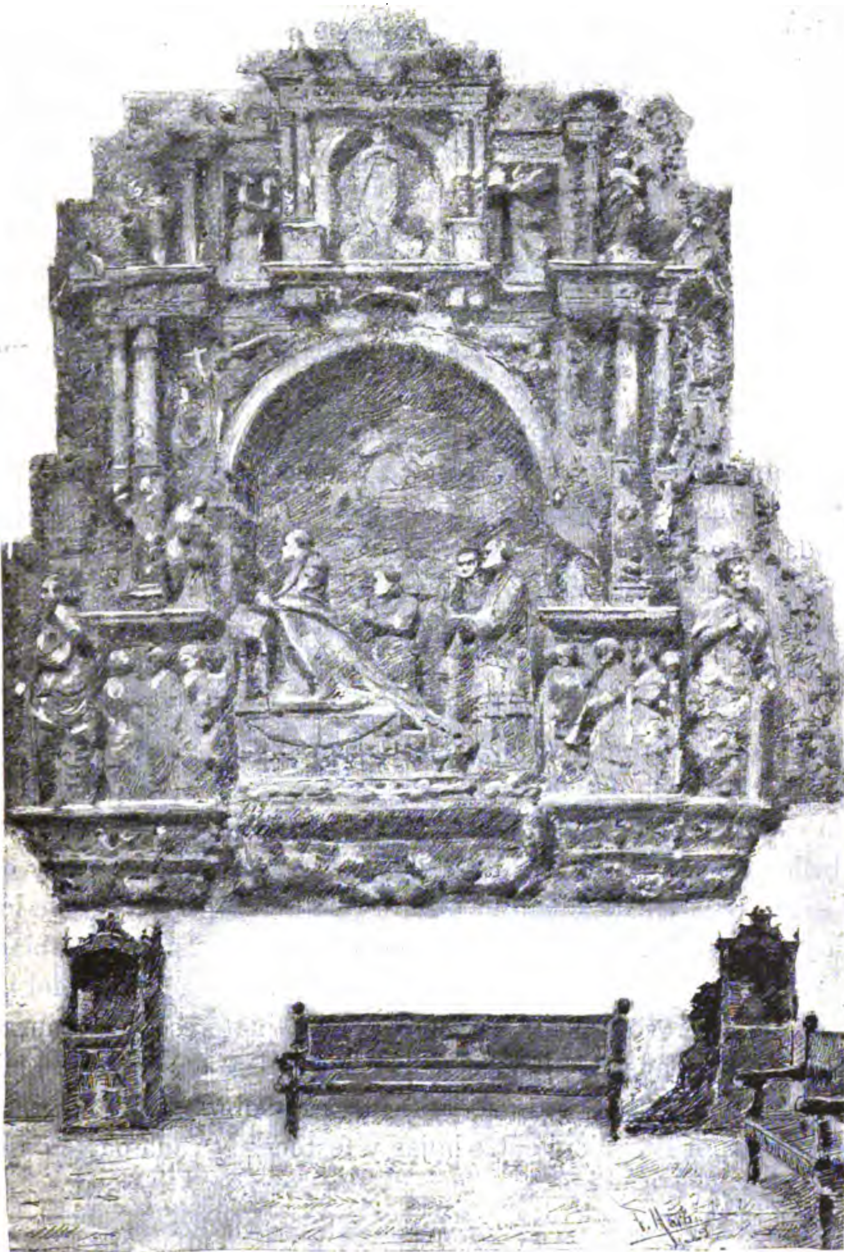
contra la morisma vencedora en Guadalete, y restituyéndole las hijas por él degolladas en un arranque desesperado. Felipe II hizo labrar el claustro. Felipe III concluyó la capilla de la santa imagen, reinas y princesas acumularon á los piés de ella sus dones y pedrerías; y la piedad y el reconocimiento del pueblo compitiendo con la regia liberalidad tapizó los muros de modestas presentallas, agradecida expresión de toda clase de beneficios; mientras que la cristiana bravura de nuestros guerreros suspendía al rededor en marciales grupos las banderas y estandartes tomados al enemigo, ó que les guiaron á la victoria. Esto último es lo único que en Atocha queda. Su iglesia, ni grande ni hermosa, fué reedificada casi por completo después de la invasión francesa y adornada con buenos altares. Su convento es asilo de los militares inválidos, y su atrio cercado de soportales ofrece descanso á los que dentro de las mismas tapias de Madrid buscan el verdor y la soledad de los campos (*a*).

Á espaldas de San Andrés una fachada del renacimiento ceñida de galería y un mezquino claustro, introducen á la capilla del Obispo, cuyos pardos muros todavía de gótica escultura, apenas asoman entre el grupo de fábricas más recientes. Edificóla para su entierro en los principios del reinado de Carlos V aquel consejero ilustre á cuya prudencia los reyes católicos solían remitir los más espinosos asuntos (1) el licenciado Francis·

era con otros llevado al suplicio como reo Diego Hernández de Gudiel, procurador por Madrid, y saliéndole al encuentro mosen Romano, judío madrileño, le alcanzó gracia, la que él no admitió hasta que se hiciese extensiva á todos sus compañeros; y entonces con la soga al cuello fué á dar gracias á la santa imagen. No menos propicia fué la mediación de ésta para con el mismo rey Enrique II á favor de Hernán Sanchez de Vargas, que defendió contra él el alcázar de Madrid.

(*a*) Si tuviera en el centro del atrio un estanque con algunas gradas, podría presentarse mas bien como modelo aproximado á las antiguas iglesias, con su baptisterio, atrio, pórticos para los penitentes, exedras y única nave, representando la barca de San Pedro.

(1) *Averigüelo Vargas* era la expresión de omnímoda confianza que usaban en semejantes casos, y de ahí vino á quedar en proverbio. Vargas tuvo la mira de trasladar á su capilla el cuerpo de San Isidro, que en efecto pasó allí en 1518 hasta

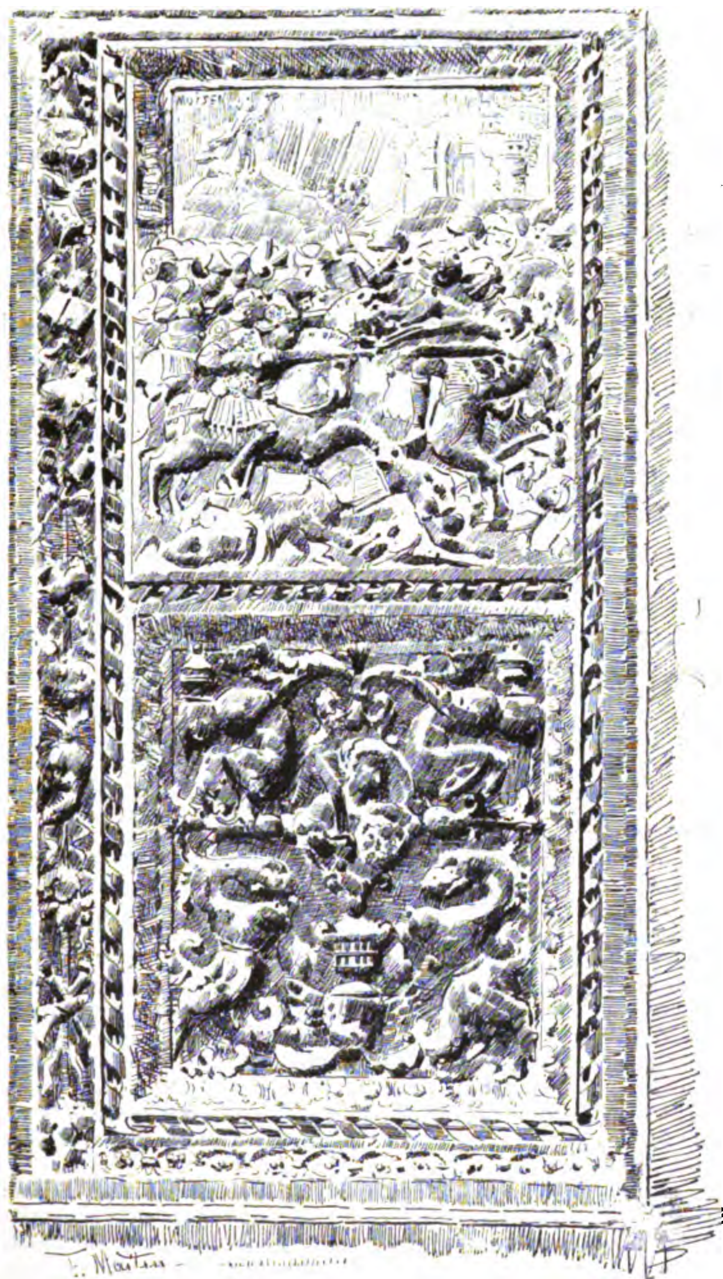


CAPILLA DEL OBISPO.—Sepulcro del Obispo Vargas

co de Vargas, cuya era la adjunta casa que un siglo atrás había ya ilustrado con su posesión el célebre embajador y viajero Rui González Clavijo. Pero Vargas no alcanzó á ver el remate de su obra, ni los tesoros que derramó para terminarla y embellecerla su hijo D. Gutierre, obispo de Plasencia; la capilla separada de la parroquia tuvo aparte su culto y sus ministros pingüemente dotados, y los artistas más diestros de la época agotaron en aquel recinto sus primores. Las puertas se cuajaron de prolijas labores y expresivos relieves de historias sagradas y quiméricos caprichos: Francisco Giralte de Palencia labraba con la minuciosidad y delicadeza del arte plateresco la infinidad de columnas y nichos y figuras que apiladas en cuatro cuerpos forman el retablo principal; Juan de Villoldo pintaba los altares colaterales y los paños que en semana santa habían de tapizar toda la capilla; y mano desconocida, que pudo ser la del mismo Giralte, levantaba al generoso prelado un mausoleo, joya la más preciosa que legaron á Madrid los buenos tiempos del Emperador.

Sobre una repisa menudamente historiada ábrese en el muro derecho un gran nicho artesonado, en cuyo fondo aparece de relieve la oración de Cristo en Getsemaní, y que ocupa la estatua de D. Gutierre arrodillada en unas gradas ante un bello reclinatorio, y á su espalda las del capellán mayor y de otros dos asistentes con el báculo y la mitra: la riqueza de los accesorios compite con la expresión y naturalidad de los semblantes que se precian de retratos verdaderos. Á cada lado del nicho suben á sostener el segundo cuerpo platerescas columnas, ante cuyos pedestales canta y tañe un coro de muchachos. Multitud de figuras religiosas, fantásticas y sobre todo infantiles asoman por do quiera entre hojas y festones, y cada parte de la

que en 1544 el obispo de Plasencia lo hizo quitar por reñidos pleitos que tuvo con el clero de San Andrés, y se mandaron cerrar los arcos de comunicación que tenía la capilla con la parroquia.



CAPILLA DEL OBISPO.—Detalles de la puerta

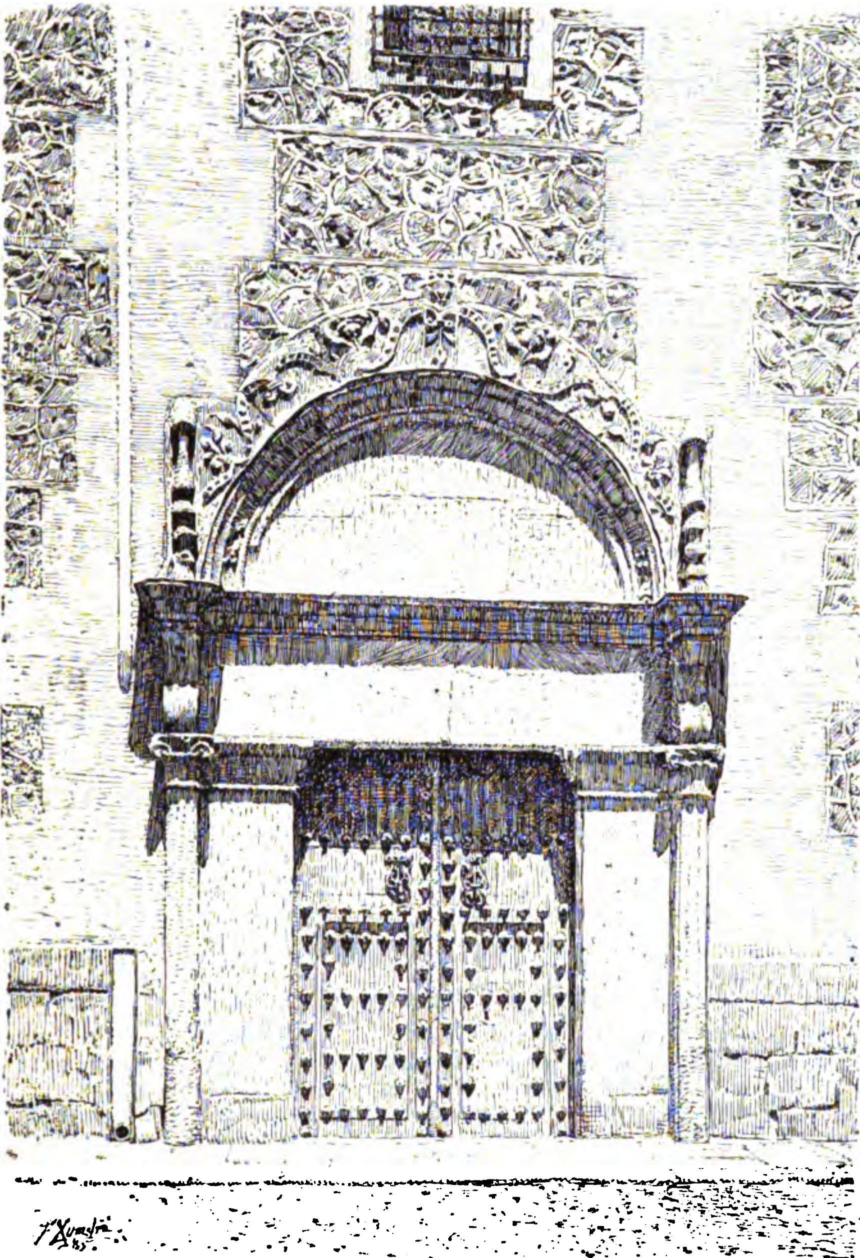
arquitectura, llamando exclusivamente la atención sobre sus delicadas labores, la distrae de contemplar el conjunto. Las cercanías de Cogolludo ofrecieron al escultor el rico alabastro al cual ha dado ya el tiempo su opaco tinte; é igual materia é igual estilo y ornato, si bien en menores proporciones, luce en los dos sepulcros del presbiterio, donde en nichos platerescos oran de rodillas las efigies de los padres del obispo, á la parte del evangelio Francisco de Vargas, á la de la epístola D.ª Inés de Carabajal (1). Espaciosa é imponente, aunque restaurada en parte, se conserva la capilla; seis istriadas columnas empotradas en el muro rodean el presbiterio, y por cima de ellas y de todo el ámbito corre un balaústre á la altura del arranque de los arcos que se entrelazan en el techo vistosamente.

Promediando ya el siglo XVI, una hija de Carlos V, dejando en Portugal las cenizas de su esposo y un tierno niño que reinó con el nombre de Sebastián, volvió á la paterna corte, y en la misma casa donde había nacido fundó un convento de franciscas descalzas para ocupación y consuelo de su viudez. Tres años había que D.ª Juana prematuramente fallecida descansaba bajo la losa (2), cuando su hermana María, viuda también del empe-

(1) En estos sepulcros se leen sus respectivas inscripciones, y son: «Aqui está el muy magnífico señor licenciado Francisco de Vargas, partió desta peregrinacion con la esperanza católica que debió esperar la resurreccion de su cuerpo, que aqui fué depositado hasta el juicio final. Año de MDXXIV.—Aqui está la muy magnífica señora Donna Inés Caravajal, muger que fué del muy magnífico señor licenciado Francisco de Vargas, partió desta peregrinacion con la esperanza católica que debió esperar la resurreccion de su cuerpo, que aqui fué depositado hasta el juicio final. Año del Señor de MDXVIII. — Aqui yace la buena memoria del Ilmo. y Rev. Sr. D. Gutierre de Caravajal, obispo que fué de Plasencia, hijo segundo de los señores el licenciado Francisco de Vargas del consejo de los reyes Católicos y reina Doña Juana, y de Doña Inés de Caravajal, sus padres. Reedificó y dotó esta dicha capilla á honra y gloria de Dios con un capellan mayor y doce capellanes. Pasó desta vida á la eterna el año de 1556.» Tenía unos 50 años á su muerte, y antes de los 20 fué electo obispo.

(2) Enterróse D.ª Juana en una capillita á la izquierda del altar mayor; su estatua de mármol arrodillada se atribuye á Pompeyo Leoni, y en el pedestal se puso este letrero: «Aquí yace la serenísima Sra. D.ª Juana de Austria infanta de España, princesa de Portugal, gobernadora de estos reinos, hija del Sr. emperador Carlos V, mujer del príncipe D. Juan de Portugal, madre del rey D. Sebastián. Murió de 37 años, dia 7 de Setiembre de 1573.» Á la emperatriz María su hermana

MADRID



Portada de las Descalzas Reales

rador Maximiliano II, vino en 1576 desde Alemania á llamar á las puertas de aquel retiro, y poco después su hija Margarita entró con otras damas á acompañar su soledad trocando las regias galas por el tosco sayal de religiosa. Tan generosos ejemplos atrajeron sobre las Descalzas Reales la reverencia y amor de los soberanos, privilegios y honores para la comunidad, riquezas y esplendor para su culto. Su sencilla fachada ostenta en la plazuela de su nombre tal regularidad y buen gusto, que su invención se atribuye á Juan Bautista de Toledo, y en el fondo de su reducida, aunque proporcionada nave, renovada en 1756, brillaba el altar mayor de Gaspar Becerra, tan apreciable por sus tres cuerpos arquitectónicos, como por sus numerosas esculturas (*a*).

IV

Hasta mediados del siglo XVI no principió la competencia entre las varias órdenes religiosas sobre cuál fundaría en la nueva corte más vasto y suntuoso convento. Bajo la protección de Felipe II todavía príncipe y á pesar de los obstáculos opuestos por la villa y por el arzobispo de Toledo, alzaron en 1546 los agustinos el de San Felipe el Real en la Puerta del Sol y su templo obtuvo la fama de *primado de los edificios santos,* aunque su reparación de resultas de un incendio á principios del siglo XVIII cubrió el interior de talla churriguéresca: el claustro

hizo Felipe III sepultar en el coro en túmulo de jaspes, aunque ella quiso yacer en el claustro bajo una piedra lisa sin águilas ni coronas: fué mujer magnánima y virtuosa, y murió de 74 años en 1603. Á más de su hija Sor Margarita de la Cruz, esclarecida por sus virtudes, profesaron en aquel convento algunas otras infantas.

(*a*) Quemóse por desgracia en aciaga noche estándose restaurando la iglesia. En su lugar se puso el de San Francisco de Regis que estaba en el crucero de la iglesia del Noviciado de los Jesuítas, que desdice no sólo por su género arquitectónico, sino por su ninguna relación con el instituto. Mejor hubiera sido el que había en la capilla de los Bozmediano de la parroquia de Santa María, muy parecido al de Becerra, aunque de inferior mérito, pero fué inutilizado al demoler la parroquia en 1868, vendiéndolo por leña vieja.

trazado por Andrés de Nantes y corregido por Francisco de Mora, en sus dos órdenes de galería ambos dóricos mostraba la gravedad harto maciza de los monumentos de Felipe III; y las célebres *gradas* de San Felipe eran patrimonio de los ociosos y noveleros, como lo son ahora las aceras circunvecinas. Á pocos pasos en la misma plaza fundaron los mínimos en 1561 el convento que tomó el apellido de su fundador fray Juan de Victoria; y su joya más estimable era la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, regalo de la reina Isabel de Valois y obra del admirable Gaspar Becerra, sepultado en una de sus capillas. Vinieron al año siguiente los trinitarios, y Felipe II deseoso de labrarles una morada con *perfección* y *grandeza*, no se desdeñó de reconocer por sí mismo el sitio en la calle de Atocha y de dar la traza escrita de su mano; llenó sus miras Gaspar Ordóñez, y la obra si no sorprendente fué digna por lo menos de su patrono. Á espaldas de la Trinidad echaron los mercenarios en 1564 los cimientos de su iglesia, que no alcanzó sino más tarde toda su amplitud, y que renovada hacia 1730 era menos recomendable por su arquitectura que por las pinturas de sus retablos (1). En 1575 convirtióse el lupanar de Madrid en iglesia de carmelitas calzados con el apoyo que les dispensaron el rey y la villa abriendo calles y mejorando el sitio: once años después los carmelitas descalzos lograron igual protección para su convento de San Hermenegildo en la calle de Alcalá, y fueron tomando creces á la sombra del infortunado D. Rodrigo Calderón que fundó la capilla de Santa Teresa, no imaginando que hubiese un día de guardar en depósito su degollado cadáver. Por el mismo tiempo los dominicos se fabricaban una residencia más céntrica y anchurosa que la de Atocha erigiendo en priorato el colegio de Santo Tomás por mediación de fray Diego de

(1) En el crucero de esta iglesia tenían un suntuoso sepulcro de mármol con estatuas arrodilladas, el nieto del grande Hernán Cortés, que llevaba su nombre y título de Marqués del Valle, y su mujer D.ª Mencia de la Cerda, patronos del convento.

Chaves, confesor del soberano. Seguían el impulso de éste los cortesanos, y su fiel ministro Francisco de Garnica fundó en 1572 para franciscanos descalzos, en las afueras de Madrid, el convento de San Bernardino, en cuyo presbiterio fué enterrado con su esposa.

Bajo Felipe II menudearon las fundaciones. Su virtuosa aya D.ª Leonor de Mascareñas, edificó en 1564 el convento de los Ángeles (*a*) para monjas franciscas. Baltasar Gómez, mercader de gran caudal y de gran caridad, labró iglesia y convento á las agustinas de la Magdalena después de varias traslaciones (*b*), y en 1586 se estableció por fin el convento de Carmelitas Descalzas de Santa Ana que tanto había anhelado fundar Santa Teresa de Jesús en los últimos años de su vida. Á establecerlo vinieron San Juan de la Cruz y la Ven. Ana de Jesús, de la cual decía poco después el M.º Fr. Luís de León, en el preámbulo de las obras de Santa Teresa, que veía á ésta en sus hijas y en sus libros (*c*).

Doña María de Aragón, dama de la Reina (1) dió nombre y existencia en 1581 á un colegio de Agustinos, junto al palacio, que poco tiempo después ilustró con su saber y virtu-

(*a*) Estaba junto á la cuesta de Santo Domingo en el paraje que aún se denomina la Costanilla de los Ángeles. La fachada de su iglesia era parecida á la de las monjas de la Encarnación. El Sr. Rivera en su cuadro histórico de D. Rodrigo Calderón conducido al suplicio, representa el momento de pasar aquél por frente á la verja de la iglesia. Fué demolido el convento en 1837.

(*b*) Estaba en la calle de Atocha y llegaba á la de la Magdalena, á que dió nombre.

(*c*) El prólogo que puso á la primera edición, que lleva fecha de 15 de Setiembre de 1587, va dedicado á las madres Ana de Jesús y religiosas Carmelitas Descalzas de Madrid.

El convento de Santa Ana estaba en la plazuela que aún lleva su nombre y que demolieron los franceses en 1811.

Refugiadas en una casa suya de la calle del Prado, fueron expulsadas de allí en 1837. De tres conventos de Carmelitas Descalzas que había en Madrid, hoy no queda ninguno.

(1) Era hija de D. Álvaro de Córdoba y D.ª María de Aragón, soltera toda su vida; la cual en vez de fundar ociosos mayorazgos y perjudiciales vinculaciones dijo á sus parientes: «Fundaré un mayorazgo donde no tenga fin la memoria de mi nombre,» y en efecto aún lo conserva á pesar de sus muchas vicisitudes.

Felipe II cedió el terreno que compró á los monjes de San Martín.

des el venerable Maestro Orozco, recientemente sublimado á los altares (*a*).

La Princesa de Ascoli erigía en 1592 entre los árboles del Prado el convento de Recoletos para los religiosos de la reciente reforma de los de San Agustín (*b*), y el contador Alfonso de Peralta, en 1596, construía sin ostentación el de San Bernardo en la calle á que dió su nombre, notable ésta por su no acostumbrada anchura, y en la iglesia labró de jaspe un sepulcro para sus restos mortales.

De estos conventos de religiosas ninguno subsiste sino el de Santa Isabel de Agustinas Descalzas, cuya capaz iglesia, dominada por alta cúpula, adornan notables pinturas de Ribera, y cuya erección en 1592 aneja á un colegio para niñas nobles, protegió Felipe II dotándolo con seis mil ducados procedentes de las casas confiscadas á Antonio Pérez, y con hacienda del Cardenal Quiroga, arzobispo de Toledo.

* Más afortunados han sido los conventos de religiosas fundados en tiempo de Felipe III en lo relativo á su conservación.

Las Jerónimas habitan aún el humilde edificio y la iglesia bajo la advocación del Corpus Christi, llamado vulgarmente *las Carboneras* (*c*), fundado en 1607 por D.ª Beatriz de Mendoza, condesa del Castellar (*d*), á la cual dirigió algunas de sus obras el venerable P. Gracián, su director espiritual.

Á las Mercenarias Descalzas, edificó en la calle de Valverde el año 1609 pobre convento con espaciosa iglesia el presbítero D. Juan de Alarcón, que vinculó su nombre á la fundación

(*a*) Sus reliquias fueron llevadas á Valladolid después de la exclaustración.

(*b*) Estaba en el paseo al que vinculó su nombre, algo exótico para un paraje de recreo: sobre su área se ha proyectado construir un edificio para biblioteca, museo y otros objetos, pero á pesar de los miles ó millones invertidos en cimientos, escalinata y zócalo, hay pocas probabilidades de verlo concluído en este siglo.

(*c*) Dióse esta denominación á la iglesia y convento por una efigie de la Virgen que se sacó de una carbonera, y fué colocada en aquella iglesia.

(*d*) También edificó en Alcalá un convento de Carmelitas Descalzas.

de su penitente D.ª María de Miranda, exornando aquella con buenos cuadros (*a*).

También han salvado, con no pocos apuros, las pobres Capuchinas el suyo, harto mezquino, fundado hacia el año 1618, en la plaza á la cual dan su nombre, y las Bernardas del Sacramento á quienes construía monasterio el duque de Uceda en 1615, cerca de su grandioso palacio.

Las Trinitarias Descalzas que habían fundado el suyo bajo la advocación de San Ildefonso, en la calle del Humilladero, el año de 1612, lograron mejorar de sitio en 1633, trasladándose á la calle de Cantarranas, en el convento erigido por una hija del valiente capitán Julián Romero (*b*), y allí vivieron las hijas naturales de Cervantes y Lope de Vega, cual si la inmediata calle de los Francos y el barrio donde moraban los *ingenios* de aquel tiempo tuviera atracción para las que en el vecino recinto venían á expiar sin culpa las culpas de sus padres.

Entre estas obras de particulares descolló por aquellos años la obra regia de la Encarnación principiada en 1611 por Margarita de Austria en acción de gracias de haberse llevado á feliz término la expulsión de los moriscos; desde las ventanas de su palacio, contempló la reina cómo se levantaba su fundación predilecta, que por medio de un corredor secreto debía de comunicar con sus habitaciones; pero marchó al Escorial con el presentimiento de no volver á verla, y cerró los ojos antes del solemne día de 1616 en que el rey y su corte instalaron á las agustinas descalzas en el concluído edificio. Sus dimensiones

(*a*) Á su iglesia se trajeron el año 1837 las reliquias de la beata Mariana de Jesús, religiosa de aquel instituto, las cuales se veneraban en el convento de Mercenarios Descalzos, que estaba á lo último de la calle de Hortaleza y que fué enagenado y demolido.

(*b*) En la traslación se confundieron y perdieron los restos mortales de Cervantes, que yacen en revuelto é ignorado montón.

La Academia Española celebra allí todos los años los funerales del insigne escritor y en su nombre los de otros muchos cultivadores de las buenas letras.

Allí profesaron D.ª Isabel, hija natural de Cervantes, y otra hija natural de Lope de Vega.

salieron menos grandiosas de lo que se había proyectado; pero la reina Margarita, «no importa, dijo, yo la enriqueceré de modo que no haga falta la traza;» y Felipe III nada omitió para cumplir la voluntad de su esposa. La iglesia de la Encarnación sobreviviendo al convento recién derribado, en un ángulo de la vasta plaza de Oriente, á la sencilla gravedad de su atrio y fachada y á la regularidad de su construcción primera añade el lindo orden jónico y los estucos y casetones con que vistió su nave D. Ventura Rodríguez, los estucos de sus bóvedas y de su cúpula pintados por Bayeu y los Velázquez, retablos magníficos de variados mármoles, y ricos cuadros y esculturas que la hacen digna de su nuevo título de patriarcal.





CAPÍTULO II

La villa y corte desde principios del siglo XVII

I

* CONVIENE saber cuál era el estado de la antigua villa de Madrid á fines del siglo XVI y cuál su perimetro, hasta la época en que fijada ya la Corte en la antigua pero modesta villa, poco diferente de las otras poblaciones castellanas y aun inferior á no pocas de ellas, principió á crecer, merced á su nueva fortuna, comenzando su influencia política y su ensanche urbano desde principios del siglo XVII hasta nuestros días, en que parece haberse desbordado rotas las débiles tapias de su antiguo recinto, cual torrente que, represado por algún tiempo, rompe diques y pretiles inundando las praderas y campos inmediatos.

* Descríbela el señor Quadrado con mucha gallardía to-

mando por punto de partida la calle del Arenal (1), que se denominó así del arroyo que bajaba por allí hasta el Manzanares, sirviendo por aquel lado de foso al alcázar y dividiendo los territorios parroquiales de San Martín y San Ginés.

El que busque empero el Madrid primitivo, el que desee alcanzar todavía las robustas y desmochadas torres corona de su gentileza (2), los prolongados aleros, los grandes portales, las bajas y tentadoras rejas, los tétricos callejones, los aleves recodos, que formaban, digámoslo así, su traje de *capa y espada* y la eterna decoración de nuestro romántico teatro, intérnese por las encrucijadas y revueltas de la Almudena al sudeste de Palacio; y si de aquellos vastos caserones no osamos en conciencia designar ninguno como contemporáneo de Calderón, percibirá siquiera en su disposición y conjunto cierto sabor de antigüedad. Atravesando luégo la calle Mayor, enfile la solitaria del Sacramento, y gire por el laberinto de tortuosos pasadizos y melancólicas plazuelas que cercan la de la Villa: una enorme cruz de piedra muestra el antiguo sitio de la Puerta Cerrada, y la Cava baja describe todavía la línea del muro que con la puerta de Moros la enlazaba. Pobres manzanas retienen allá cerca el nombre de *Morería* de cuando hospedaban á los vencidos sectarios del Alcorán, y no lejos tal vez tuvieron su asilo los despreciados hijos de la Sinagoga (3) sobre los barrancos

(1) Esta calle se terraplenó con el desmonte de la de Jacometrezo y otras, por lo que dice Moratín:

El profundo *arenal* que dió camino
al agua, y dió llanura que no había,
tragando en sí los cerros convecinos.

Junto á la calle de los Tintes, hoy Escalinata, sumía estas aguas el llamado Pozacho. El nombre de Espejo de la contigua calle se cree una equivocada traducción del latín *Especula* (atalaya) tan parecido á *Speculum*. En la travesía de la Duda al fin de la calle del Arenal estaba la mancebía en tiempo de Felipe III.

(2) Eran innumerables las torres solariegas que en el siglo XVII existían aún hacia San Salvador, Santiago, San Miguel, San Justo, San Andrés y Puerta Cerrada, lo que dió origen al mote *Madrid, Madrid, altas torres, villa gentil.*

(3) Existía en Madrid Sinagoga que pagaba al rey, á los infantes y á varios particulares, 10,105 mrs. según el padrón general de 1348 formado en Huete; y

de las Vistillas cuya fragosidad compensan sus hermosos miradores. Á espaldas de San Andrés la costanera plazuela de la Paja nos traslada todavía á la era de 1500, y sin mucho esfuerzo nos representamos en frente de ella las suntuosas casas de D. Pedro Laso de Castilla honradas con la permanencia de los Reyes Católicos y con la del gran Cisneros durante su regencia. Al rededor de San Pedro culebrean las misteriosas calles del Nuncio y del Almendro, y rápidas cuestas descienden de todos lados á la de Segovia que adquirió el título de *nueva* al ensancharla y tirarla á cordel en los primeros años del siglo XVII, si bien con tal declive que forman sus tejados una dilatada gradería (1).

Despejada y recta, corta casi por medio el revuelto y quebrado recinto de la villa de Juan II la calle Mayor, que en su larga carrera de poniente á levante toma distintos nombres y variados aspectos: silenciosa y magnífica en sus edificios la parte llamada de la Almudena que cerraba la antigua puerta de Gua-

---

del nombramiento que dió á su médico maestro Pedro el arzobispo de Toledo D. Pedro Tenorio en 1395, aparece que aquel prelado tenía la facultad de dar alcalde ó juez mayor á dicha Sinagoga.

(1) La parte nueva de la calle de Segovia, se llamó también de la Puente y de los Caños, nombre que aún retiene la cuesta de los Caños Viejos á cuyo pié existían baños de aguas minerales. En la plazuela de la Cruz Verde al principio de dicha calle fué colocada la Cruz que sirvió en el último auto de fe celebrado en la Corte. La del Sacramento se llamó antiguamente de Santa María. Hacia San Francisco caían los Torrejones de la villa; y al lado de la Morería, está la plazuela del Alamillo, cuya etimología deriva Moratín algo violentamente del Alamín ó tribunal de los moros. Él mismo poetiza de esta suerte el antiguo paseo de la Redondilla hacia las Vistillas, que servía de Prado en tiempo de Enrique IV:

la Redondilla
De mil ninfas vergel antiguamente.
Porque en el tiempo que ensanchó la villa,
y fundó el monasterio edificado
del río al paso en la juncosa orilla,
El cuarto Enrique en el antiguo Prado
hizo ruar las damas muy galanas
y allí su caballero amartelado;
Ellos en potros, y ellas en lozanas
mulas con sus gualdrapas andariegas,
y con sillas ginetas y rudanas.

dalajara; hirviendo en tráfico y bullicio hacia las Platerías, frente de la plazuela de San Miguel, y á lo largo del sin número de tiendas que espaciosos pórticos cobijan; elegante y anchurosa en su embocadura hacia la Puerta del Sol. Á su extremo occidental dan realce los Consejos, cuadrado y vasto edificio de doble portada en su frontis principal, cuyos balcones coronan frontispicios triangulares en el piso bajo y semicirculares en el superior, aumentándole dos pisos á su espalda el desnivel del terreno. Sobre el solar de la ilustre casa de Bozmediano, antiguo alojamiento de príncipes (1), erigiólo Francisco de Mora para palacio del duque de Uceda, favorito del tercer Felipe, y en 1717 destinólo el quinto para habitación de los Consejos, si bien dominan todavía sus portadas las armas de Sandoval.

En aquel barrio foco de la nobleza y de la corte de los Felipes, cada casa ha sido cuna de generosa prosapia, cada habitación albergue de algún ilustre personaje, cada sitio teatro de ruidoso suceso ó confidente de misteriosa aventura. De la calle del Sacramento desapareció el largo balcón que por cima de platerescas ventanas coronaba la casa propia de Cisneros, de que ya hemos hablado en otro lugar; allí cerca en las casas del Cordón tenía Antonio Pérez su fastuosa morada; frente á Santa María atraía sus audaces galanteos la brillante princesa de Eboli en competencia con los del austero monarca; la noche del 31 de Marzo de 1578 ocultó en la contigua plazuela la alevosa muerte de Juan de Escovedo, y la del martes santo de 1590 protegió la fuga del perseguido ministro y la piadosa industria de su esposa (2). Por la calle Mayor venía corriendo

(1) Alojóse en ella la emperatriz D.ª Isabel junto con D. Juan de Austria en cuyo tiempo se quemaron casi todas. Comprólas el duque de Uceda para el suntuoso edificio de las suyas, el cual, dice Quintana, más parece fábrica real que de señor particular.

(2) Servían entonces de prisión á Antonio Pérez las casas de D. Benito de Cisneros frente á San Salvador, y unos dicen que se escapó con llaves falsas fabricadas en Sigüenza, y, según otros, disfrazado con los vestidos de su mujer, que se quedó presa en su lugar.

en su coche, al anochecer el 21 de Agosto de 1622, el bizarro conde de Villamediana, cuando llegándose al estribo un desconocido le pasó de una estocada, sin que nada de los soberanos celos ni de la mengua del regio tálamo haya podido traslucir claramente la posteridad. En la plazuela del Conde de Miranda dos grandes estatuas de salvajes han dado nombre de largo tiempo atrás á la mansión de los nobilísimos Cárdenas; al lado de San Nicolás levantaba sus dos torres de homenaje la de los Cabreras condes de Chinchón, y enfrente de las casas de la Villa tuvo la suya la nativa estirpe de los Lujanes. Por bajo de su portal cuyas góticas molduras ha hecho tal vez respetar un histórico recuerdo, pasó el coronado rival y prisionero de Carlos V, y aquella torre robusta y sin duda rebajada que sirvió de prisión á Francisco I antes de su traslación al alcázar, permanece en pié como monumento inmortal de las glorias de Pavía.

Abierta hacia la calle Mayor ensánchase la plazuela á la cual han vinculado su nombre y numerosos recuerdos las casas municipales: en su recinto ó en el contiguo atrio de San Salvador se congregaba el concejo madrileño hasta los tiempos de Juan II; bajo los espléndidos reinados de la austriaca dinastía presenciaba lo más solemne de los actos y lo más lucido de los festejos, y dividía con la plaza de Palacio el privilegio de ver estrenados en la octava del Corpus aquellos autos sacramentales que adquiría la villa como gloriosa propiedad (1).

(1) La comisión concejil, que desde el año de 1317 intervenía en la celebración de las fiestas del Corpus, tenía el cargo de formar las compañías de representantes para los autos sacramentales, embargando á los cómicos que á la sazón existían dentro y fuera de la corte. En 1605 se arregló de este modo la representación de los dos autos que anualmente se estrenaban: á las cuatro de la tarde del día del Corpus empezaba el primer auto en palacio y á continuación el segundo, mientras los actores de aquel pasaban en carros triunfales á la plazuela de la Villa á repetirlo ante el consejo de Castilla y por la noche ante el de Aragón, siguiendo igual orden los del segundo. Á la mañana siguiente se representaban los dos ante la Inquisición y por la tarde ante el ayuntamiento de Madrid, turnando así durante toda la octava las funciones ante los consejos de Italia, Flandes, Ordenes, Cruzada, Indias y Hacienda, y luégo en las casas de los presidentes; el público no gozaba de las representaciones hasta después de la octava. Duró así hasta 1664, desde cuya época estos espectáculos fueron decayendo mucho de su importancia. Cal-

Acompaña sus horas de soledad el murmullo de una fuente cuya agua vierten tres leones y que corona una figura de escaso mérito; (1) y forma su ala derecha el edificio del Ayuntamiento, que en la primera mitad del siglo XVII sustituyó á otro mezquino y ya ruinoso (2). Torres de agudo chapitel flanquean su cuadrilonga planta, que sólo se levanta dos pisos sobre el suelo, si bien con cierta gravedad y gallardía. Sobrepuestas hojarascas desfiguran las dos puertas de su fachada principal, pero la que mira á la Almudena debió modernamente al insigne Villanueva su balcón ó galería formada por airosas columnas. El interior es adornado y espacioso: Palomino pintó al fresco las bóvedas de su capilla y alguno de sus salones; y si su archivo revela curiosidades al anticuario, admira al artista la preciosa custodia de la villa, cubierta de figuras y menudos adornos y relieves que pone al nivel de los Arfes y Becerriles el primor de Francisco Alvarez, platero de la Reina, que la obró en 1568 (*a*).

Pero avanzando algunos pasos más por la misma calle, un

derón escribió 72 autos con sus loas por encargo del ayuntamiento, legándole sus originales para que los custodiara en su archivo; pero antes de 50 años no quedaron sino siete ú ocho, habiéndose sustraído los más y sustituído por copias. En 1693 á instancia del ayuntamiento se prohibió al librero Gabriel de León el imprimirlos; pero en 1716 compró el permiso D. Pedro Pando y Nier por 16,500 reales. (Noticias estractadas del Archivo municipal.)

(1) En cada uno de los tres lados de la fuente se lee: Reinando Fernando VI y María Bárbara de Portugal, año de 1754.

(2) En 1619 representaba al rey la villa de Madrid que «atento á que todas las casas y edificios de la villa han ido creciendo y reedificándose, y la casa de ayuntamiento donde vivían sus corregidores estaba en la misma forma que 200 años antes, demas de estar vieja é inhabitable de puro ruinosa, y no haber mas de una sala, de que se seguia desestimacion y nota de todos los estrangeros, pedia se le diese licencia para labrarla de nuevo y ensancharla y ponerla con la autoridad que convenía, tomando otro edificio contiguo, y que el coste se sacase de la sesta parte de la sisa.» Á 19 de Agosto del mismo año se celebró el primer ayuntamiento en las casas que fueron de D. Juan de Acuña, presidente de Castilla, donde se levantó después el actual edificio: el local antiguo de que se habla es tal vez la pequeña sala situada encima del pórtico del Salvador, donde se tenían las sesiones á principios del siglo XVI.

(*a*) Aquella custodia fué robada en 1854, poco antes de los tristes acontecimientos del mes de Julio. El robo fué harto misterioso con visos de infidelidad grave, y aun se le quiso dar carácter político.

La custodia moderna, propiedad también del Ayuntamiento, remeda la antigua y no carece de mérito.



El Ayuntamiento

ramal que de ella se desprende nos introduce en la plaza Mayor, sepulcro de tanta opulencia y bizarría, testigo de tan variados espectáculos, compendio de tantas mudanzas, y víctima ella misma de tantos azares y transformaciones. Rigurosamente simétrica en sus cuatro lienzos, cercada su área cuadrilonga y vastísima (1), de espaciosos soportales sobre cuyas pilastras se elevan tres pisos hasta la altura de 71 piés, comunicando sólo con las más populosas calles por bajo de esbeltos arcos, parece en efecto un cerrado palenque tan pronto destinado á fiestas y torneos como á civiles contiendas, y en su regularidad respira un no sé qué de oficial que la identifica con la historia política del Estado. En 2 de Diciembre de 1617 principió Juan Gómez de Mora á realizar su magnífico proyecto, promovido por el soberano, ensanchando la primitiva plaza de Juan II con la demolición de las casas circunvecinas; y tanta fué la actividad del arquitecto en darle cima antes de dos años, cuánta fué la real munificencia en apronta para su coste nuevecientos mil ducados. Eran sus uniformes fachadas de cinco piés y de ladrillo colorado, y coronábalas una azotea corrida de catorce piés de anchura, cuyos antepechos de hierro esmaltaban dorados globos: cuatro mil moradores albergaban las 136 casas en que estaba dividida, y hasta cincuenta mil espectadores (2) podían disfrutar de las funciones y regocijos que sin tregua se sucedían. Desde los balcones del edificio que ocupa su lienzo septentrional y al cual dió nombre la Panadería colocada en su piso bajo, solían los reyes presidir las solemnidades; pero esta real casa apenas se distingue de las demás entre las cuales está metida y alineada, sino por las columnas que revisten los pilares de su pórtico

(1) Tiene 434 piés de longitud por 334 de latitud y 1536 de circunferencia.

(2) En las funciones de la mañana podían gozar de los balcones los inquilinos de las mismas casas, pero por las tardes se alquilaban á beneficio de los dueños, habiéndose tasado su precio por auto acordado de 30 de Junio de 1622, á saber: 12 ducados el de los balcones principales, 8 el de los segundos, 6 por los terceros y 4 por los cuartos. Á dichos alquileres se hallan frecuentes alusiones en las obras de Quevedo.

y por el agudo chapitel de las dos torres que se levantan por encima de sus tejados. Servíale enfrente de colateral otro suntuoso edificio destinado á Carnicería común de la villa, una vez borradas las diferencias entre hidalgos y pecheros (1).

Estrenaron la nueva plaza las religiosas fiestas con que en Mayo de 1620 celebró Madrid la beatificación de su patrono Isidro; hubo fuegos, toros, poéticos certámenes á que asistió como secretario Lope de Vega, procesión interminable en que figuraban todas las villas de la provincia, y tremolaban á cientos las cruces y estandartes. Al año siguiente vió alzarse los pendones por Felipe IV, y antes de medio año caer sobre el cadalso la cabeza de D. Rodrigo Calderón que poco antes la paseaba tan erguida al frente de la compañía tudesca. En 1622 se atavió nuevamente por la canonización del santo labrador; nunca sin embargo tan espléndida como en 1623, cuando á los ojos del heredero de Inglaterra ostentó en la fiesta de toros del 1.° de Junio y en la de cañas del 21 de Agosto toda la magnificencia y galantería de la corte española. El rey mismo capitaneó una de las diez cuadrillas, mientras el príncipe de Gales, sin más que una reja de por medio, se sentaba al lado de su prometida la infanta María; cuyo enlace misteriosamente deshecho, dió seis años más tarde motivo á nuevas fiestas, al ser llamada á compartir la diadema imperial en vez de la corona inglesa que harto pronto había de verse ensangrentada.

Inextinguibles llamas en 7 de Julio de 1631 devoraron gran parte del lienzo meridional hasta el arco de Toledo; y aunque la incalculable pérdida de fortunas sumió á Madrid en la consternación, pocas semanas después se apiñaba ya sobre aquellas ruinas humeantes para asistir á una corrida de toros. La alarma

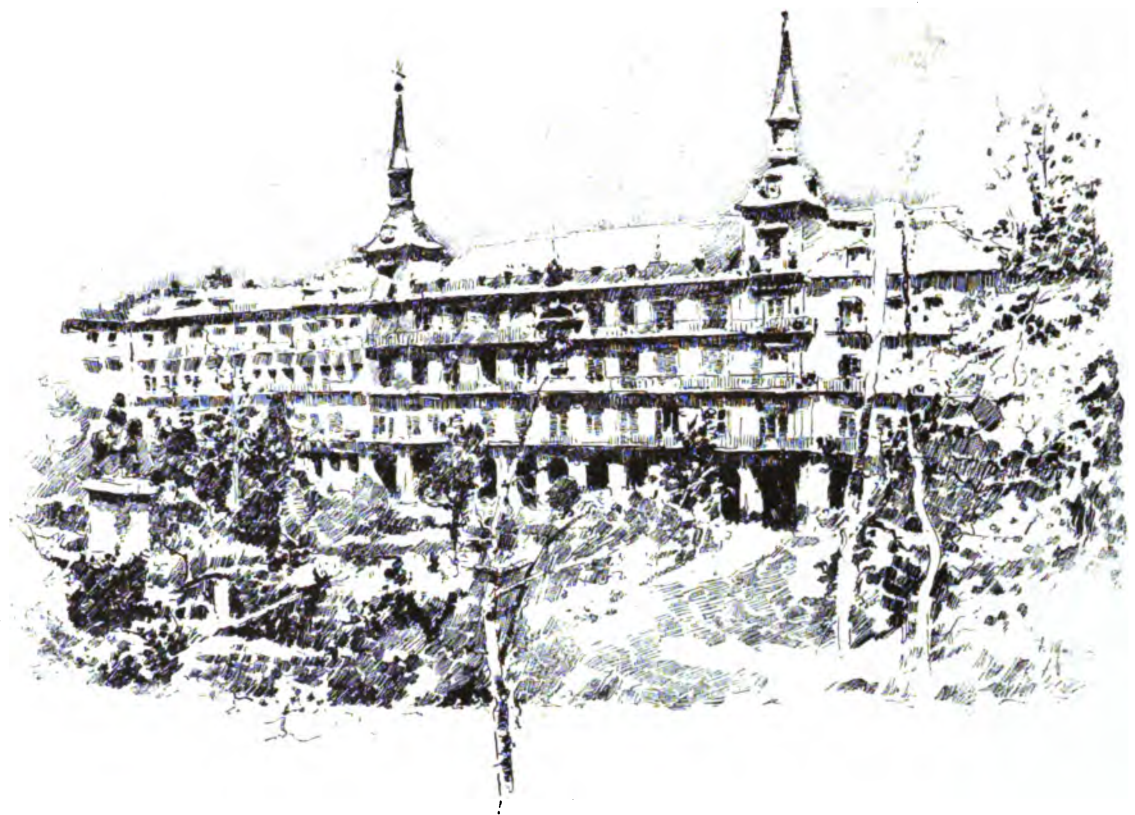
(1) Antes de 1583 los hijodalgos tenían en la plazuela de San Salvador, carnicería aparte exenta de sisa, y otra con sisa los pecheros en la colación de San Ginés. El mismo local indica la clase de moradores de entrambos barrios, caballeros en el recinto amurallado de la antigua villa, plebeyos y mercaderes en el arrabal.

ocasionada aquel día por un pánico temor causó más víctimas que el peligro verdadero (1); pero los estragos materiales fueron pronto reparados, y siguieron alternando las magníficas pompas de regias entradas y proclamaciones con las imponentes y formidables de los autos de fe, las danzas y encamisadas con las devotas procesiones, los tablados erigidos para vistosos juegos ó representaciones ingeniosas con los patíbulos en que se expiaban los crímenes de estado. Un nuevo incendio alumbró tristemente la noche del 20 de Agosto de 1672, cebándose especialmente en la casa de la Panadería, sobre cuyo pórtico, único resto que de la obra de Gómez de Mora quedó intacto, levantó Donoso en diez y siete meses la nueva construcción, sujeta á la imitación de la antigua, pero contagiada ya con resabios del naciente barroquismo. Perdieron en animación y frecuencia los espectáculos bajo el melancólico reinado de Carlos II; sin embargo, la brillante fiesta de toros con que en 1679 por el mes de Enero festejó la flor de la nobleza con pomposas comitivas el advenimiento de la reina María Luísa de Orleans, y el lúgubre aparato desplegado en el grande auto de fe de 30 de Junio de 1680, fueron digna y postrera expresión del carácter á la vez caballeresco y sombrío que imprimieron á su corte los herederos de Carlos V.

Tres veces al año, por San Isidro, San Juan y Santa Ana, se corrían toros en la plaza Mayor sin contar las solemnidades extraordinarias; pero Felipe V, más escrupuloso que el segundo que en 1596 hizo levantar las censuras pontificias lanzadas contra espectáculo semejante, lo vedó en 1704; y esta popular diversión

(1) Quevedo compuso á esta alarma un soneto que termina con estos hermosos versos:

Ninguno puede huir su fatal suerte,
Nada pudo estorbar estos espantos,
Ser de nada el rumor ello se advierte.
Y esa *nada* ha causado muchos llantos,
Y *nada* fué instrumento de la muerte
Y *nada* vino á ser muerte de tantos.



PLAZA MAYOR.—LA PANADERÍA

anduvo mendigando local hasta que Fernando VI hubo de construir para ella la vasta plaza anterior á la actual. La Mayor, transformada de ostentoso circo en plebeyo mercado, sólo en días de fiestas reales recordaba ya su importancia primera; pero bajo su nueva condición las llamas la persiguieron todavía por tercera vez, abrasando en 16 de Agosto de 1790 todo el lienzo oriental y parte del de mediodía. Por espacio de medio siglo ha ido reponiéndose lentamente de sus quebrantos, y en este intermedio pudo ya habituarse á espectáculos de nuevo género y á estrépitos desacostumbrados de sediciones y tiroteos; una lápida tres veces colocada y arrancada dos, siempre con popular entusiasmo, con frenética alegría siempre, le ha hecho otras tantas cambiar de nombre; pero al través de tan efímeras mudanzas ha alcanzado días como el 7 de Julio de 1822 y el 7 de Mayo de 1848, á los cuales sólo falta el barniz de los tiempos para mostrarse cuáles son en sí de sangrientos y terribles.

Años hace que en el centro de la plaza, rodeada de follaje y escaso arbolado para formar glorieta, se levanta sobre alto pedestal la estatua ecuestre del monarca que mandó abrir aquel vasto recinto, derramando en él sus tesoros con mano liberal. Encerrada antes de ahora en los jardines de la Casa del Campo, osténtase la gallarda apostura de Felipe III vaciada en bronce por Juan de Bolonia sobre un retrato de Pantoja y concluída por Tacca el famoso artífice que en la estatua de su hijo extremó luégo todo el atrevimiento del arte. Inferior á ésta la de Felipe III en lo difícil y original de la idea, lo es apenas en el mérito de la ejecución (1); su caballo menos fogoso parece

(1) En 1616 condujo la estatua desde Florencia á Madrid Antonio Guidi, cuñado de Tacca, y un hermano de éste llamado Andrés á quien dió el rey una pensión eclesiástica de 400 escudos y envió 4,000 al artífice en muestra de satisfacción. La obra pesó 12,518 libras, celebráronla los poetas, y Ponz cita cuatro versos de una canción de Butrón en que dice hablando del caballo:

Viva parece con osado aliento
Aquella mano que levanta al viento,
Que al limarla el artífice toscano
Sintió el dolor y levantó la mano.

andar á compasado trote, análogo á la gravedad benévola que respira su jinete.

Por debajo del arco de mediodía vese descender en torcido declive la calle de Toledo, ceñida en su principio de soportales, y campear en el fondo las dos truncadas é incompletas torres de la fachada de San Isidro. Al contemplarlas inmóviles y adustas en medio del desacorde bullicio, no sabemos cómo no se desplomaron de espanto en aquella horrible tarde del 17 de Julio de 1834, en que una ciega multitud aulló á su pié largo rato antes de romper las puertas del colegio Imperial, y volvió á salir triunfante arrastrando los mutilados cadáveres de sus sacerdotes y maestros; desde allí alumbrada de infernales teas derramóse en cuadrillas para pasear de convento en convento el sacrilegio y la matanza hasta la aurora del otro día, en medio de la desolación y de la peste. Á tétricos y tumultuosos recuerdos inclina ciertamente el aspecto de aquel barrio, la mayor irregularidad de calles y caserío, la índole y el traje de los moradores, inaccesibles al elegante barniz que en lo restante de la capital casi nivela las clases de la sociedad. Confusión, soez desaliño, desenvuelto garbo en las cortas sayas, torvas miradas flechadas por bajo de sombreros calañeses, perseguirán al forastero, ora enfile á la izquierda la prolongada calle de Embajadores cuyo título aristocrático no desdice poco de su fisonomía, ora continúe bajando por la de Toledo hasta la puerta de su nombre por entre las repugnantes barriadas del Rastro y de San Francisco que se extienden á su izquierda y á su derecha, ora se detenga más arriba en la destartalada plaza de la Cebada, fragua de delitos hartas veces y sitio de expiación donde casi permanecía fijo el innoble patíbulo sin notable escarmiento

---

Quevedo compuso dos sonetos á la misma estatua en extremo lisonjeros á la memoria del soberano, uno de los cuales termina así:

Dura vida con mano lisonjera
Te dió en Florencia artífice ingenioso;
Y reinas en las almas y en la esfera.

El bronce que te imita es virtuoso;
¡O cuánta de los hados gloria fuera
Si en años le imitaras numeroso!

de vagamundos y rateros. Poco diferentes en carácter y apariencia son los barrios de Lavapiés y del Ave María, que partiendo desde la triangular plazuela del Progreso donde crecen los árboles sobre el solar de demolido templo, juntan sus avenidas como arroyos en un solo cauce que desemboca en el portillo de Valencia (1).

Desde la plaza Mayor corre al sudeste la calle de Atocha, uno de los más rectos y hermosos radios y el más largo ciertamente de los que cortan la circunferencia de la capital. Ensánchanla desde los primeros pasos, á su izquierda la plazuela de Santa Cruz por cuyas estrechas travesías circula la mercadería, y á su derecha la de Provincia ostentando la noble fachada de la Cárcel de Corte al presente también Audiencia, cuya airosa torre de la esquina echa menos á su colateral destruída por un incendio. Trazó la fábrica el marqués Crescenci, ilustre arquitecto de Felipe IV: los dos órdenes de ventanas orladas de almohadillado dintel, la portada de dos cuerpos con seis columnas en cada uno que encuadran sus tres puertas y sus tres balcones, el escudo de armas esculpido en el ático, y el frontispicio de su remate adornado un tiempo con estatuas de las virtudes cardinales y coronado por un ángel con espada en mano, expresan los dos caracteres que reune el edificio y el buen gusto que entonces todavía dominaba en arquitectura (2). Formada por

(1) Moratín hermosea la etimología del nombre Lavapiés en estos versos:

Las que habitan al austro, donde lava
Los piés el agua de árboles fecundos.

Incluye este barrio el Campillo de Manuela, donde en el ventorrillo de este nombre acudía á beber y solazarse el vulgo hacia fines del siglo XVII. Gente sin duda de mayor estofa frecuentaría los sitios de recreo que existían en la calle aún denominada de Damas y Primavera: á la contigua del Ave María bautizó así el beato Simón de Rojas expulsando de allí á las prostitutas. La calle de Toledo, según el libro de aposentos de 1658, antes se llamó de la Mancebía: á la de Rodas, vecina á la de Embajadores, *dieron nombradía*, según Moratín, *perdida Rodas*, *fugitivos griegos*.

(2) Sobre las puertas laterales se lee: «Reinando la majestad de Phelipe IIII año de M.DC.XXX.VI por su mandado y de su Cons.° Real, se hizo esta cárcel de corte para seguridad y comodidad de los presos.»

regular y á trechos grandioso caserío, decorada con fachadas y cúpulas y torres de iglesias, sigue casi dos tercios la calle de Atocha hasta la plazuela de Antón Martín, donde irradia una multitud de encrucijadas en torno de una fuente en cuya balumba agotó de tal modo sus caprichos el churrigueresco Ribera, que merece conservarse por su misma exageración (*a*). Desde allí va en descenso la calle, plantada de árboles y más ancha aunque ya menos concurrida, sirviéndole de término á su derecha el Colegio de medicina con su vasto ámbito y moderna portada, y desaguando á un extremo del Prado frente al solitario paseo del convento que ha dado nombre á la puerta y á la calle (1).

Históricos recuerdos despierta la de Carretas (2), vena principal que liga á la de Atocha con la céntrica Puerta del Sol, y en lo alto de ella extiéndese á un lado la plazuela del Ángel, á quien un tiempo estuvo allí consagrada una ruinosa ermita. Desde su extremidad baja al Prado la angosta calle de las Huertas, y desde la contigua plazuela de Santa Ana diverge en la misma dirección, aunque más ancha y suntuosa, la que como por excelencia se llama del Prado. En las solitarias travesías que cruzan el ángulo formado por entrambas concentráronse algún

(*a*) La fuente no existe ya en dicho sitio.

(1) Era antes la calle de Atocha un camino de romería al devoto santuario de la Virgen, sembrado de frecuentes ermitas; una había en Santa Cruz, otra en San Sebastián ó algo más arriba, y otra entre las dos frente al convento de la Trinidad, dedicada á San Cipriano.

(2) Es fama que por esta calle, que entonces aún era campo, trataron de acometer á Madrid los comuneros que vinieron de Segovia formando un parapeto de carretas, si no es que el nombre de la calle haya dado origen á la tradición en vez de recibirlo. Moratín dice hablando de ella y de la contigua plazuela de la Leña:

Ni la oculta plazuela cuya leña
allí trujeron mil carreterías,
como el nombre en la calle nos lo enseña.
Los comuneros en turbados días
por aquí vieron de la villa el foso
contra la rebelión y tropelías.
Después, siguiendo el tiempo belicoso,
el gremio la ocupó de broqueleros

que habitó allí hasta el reinado de Carlos II.

día los tres genios quizá más singulares de nuestro suelo; la de los Francos, que ha cambiado su nombre por el de Cervantes, vió en 23 de Abril de 1616 el modesto féretro del inmortal autor del *Quijote*, descubierto el noble y afilado rostro, abandonar la humilde casa, testigo de sus gloriosas tareas y amargas privaciones; con mayor tren y desusada pompa contempló en 27 de Agosto de 1635 salir de otra contigua casa el cadáver del *Fénix de los ingenios*, frey Lope de Vega Carpio, y en otra de la callejuela del Niño, al revolver la esquina, desahogó Quevedo sus cáusticos y conceptuosos epígramas, vengando su primer destierro, y preparándose al segundo.

II

Si no tan espléndido por lo general como el reinado de Felipe II no fué menos pródigo el del tercero en fundaciones religiosas. En un mismo año, el de 1606, obtenían los franciscanos para convento la parroquia de San Gil, los mercenarios la ermita de Santa Bárbara en la cúspide septentrional de Madrid, y los trinitarios un solar junto al Prado donde construyeron el de Jesús; los tres eran de descalzos, los tres han perdido su forma y su destino. En la calle del Desengaño, establecidos los basilios hacia 1608, levantaron la grandiosa cúpula de su iglesia (*a*). En 1611 compraba el soberano para los premostratenses el solar que ha vuelto á ser una yerma plaza (*b*), desde que los franceses arrasaron el monasterio y su linda fachada obra de Rodríguez: y entre tanto el favorito duque de Lerma promovía la sencilla fábrica de los capuchinos del Prado á la sombra de la casa de Medinaceli. Bajo Felipe IV adquirieron los dominicos dos

(*a*) Fué demolida, y en su lugar se levantaron las casas que forman el pasaje de Muñoz Torrero.

(*b*) Posteriormente se ha construído en esa área un grandioso mercado cubierto y al estilo moderno.

nuevos conventos, el Rosario y la Pasión; éste ha desaparecido de la plazuela de la Cebada, aquel otro espera en la calle Ancha una reedificación anhelada por el vecindario. En la calle de las Infantas otro convento de capuchinos de la paciencia era un monumento expiatorio de los ultrajes y abominables ritos de ciertos judaizantes con un crucifijo, que en 1639 fué levantado sobre las casas de los reos (*a*).

* Las Bernardas venidas en 1589 de Pinto á Madrid se establecieron en la Carrera de San Jerónimo (*b*), como igualmente habían venido de Vallecas en 1552 unas terciarias franciscanas, á quienes había fundado convento en 1473 un caballero llamado Alvar Díez de Rivadeneira, maestresala de Enrique IV. Hízoles adoptar la regla cisterciense el cardenal Siliceo y en 1583 se les cedió por sorteo una efigie de Nuestra Señora de los Peligros, de cuya advocación tomó nombre la calle contigua al convento fundado entonces fuera de Madrid, en el camino que de la puerta llamada del Sol conducía á Alcalá de Henares (*c*).

* De Almonacid de Zurita se trasladaron asimismo en 1623 al mismo camino de Alcalá, y á la parte opuesta de la calle de Peligros, las Comendadoras de la orden de Calatrava, que siguen asimismo la regla cisterciense mitigada. También éstas han visto desaparecer su convento (*d*), quedando en pié su iglesia, cuya hermosa cúpula quebranta la monotonía de las simétricas casas de la calle de Alcalá.

* Un ilustre anciano sacerdote de Módena, Jacobo de Grattis, agregado á la Nunciatura, fundó allí cerca en las afueras de

(*a*) Demolidos el convento y la iglesia se convirtió su área en plazuela con el nombre de Bilbao, por haberse hecho su arreglo al tiempo del primer sitio de aquella población y del ataque del puente de Luchana para conseguir alzarlo.

(*b*) En el área del convento se construyeron las casas números 42 y 44 de la Carrera.

(*c*) El convento fué suprimido en Diciembre de 1836, y después de servir de colegio y la iglesia de teatro, fueron demolidos. Al cabo de 40 años la comunidad ha logrado trasladarse en 1877 á un modesto convento que le ha construído una piadosa señora en la calle de Isabel la Católica, n.° 6.

(*d*) Fué demolido en 1872 salvándose la iglesia á duras penas.

Madrid, frente á la calle de Peligros, un convento en una casa de campo en que vivía. Cedióle al pronto á San Francisco Caracciolo, su paisano, noble napolitano que había venido á Madrid para plantear su instituto de clérigos menores. Por ligeros desacuerdos hubieron de separarse, marchando el fundador á establecerse en la Carrera de San Jerónimo, en una casa de mujeres públicas que adquirió para convertirla en iglesia y convento dedicados al Espíritu Santo (*a*).

* En el abandonado convento instaló Jacobo de Grattis una comunidad de religiosas franciscas, que tomaron el nombre del Caballero de Gracia, nombre que daba el vulgo al piadoso Jacobo, Caballero de la orden de Cristo en Portugal, el cual murió allí nonagenario, dejando su nombre vinculado en la calle, que aún lo conserva (*b*).

* El mismo caballero había comenzado en 1575 la fundación de un convento de Carmelitas calzados en otra casa de mancebía contigua á la puerta del Sol, á pesar de las órdenes del Consejo de Castilla, que teniendo en cuenta el mal estado del tesoro, la escasez de vecindario y la multitud de nuevas fundaciones las había prohibido.

* En el camino que conducía al vecino pueblo de Hortaleza, flanqueado entonces de casas de campo y frente á una ermita de San Antonio Abad que servía de hospital de leprosos, se trasladaron también el año 1623 unas terciarias franciscanas, que en 1587 habían fundado un asilo de mujeres penitentes en el hospital de peregrinos, cerca de la calle del Arenal bajo la advocación de Santa María de la Penitencia, y el más vulgar de *Recogidas,* con que se las conoce (*c*).

(*a*) Fué quemado el año de 1824 estando oyendo allí misa el duque de Angulema.

En su área se ha construído el Congreso de Diputados.

(*b*) Sus restos mortales se trasladaron al oratorio contiguo llamado asimismo del Caballero de Gracia, construído por los individuos de una congregación que fundó con el título de esclavitud para el culto del Smo. Sacramento.

(*c*) Su casa sirve para corrección de mujeres por mandato de las autoridades judiciales y administrativas tanto civiles como eclesiásticas.

* Notable es el número de Colegios para la educación de niñas y doncellas que vió surgir Madrid en aquella época que se supone de atraso é ignorancia en la educación é instrucción de la mujer española.

* El mismo Felipe II erigía en la calle de Atocha el colegio para educación de doncellas bajo la advocación de Nuestra Señora de Lorèto, cuya efigie le regaló el Papa San Pío V (*a*).

* El de Santa Isabel fundado en la calle del Príncipe en 1589 cual queda dicho, se trasladó en 1610 al ensanche que por entonces se hacía en Madrid, dando nombre á la calle en que fué fundado, con un colegio de doncellas, que como el anterior quedó bajo el Real Patronato. La iglesia con su cúpula octógona y adornada de buenos cuadros y pinturas, no quedó terminada hasta el año 1675.

* Siguiendo el mismo generoso impulso edificaron también colegios para doncellas la Santa Hermandad del Refugio, bajo la advocación de San Antonio de los Alemanes y el marqués de Leganés, otro para huérfanos en la calle de la Reina, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Presentación; la iglesia y la cúpula, inferiores en magnitud y mérito á la de Santa Isabel, datan de 1630.

* De este modo en el nuevo ensanche de Madrid, hacia la parte del Este, desde la puerta del Sol hasta el prado de San Jerónimo, y desde los antiguos portales de Guadalajara y la nueva plaza Mayor, hacia Atocha, según que las alquerías y casas rústicas se convertían en viviendas ciudadanas, y los caminos en calles, lo mismo que hacia el norte los que conducían á las inmediatas aldeas de Valverde, Fuencarral y Hortaleza, se poblaban también de conventos de uno y otro sexo, oratorios, asilos y hospitales.

Cada hospital tuvo su oratorio, y de estos hospitales algu-

(*a*) El Colegio é Iglesia de Loreto han sido demolidos en 1883. á título de ruinosos, con proyecto de edificarlos en el ensanche.

nos remontan su fecha al siglo XV. Frente al alcázar, en el sitio que ocupa la Armería, existió el del *Campo del Rey*, donde Juan II y su esposa instituyeron en 1421 la hermandad de Nuestra Señora de la Caridad establecida luégo en la parroquia de Santa Cruz y consagrada siempre á consolar las agonías del suplicio; Pedro Fernández de Lorca, secretario de Enrique IV, hizo en 1467 para doce pobres ancianos la casa de Santa Catalina *de los Donados*; y Carlos V en 1529 engrandeció y mejoró para su milicia y servidumbre el hospital de la Corte ó del Buen Suceso, (1) que ocupaba con su modesta fábrica el puesto preferente de la capital. En 1552 el venerable Antón Martín, discípulo de San Juan de Dios (2), con auxilio de hombres poderosos y en especial de los opulentos Fúcares, erigió el edificio donde continúan sus heróicos desvelos los religiosos de aquella orden, si bien la iglesia en 1798 fué acertadamente renovada. Diez y siete hospitales existían en Madrid, cuando en 1587 fué instituído el general, y confiado á la solicitud del virtuoso Bernardino de Obregón que profesó con sus compañeros la tercera regla de San Francisco. Pero cada nación, de las que entonces frecuentaban la corte preponderante de la Europa, quiso tener aparte su hospital y su templo; y en 1598 levantaron el suyo los italianos en la Carrera de San Jerónimo; en 1606 construyeron el de San Andrés los flamencos (*a*), y los portugueses el de San Antonio cuya rotonda cubren de arriba abajo apreciables frescos de Ricci y de Jordán; los ingleses católicos fundaron en 1611 para asilo de sus perseguidas creencias el colegio de San Jorge (3) sostenido contra las reclamaciones intolerantes de Ja-

(1) Fijan unos la fundación primera del Buen Suceso en 1484, y otros en 1438 con motivo de la peste que en el año anterior afligió á Madrid.

(2) Ganólo el santo en Granada haciéndole perdonar al homicida de su hermano: murió en 1563 con grande opinión de santidad, y hasta 1596 estuvo su cuerpo depositado en San Francisco. Ofrecióle una heredad para edificar la iglesia y el hospital Hernando de Somontes, contador de Felipe II.

(*a*) Destruído por el gobierno se ha reedificado con suntuosidad y elegancia en la calle de Claudio Coello, en el nuevo ensanche de Madrid.

(3) Estaba dicho colegio en la iglesia de San Ignacio en la calle del *Príncipe*, y lo compró en 1773 la congregación de naturales de Vizcaya.

cobo I. Los franceses en 1615 establecieron su modesto hospital de San Luís (*a*).

* Diez años después, en la calle del Avapiés, fundó otro para aragoneses, catalanes y valencianos, D. Gabriel Pons, bajo la advocación de Nuestra Señora de Monserrat, el cual más adelante fué trasladado frente al de San Juan de Dios, que había fundado en sus propias casas el venerable hermano Antón Martín.

* Los irlandeses construían otro en 1635 bajo la advocación de su patrono San Patricio, y más adelante los navarros el de San Fermín, los clérigos naturales de Madrid el de San Pedro, los hermanos de la orden tercera de San Francisco otro contiguo al convento de San Francisco el Grande junto al portillo de Gilimón, sin otros más antiguos bajo las advocaciones de la Buena-dicha, Santa Catalina de los Donados y el célebre de la Latina, salvados de la reducción general por ser de fundación y patronatos particulares.

III

No paró la multiplicación de conventos con el cambio de costumbres obrado por Felipe IV, y la tradición enlaza cierta amorosa aventura de este monarca con el lúgubre tañido del reloj de San Plácido (1), donde en 1623 estableció D.ª Teresa

(*a*) Lo fundó el noble caballero Enrique Saurin, emigrado de Francia y capellán de honor de Felipe III. Estaba á la entrada de la calle de Jacometrezo, y tenía la advocación de San Luís. Era muy mezquino, por lo que fué demolido en 1852, construyéndose su nueva iglesia en la calle de las Tres Cruces, y el hospital en el ensanche de Madrid.

(1) Refiérese que una virtuosa doncella de quien se hallaba el Rey perdidamente enamorado, no hallándose segura dentro del mismo claustro de sus osadas importunaciones, apeló al recurso de tenderse en el féretro como difunta, para extinguir aquella criminal pasión. Lloró el Rey por verdadera su fingida muerte, y en memoria de ella, añaden, quiso que la campana del reloj, que hizo construir para las monjas de San Plácido, imitase el toque funeral al dar las horas, recordando así perennemente el acerbo fin de la malograda religiosa (*b*).

(*b*) La crítica se muestra poco propicia con esta leyenda novelesca que de varios conventos se refiere, sin lo del reloj, que tiene explicación sencilla, pero la une con un ruidoso proceso que hubo de seguir la Inquisi-

Valle de la Cerda, religiosas benedictinas, después de haber servido de anejo por algunos años á la parroquial de San Martín. Su iglesia dirigida por Fr. Lorenzo de San Nicolás, autor de un libro de arquitectura, encierra cuadros de Coello, frescos de Ricci y estatuas de Pereira.

Á la misma época se refiere el origen de la iglesia de las Maravillas (*a*), cuya imagen venerada allí desde 1646, dió nombre al adjunto convento de Carmelitas y al barrio septentrional desierto entonces por aquella parte.

Hacia la misma extremidad erigió sobre una altura el soberano, en 1650, el suntuoso edificio de las Comendadoras de Santiago y su espaciosa iglesia, cuya planta de cruz griega rematada en semicírculo es mejor que los adornos sobrepuestos. Ya las religiosas de la orden de Calatrava, dejando en 1623 á Almonacid de Zurita, como hemos dicho, habían construído en lo más alto de la calle de Alcalá la casa y templo que con su esbelta cúpula constituye todavía el ornato principal de aquel sitio privilegiado; y en la misma calle al opuesto lado alzaron hacia 1650 la suya, que ya no existe, las Carmelitas de la Baronesa, llamadas así por su fundadora D.ª Beatriz de Silveira. En el distrito del Barquillo subsisten otros tres conventos de insignificante arquitectura fundados en la mitad última de aquel siglo, el de mercenarias de Góngora (1) en 1662, el de mercenarias de San

(*a*) Dióse este nombre á la iglesia por la gran devoción á la milagrosa efigie de la Virgen, que en ella se veneraba, de la que se referían multitud de prodigios y milagrosos favores.

La revolución de 1868 expulsó á las pobres religiosas Carmelitas Calzadas de su modesto asilo, confinándolas á un ángulo del convento de Mercenarias Descalzas de D. Juan de Marión donde están acogidas, juntamente con la efigie de la Virgen titular de las Maravillas, á la que se venera en el coro bajo del convento.

(1) Tomó el convento el nombre de D. Juan Jiménez de Góngora, consejero de Castilla, que de orden de Felipe IV dirigió su traslación desde la calle de San Opropio, donde en 1626 había sido principiado por D.ª María de Mendoza. Las monjas de San Fernando tuvieron su primer convento frente de la Merced.

ción por aquel tiempo contra el protonotario Villanueva, patrono del monasterio, poco digno de tal honra, y por ciertas misteriosas entradas en el monasterio, no sin visos de molinosismo, y aun se supone haber tenido parte en ellas el liviano monarca, si bien el Santo Oficio no llegó á herir tan alto; mas no quedaron impunes las ligerezas del maleante protonotario de Aragón.



San Isidro el Real

Fernando en 1676 por la marquesa de Ávila-Fuente, y el de Santa Teresa en 1684 por el príncipe de Astillano (*a*). En el Prado de Recoletos yacen los vestigios del de Franciscas Descalzas de San Pascual, cuya fábrica empezada en 1683 había enriquecido con exquisitas y numerosas pinturas su fundador D. Gaspar Enríquez de Cabrera, almirante de Castilla.

Pero sobre todas descuella la soberbia fundación de los jesuítas, á la cual la protección de la emperatriz María de Austria hizo dar el nombre de *Colegio Imperial*, tomando el de San Isidro desde que fué trasladado á ella su cuerpo santo por disposición de Carlos III. Heredera la Compañía de los bienes de aquella princesa virtuosa, pensó en sustituir á la pequeña iglesia que ya poseía desde 1567 (1) otra que fuese lustre de la capital y digno recuerdo de su bienhechora. Terminóse en 1651 el edificio, más grandioso que otro alguno, y tan gallardo como de la época podía esperarse, bajo la dirección del coadjutor Francisco Bautista, á cuyos diseños no faltaba al parecer novedad ni atrevimiento. Cuatro colosales columnas con dos pilastras á los extremos resaltan de la majestuosa fachada hasta la cornisa superior; dos gruesas torres no concluídas la flanquean; y tres puertas abiertas en los intercolumnios, introducen al vestíbulo del templo. Es la nave de buenas proporciones aunque afeada con sobrepuestas entalladuras de madera, hermosa y pintada la cúpula, despejado el crucero y adornado de arriba abajo con

(*a*) Estos dos últimos han sido arruinados; el de San Fernando en el período revolucionario de 1854 al 1856, y el segundo en el más funesto de 1868. Las pobres religiosas de San Fernando, después de estar algún tiempo en Góngora, han logrado edificar un mísero albergue en el ensanche de Madrid junto á la carretera de Francia: las de Santa Teresa fueron trasladadas al Pardo.

(1) Ya en 1545 habían solicitado su fundación Pedro Fabro y Antonio de Araus, compañeros de San Ignacio; pero el edificio no principió hasta 1560 bajo la advocación de San Pedro y San Pablo, en el mismo lugar que ocupa, con la entrada vuelta á la calle del Burro. Hubo grandes contradicciones que se vencieron con callar, como dice enérgicamente un contemporáneo: favorecieron la fábrica Felipe II, la princesa D.ª Juana y varios caballeros. Entre los ilustres religiosos sinnúmero que allí yacen, se distinguen el autor de la *ciencia media* Luís de Molina y el clásico Pedro de Ribadeneira cuyo epitafio escribió Mariana.

nichos y estatuas entre sus pilastras; oscuras las capillas, y tan afortunadas en pinturas como infelices en la talla de los retablos; sus arcos de entrada nada esbeltos alternan con cuadrados dinteles y aparecen como comprimidos por las tribunas abiertas en el muro á guisa de balcones. En la capilla mayor reformada por D. Ventura Rodríguez, yace entero dentro de preciosa urna el cuerpo del santo patrono al lado del de su esposa Santa María de la Cabeza, compañera de sus merecimientos y de su gloria; y la imagen del primero asentada sobre nubes ocupa el centro del retablo. El templo y el colegio consagrado desde su institución á la enseñanza revelan en todas sus partes la esplendidez modesta y fecunda y el espíritu, grande y regulador á la vez, de una orden, cuyo apogeo de grandeza coincidió por desgracia con tiempos infelices para la arquitectura.

* En su Noviciado que hacia 1605 fundó en la calle Ancha de San Bernardo la marquesa de Camarasa D.ª Ana Félix de Guzmán, se ha instalado la Universidad literaria trasladada de Alcalá en 1837 (*a*), después de haber demolido en 1848 la lindísima iglesia, construída en gran parte con los recursos que para ello dió Felipe V á su confesor el P. Daubenton.

IV

Las parroquias que se apiñaban en el primitivo recinto de Madrid conservaban todavía á principios del siglo XVII su veneranda pobreza, por más que las armas pintadas en el enmaderamiento de la techumbre atestiguasen su fundación real. Una tras otra fueron borrando las huellas de su antigüedad, y al envolverse con el moderno traje no les quedó otra cosa que sus mezquinas proporciones.

(*a*) De ahí vino el llamar el *Noviciado* á la Universidad y al Instituto de segunda enseñanza fundado en ella, el cual desde 1876 se titula del Cardenal Cisneros.

El cuerpo de Isidro más glorificado de cada día, fué remedio de toda calamidad para sus compatriotas, esperanza de salud para los monarcas; y las fiestas de su canonización en 1622 sobresalieron entre los espléndidos y continuados regocijos de aquel reinado. Felipe IV dejó á su hijo el cargo de concluir la suntuosa capilla que levantaba y que en 1668 logró su cumplimiento; pero el millón de ducados invertidos en su fábrica no bastó á darle la pureza y elegancia que ya empezaban á alejarse de la arquitectura (1). Oprime las pilastras de su cuadrado exterior, que forma ángulo con el cuerpo de la iglesia, una gruesa cornisa coronada por antepecho de follajes con jarrones y agujas, que si de pronto imitan la talla gótica, dejan ver luégo su barroca pesadez. Más briosa se eleva de su centro la octógona cúpula entre cuyas ventanas se abren nichos pareados con estatuas de apóstoles y santos, y la airosa linterna que cierra la media naranja figura entre los puntos culminantes de Madrid. Profusión de ramajes bordan de relieve el interior de la cúpula y la bóveda de la antecapilla; cuadros de Carreño y Ricci cubren los muros de ésta, y columnas de mármol negro con dorado capitel, intermediadas de hornacinas, sustentaban en derredor la cornisa de la capilla, sombría y confusa por la exuberancia misma de sus adornos. Aislado en medio un tabernáculo sobrecargado de mármoles y bronces, de hojarascas y figuras, cobija la estatua del santo, y cobijaba su cadáver antes de ser trasladado en 1769 al colegio imperial. Rico cenotafio de aquel labriego á cuya tutela para lección del humano orgullo confió el Altísimo la corte de los soberanos, y cuyo humilde cayado descuella entre los blasones de Madrid por cima de tantos lauros y diademas y trofeos (2).

(1) Hizo la traza el arquitecto Villareal, ejecutóla y dirigió su ornato Sebastián de Herrera, que alcanzaba gran voga en los primeros años de Carlos II. (Véase la lámina de la pág. 83.)

(2) El supuesto cronicón de Julián Pérez pone el nacimiento de San Isidro en el siglo x, en cuyo caso hubiera vivido como mozárabe bajo el yugo de los sarracenos; otros no con mayor probabilidad lo colocan en el xiii. Su vida escrita por

Hacia 1629 hubo de repartir San Martín el cuidado de su numerosa feligresía con sus ayudas de parroquia San Ildefonso y San Marcos, que recién emancipadas dominan los apartados cuarteles del Norte, aquella reedificada sencillamente en 1827, esta envanecida de deber su construcción á D. Ventura Rodríguez, y de poseer sus mortales restos. Es la nave de San Marcos una elipse que cruzan otras dos menores formando los piés y el testero de la iglesia, y que cierra una cúpula de igual forma; pilastras compuestas la sostienen, lindos florones tachonan sus arcos, y la elegante fachada muestra los esfuerzos que ya en 1753 ensayaba el ilustre restaurador de la arquitectura.

Levantada en 1645 de entre sus ruinas la parroquia de San Ginés por la piedad de Diego de San Juan que ofreció á la fábrica setenta mil ducados y maltratada últimamente por un incendio en 1824, su sencillo orden dórico nada dice á la fantasía en apoyo de la tradición que la supone de mozárabe origen, si ya su bóveda subterránea destinada á los nocturnos y devotos ejercicios no nos recuerda algo de perseguido culto y de infiel opresión. Pero en su archivo se guardaba una bula de Inocencio VI excitando en 1358 á los fieles á favor de aquella sacristía que moros y judíos habían robado; y en la capilla de su venerado Cristo un letrero atestiguaba haber contribuído á la obra un capellán del rey D. Pedro llamado Juan González (1).

El mercantil y populoso barrio de San Ginés, extendiéndose al nordeste, hizo necesario desde 1541 erigir en sucursal á San Luís, que, hecha hoy parroquia, ostenta en la calle de la Montera sus dos embadurnadas torres y su barroca portada,

---

Juan Diácono es la mejor y acaso la única fuente de los datos que nos quedan acerca de este santo, adulterados después por las tradiciones del vulgo; y de sus indicaciones parece que los campos labrados por San Isidro se extendían desde Madrid hacia Carabanchel.

(1) Quintana le llama Pedro.

La Capilla mayor de San Ginés la compraron en 1483 y dotaron los nobles caballeros Gómez Guillén y María Guillén, vecinos de Madrid, y es la misma que se hundió en 1642.

cual muestra de las extravagancias que encierra su vasto buque. Siguió avanzando la población, y en 1745 formóse el distrito de Barquillo, el nuevo anejo de San José, instalado al presente como parroquia en la iglesia de Carmelitas Descalzos, cuyo pórtico y extraña fachada no añade á la anchurosa calle de Alcalá notable lucimiento.

Recomienda á San Justo una convexa fachada coronada de balaústre de piedra entre dos torres y adornada de estatuas y relieves: su feligresía desbordando con el ensanche de la población, le obligó desde 1591 á tomar por aneja la ermita de San Millán famosa de antes por sus conjuros y exorcismos, que renovada tras del incendio en 1720 y erigida ya en parroquia, presenta su frontis tan barroco como su interior á la siniestra plazuela de la Cebada.

En 1811 renació de sus ruinas la linda parroquia de Santiago, poco notable por su arquitectura, aunque yace en ella desde 1597 el príncipe de los arquitectos Juan de Herrera (1): pero la de San Juan (2) arrasada con casi toda su feligresía, no ha vuelto más á levantarse, reemplazando á aquel angosto barrio la vasta plaza de Oriente. Pegada al mismo alcázar existía antiguamente otra parroquia de San Miguel de la Sagra ó de la Vega, que desapareciendo entre las nuevas obras de Carlos V, fué reconstruída un poco más allá y conservó bajo la advocación de San Gil su destino y la prerrogativa de administrar el bautismo á los hijos de monarcas, hasta que en 1606 pasó á ser convento de franciscos descalzos. La iglesia con los vestigios

(1) Pinelo afirma que Herrera fué sepultado en esta parroquia que era la suya; pero otros apoyándose en su testamento pretenden que fué depositado en la de San Nicolás en la capilla de Méndez de Sotomayor y que allí yace aún, no habiendo tenido efecto la traslación dispuesta de su cadáver á su nativa iglesia de San Juan de Maliaño en Asturias.

(2) Dícese que en una escritura de 1154 se halla ya mención de esta parroquia; y, en efecto, al renovarse su fábrica en el reinado de Felipe III se respetó al lábaro que había sobre su puerta. En su capilla mayor se leía: *Consecrata fuit hæc ecclesia ad honorem S. Joannis Baptistæ per fratrem Robertum episcopum Silvensem de licentia Dni. Sancii electi archiep. Toletani: anno 1254 nonis Junii.*



IGLESIA DE SAN JUSTO

platerescos de su atrio, sucumbió dos siglos más tarde á la furia destructora de los franceses, y el nuevo convento poco antes empezado con vastísimas dimensiones, ha parado en cuartel de caballería. Otro San Miguel que para distinguirse del primero se apellidaba de Octoes (1), contaba por parroquianos á los vecinos de la antigua puerta de Guadalajara; víctima también de los invasores fué agregada á San Justo que poco antes había debido al infante D. Luís toda su reconstrucción.

Todavía la extensión de sus barrios meridionales obligó á San Sebastián á partirlos con San Lorenzo, parroquia reciente y mezquina en todo como el distrito de Lavapiés en que se halla escondida.

* Oportunamente observa el Sr. Quadrado la escasa importancia arquitectónica de todas estas construcciones:

Aunque la data de las iglesias de Madrid se encierra generalmente en un período de dos siglos, las han uniformado de tal suerte el espíritu de imitación y los reparos sucesivos, que parecen todas contemporáneas y vaciadas en un modelo. Ancho crucero y elevada cúpula constituyen su imprescindible distintivo, y á veces las capillas comunican entre sí por medio de arcos á manera de naves laterales; cerradas á veces con verjas hasta arriba, y ampliadas desmedidamente forman un cuerpo aparte de la misma iglesia. Gruesas pilastras son todo el ornato de los estribos, pero en cambio deformes hojarascas revisten á menudo la ancha cornisa, el anillo de los cimborios y los dinteles de ventanas y tribunas. La capacidad en algunas poca, y, aun cuando mucha, obstruída por la mole misma de los pilares y retablos; la luz ó escasa, ó excesiva y agria cuando refleja de lleno en las blanqueadas paredes. El presbiterio y las capillas suelen venir estrechas á los dorados maderajes encastillados en su re-

(1) Era apellido este de una familia á quien tal vez se debería la fundación de la parroquia que antes había sido ermita dedicada á San Marcos. Ya en 1430 fundaron en ella una capilla á la virgen de la Estrella Rui Sánchez Zapata copero de Juan II y Constanza de Aponte su mujer. La iglesia fué restaurada en 1613.

cinto, cuya balumba sofoca los bellos cuadros ó estatuas que acaso engastan, y retrae al artista de su contemplación. Dó quier apareciera un palmo de muro descubierto, allí una devoción pueril ingirió nuevos retablos, dañando igualmente á la gravedad del culto y al buen efecto del edificio. Una portada más ó menos barroca, un peristilo ó soportal con verjas, una ó dos cuadradas torres sin labor ni carácter, marcan el tipo más común de sus fachadas; mezquino tipo, si no lo realzara la airosa cúpula ora esférica, ora piramidal, revestida de pizarras tan pronto pardas como plateadas por los rayos del sol, y cuyas agujas y veletas parecen flechas impacientes de lanzarse á las alturas.

* Y con todo, la corte de los Reyes católicos, que no ha pasado de ser villa, tampoco ha logrado tener catedral, como parece lo requería su importancia (*a*).

Ya en 1576 se pidió á Felipe II su construcción, y aun se le destinaron doce mil ducados de rentas arzobispales. Sea que el Escorial extendiera hasta allí su envidiosa sombra, no admitiendo competidores, sea por otras causas, desvanecióse la idea por cuyo cumplimiento se instó bajo el siguiente reinado al tratarse de transferir á la corte los restos de los monarcas que yacen en la metrópoli de Toledo. En 1623 una joven reina Isabel de Borbón, promovía con ardor la proyectada colegiata, alcanzando de su esposo Felipe IV sesenta mil ducados para dotarla, y admitiendo cincuenta mil que le ofreció la villa mientras no procedieran de sisas ni de tributos opresivos de pobre: fijóse con solemnidad la primera piedra á espaldas de Santa María; pero quedó sola y abandonada sin que más tarde se insistiera ya en el asunto; tal vez para ahorrar á la arquitectura una colosal dispendiosa monstruosidad.

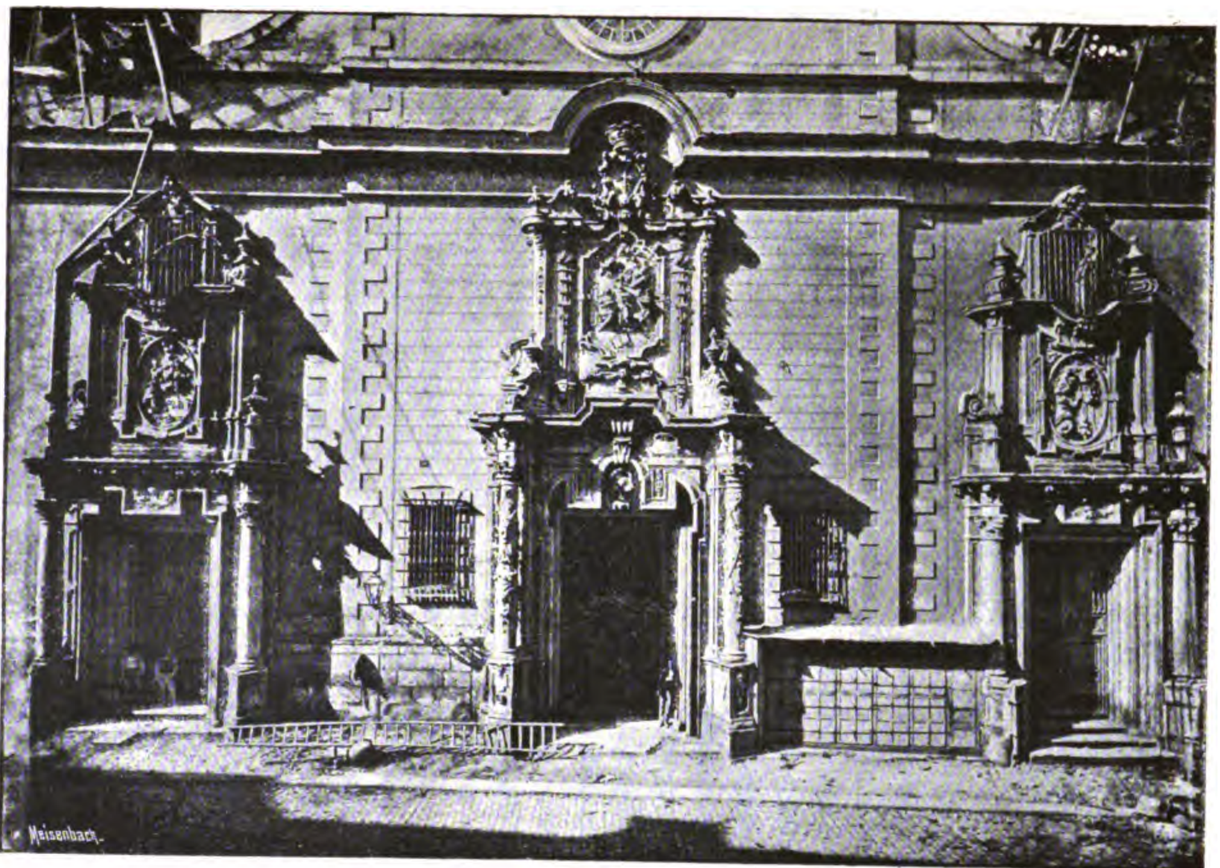
(*a*) En el Concordato de 1851 se estipuló que se erigiría diócesis en Madrid, y no sería pequeña contando la capital medio millón de vecindario. Pero la conveniencia de que resida en Madrid el Arzobispo de Toledo, Primado de España, ha hecho que no se lleve á cabo la erección de diócesis supliéndose con el nombramiento de su obispo Auxiliar.

Pasaríamos en silencio las capillas y oratorios, que aun después de diezmados, salpican la capital, si el que se presenta en el fondo de la plazuela de la Cebada con el título de Nuestra



PUERTA DE SANTO TOMÁS

Señora de Gracia, no recordase el antiguo *humilladero* de este nombre, y si no reclamase una mirada por su linda estructura el del Caballero de Gracia, reconstruído por el insigne Villanueva en la segunda mitad del siglo pasado. Una columnata de orden corintio sostiene la cornisa en que estriba su artesonada



Fachada de Santo Tomás

bóveda y los arcos torales de su cimborio, y el ornato corresponde exactamente á la sencillez elegante de la traza.

Hemos apuntado rápidamente la historia de estos edificios. ¿Preguntáis por su actual destino?

En pocos años nuevas manzanas de casas, por cierto menos pintorescas, han sustituído en la Puerta del Sol á San Felipe el Real y la Victoria; la Merced es una plazuela consagrada á la estéril deidad del Progreso, la Trinidad amoldando sus formas á nuevos usos no ha esquivado la ruina sino á trueque de hospedar en su iglesia teatros é institutos; y en su espacioso claustro el botín artístico de los demás conventos. San Bernardino es Hospicio; el Colegio de D.ª María de Aragón refundido para palacio del Senado, el de Recoletos y el de San Bernardo sin más vestigios de existencia que el nombre que han dejado al paseo y á la calle.

Sólo tres de las indicadas iglesias impusieron respeto al hacha destructora, la de Carmelitas Descalzos destinada á parroquia, y las del Carmen calzado y de Santo Tomás, aquella por su regularidad y por el realce que da á la calle su prolongado frontis, esta por su magnitud superior á su gusto ciertamente. Concluída en 1656 admitió la anchurosa nave de Santo Tomás impertinentes hojarascas y retablos aún peores, y nada ganó en la reparación después que en 1726 se desplomó su cúpula sepultando á muchos bajo sus ruinas; y, sin embargo, tal cual es su churrigueresca fachada, adorna mejor la calle de Atocha que un lienzo de flamantes casas ó los raquíticos árboles de una plazuela.

* Pero aun esta misma apenas logra ya tal objeto, convertida en triste montón de ruinas. La revolución de 1868, ensañada contra las iglesias en casi todos los pueblos de España, además de haber destruído la Almudena, Santo Domingo el Real y otros edificios religiosos, se ensañó también con la iglesia parroquial de Santa Cruz, cuya cúpula acababa de ser reedificada á expensas de la feligresía. Trasladada la parroquialidad

á la inmediata iglesia de Santo Tomás, ardió ésta en aciaga noche en 1872. Terminada estaba ya su reedificación dándole las formas de una iglesia gótica, cuando se echó de ver que, socavados los cimientos, amenazaba inminente ruina, siendo preciso desmontar la nueva cúpula y demoler todo lo reconstruído y gran parte de lo antiguo.

V

* No podían ciertamente dar lugar á que aumentase la importancia de la villa y corte, los desastres consecutivos en los últimos años del reinado de Felipe IV, las sublevaciones de Portugal y Cataluña, la pérdida de los Países Bajos y de nuestra marina de guerra y mercante, la pésima administración y las calamidades durante la menor edad y reinado de Carlos II, que facilitó el pensamiento de acabar con la nacionalidad de España, repartiéndose sus estados los codiciosos vecinos, si bien luégo el ambicioso Luís XIV halló más útil y cómodo quedarse con todos.

* Tampoco fueron muy propicios los primeros tiempos del reinado de Felipe V durante las guerras de Sucesión, ni los años siguientes en que apenas pudo considerarse como virrey de España, bajo la tutela de Princesas, que recibían instrucciones de la embajada de Francia. Quedaba de aquel tiempo apenas la iglesia del Noviciado de la Compañía de Jesús, con sus dos lindas aunque recargadas torres y su bella cúpula, igual en todo á la de San Isidro, aunque de menores proporciones.

Más allá en el fondo de extraviadas calles levántase y extiéndese á sus anchuras el gran monumento religioso del siglo XVIII, el magnífico recuerdo que legaron á su corte Fernando VI y su esposa erigiendo un convento que les sirviera de mausoléo. En 1749 se echaron los cimientos de las Salesas bajo los planes de Carlier y la dirección de Moradillo; en 25 de

Setiembre de 1757 pudo ya ser consagrado el templo, y dos años después yacían en él ambos esposos: la duración de la fábrica se midió casi por la del reinado. Á su grandiosa capacidad reune el edificio la regularidad de sus prolongadas alas y la extensión de sus amenas vistas, distinguiéndose sobre todas la fachada del jardín, cuyas estancias se reservó la reina María Bárbara para habitar entre las hijas de San Francisco de Sales y sus nobles educandas. Con el convento forma ángulo la iglesia, cerrando los otros dos lados del atrio unos pilares y verjas de hierro: ocho pilastras de orden compuesto, tres puertas, un ático rematado en triángulo y flanqueado por dos torres no muy gallardas, y varias esculturas de Olivieri, entre las cuales se nota un gran relieve de la Visitación, como titular de la orden, componen la fachada, que puede considerarse como de transición desde el caprichoso barroquismo á la clásica severidad. Su interior es adornado y deslumbrador; mármol de colores enlosa el pavimento, pilastras corintias aguantan la bóveda y columnas del mismo orden la espaciosa cúpula, pintadas una y otra al fresco por los hermanos Velázquez; seis grandiosas columnas de mármol verde de Granada con capitel de bronce dorado constituyen el altar mayor, cuya decoración reproducen en pequeño las demás capillas, realzando los bellos cuadros y esculturas que contienen. En el fondo del brazo derecho del crucero ábrese un nicho revestido de mármoles, dentro del cual campea el magnífico sepulcro levantado al buen Fernando VI por su hermano y sucesor. La Justicia y la Abundancia, con alegoría veraz y no lisonjera, están de pié sobre el primer zócalo apoyadas en el pedestal; la real protección á las bellas artes figura en el frente de la urna sostenida por dos leones y cubierta en parte con un paño funeral, cuya punta levanta un niño lloroso, mientras el otro empuña una espada; y allá en el fondo sobre una pirámide, el Tiempo encadenado enseña una medalla con el retrato del bondadoso monarca. Á la espalda yace dentro del coro su consorte amada, María Bárbara de



Las Salesas Reales

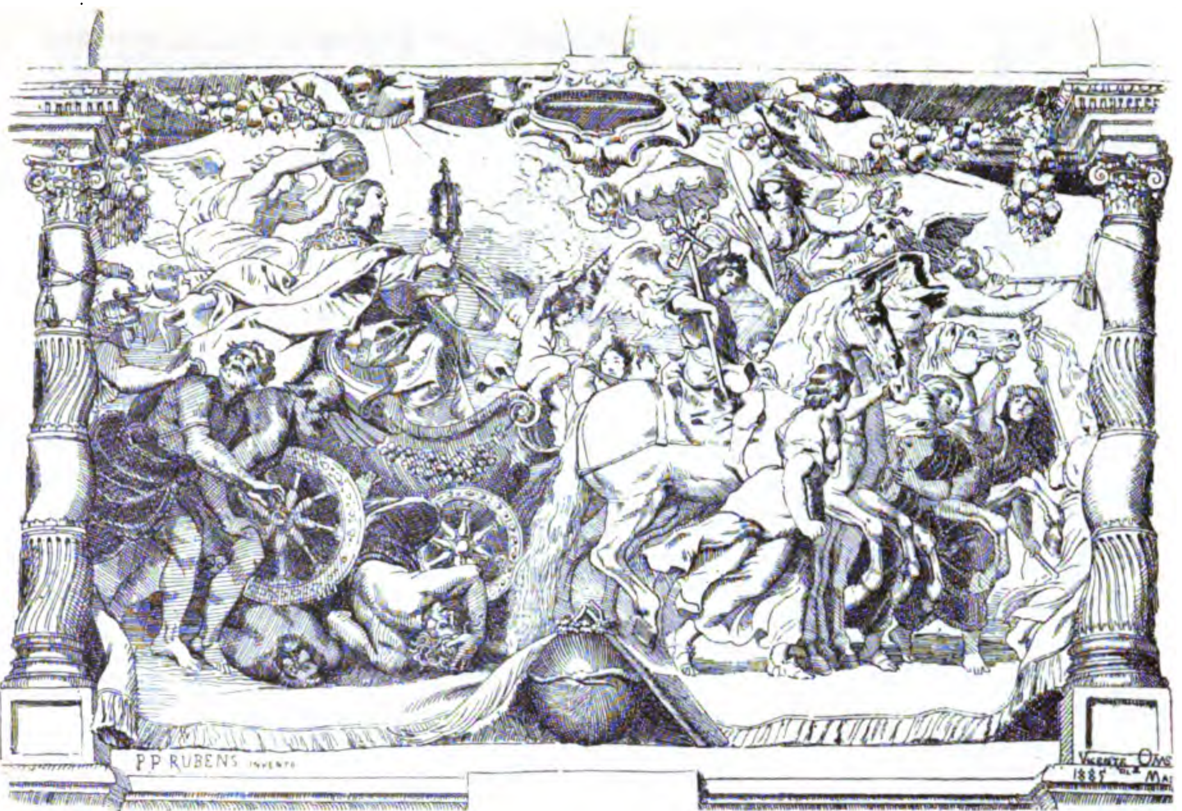
Portugal, que le arrastró consigo al sepulcro robándole á sus vasallos (1).



TAPIZ DE LAS DESCALZAS REALES (De Rubens)

* El incendio del alcázar proporcionó un día de luto y triste

(1) En el pedestal del sepulcro del rey se lee con letras de bronce dorado: *Hic*



TAPIZ DE LAS DESCALZAS REALES (De Rubens)

recuerdo para la corte y la necesidad de emprender la construcción de un nuevo palacio bajo nuevas formas y más ámplias proporciones.

* La acumulación de grandes caudales en manos de la obra Pía de los Santos Lugares obligó á pensar en la necesidad de invertirlos. Empleóse gran parte de ellos en construir la actual iglesia, poco á propósito para el culto cristiano por su forma y malas condiciones acústicas.

De los magníficos recuerdos vinculados al antiguo convento de San Francisco, ninguno se respetó en 1760, como si riñeran con la magnificencia del edificio, empezado por entonces de nueva planta. La parcialidad desechó los diseños de Rodríguez, para adoptar los de un religioso lego, Francisco Cabezas, que levantó la vasta rotonda hasta la cornisa, y en 1784 la cerró Sabatini, tendiendo á su lado y espaldas el vastísimo convento. Sin duda que es seria y grandiosa la convexa fachada, que son de bellas proporciones los tres grandes arcos de su pórtico y otras tantas ventanas cuadradas abiertas entre las pilastras jónicas del segundo cuerpo; que la corona airosamente una balaustrada con frontispicio en el centro, y en fin que sobresale majestuosa como el dorso colosal de una ballena su ancha cúpula entre dos torres de menor efecto; pero, sin ofensa sea dicho de tantos admiradores, en la célebre rotonda de San Francisco el Grande no vemos de grande sino las dimensio-

---

jacet hujus cœnobii conditor Ferdinandus VI Hispaniarum Rex, optimus princeps, qui sine liberis at numerosa virtutum sobole, patriæ obiit IV id. Aug. An M.D.CC.L.I.X. Carolus III fratris dilectissimo, cujus vitam regno præoptasset, hoc mœrosis et pietatis monumentum. En el de la reina: *Maria Barbara Portugalliæ Ferdinandi VI Hispaniarum Regis uxor, post conditum D. C. M. templum sacris virginibus, cœnobium, optato fruitur sepulchro et votis propior et aris. Obiit annos nata XLVII, V kal Sept. MDCCLVIII.* Ambas inscripciones son de D. Juan Iriarte, la arquitectura del sepulcro invención de Sabatini y la escultura de D. Francisco Gutiérrez.

Según una nota del testamento de la reina, ascendió el coste de la fábrica de las Salesas á 83 millones de reales (*a*).

(*a*) No parece creíble dado el valor de los materiales y construcciones en aquel tiempo.



San Francisco el Grande

nes (1) (*a*), dimensiones que achica su misma desnudez. La vista la abarca toda de un golpe, sin que las sombras hallen un ángulo donde guarecerse, y sin otro lejos que el de las capillas también circulares abiertas al rededor en los blanqueados muros; las impresiones se desparraman bajo su helada cúpula que carga sobre la gruesa cornisa de la misma circunferencia; y si no fuéramos cristianos antes que artistas, diríamos que mejor que el destino de templo compete á su estructura el que se ha intentado darle de *panteón nacional* (*b*).

(1) Tiene la rotonda 116 piés de diámetro y 153 de alto hasta el anillo de la linterna y 259 desde la línea de la fachada hasta el fondo del presbiterio.

(*a*) Construyóse el templo como queda dicho, con los fondos de la obra Pía de los Santos Lugares. Habíanse acumulado grandes cantidades que no podían invertirse en el sostenimiento de aquellos conventos tanto más vejados por los turcos cuanto más dinero se les remitía. Escrupulizaron los religiosos tener tantos caudales hasta con detrimento de la circulación de numerario y consultados el P. Picazo y otros catedráticos de Alcalá y sujetos graves de la orden, declararon que era contra el espíritu de pobreza franciscana tener ni aun en depósito tanto dinero.

(*b*) Ya se hizo en 1872. pero con mal éxito.



CAPÍTULO III

El Real Palacio.—Madrid á mediados del siglo actual



El postrer edificio que bañan los naranjados rayos del sol poniente, centelleando en los cristales de sus numerosos balcones, es el palacio de nuestros reyes, foco de la

vida que mantiene á la capital y glorioso si no eterno capitolio á que está vinculada toda su grandeza (*a*).

Sobre el mismo suelo vislúmbrase entre las tinieblas de los siglos x y xi un alcázar moruno, sostenido no ya por altas bóvedas y anchos pretiles sino colgado por enhiestos peñascos: contémplasele en seguida restaurado rudamente por Alfonso VI, ó ensanchado ya con gótica elegancia por el rey D. Pedro, vésele en tiempo de Enrique II renaciendo de entre las ruinas á que le redujeron las llamas de un incendio, ó las sacudidas de un terremoto, erguirse las torres fabricadas por un pasajero huésped, el rey de Armenia ó construídas por Enrique III para solaz de sus dolencias y custodia de sus discretas economías, y recibir en fin bajo Enrique IV aquel carácter de ostentación y fortaleza, que demandaban á la vez la molicie de su vida y los peligros de su reinado. Y al mismo tiempo los oídos impresionados pueblan los aires de ladridos de alanos y sabuesos, de gritería de monteros, de estruendo de bocinas y caracoles, y demás rumores propios de un sitio consagrado á cacería, que empezando por parque contrajo méritos para llegar á corte.

Poco sin duda de esta heterogénea y pintoresca fábrica dejó subsistente la austriaca dinastía. Carlos V en 1537 renovó y amplió el alcázar, y al lado de sus obras elegantes y ricas figuraban las más severas que Felipe II mandó ya activar desde Flandes, obtenida apenas la corona, y que completó después

---

(*a*) El Sr. Quadrado, respetuosa y oportunamente colocó la descripción del Real Alcázar en los primeros párrafos de su libro. Siguiendo el orden cronológico en la nueva forma que á su curioso trabajo damos, preferimos traer su bella descripción á los tiempos de Fernando VI y Carlos III. Notables son sus agoreras palabras en el párrafo que por dicha razón omitimos al motivar su primer homenaje de respeto como español y como artista. «No cuidemos de leer en las mudas piedras los destinos de la institución que está allí como encarnada, ni de soñar vacilantes ruinas y lamentables despojos, en lo que tan entero, magnífico y risueño se ostenta á los ojos todavía.»

Por lo demás, dejamos íntegra no sólo la descripción del Palacio, sino también la de Madrid á mediados de nuestro siglo, reservando para las notas y el capítulo siguiente la tarea de apuntar las notables modificaciones que ha experimentado la corte en nuestros días.

en 1561 al fijar allí su residencia. Amenizóla con jardines, adornóla con pinturas, construyó las caballerizas y la armería sobre ellas; pero *queriendo dejar algo que hacer al príncipe,* suspendió la ejecución de la traza; y Felipe III se encargó de levantar la fachada principal encomiada sobremanera por los contemporáneos. Grandioso é imponente, aunque tal vez poco uniforme, aparecería el conjunto de las torres, chapiteles, portadas, ventanas y miradores, que sucesivamente concibieron Luís y Gaspar de Vega, Juan Bautista de Toledo, el famoso Herrera, Francisco y Juan Gómez de Mora, la flor en fin de nuestros clásicos arquitectos. En su ámbito contenía quinientas estancias, y en las salas bajas de sus patios principales se reunían los diez consejos (1), sobre que giraba la administración de la vasta monarquía. Ostentábase en el primer corredor la real capilla revestida de mármoles y tapicerías: y si en pos de algún cortesano de los Felipes quisiéramos penetrar en su morada, por medio de los arqueros y de las guardias española y tudesca que guardaban la primer sala, y por entre los porteros de la segunda, cruzaríamos la tercera destinada á recibir las embajadas extraordinarias y las consultas de los consejos; aquí el comedor privado, allí el público, más allá el salón inmenso de ciento setenta piés de longitud para comedias, máscaras y torneos, acullá el que presenciaba cada jueves santo el solemne lavatorio de los pobres. Atravesando salas y corredores, llegaríamos al pié de la torre Dorada, y tras de seguir desde la hermosa galería de pinturas los amenos giros del río hacia el mediodía y poniente, con medroso paso nos introdujéramos en el despacho y alcoba del soberano, cuyo silencio sólo turbara el són de las fuentes del jardín contiguo adornado con estatuas de emperadores. Cuadros mitológicos del Tiziano y mesas de jaspe y pedrería enriquecían las vecinas estancias que por un secreto pasadizo de azulejos daban

(1) Eran estos diez consejos los de Castilla, Aragón, Italia, Portugal, Indias, Estado, Guerra, Órdenes, Hacienda y Contaduría mayor.

salida al parque y casa del Campo; otra galería abierta al cierzo y cubierta con retratos de los reyes de Portugal, dejaba espaciar la vista hasta las nevadas cumbres de Guadarrama; y en el mismo ángulo, no lejos de la sala de Cortes de Castilla y León, alzábase otra torre envanecida de haber albergado como cautivo á Francisco I. Hacia levante y mirando á la plaza de palacio caían las habitaciones del príncipe, de la reina é infantas, con muchas salas, oratorios y retretes, á cuya fábrica había contribuído la villa en obsequio de la esposa de Felipe III; allí cerca el guardajoyas, depósito de las preciosidades de ambos mundos y cuya inconmensurable riqueza en plata, pedrerías (1) y pinturas revelaba que el dueño de ella *no podía ser sino el rey del universo*. Y sin embargo parécenos que comparada la majestad y opulencia de aquella mansión con la grandeza de los soberanos que albergaba, argüía en ellos todavía cierta sobriedad y moderación.

Todo pereció devorado azarosamente por las llamas en la aciaga noche de Navidad 1734, como si una dinastía nueva reclamara un palacio nuevo que fuese expresión más apropiada de sus gustos y de su carácter. Felipe V, desdeñando por fortuna á los discípulos de Churriguera, pidió como en préstamo á la corte de Turín su afamado arquitecto el abate Jubarra, quien concibió sobre las yermas alturas de San Bernardino un palacio de recinto inmenso, semejante á los que vieron en siglos remotos el Asia y el Egipto. Asombra aún su colosal modelo (2), reco-

(1) Entre otras joyas hace mención Gil González Dávila de un diamante del tamaño de un real de á dos evaluado en 200,000 ducados, de una perla como una avellana llamada *la Huérfana* y tasada en 30,000, y especialmente de una lís de oro de media vara de alto y otro tanto casi de anchura, poseída de antiguo por los duques de Borgoña, prestada á Inglaterra, tomada por los franceses en Calais, y recobrada por Carlos V como una de las condiciones estipuladas para la libertad de Francisco I. Es sumamente curiosa la descripción que en su *Teatro de las grandezas de Madrid* el citado autor forma del palacio según se hallaba en los primeros años de Felipe IV.

(2) Consérvase minuciosamente ejecutado en madera, en una de las salas del *Museo Militar*, abarcando á más del palacio un teatro, una magnífica iglesia, y grandioso local para los consejos, secretarías de estado y biblioteca. El edificio

mendable además por la majestad ya que no esbeltez de las formas: pero Felipe no quiso renunciar á las ventajas y recuerdos del solar primitivo, y la muerte no dejó tiempo al arquitecto sino para designar al que bajo plan distinto había de dar cima á la empresa. Vino de Turín su patria Juan Bautista Sachetti, y entre las humeantes ruinas del antiguo alcázar trazó su construcción, que merced al declive del terreno, ganó en profundidad y solidez y pintoresco efecto cuánto le hubiera dado de ámbito y anchura el proyecto de Jubarra. En 7 de Abril de 1737 se colocó ya la primera piedra; pero Felipe V y Fernando VI cerraron los ojos sin ver concluída la obra, que llevó á su complemento Carlos III.

Igual es la extensión, y no menor de 470 piés, igual el estilo y hasta el ornato que presenta en cada una de sus fachadas aquel grandioso cuadrado; su regularidad no adolece de monotonía, y á despecho de la época se halla tan exento de resabios de barroquismo como de la fría desnudez de nuestra moderna restauración. Flanquean sus ángulos cuerpos avanzados á manera de pabellones, para interrumpir la línea horizontal; préstale gravedad y robustez su zócalo almohadillado de piedra berroqueña en el cual se abren las prolongadas ventanas del piso bajo; al par que respira ligereza y gracia su piso principal sostenido por pilastras y columnas. Pilastras son de capitel dórico en el fondo del lienzo las que son columnas jónicas en los cuerpos angulares y en el centro de las fachadas; en cada intercolumnio diséñase con limpieza un airoso balcón coronado con frontispicio triangular ó circular alternativamente, y encima de los balcones ventanas achatadas y cuadrilongas correspondientes

había de ser cuadrado y de orden compuesto, con 1,700 piés de largo en cada fachada, con 34 entradas, 2,000 columnas y 23 patios de los cuales el principal había de presentar 700 piés de largo y 400 de ancho; los jardines vastísimos, el número de estatuas increíble. El abate Felipe Jubarra, autor del proyecto, era natural de Mesina y discípulo de Carlos Fontana; de la corte de Turín pasó á la de Lisboa donde hizo el diseño de la iglesia patriarcal, y de allí á la de Madrid donde murió de 50 años nombrado canónigo de la colegiata de San Ildefonso.

á los pisos superiores. Ancha cornisa sombrea el edificio, corriendo por cima de ella un balaústre de piedra, sobre cuyos interpolados pedestales han reemplazado gruesos jarrones á las colosales estatuas de reyes que adornan hoy la contigua plaza. Centellea el sol en su techo de pizarra sembrado de bohardillas y chimeneas: la cornisa, las columnas, las jambas y frontispicios de los balcones, y demás obras de relieve labradas en piedra blanca, resaltan hermosamente sobre el cárdeno granito del fondo; y el edificio todo campea aislado sobre el purísimo cielo de Madrid, sobre el horizonte de verdor que se extiende á sus plantas vivificado por el sinuoso Manzanares, sobre las densas arboledas de la casa del Campo, sobre las azules sierras de Guadarrama bordadas de perpetua nieve.

Cien piés sobre el suelo se levantan sus muros por los lados de mediodía y oriente; pero la hondura del terreno hacia la campiña, casi duplica la altura de las otras dos fachadas, poniendo más al descubierto su gallardía y los gastos y dificultades de la empresa. Para remediar el enorme desnivel, cortáronse á pico las cuestas, terraplenáronse los precipicios, erigiéronse fuertes bóvedas y gruesos murallones, tanto para robustecer el edificio como para aumentar su capacidad, abarcando en sus pisos bajos sobreabundante local para oficinas y dependencias inferiores. Cíñelo por ambos lados de norte y poniente un anchuroso pretil con balaústre de piedra; y las escalinatas dispuestas en suntuosos ramales, y los macizos baluartes, y las suaves pendientes que bajan hasta la vega, lábranle un pintoresco y magnífico pedestal que le da cierto carácter de ciudadela. Un ameno parque eternizado en las comedias de Lope y Calderón, ocupaba antiguamente el espacio intermedio hasta las márgenes del río, y al erigir el palacio trazáronse para adornarlo elegantes jardines que no llegaron á realizarse; pero en nuestros días el *campo del Moro* ha salido de su aridez y abandono, convirtiéndose en un delicioso *parterre*, cuyos verdes cuadros con sus dibujos servirán á la regia fábrica de vegetal alfombra.

MADRID

Vista del Palacio Real



La fachada septentrional presenta en su centro un cuerpo sostenido por ocho columnas, correspondiente á la capilla real, cuya cúpula asoma por cima del techo estribando sobre cuatro áticos con grandes claraboyas. Pero del centro de las demás fachadas sobresalen tan sólo tres balcones volados metidos también entre cuatro columnas, ceñidos por balaústres de piedra, apoyados sobre grandes ménsulas con trofeos y cabezas de leones. Los del lienzo de medio día estriban sobre las tres entradas principales, y encima de su imposta descuella la esfera del reloj en el fondo de un frontispicio poco elegante, lo cual unido á las cinco puertas que miran al mismo lado dan á aquella fachada la supremacía sobre las restantes. En la época de Carlos III se trató de prolongar en dos alas los pabellones que la flanquean, como se hizo respecto del derecho, siguiendo en la construcción idéntico estilo, y rodeándola de un terrado con galería fundado sobre arcos en el piso bajo; obra desde entonces interrumpida y activada al presente con nuevo ardor, si bien no completará su vistoso efecto sino con la prolongación del ala paralela.

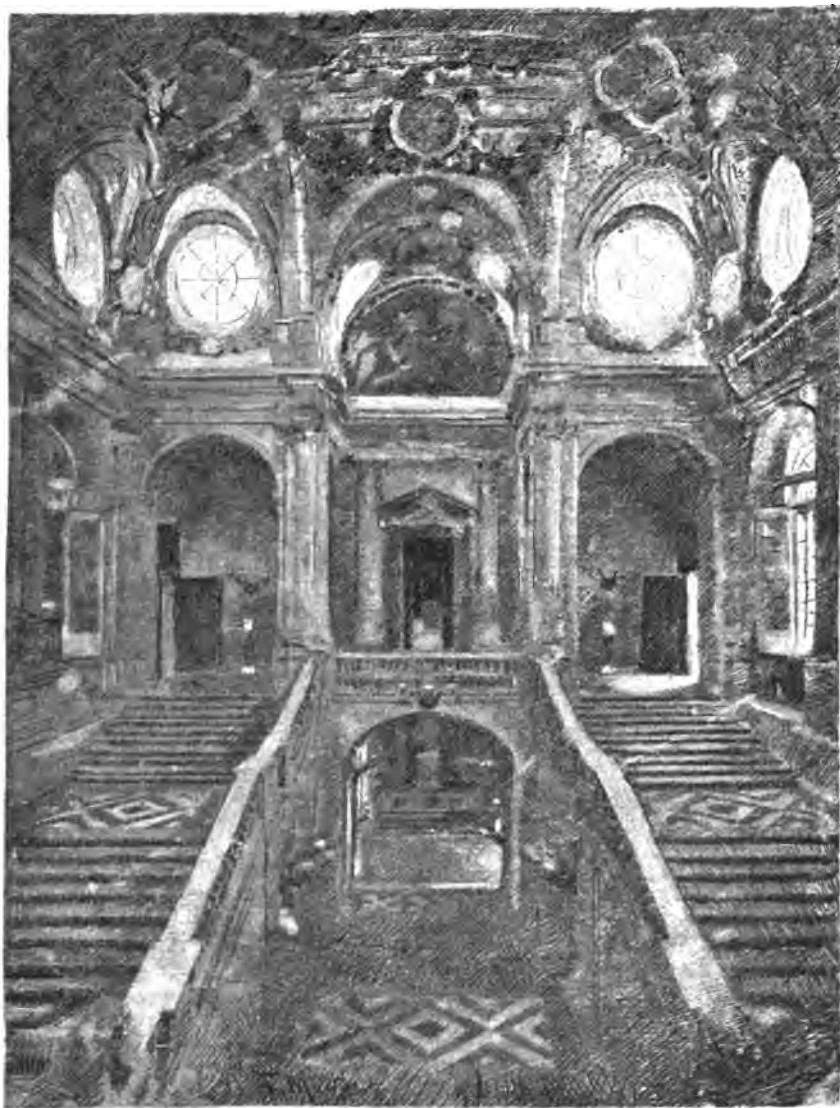
Sea que penetremos por cualquiera de las cinco puertas del Sur, sea por la más frecuentada que se abre al Oriente y se llama *del Príncipe*, se nos ofrecerá á la vista un grandioso patio cuadrado de ciento cuarenta piés de área, circuído de pórtico con nueve arcos por ala, y otros tantos arriba cerrados con cristales, que alumbran la espaciosa galería de las habitaciones superiores. Pilastras lisas revisten el primer cuerpo, columnas jónicas el segundo, y sobre él se dilata un ándito descubierto con antepecho abalaustrado; pero los muros interiores de la galería siguen hasta nivelarse con la altura de la fachada, con otro cornisamento y balaustrada por remate. Desde los pilares del ingreso principal han pasado á adornar los arcos del patio cuatro estatuas colosales de los emperadores de Roma que tuvieron su cuna en España, Trajano, Adriano, Teodosio y Honorio: en el conjunto y en los accesorios domina la sencillez, el

desahogo, la más correcta simetría. Pero al desembocar en la regia escalera quedan los ojos un momento deslumbrados con la majestad de las proporciones y la riqueza del adorno. Hasta la mitad de su altura elévanse en un solo tiro las suavísimas gradas de manchado mármol en medio de dos lustrosas balaustradas cuyo extremo guardan sobre su pedestal dos grandes leones de mármol blanco (1): y á uno y otro lado de la anchurosa meseta giran dos ramales paralelos, terminando en la galería que da entrada al salón de Guardias. Á la altura de este rodea la pieza un corredor cerrado de cristales, sostenido por doce columnas compuestas que coronan castillos y leones enlazados con el collar del toisón; cuatro medallones adornan los ángulos encima de la cornisa, y en la bóveda trazó al fresco la diestra mano de Conrado Giaquinto el homenaje rendido á la augusta religión por la monarquía española.

Atravesando el salón de Guardias, cuyo techo pintado por Juan Bautista Tiépolo representa al piadoso Eneas en la mansión de los dioses, entramos en el llamado de Columnas, á causa de las que sustentan su rica techumbre, iguales en todo á las de la escalera; formando en los ángulos una especie de pabellón. Destinada aquella estancia para caja de otra escalera colateral á la existente, fué convertida luégo en sala de baile formándole un pavimento de escogidos mármoles, y figurando en su bóveda el mismo Conrado, la aparición del Sol y el universal contento de la naturaleza.

Los medallones de los ángulos, los trofeos y follajes y las cuatro figuras alegóricas que coronan su cornisa, dan á la sala un realce mayor que el que pudieran prestarle las más ricas

(1) Sobre uno de estos leones dícese que puso la mano Napoleón, al visitar de incógnito el palacio en una madrugada de Diciembre de 1808, exclamando con entusiasmo: *Je la tiens en fin celle Espagne si desirée.* Y luégo volviéndose á su hermano José que le acompañaba, y haciendo el paralelo de este palacio con el de las Tullerías, no pudo menos de decir: *Mon frère, vous serez mieux logé que moi.* Pero lo que sobre todo y casi únicamente fijó su atención fué el retrato de Felipe II que contempló largo rato con cierta emoción é inquietud semejante á la que inspira la presencia de un competidor.



Escalera principal del Real Palacio

colgaduras y el mueblaje más precioso; tanto es lo que aventaja la arquitectura, aun cuando no sea muy gallarda, á los adornos sobrepuestos y moviliarios. Y este cabalmente es el vacío que en el palacio deja sentirse al través de su magnificencia y profusión: nada de suyo puso el arquitecto en el interior de los salones; lisa dejó la bóveda al pintor para que la cubriera con sus frescos; lisos dejó los muros para que los revistieran admirables cuadros ó vistosas sederías. Quitad unos y otras, y nada les queda á las regias estancias sino su desnuda capacidad. Las salas no se diferencian entre sí sino por el color de sus colgaduras, por el asunto de sus frescos ó por la forma de sus muebles; y aun estos pertenecen en su mayor parte á una época que si no es la menos elegante, no va unida á los más nobles é interesantes recuerdos. Reina allí la opulencia, pero opulencia individual y como de persona privada: nada hay de histórico, nada que refleje con curiosa variedad el carácter, las glorias, las tradiciones de los sucesivos reinados.

Sin embargo, cuando en el fondo de la antecámara real aparece en toda su majestad el Salón de Embajadores con sus muros revestidos de colosales espejos, con su colgadura de terciopelo carmesí bordado de oro, con los bustos, relojes y demás preciosidades acumuladas sobre sus doce mesas de jaspe, conmuévese la fantasía, y aquel solio guardado por dos leones dorados y cobijado por magnífico dosel parece que está reclamando á los soberanos de ambos mundos. Éralo todavía el que construyó tal estancia, y de su poder y grandeza son ingeniosas alegorías (1) las figuras que pueblan la gran bóveda pintada

(1) En una pirámide que descuella entre varios grupos de virtudes léese este dístico en honor de Carlos III:

Ardua quæ attollis monumenta et flectier œvo
Nescia, te celebrant, Carole, magnanimum,

Juan Bautista Tiépolo, italiano que pintó este y otros frescos en palacio, después de haberse hecho famoso en Europa, vino al servicio de aquel monarca, y murió en Madrid en 1770.



Salón de Embajadores

por Tiépolo con fuego y valentía; sobre la cornisa distínguense personificadas con sus trajes y producciones las provincias españolas y americanas, y bajo las conchas de los ángulos desnudas estatuas en representación de ríos sostienen dorados medallones. No era, no, tan rico el trono desde el cual dictaba leyes al mundo el Emperador, y desde el cual Felipe II con sus profundas combinaciones mantenía suspensa á la Europa. ¡Singular destino de las instituciones humanas! Vienen los nombres cuando desaparecen las cosas, y crece la ostentación según mengua el poderío.

Obras maestras de Tiziano y de Rubens, de Velázquez y de Murillo, que profusamente repartidas antes por todo el palacio forman al presente la gloria del Museo, adornaban en especial el comedor de S. M. y la contigua sala de cena y conversación; pero quédanles todavía los frescos de sus bóvedas donde lució sus talentos el célebre Mengs en las apoteósis de Hércules y de Trajano. En el vestuario, en el despacho, en el cuarto dormitorio y en algún otro gabinete brillan lindos techos de estuco ó *escayola* esculpidos con figuras chinescas y caprichos de frutas y de flores; preciosos embutidos de bronces y maderas cubren sus muebles y el mismo pavimento; y grandes piezas de porcelana fabricadas en el Retiro visten las paredes de otra sala con guirnaldas y follajes y niños de relieve. Pintores más recientes y no menos apreciables trazaron en otros techos, D. Juan Ribera la gloria de San Fernando, y D. Vicente López la institución de la orden de Carlos III: los hermanos D. Antonio y D. Luís Velázquez pintaron asuntos alegóricos en las habitaciones de la reina; y abandonando la gastada mitología, representó el primero en una bóveda el sublime dón de un nuevo mundo ofrecido por Colón á los reyes Católicos, Bayeu en otra la conquista heróica de Granada, y Mengs en la última el nacimiento de la aurora, figurando con acierto en los ornatos accesorios las horas, las estaciones, los elementos.

Las salas del mediodía estaban destinadas al monarca, las

de poniente á su real consorte; las de oriente, adornadas en sus bóvedas con frescos mitológicos y alegóricos de Bayeu y Maella, servían de habitación á los príncipes de Asturias, y las del norte á los infantes, hijos, hermanos y tíos del soberano, reunidos patriarcalmente bajo su techo. Funestas vicisitudes y emigraciones han alterado este arreglo, los huéspedes han ido en disminución, y en las vacías estancias respira la tristeza de la soledad. Y con todo la elegancia se enlaza con la suntuosidad por todas partes para sonreir á los sentidos; sederías de vivos colores y variados dibujos tapizan las paredes y se armonizan con las almohadas de la sillería; grandes espejos multiplican los objetos en mágica lontananza; de los balcones y puertas cuelgan airosas cortinas, y del centro de los techos admirables arañas de cristal de roca; bustos de pórfido y mármol, floreros, candelabros, relojes sin número encerrados en bellos grupos ó figuras, coronan las mesas y chimeneas; y apenas hay accesorio en que el valor y la prolijidad del trabajo no se disputen entre sí la atención.

Á nivel de la galería superior que da vuelta al patio y que se engalana en la festividad del Corpus con famosa tapicería flamenca (1), está la real capilla más adornada que espaciosa, presentando á los extremos de su elíptico recinto otras dos elipses, una para el altar mayor, y otra para la tribuna de S. M. Sobre los ángulos que resultan de su intersección voltean cuatro arcos, que enlazados por un anillo sostienen el ático con claraboyas y la cúpula que lo cierra; pintóla Conrado Giaquinto representando la augusta Trinidad rodeada de ángeles y coros de santos; figuró en las cuatro pechinas á San Dámaso, San Hermenegildo, San Isidro y su santa esposa, y matizó con otros frescos las bóvedas de los arcos. Columnas corintias de man-

(1) Estos tapices, excelentes en su género, representan pasajes del Apocalipsis de los actos apostólicos, y la expedición de Carlos V á Túnez; y á ellos se han agregado otros modernos de la fábrica de Madrid que contienen las historias de José, David, Salomón y Tito.

chado mármol se elevan airosamente hasta la cornisa, pero de allí arriba producen ingrata confusión las figuras de estuco y dorados adornos que cubren con exceso los arcos y el anillo, las pechinas y claraboyas. De mármol es también el presbiterio y el altar, donde un cuadro de la Anunciación ha reemplazado al de San Miguel, titular de la antigua parroquia pegada un tiempo al alcázar; y la presencia del soberano bajo dosel, al extremo izquierdo de sus gradas, contribuye á realzar no poco las grandes solemnidades. Á más de las ricas alhajas consagradas al culto en la sacristía, encierra el guardajoyas de palacio otras raras y preciosísimas, tesoros literarios y arqueológicos la copiosa biblioteca colocada en el piso bajo, multitud de estatuas las inmensas bóvedas, y en pintura y escultura queda todavía dentro de su recinto lo bastante para fijar la admiración de los artistas.

Ante la fachada meridional extiéndese una plaza, que si cual es de espaciosa, estuviera cerrada por grandes casas con dorados balcones y por ricas tiendas coronadas de terrados, como las que, según relaciones de aquel tiempo, hacían compañía al primitivo alcázar, apenas encontraría su semejante. Un mezquino cuartelillo y un mirador que da vista al río forman sus dos alas, y su frente paralelo á palacio la vasta Armería, severo y desnudo edificio de la época de Felipe II, construído por Gaspar de la Vega, dando visos de atrio á esta plaza el grande arco almohadillado que le abre salida hacia la calle de la Almudena (*a*). Desde la fortaleza de Simancas pasaron en 1565 á adornar los prolongados muros de aquella galería militar innumerables armas, curiosas como datos para la historia del arte, gloriosas como recuerdos para la historia nacional: lanzas y partesanas, mazas y segures, venablos y alabardas, dagas y puñales, arcabuces, mosquetes y moriscas cimitarras, cuelgan

(*a*) Un violento incendio destruyó tan rico museo la noche del 9 Julio de 1884, y sepultó entre los humeantes escombros muchas de las preciosas joyas artísticas y de inapreciable valor histórico que menciona el texto.

formando vistosos grupos y trofeos; las bardas de los caballos, las armaduras de los campeones montados sobre caballetes, parecen encerrar todavía al cuerpo que defendieron; las espadas invictas de nuestros héroes se cruzan con las de ilustres prisioneros ó con los bárbaros despojos de las naciones que subyugaron; las tradiciones poéticas de Pelayo, del Cid, de Bernardo del Carpio se enlazan con los históricos blasones de San Fernando y de Carlos V, del Gran Capitán, de Hernán Cortés y de D. Juan de Austria (1). Ocuparon las caballerizas el piso bajo de la Armería, hasta que Carlos III construyó para ellas aquella suntuosa fábrica que al norte de palacio se prolonga hacia el cuartel de San Gil, y cuyos fuertes cimientos por el lado del barranco asombran al espectador desde la puerta de San Vicente. Hacia el mismo lado se extienden las espaciosas cocheras levantadas por Fernando VII; desde el puente de Se-

(1) Largas serían de enumerar las preciosidades de esta galería; recordaremos las más notables. Entre las armaduras distínguense las dos que solía vestir Isabel la Católica en la expedición de Granada, compuestas de peto, espaldar, brazaletes y morrión con su cifra en las viseras, la del rey Boabdil, el peto y celada del duque de Sajonia prisionero de Carlos V, otra armadura regalada á Felipe V por Luís XIV, una entretejida con pedazos de ballena que algunos creen americana y otros chinesca, la antigua de San Fernando que reviste su moderna estatua sentada en el testero de la galería, y las completas de Carlos V, Felipe II y Felipe III que aparecen en medio montados á caballo. Nótanse entre las sillas de montar las del rey Católico, de Carlos de Anjou y del Gran Capitán; muchos yelmos, petos y escudos, que no remontan sin embargo más allá del siglo XVI, se distinguen por sus primorosas labores, y algunos por sus relieves de oro y plata, representando alegorías, pasajes mitológicos y batallas antiguas y modernas: el escudo dado á D. Juan de Austria por San Pío V lleva en medio un crucifijo de plata con esta letra: *Christus vivit, Christus imperat, Christus regnat.* Muéstranse las espadas de Pelayo, de Roldán, de Bernardo del Carpio y del Cid, estas dos últimas hechas en Zaragoza, otra que se halló petrificada orillas del Tajo, la del rey Católico hecha en Valencia, las de García de Paredes y Hernán Cortés, la riquísima de Boabdil, la del duque de Weimar, vencido en Horlinger, y un alfange damasquino que perdió Ali-bajá en la batalla de Lepanto, colas de caballo, aljabas, estandartes tomados á los turcos, arcos americanos, banderas de las campañas de Flandes: la espada de Francisco I fué arrebatada en 1809 por Bonaparte. Merecen además la atención la lanza del rey D. Pedro, la litera de D. Enrique el Doliente, la vajilla de campaña de Carlos V, la carroza de D.ª Juana la Loca pintada de negro y esculpida minuciosamente al estilo plateresco, que fué la primera que apareció en Madrid en 1546, y otra de hierro trabajada en Vizcaya en 1828 y regalada á Fernando VII.

govia hasta el paseo de la Florida sólo escarpados ribazos dominaban un siglo atrás, y el desmonte y nivelación del terreno, de cuyas honduras parecen haber brotado los edificios, es un esfuerzo de constancia que no puede debidamente apreciar el que hoy pisa descansado sus pendientes suavísimas.

Al oriente de palacio se dilata la populosa villa, cuyo caserío ahogaba hasta nuestros días su perspectiva por aquel lado; estrechas calles é irregulares manzanas, entre las cuales descollaba la casa del Tesoro, la parroquia de San Juan y el convento de Santa Clara, se repartían aquel vasto solar, que los franceses convirtieron en montón de escombros para aislar de la enemiga población la morada del rey intruso. Fernando VII pensó en circuir aquel recinto con una galería de columnas para enlazar su palacio con el nuevo teatro de Oriente, que enfrente, si bien á larga distancia, se construía; pero la ejecución no correspondió á la grandiosidad del proyecto, el solar continuó yermo, y hoy disimula en parte su uniforme vacío una deliciosa glorieta. La plaza de Oriente aún dista mucho de la regularidad, aunque nuevas y hermosas casas brotan cada día para alinear su polígono inmenso; pero es tan desahogado y campestre su horizonte! ¡aparece en su fondo con tanta gracia la regia construcción entre los verdes árboles y las blancas estatuas! Su paseo circular se levanta sobre el suelo un par de gradas, orlado de renuevos ya frondosos, y cercado de zócalos sobre los cuales asienta aquella serie de reyes colosales en que á mediados del siglo último trabajaron todos los cinceles de Madrid bajo la dirección de Domingo Olivieri y Felipe de Castro, y que bajando del techo de palacio yació largos años en la oscuridad de los sótanos. Aunque poco caracterizados en su traje y fisonomía, aunque de postura violenta y de trabajo nada esmerado algunos, place recorrer á vista de ellos la historia de la monarquía desde el godo Ataúlfo, y prestarles vida y lenguaje, é imaginar sus misteriosos diálogos acerca de las vicisitudes y destinos del trono que sucesivamente engrande-

cieron. Altas verjas de hierro cierran en círculo concéntrico un lindo jardín de flores y árboles, por cima de los cuales sobre un elevado pedestal que modernos escultores han adornado con bajos relieves y estatuas de ríos en sus cuatro frentes y leones de bronce en sus ángulos, descuella la famosa estatua ecuestre de Felipe IV. Fué dón verdaderamente regio del gran duque de Toscana; trazó sobre el lienzo su modelo el inmortal Velázquez, y el escultor Pedro Tacca realizó en Florencia sobre pesado bronce la creación osada del pintor. Sostener sobre las dos piernas traseras del caballo en actitud de corveta una mole enorme de diez y ocho mil libras, problema imposible de resolver pareció á los profesores y aun al mismo Galileo, si bien otras versiones con más verosimilitud le atribuyen la gloria de haber sugerido su resolución; pero tal destreza se dió Tacca en distribuir los gruesos y los macizos en el trozo posterior del grupo, que la parte delantera ahuecada se mantuvo al aire sin perder un punto de su equilibrio. Poco menos difícil sería su colocación sobre la fachada del primitivo palacio del Buen Retiro, de cuya altura bajando, según dicen (1), en el reinado de Carlos II bajo el gobierno de D. Juan de Austria, mantuvo ocultos en aquellos cerrados jardines sus primores, hasta que hábilmente trasladado en nuestros días ha salido otra vez á ostentarlos. Destaca sobre el azul de los cielos el gallardo perfil de la estatua con su desnuda y varonil cabeza, con su brazo empuñando el cetro é imperiosamente tendido, con su banda ondulante y suelta al viento; y al ver por bajo de las suspendi-

(1) Cítase con este motivo una cuarteta que corrió á manera de pasquín acerca de las fallidas promesas de economía hechas por el nuevo gobierno:

Pan y carne á quince y once
como fué el año pasado,
con que nada se ha *bajado*
sino el caballo de bronce.

En cuanto á la estatua, fué fundida en 1640, según se lee en la cincha del caballo: *Petrus Tacca f. Florentiæ anno salutis MDXXXX.* En los inventarios del Retiro se halla estimada en 40,000 doblones, aunque costó menos sin comparación.

das piernas del fogoso corcel las lejanas cordilleras de Guadarrama, se figura uno á aquellos encantados hipógrifos que se cernían sobre la tierra montados por audaces paladines.

Sin embargo, la mansión natural del rey galante y poeta, el sitio á que va unida inseparablemente su memoria, es el Buen Retiro, cuyos renovados vestigios y frondosos jardines se extienden hacia el oriente á la extremidad opuesta de Madrid. Arrimada al convento de San Jerónimo del Prado tenían los reyes con el modesto nombre de *Cuarto* una habitación, que ensanchó Felipe II con vergel y galerías y cercó de fosos y flanqueó con cuatro torres, á imitación de una quinta de Inglaterra donde había morado con la reina María su consorte. Cuando el conde-duque de Olivares trató de apartar de los negocios á Felipe IV con la seducción de los placeres, no conviniéndole tampoco alejar demasiado su protectora sombra, le construyó dentro de la misma capital una residencia donde con más sosiego y libertad que en palacio pudiera entregarse á su indolente sueño. La villa misma con forzada y ruinosa lisonja ofreció en 1630 veinte mil ducados para la fábrica del Buen Retiro; compráronse campos, desmontáronse terrenos cubiertos antes de rústicas ermitas; y levantóse en el centro un gran cuadrado con torres en las esquinas, no magnífico, no monumental, porque rara vez es accesible á sublimes inspiraciones el sentimiento del deleite, pero que el lujo y la profusión inundarían de prestado y pasajero esplendor durante la continuada fiesta de aquel reinado. Allí las poéticas academias donde rivalizaban en agudeza y donaire los más famosos ingenios de la corte, allí las brillantes representaciones en que se estrenaban las obras maestras de nuestros dramáticos, allí las músicas y los juegos y los vítores cuyo alegre estruendo ahogaba los gemidos de la nación y aturdía al imprevisor monarca, allí las nocturnas máscaras y saraos que encubrían tanta intriga palaciega y tanta amorosa aventura. Deslizóse en el Retiro la enfermiza niñez de Carlos II, trocado su bullicio en tristeza y soledad de monasterio; pero nuevas

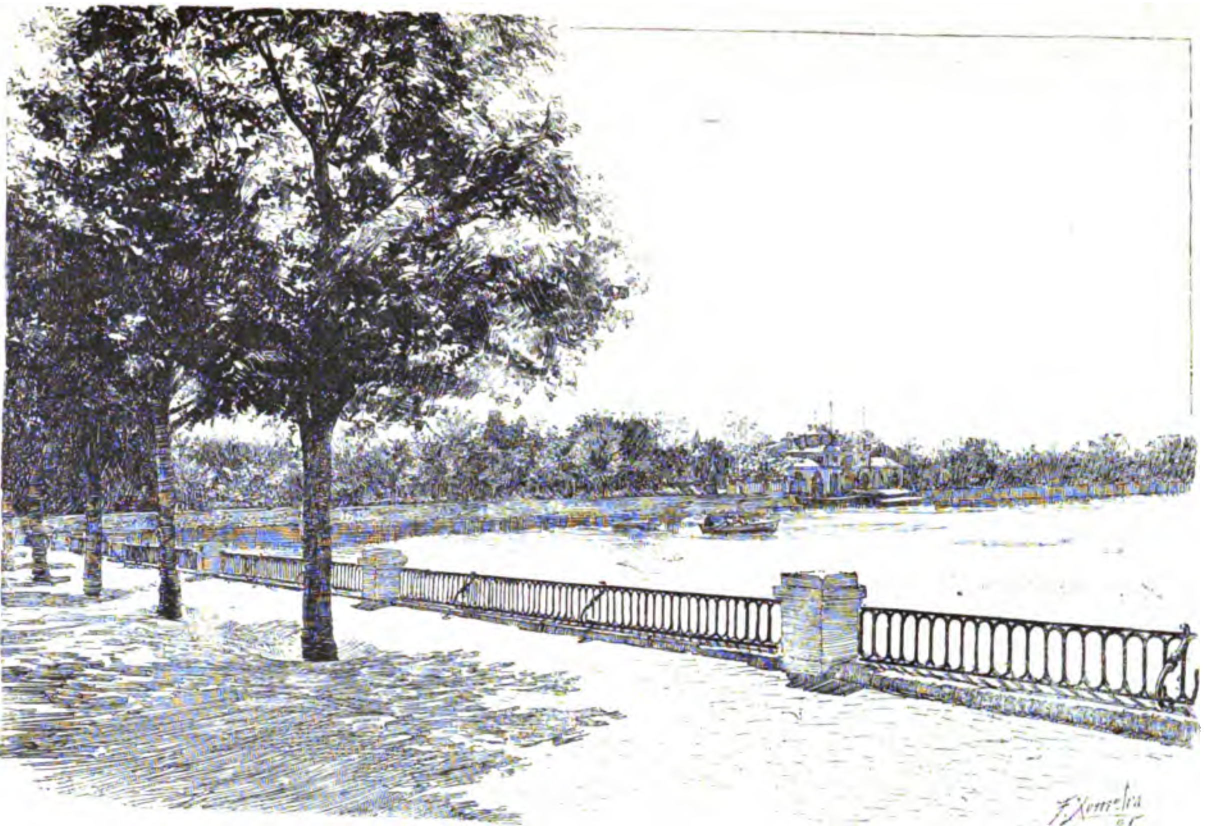
obras repararon hacia entonces los estragos de lás llamas y engrandecieron su recinto. Cuando el incendio de 1734 hubo privado de su real palacio á Felipe V, en tanto que se construía el nuevo, hallaron él y su sucesor asilo en el Buen Retiro, que alcanzó una segunda época de opulencia y animación poco inferior á la primera. Á Calderón reemplazó Farinelli; á los sutiles y delicados conceptos, los melodiosos trinos de los cantores; á las airosas capas y elegantes valonas y gorras prendidas con gallardas plumas, las pecheras y empolvados rizos y bordados casacones; á la española fiereza templada por caballeresca galantería, los modales franceses regulados por una mesurada dignidad.

Cuál fuese un siglo atrás el aspecto y distribución del Buen Retiro, sólo puede traslucirse ya de las relaciones contemporáneas. Extendíase al pié del palacio, á lo largo de la cuesta y hasta la mitad del Prado, una población numerosa atraída en pos de la corte, escoltaban los vastos cuarteles y dependencias, y nuevas construcciones interpoladas con jardines se habían agregado irregularmente al edificio principal de estructura insignificante. Largas calles de álamos conducían hacia la fábrica de la *China* donde se trabajaba exquisita porcelana, y al oriente del grande estanque yacía un terreno aridísimo donde Carlos III hizo después brotar sin riego un denso bosque de olmos y de encinas: en medio de los jardines descollaba la parroquia del sitio dedicada á nuestra Señora de las Angustias, cuya bella efigie se vació en bronce sobre el original de Miguel Angel. Á falta de bellezas arquitectónicas, excelentes cuadros adornaban las salas de palacio, gran copia de retratos las galerías, y doce lienzos de batallas el salón de *los reinos*, en cuyo derredor brillaban las armas de las provincias y ciudades que en cortes allí se reunían. Pero el *Casón,* fábrica de buen estilo añadida al palacio por el marqués Crescenci y pegada á su espalda en medio de los jardinetes, se envanecía con los frescos que trazó en sus bóvedas Lucas Jordán, sobre todo en

la del salón *de bailes*, donde entre multitud de figuras alegóricas y mitológicas representó, sobrepujándose á sí mismo, la institución de la orden del toisón por Felipe de Borgoña. Para las grandes óperas cantadas á presencia de Fernando VI levantóse un suntuoso teatro, si bien los jardines mismos bajo la bóveda del cielo ofrecían á veces una escena más natural y grandiosa á aquellas mágicas representaciones. Servía entonces de palco á los espectadores una casita ó cenador con columnas de alabastro en su portada, situado al extremo del jardín de *San Pablo* en el sitio que antes ocupó una ermita dedicada al santo anacoreta. Había bosques y alamedas, huertas y jardines: los había para todas estaciones, de invierno, de verano, de primavera; y sobre masas de verdor destacaban admirables estatuas para realzar con las maravillas del arte los encantos de la naturaleza. La ecuestre de Felipe IV se erguía en el jardín principal, adornaba el pórtico del *de los reinos* la de Isabel emperatriz, y en el de *San Pablo* tres efigies en bronce atestiguaban la rara habilidad de León Leoni, representando las dos menores á Felipe II todavía príncipe y á María reina de Hungría, y la principal á Carlos V, hollando con imperial majestad al *furor* encadenado (1).

Desde el aciago 2 de Mayo de 1808, desde el día en que descargas horribles metrallaban á las atrahilladas víctimas del más noble patriotismo, surcado aquel delicioso sitio por regueros de sangre trocóse en baluarte de la extranjera opresión. Cayeron sus bosques, desaparecieron sus jardines, á establos y cuarteles fué destinado lo que permaneció en pié de las regias estancias, donde á la sombra de odiosos parapetos hicieron su nido por cuatro años las rapaces águilas de Bonaparte. Los aliados ingleses en 1812 completaron la desolación destruyendo la fábrica de *China*; pero con las dulzuras de la paz y con la real

(1) Dicha estatua colocada por los franceses en la plazuela de Santa Ana, llama hoy en el Museo de Escultura la admiración de los inteligentes, así por la expresión de las figuras, como por la circunstancia de poderse despojar de su armadura la efigie del emperador que encubre debajo un excelente desnudo.



Estanque del Retiro

protección volvió el suelo á florecer, y brotó con nuevo vigor de entre escombros y cenizas la vegetación encantadora que forma aún la delicia de Madrid. Del palacio del Retiro nada quedó sino el salón de *Reinos* ocupado por el Museo de Artillería, y el *Casón* que cedido en 1834 al estamento de Próceres, guarda las curiosidades del *gabinete topográfico* bajo su techo decorado admirablemente al fresco por el pincel de Jordán.

Si te aburres, oh viajero, de circular por el monótono aunque elegante Prado, subiendo la cuesta del nuevo Parque de Artillería, atraviesa la espaciosa y cerrada plaza que retiene su aspecto de cuartel y en que los restos del palacio se han uniformado con las contiguas habitaciones. Abiertos á todas horas están á tu curiosidad aquellos jardines un tiempo impenetrables, donde los dos reyes postreros de la casa de Austria ocultaron el uno sus placeres, el otro sus dolencias y escrúpulos; y aunque los árboles son harto jóvenes para haber sido confidentes de sus secretos, y hasta el suelo está removido y transformado, abre tu fantasía á la inspiración de los recuerdos como tu corazón á los perfumes del ambiente. Á tu derecha largas y despejadas calles se dilatan hasta Atocha, encerrando el lindo *parterre* nuevamente construído; á la izquierda un laberinto de verdor ofrece mil sendas á tus errantes pasos y dulce soledad á tus meditaciones: una encrucijada, una plazoleta circular, una casita blanqueando entre las ramas, te sirven de guía y de variedad. ¡Qué vaporosos penetran al través de aquel toldo los rojos resplandores del sol poniente! ¡Cómo destacan en primavera sobre las verdes copas, aquellas plantas cuyas hojas son moradas flores cual apiñados ramilletes de violetas! ¡Qué bien rielan en las aguas del anchuroso estanque (1) los árboles y las nubes, y el chinesco remate del *embarcadero* situado en su fondo, y los bojes y macetas de la opuesta orilla! Sentado allí en el poyo que le da vuelta, si es que el mecimiento de las olas no te recuerda

(1) Su forma es cuadrilonga, de 960 piés de largo, sobre 440 de ancho.

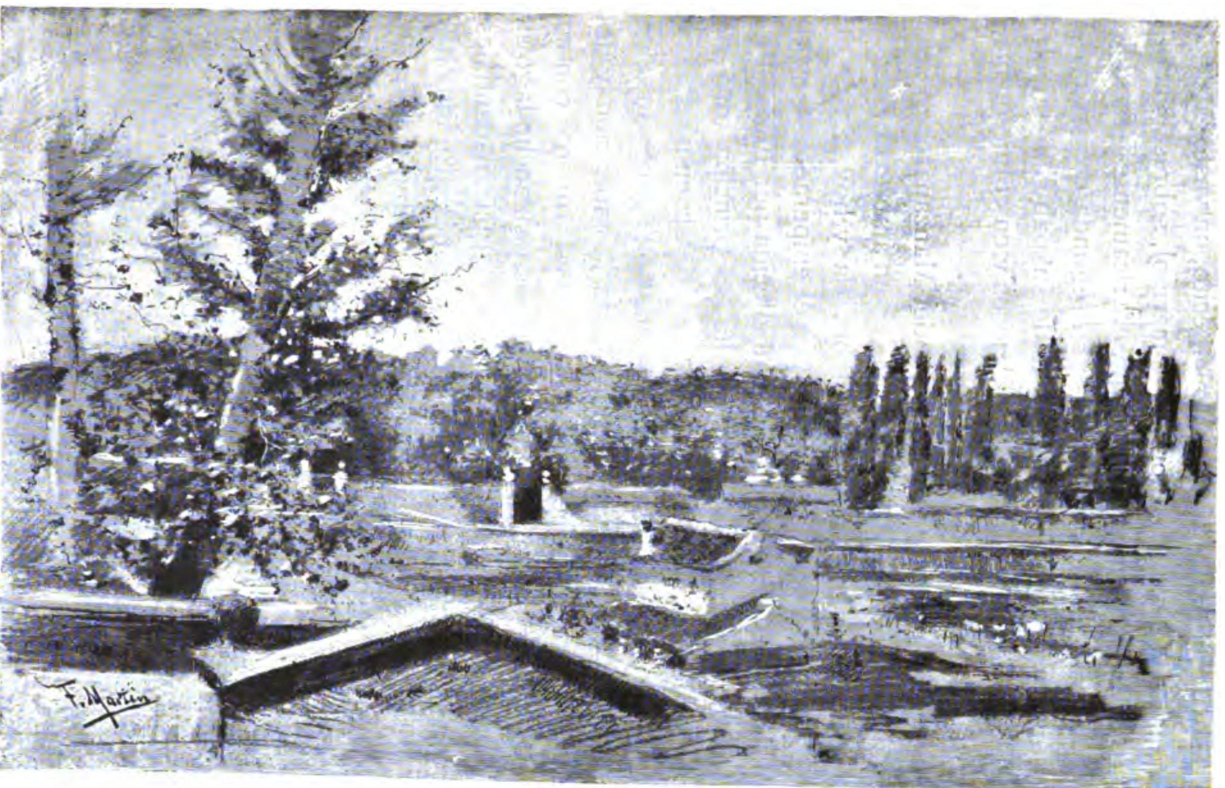


Madrid desde el Retiro

los mares de tu patria, puedes figurarte á la regia falúa navegando por el tranquilo lago, coronadas las márgenes de espectadores, ó trasladarte á las encantadas fiestas de Felipe IV, á aquella noche de San Juan de 1640, en que un súbito torbellino dispersó las barcas y apagó las luces y desbarató las tramoyas del mágico edificio que en medio se levantaba, como para advertir al indolente rey las rebeliones próximas á desencadenarse contra su trono. Y al regresar silencioso de tu paseo á la dudosa luz del crepúsculo, se te presenta Madrid tendido en larga línea sobre el inflamado horizonte con sus torres y cenicientas cúpulas y agudas veletas, mientras llega intermitente á tu oído el són de campanas y de tambores y el rumor confuso de la populosa capital.

Al otro lado del estanque, en el terreno que antes fué yermo y más tarde frondoso bosque, florecen ahora los jardines. Su extensión de sí ya considerable parece duplicarse con la variedad de su perspectiva y de los objetos que la realzan: ya es una fuente, un canal, un estanque; ya una montaña artificial coronada por un templete que domina á Madrid y sus alrededores; ya un pabellón cuya rústica corteza encierra en un magnífico salón oriental las maravillas de las *mil y una noches;* ya la casa *del pobre*, donde separados por un solo piso aparecen los dos extremos del lujo y la indigencia; ya el embarcadero con su polígono retrete revestido de espejos. Á par de estas obras en que el último reinado ostentó buen gusto ya que no magnificencia, construyóse en 1830 la nueva casa de *fieras* con sus cuartos poblados de raras y lindas aves, con sus jaulas vacías hoy en su mayor parte, donde no há mucho rugía el león, donde se agitaba el inquieto ciervo, y yacía el laborioso camello, y flechaba el tigre sus sangrientas miradas.

Y no es el Retiro el único precioso dije que hace grata á los reyes su permanencia en la capital, y suple hasta cierto punto por las delicias de Aranjuez ó de la Granja. Al mediodía de Madrid, junto al portillo de Embajadores, abarca el Casino de la



Vista de la Casa de Campo

Reina en su desigual recinto risueños paseos, primorosos cuadros de flores, un canal con su puentecito, un vasto invernadero de plantas, y estatuas de bronce y mármol, sobresaliendo la de Felipe II entre las primeras. Adornó ricamente Fernando VII aquel regalo hecho por la villa á su segunda esposa Isabel de Braganza, y las reducidas estancias de su pabellón no ceden á las de palacio en objetos raros y curiosos y en el lujo de muebles y colgaduras.

Frente á palacio y al otro lado del Manzanares extiende la Casa del Campo sus incultos montes en un ámbito de dos leguas, destinados en otro tiempo á la montería y hoy á caza menos arriesgada y belicosa. Comprada por el emperador á su consejero Francisco de Vargas (1), embellecida por Felipe III cuya estatua ecuestre formó hasta el día su principal ornamento, plantada de bosque por Carlos III, y destinada en nuestros tiempos al ensayo de mejoras agrícolas que no llegaron á realizarse, yace casi en el abandono, desamparada la habitación y descuidados los jardines, que riega una magnífica fuente con cuatro tazas y figuras de mármol. Sus estanques y su ancho lago sirven así para la pesca, como para depósito de aguas manantiales que se reparten luégo por sus huertas y bosques. En dimensiones más reducidas y tocando casi al nordoeste de la población, ostenta sus graciosos jardines y linda casita el sitio de la Moncloa, quinta que fué de los duques de Alba, y ahora conocida con especialidad por su fábrica de loza y porcelana. Obras son todas estas de gran coste y de buen gusto, aunque meros juguetes para el regio poderío, á cuyo efecto nada perjudica sino su mismo número y semejanza; oásis verdaderamente encantadores de vegetación y soledad que adquieren doble precio en medio del bullicio de la corte y de la aridez de sus campiñas!

(1) El edificio conservaba aún las armas de los Vargas en tiempo de Felipe II, y haciéndoselo notar un cortesano, respondió el monarca: «Dejadlas, que las que son de vasallos tan leales bien parecen en la casa de los reyes.»



ESTANQUE DE LA CASA DE CAMPO

II

Tiempo hubo, si no pecan de ideales las descripciones de los antiguos cronistas, en que frondosos bosques y amenos prados vestían el despejado horizonte de Madrid, en que el agua vivificaba las entrañas de la tierra, y derramaba el verdor y la feracidad por aquellas lomas hoy día descarnadas. El engrandecimiento de la villa fué fatal á la hermosura de su comarca; cayeron en derredor los árboles para formar el esqueleto y la techumbre de su inmenso caserío, y la dejaron expuesta sin abrigo al mortífero cierzo de Guadarrama y á los ardores de la canícula, alejando de su clima la salubridad y de su territorio la humedad y la frescura. La próvida mano de Carlos III hizo brotar magníficas arboledas y deliciosos paseos cuya lozanía disculpa á la naturaleza, acusando la indolencia de los particulares, y reclama vides y olivos que varíen y realcen con sus bellos sulcos aquellos monótonos campos de cereales. Ni poblaciones más frecuentes y más cultas, ni labores más esmeradas, ni animados grupos de quintas y caseríos revelan la proximidad de la corte á una legua en contorno; anunciada sólo por míseros figones, gózase en presentarse de improviso al extremo de rasa llanura ó de yesosa colina con todo aquel conjunto de grandeza y mezquindad que la caracteriza y que recuerda sus dos condiciones tan diversas.

Al oeste de Madrid corre un río de caudal tan escaso como de sonora nombradía, y con todo es increíble la amenidad y provecho que derrama por aquel lado. El terreno quebrado en pintorescas ondulaciones, los sotos cubiertos de arboleda, el serpear de las aguas, los húmedos vapores dorados á la caída del sol, frecuentes huertas y casitas aparecen á la izquierda entre los corpulentos troncos del paseo de la Florida, desde la puerta de San Vicente hasta más allá de la linda ermita de San Antonio. Más



La Casa de Campo desde Palacio

sombría é impenetrable casi á los rayos solares sobre la margen del mismo río, ensánchase en varias calles la alameda de la Virgen del Puerto; sitios frondosísimos, abandonados habitualmente á las lavanderas, y en los días festivos á las meriendas del vulgo y pesadas danzas de los asturianos. Allá al lado tiende el suntuoso puente de Segovia sus nueve arcos de sillería, sepultados ya en la arena hasta su mismo arranque, justificando así la previsión del grande Herrera que, completadas las obras del Escorial, lo fabricó en 1584 por 200,000 ducados, sin curarse de los que murmuraban de tanta grandiosidad para tan mísera corriente (1). El Manzanares, al cual un embajador alemán daba la preferencia sobre los demás ríos de Europa, por la ventaja de ser *navegable á coche y á caballo* durante tres ó cuatro leguas (2), ha ido cegando su cauce con la greda de los próximos cerros, y ensanchando entrambas orillas como para recibir otro huésped más caudaloso. Ya en sus tiempos Juan II pensó en traer el Jarama desde el puente de Viveros á su predilecta villa por bajo de la torre de San Pedro, y hacerle tributa-

(1) Eco de semejantes acusaciones es todavía el gracioso soneto que pone Lope de Vega en boca del Manzanares:

Quítenme aquesta puente que me mata,
señores regidores de la villa,
miren que me ha quebrado una costilla,
que aunque me viene grande, me maltrata.
De bola en bola tanto se dilata
que no la alcanza á ver mi verde orilla:
mejor es que la lleven á Sevilla,
si cabe en el camino de la plata.
Pereciendo de sed en el estío,
es falsa la causal y el argumento
de que en las tempestades tengo brío.
Pues yo con la mitad estoy contento,
tráiganle sus mercedes otro río
que le sirva de huésped de aposento.

Picante es también la alusión que hace el mismo Lope á los baños y lavaderos en el soneto que empieza *Mísero Manzanares*, y puede verse en sus obras.

(2) Jerónimo de Quintana, que refiere este dicho del conde Juan de Rhebiner, enviado del emperador Rodulfo II, toma el elogio por lo serio, y lo poetiza y amplifica estupendamente, haciendo la descripción de los amenos sotos y verdes alamedas que atraviesa el río en su pedestre curso.



San Antonio de la Florida

rio del Manzanares junto á la puerta de Segovia: la muerte del rey deshizo este proyecto, y el río conforme aumentaba en lecho fué disminuyendo en caudal, aunque en el reinado de Felipe II pudo todavía el ingenioso Antonelli remontar su corriente desde su unión con el Jarama á tres leguas de la capital hasta los bosques del Pardo. En 1668 dos ingenieros alemanes resucitaron la idea de hacerlo navegable, sin lograr mejor éxito que los pasados; y Madrid ha tenido que contentarse con hacerlo servir para sus baños y lavaderos, enturbiando á los poetas esta fuente de inspiración en cambio de las burlas con que han zaherido su pobreza.

Sin embargo en los siglos XVI y XVII las orillas y deleitosa vega del río atraían con preferencia la flor y nata de la corte, las justas y cabalgatas, las cenas y bailes, las citas y galanteos y demás incidentes fielmente retratados en las comedias de entonces. Allí en la mañana de San Juan bajaban las damas *á coger el trébol,* allí se acampaba todo un pueblo en las noches de *verbena* (1), entregándose al placer y encomendando á la discreción de las sombras toda clase de aventuras. Una sola vez al año ve todavía el Manzanares al vecindario en masa atravesar el puente de Segovia y trasladarse á la ermita erigida á San Isidro sobre una altura por la esposa de Carlos V, y en 1724 renovada: confúndense allí en un común movimiento y alegría las clases todas y condiciones sociales, y de la fusión de tantos y tan variados matices resulta el carácter original de la romería de 15 de Mayo. Superando aquellos cerros hacia la izquierda, están los lugares que han usurpado á las riberas del río con

(1) En 1588 se prohibió la verbena de San Juan y que nadie *saliera al rio,* para excusar ofensas á Dios y tenerle propicio en la expedición de la Armada Santa contra Inglaterra. Á más de las verbenas de San Juan y de San Pedro que se celebran en el Prado con grande algazara y concurrencia de gentes y comilonas y músicas hasta la madrugada, la costumbre ha perpetuado en Madrid algunas otras como las del Carmen, Santiago y S. Lorenzo, circunscritas á las calles de su nombre y cuyo único atractivo son algunos puestos de dulces y juguetes y tiestos de albahaca. Desfigurados restos de las vigilias con que los antiguos cristianos alrededor de los templos aguardaban que rayase el alba de las grandes festividades.



Puente de Toledo

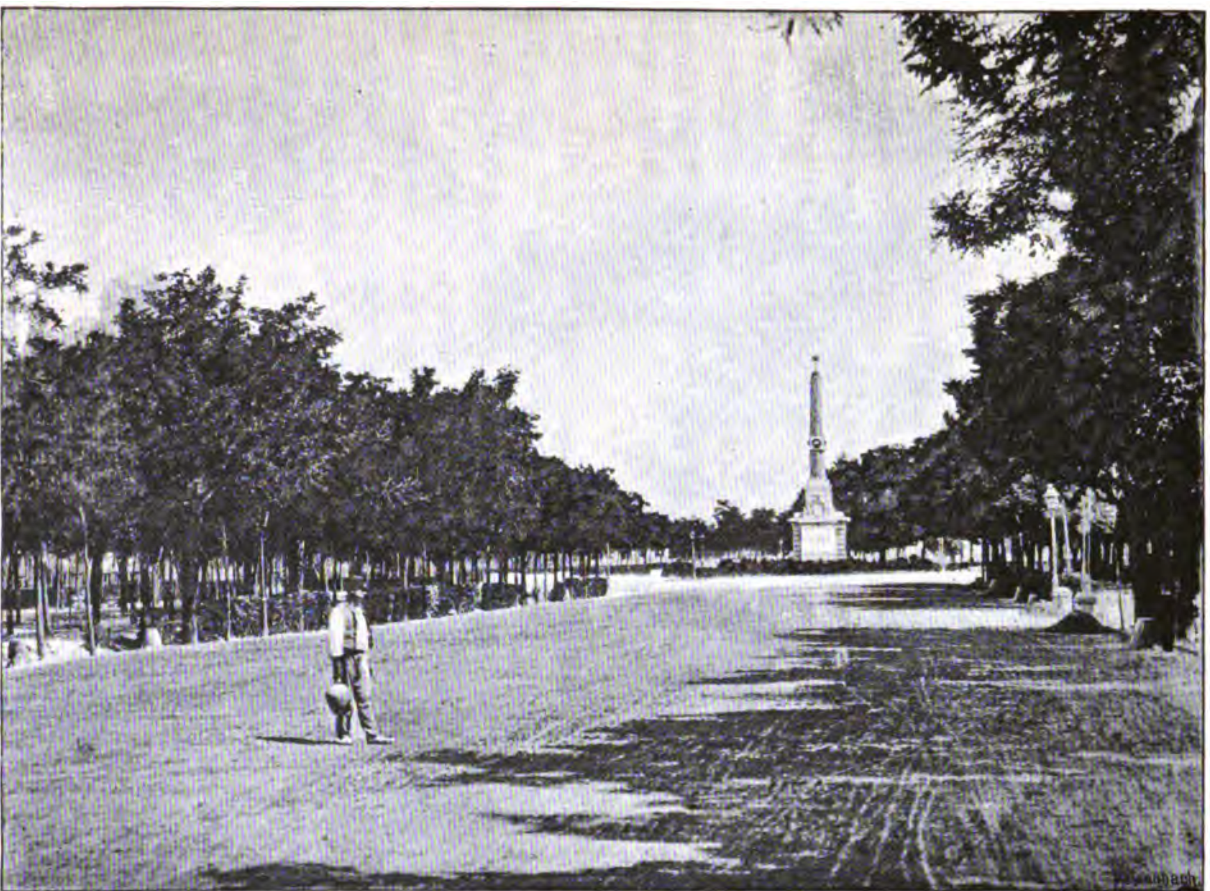
notable desventaja el privilegio de divertir á los madrileños: nada recomienda á los dos Carabancheles alto y bajo sino la propiedad real de Vista Alegre y varias quintas particulares, costosos esfuerzos del arte y amurallados retretes de verdor, fuera de los cuales no se respira sino polvo, no se descubren sino terrones.

Sigue el Manzanares su curso hacia mediodía alejándose de la población, no sin tropezar antes con otro grandioso puente también de nueve arcos, reedificado en 1735, época fatal cuyas extravagancias ostenta en los pabellones que en medio se levantan con estatuas de San Isidro y de Santa María de la Cabeza. Desde el puente de Toledo desangra al río un hondo canal abierto bajo los benéficos auspicios de Carlos III, que por espacio de tres leguas conduce sus aguas hasta muy cerca de su confluente con el Jarama á la sombra de álamos y moreras, reflejando á trechos en su quieta superficie los puentes, exclusas y molinos. Junto al embarcadero corre por sus orillas un dilatado cuanto frondoso paseo, cuyos dos extremos enlazan con la puerta de Atocha, formando triángulo, las pobladas alamedas de las Delicias alineadas en tres calles y cortadas por circulares plazoletas. Pero si desde Atocha torcemos hacia el Este en busca de la puerta de Alcalá, rodeando las interminables tapias del Retiro que resalta del casco de la población como una monstruosa excrecencia, sólo aridez tropezará la vista en cuanto alcanza, sólo aridez acompaña al viajero por la carretera de Aragón, interrumpida únicamente á casi dos leguas de distancia por el denso y prolongado grupo de árboles que ocultan la bella quinta de la Alameda (1).

Alegra las alturas tendidas al norte de Madrid el paseo ele-

(1) Pertenece al duque de Osuna, y esta posesión data al parecer de tiempo antiguo, pues en 1621 el célebre duque ex-virrey de Nápoles tuvo por primera prisión su castillo de la Alameda; pero su forma actual es de principios de este siglo ó de fines del otro. En la bella fachada que da á los jardines, y en la frondosidad, adorno y variedad de éstos, apenas cede á los reales sitios sobre cuyo modelo se ha calcado.

MADRID



Paseo de la Fuente Castellana

gante de la Fuente Castellana, que Cervantes llamaba ya *extremadísima* por la frescura de sus aguas, y á la cual se ha añadido de algunos años acá el adorno de un gallardo obelisco, de cuadros de flores y sombrías enramadas, dándose la mano sus arboledas por un lado con la puerta de Recoletos, y por otro con el creciente arrabal de Chamberí. Filas de árboles sombrean en derredor la ruda cerca de la capital, si bien estos paseos no tienen más atractivo que el abrigo de las tapias y el dulce calor de un sol de invierno. Interrumpen esta monotonía las puertas de la población alternadas con portillos, cuya salida como la embocadura de un canal hierve siempre en variado movimiento; pero vence á las otras la de Alcalá, sobre todo en las tardes de los lunes, trocada en caos y torbellino de gentes, que se precipitan á henchir la vasta plaza de toros edificada á la salida por Fernando VI, y á gozar del espectáculo tan popular en España como reprendido y sin embargo disfrutado por los extranjeros.

Magnífico es el arco de triunfo que forma aquella puerta, perpetuando la memorable entrada del generoso Carlos III: columnas jónicas, cuyos capiteles se modelaron sobre los que trazó Miguel Angel para el Capitolio romano, sostienen el ancho cornisamento y dividen la fachada en cinco comparticiones, abiertas las tres del centro en arcos almohadillados, y en puertas cuadradas las dos del extremo. Sobre el arco del medio y encima de la cornisa asienta un ático rematando en frontispicio con las armas reales sostenidas por la Fama: figuras de niños hacia el campo y trofeos militares hacia dentro campean en su parte superior. La sencillez de la inscripción grabada por ambos lados, *Rege Carolo III anno MDCCLXXVIII*, corresponde á la dignidad que supo dar á su obra el arquitecto D. Francisco Sabatini. Situada la puerta de Alcalá en el término oriental de Madrid, tiene como por colaterales á los dos extremos del largo Prado la de Recoletos y la de Atocha, vuelta la primera al nordeste y al sudoeste la segunda: aquella construída en 1756, de



Puerta de Alcalá

un solo arco entre dos puertas cuadradas coronado con frontispicio triangular, y alejándose ya en su regular arquitectura del mal gusto que caracteriza sus inscripciones; la de Atocha de tres arcos iguales, cuyos modernos reparos no han borrado del todo la barroca mancha que contrajo á su nacimiento en 1748. Hacia mediodía miran los portillos de Valencia y de Embajadores, ambos de un solo arco del tiempo de Carlos III, y la reciente puerta de Toledo concluída en 1827, cuyo grandioso arco acompañan dos ingresos cuadrados y coronan varios grupos alegóricos. Al sudoeste el portillo de Gilimón junto al cual habitó este fiscal del consejo de Castilla á principios del siglo XVII, y más arriba el de las Vistillas no fijan ni por un momento las miradas del curioso: al poniente la histórica puerta de Segovia muestra desde el reinado de Felipe III sus dos modestos arcos de ladrillo, eclipsados por el muy elegante que forma la puerta de San Vicente y que revela en la noble sencillez de sus columnas dóricas y del frontispicio triangular su fecha de 1775 y la dirección de Sabatini; entre ambas yace al pié de áspera cuesta la famosa puerta de la Vega transformada en rústico postigo. Las largas calles del norte desembocan al campo por cinco puertas de un arco cada una, las de San Bernardino, del Conde Duque, de Fuencarral ó de Santo Domingo, de Bilbao y de Santa Bárbara; y sólo la de Bilbao, que poco hace se llamaba de los Pozos, se distingue desde 1767 por su buena construcción.

Pero si bien se asemejan estas diez y seis entradas por su forma y ornato, preparan al viajero á bien distintas impresiones, presentando la corte á su primera ojeada bajo contrarios aspectos. Grande y regiamente esplendorosa la despliega la puerta de Alcalá ante el catalán y aragonés; risueña y floreciente ofrécela la de Atocha al valenciano, ora se interne por la gran calle de su nombre, ora siga el delicioso Prado; llena de plebeyo bullicio y de repugnante miseria se descubre al manchego y al andaluz por la puerta de Toledo; poética y como



Puerta de San Vicente

anonadada por el real Palacio desde la puerta de Segovia introduce al extremeño y castellano por tortuoso y pendiente laberinto; adusta y solitaria, tendida en espaciosas y rectas calles con cierta aristocrática inmovilidad, recibe al francés y al vascongado por la puerta de Bilbao, á cuya entrada gallardea el lindo arrabal de Chamberí esperando la hora de ser acogido dentro de las tapias.

Corazón á donde van á parar estas arterias viene á ser la famosísima Puerta del Sol, que tres siglos atrás señalaba el lindero oriental de la población y ahora constituye su centro. En su irregular y no muy ancho recinto anuda las calles principales que desde allí se desparraman en todas direcciones: sírvele de distintivo el perpetuo bullicio en que hierve, y de único realce la casa de Correos, cuyos balcones del piso principal, asentado sobre el grueso basamento con menos esbeltez de lo que podía esperarse en 1768 (1), le dan un aspecto más robusto que elegante, como si presagiara el carácter de fortaleza que ha tenido que asumir en días de asonada. Forma su testero hacia levante la pequeña iglesia del Buen Suceso en el vértice del ángulo trazado por las magníficas calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, canales por do se vierte en el Prado la más brillante concurrencia: hacia el norte sube ensanchándose la brillante calle de la Montera desplegando sus magníficas tiendas, hacia el sur la calle de Carretas con sus mezquinas librerías, hacia poniente la calle Mayor digna todavía de este nombre por la suntuosa regularidad de sus casas y lo copioso de sus almacenes. Asoman allí mismo, si bien menos visibles, la mercantil calle de Postas en dirección á la Plaza Mayor, la

(1) Presentó magníficos planos para esta construcción D. Ventura Rodríguez, pero prevaleció la intriga, y fueron preferidos los de un francés llamado Jaime Marquet, venido para entender en el arreglo del empedrado, el cual entretanto dirigía Rodríguez como arquitecto de la villa. Con este motivo se dijo agudamente: *al arquitecto las piedras, y la casa al empedrador*. La obra de Marquet, aunque regular en su conjunto, ha merecido severa censura por su falta de elegancia, y hasta se refiere la anécdota de que se le olvidó la escalera principal, teniendo que añadírsela postiza.

MADRID



Puerta de Toledo

estrecha del Arenal para guiarnos hasta Palacio, la tortuosa y larga de Preciados, y su paralela la del Carmen, rival de la de la Montera en el lujo de las tiendas ya que no en rectitud y anchura.

Desde este centro fácil es metodizar nuestras excursiones, en las cuales produjera monotonía un orden harto estricto por fechas, barrios ó edificios, así como introdujera confusión un total abandono al capricho de la fantasía. Si por un lado nos duele truncar los recuerdos y aproximar las obras de distinta índole y siglo, duélenos también aislar y arrancar, digámoslo así, el edificio del suelo que le sustenta y de los objetos circunvecinos. No es un mapa topográfico el que emprendemos, sino un rápido paseo por aquellas nombradas calles, que con tanto placer recuerda quien las corrió, como afán siente en representárselas quien nunca las ha visto. Dejados los templos para los anteriores capítulos, pocas construcciones detendrán nuestra carrera si no tienen otro encanto que su grandeza y regularidad, por más que abriguen curiosidades y riquezas que visitáramos como forasteros, mas no como artistas. Sus casas, simétricas y lindas en el centro de la población y en varios de sus ramales, mezquinas y viejas sin ser antiguas en los barrios apartados, son á la arquitectura lo que es respecto de la literatura la conversación y correspondencia privada; porque no entra bajo el examen del arte, aunque reconozca sus reglas y hasta deleite por un momento los sentidos, lo que es mero objeto de uso común, de comodidad ó de especulación. ¿Qué le importan las dilatadas filas de balcones, y los estrechos portales, y las anchas aceras, y el revoque de las fachadas, el oropel de las tiendas, el brillo de los cafés? Todo se renueva incesantemente: antigüedades son en Madrid las obras contemporáneas del buen Carlos III, y en un mes brotan y en un lustro envejecen sus fáciles y endebles fábricas, parecidas en esto á las chozas y aduares de salvajes tribus; tan cierto es que se tocan los dos extremos de la civilización!

Si principiamos por el cuartel del norte, al extremo de la calle de la Montera (1) la Red de San Luís, formando triángulo y adornada con una moderna fuente, reproduce en pequeño la forma de la Puerta del Sol: á la derecha baja hacia el Prado la elegante calle del Caballero de Gracia, á la izquierda gira la de Jacometrezo menos linda que frecuentada; enfrente se prolongan de cada vez más divergentes las de Fuencarral y Hortaleza. Si dejando á la izquierda de la primera los yermos y alineados barrios de Maravillas, y á la derecha de la segunda el deforme y apartado distrito del Barquillo, seguimos siempre hacia septentrión cualquiera de estas dos espaciosas calles, veremos amortiguarse gradualmente su belleza y animación, hasta que al extremo de la de Fuencarral y á vista de la puerta de Bilbao nos muestre el Hospicio su churrigueresca portada de

---

(1) Espinosa cuanto inútil tarea sería el averiguar la etimología de los variados nombres con que se distinguen las calles de Madrid; dióselos su posición, la profesión ú oficio de sus vecinos, un título ó apellido ilustre, la iglesia ó convento inmediato, alguna devota imagen ó arruinada ermita, la villa ó ciudad cuya dirección llevan, un árbol, la muestra de alguna tienda, cualquier leve incidente, cualquiera casualidad que fija á veces una fugaz expresión: pocos tienen aquel colorido descriptivo ó anecdótico que pudiera hacerlos interesantes. Baste saber que los más de estos nombres son antiguos y se hallan ya consignados en los autores del siglo XVII, y que los cambios que en ellos ha intentado la actual político-manía han sido por lo general poco afortunados. Nos contentaremos pues con indicar de paso algunos recuerdos y curiosidades topográficas mencionadas en el *Manual* del Sr. Mesonero Romanos, y sobre todo en una poesía de D. Nicolás Fernández Moratín de quien son los versos insertos en las siguientes notas.

Montera: tomó la calle su nombre de una célebre hermosura, mujer del montero del rey, no se expresa cuál. Red de San Luís: vendíase allí el ganado, y se llamaban *red* los mercados por las rejas de hierro en que estaban encerrados los géneros. Á la del Caballero de Gracia dió nombre el modenés Jacobo de Grattis, caballero de la orden de Cristo, que murió en ella de 102 años en 1619: en una posada de la misma calle, Antonio Ascham, enviado de Cromwell, fué asesinado á 6 de Mayo de 1650 por cinco realistas ingleses en venganza de la muerte de Carlos I que Ascham había votado en el parlamento. La calle de Jacometrezo recuerda perennemente que allí vivió Jacobo Trezzo, de nación lombardo, escultor singular y fundidor de Felipe II, hombre dulce en condición y conversación, según testimonio de Ambrosio de Morales. En la plazuela de Moriana estaban las Eras de San Martín frente al postigo de su nombre, y la contigua calle de la Abada se llama así desde que á ella vino desde el Brasil ó desde Java una abada ó rinoceronte hembra, conducida en 1581 por unos portugueses. El barrio del Barquillo, por una singular anomalía, perteneció en lo antiguo á la jurisdicción del pueblo de Vicálvaro.

proverbial monstruosidad, y hasta que en lo alto de la de Hortaleza se nos aparezca la cárcel del Saladero, que hace á la puerta de Santa Bárbara tan poco halagüeña compañía como los ranchos y campamentos de gitanos en tiempo de Cervantes (1).

Á una misma línea con la Red de San Luís, aunque más hacia poniente, existe otro de estos focos subalternos, y es la plazuela de Santo Domingo cuya irregularidad y declive no han remediado los recientes derribos. Por las cuestas que la separan de la llanura de Palacio, vierte el gentío que recoge de las populosas calles de su derecha, ó lo dirige hacia la contigua casa de Ministerios, que construyó Sabatini con elegante sencillez, y cuyo interior y bellísima escalera adornó ricamente el príncipe de la Paz al apropiársela como palacio. Pero hacia el norte es donde extiende la plazuela de Santo Domingo sus venas principales: en sus ondulosas y dilatadas sinuosidades la calle Ancha de San Bernardo hasta la solitaria puerta de Fuencarral ofrece una serie apenas interrumpida de grandes y suntuosos caseríos; y las de María Cristina y de Leganitos (2) bajan y suben para ir al encuentro de la escasa y esparcida población que casi toca al reciente hospicio de San Bernardino. En medio de aquellas tristes alturas y desabridos barrios levanta el cuartel de Guardias de Corps su culminante observatorio y su inmensa y arreglada mole, afeada en cuanto quiso embellecerla su arquitecto Ribera; y el palacio del duque de Liria honra el talento de D. Ventura Rodríguez con sus dos lindas fachadas que adornan pilastras y columnas dóricas en el cuerpo

(1) Volvió (la gitanilla) á su antiguo rancho donde ordinariamente le tienen los gitanos en los campos de Santa Bárbara, pensando en la corte vender su mercadería donde todo se compra y se vende.

(2) Leganitos se deriva al parecer de la palabra árabe *Alganuit* que significa *huertas*. La calle de María Cristina se ha llamado, hasta nuestros días, de la Inquisición, cuyas prisiones estaban en la casa núm. 4. La Ancha de San Bernardo se tituló antes de Convalecientes por un hospital que en ella había. La de las Veneras tomó su nombre de la casa de las Conchas que fué hospital de peregrinos. La de Torija se llamó de Corito. La calle y portillo del Conde-Duque recuerdan que en el vasto solar del cuartel de Guardias de Corps tuvo su palacio y jardines el célebre privado.

principal, y que descuellan con la risueña apariencia de una quinta por entre las rejas del atrio y por cima del verdor de sus jardines.

Desde allí bajando á poniente en busca de Palacio, tiende el cuartel de San Gil en una yerma plaza su fachada prolongadísima, y una deliciosa alameda por bajo del pelado cerro del Príncipe Pío conduce á la puerta de San Vicente. El orden y el desahogo junto con la escasez de movimiento caracterizan los barrios contiguos á la regia mansión, y la simetría y aseo de las nuevas manzanas contrasta con la irregularidad de las que allí se apiñaban y de las que todavía quedan en pié cual carcomidas páginas de otro siglo (1). Cierra la embocadura de la gran plaza de Oriente el teatro de su nombre, que, tan pronto salón de máscaras como salón de cortes, como cuartel de tropas, para todo ha servido.

En la parte opuesta de Madrid, formando contraste con la occidental, álzase frente al palacio de las Cortes la estatua del célebre manco de Lepanto, vaciada en bronce por el escultor Solá y costeada por el comisario Varela (*a*). La plaza casi

(1) Parte de la gran plaza de Oriente ocupaba la huerta de la Priora cuya fuente era muy celebrada: la plaza de la Armería se llamaba Campo del Rey. El altillo que ahora se reforma, llamado de Rebeque por haberlo habitado el marqués de Rebecq, embajador de Holanda, y después el poeta príncipe de Esquilache, supone Moratín que dió asiento al primitivo alcázar morisco y al mismo palacio donde residió Juan II, y que luégo *por el aire y situación mejores* se trasladó la mansión real á una torre que había en medio del Parque que trocó su fabuloso nombre de Hércules por el de Carlos V. Conjetura sin apoyo, pero bellamente indicada en estos versos:

.....se admiran de oir en su barriada
como retumba el cóncavo sonoro.
Y es que allí la alcazaba torreada
un tiempo fué del moro y el cristiano,
con minas, silos, cueva y escapada,
que duran á pesar del tiempo cano,
y cuatro torres en la casa antigua,
obra real á estilo castellano.

(*a*) Cerca de allí vivió Cervantes en la calle denominada de Francos de la cual decía el Sr. Quadrado en una nota:

Más bien que de los *Francos* ó extranjeros á quienes en ciertas ciudades

triangular en que desembocan las calles del Prado y Carrera de San Jerónimo, prolóngase en declive, ceñida de árboles hasta salir al Prado, formando su ala derecha la extensa y trivial fachada del palacio de Medinaceli (*a*), y su izquierda el de Villahermosa, elegante imitación de las obras reales de Carlos IV. Asoman enfrente por entre las verdes copas del Retiro los rojizos muros del convento de San Jerónimo, hacia el cual servía de extramural *carrera* ó paseo desde la Puerta del Sol la calle magnífica que lleva aún este nombre, sobresaliente por el lujo de sus tiendas y la suntuosidad de su caserío. De las bocascalles que en ella desaguan, la más transitada es la que dividiéndose en dos ramales conduce por el más irregular y estrecho al teatro de la Cruz (1), y por el más recto y despejado al del Príncipe, únicos y antiguos templos de las musas dramáticas españolas, que no han ganado tanto en el brillo material del edificio y de la escena, cuanto han perdido en lustre literario desde los tiempos de Moreto y Calderón (2).

---

se destinaba barriada aparte, creemos que esta calle tomó nombre de la ilustre familia de Franco. La casa de Cervantes formaba esquina á la calle del León por la cual tenía entrada; la casa de Lope de Vega tenía en una lápida sobre el dintel esta emblemática inscripción: *Parva propia magna. Magna aliena parva.* No lejos de allí vivían los famosos hermanos Fúcares, opulentos contratistas alemanes, cuyo nombre conserva una calle. La salida de la del León á la de las Huertas formaba una plazoleta con árboles llamada del Mentidero.

(*a*) La extensa cuanto magnífica fachada de aquel edificio que fué del duque de Lerma, y que, con razón llamó *trivial* el señor Quadrado, ha sido decorada posteriormente sacando de ella el partido posible, que no fué mucho.

(1) En el solar de este teatro había un cerrillo con una cruz de la cual tomó su nombre la calle. En ella, hacia 1598, sucedió según Pinelo el caso de aquel mozo que, acosado por los remordimientos, creyó ver en una cabeza de carnero la del sacerdote su amo á quien años atrás había degollado: al llevarle al suplicio precedióle dicha cabeza en una bandeja de plata, y se hizo labrar de piedra una semejante en la casa que fué teatro del delito, de donde le vino el nombre de casa *de la cabeza*.

(2) En 1579 las cofradías de la Pasión y la Soledad, después de disputarse en reñido pleito el monopolio del naciente teatro, edificaron de común acuerdo el corral de la Cruz y en 1582 el del Príncipe. Á más de las noticias que acerca de las representaciones de aquellos tiempos nos suministran Cervantes, Agustín de Rojas y Moratín en sus *Orígenes del teatro*, las hay muy curiosas en las pragmáticas expedidas por entonces. Para entrar en la corte los autores ó jefes de compañía debían pedir licencia al consejo, y manifestar si eran casados y con quién; al

Á todas sin embargo eclipsa en majestad y anchura la calle de Alcalá (1): la ondulación misma del terreno que impide á los ojos abarcarla de un solo golpe, da variedad á su perspectiva; y en las noches oscuras su doble línea de faroles parece trazar en el aire una caprichosa curva que se confunde y rivaliza con las estrellas. Por su convexo arroyo ruedan á todas horas los carruajes desde la elegante carretela hasta la perezosa mensajería; sus márgenes ó aceras siempre animadas y bulliciosas desaparecen como inundadas de gentío en los claros medio-días de invierno, en las rojas tardes de primavera, en los deliciosos crepúsculos de verano, y sobre todo cuando el templado otoño renueva anualmente las ferias cuya riqueza y hermosura se cifran únicamente en el sitio y la concurrencia (2). Desde la em-

---

consejo pertenecía la revisión de las piezas, y las compañías alternaban por semanas en los dos corrales. De Octubre á Abril empezaban las funciones á las dos de la tarde y en los otros seis meses á las cuatro, debiendo los comisarios cuidar puntualmente de que se concluyera una hora antes de anochecer; un comisario repartía los billetes con tres ó cuatro horas de anticipación, prefiriendo á las personas principales; pagábanse cinco cuartos por entrada; había separación absoluta entre hombres y mujeres. En 1615 se mandó que no hubiera en el reino más de doce compañías, que las actrices debieran ser casadas, y que no permanecieran en una población más de dos meses. Las soberbias funciones del Retiro estaban también abiertas al público. En 1648 se suspendieron las comedias, pero el reino en cortes pidió y logró que continuaran. De los Rojas y Moretos fué bajando el teatro á los Cañízares y Zamoras, y de éstos á los Zabalas y Comellas, pero el edificio material fué ganando progresivamente. En 1737 levantó el teatro de la Cruz el churrigueresco Ribera; en 1745 se hizo el del Príncipe, que reformado en 1806 por Villanueva presenta un exterior más lindo y regular: en su interior ambos han sufrido modificaciones que no disimulan su estrechez.

(1) Olivar fué esta calle antes de verse incluída en el recinto de Madrid, como indica Moratín:

> Gran calle andén de olivo jebuseo,
> que hoy tanta regia máquina le esconde.

Á esto debió su primitivo nombre de *Olivares* más bien que al Conde-Duque, que habitaba en el extremo septentrional de Madrid. Sin embargo su viuda en 1647 murió en una modesta casa de esta calle de Alcalá, extinguiéndose en ella la familia.

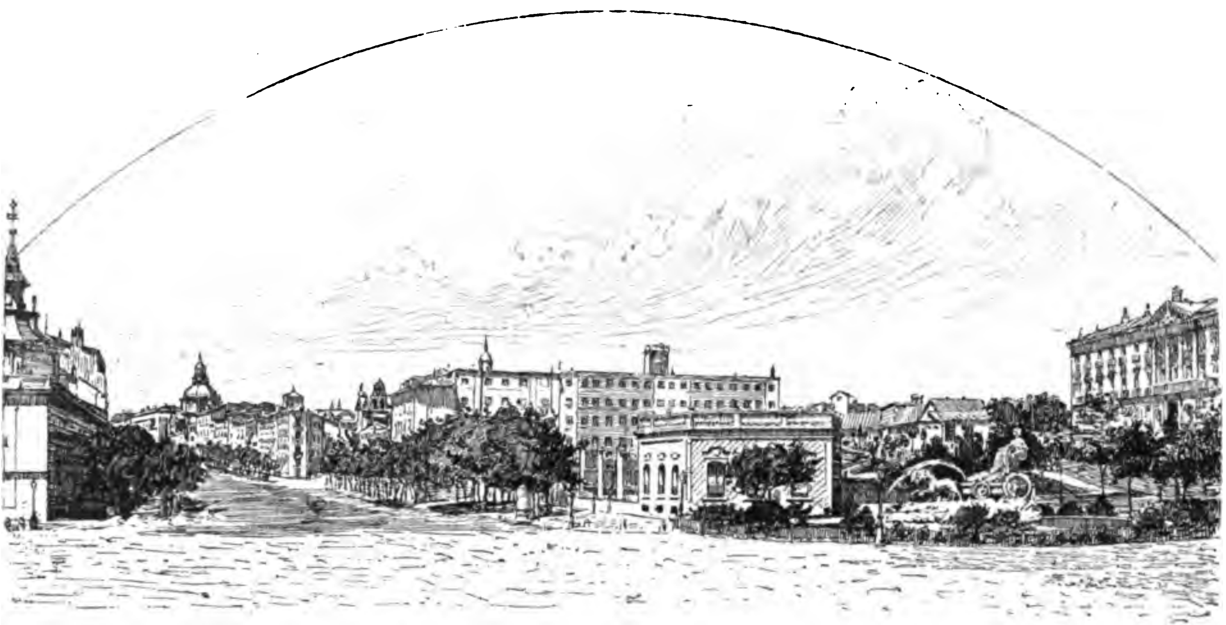
(2) En 1447 Juan II hizo merced á Madrid de dos ferias francas de quince días cada una por San Mateo y San Miguel en compensación de los lugares de Griñón y Cubas que eran de la villa y que dió á su criado Luís de la Cerda. Antiguamente se celebraban estas ferias en la plaza de la Cebada.

bocadura de la calle veréis descollar á su izquierda, sobre un zócalo almohadillado, una fachada quizá la más imponente que ostenta la capital: tres altas puertas en arco introducen á su patio y galerías, triángulos y semicírculos forman alternadamente el frontispicio del ventanaje del piso principal, y ancha cornisa á manera de alero sombrea su remate: aquella es la Aduana concluída en 1769 por el distinguido Sabatini, vasto cuadrilongo al cual no fué dado lucir aisladamente su gallardía. Arrímasele, pero sin competir con él, otro edificio en que Carlos III enlazó las maravillas del arte y de la naturaleza (1), destinando el primer piso á la Academia de San Fernando, y el segundo á Gabinete de Historia natural; y al dejar su primer empleo de estanco del tabaco, trocó asimismo en regulares columnas dóricas los follajes churriguerescos de su portada. En su postrera mitad orlada de árboles la calle y ensanchándose progresivamente, anuncia ya la vecindad del Prado; y hacia su extremidad en el fondo de espacioso terraplén campea sobre una altura el hermoso palacio de Buena-Vista con sus tres filas de balcones, que construído para el duque de Alba á fines del último siglo, ha pertenecido sucesivamente á Godoy el de la Paz y á Espartero el de la Victoria.

Á guisa de cuerda de círculo corta el borde oriental de Madrid de norte á mediodía el frondosísimo Prado, al cual dió el conde de Aranda regularidad y ornato á costa de sus poéticas memorias y de su pintoresco abandono. Desigual antes y montuoso, cortado por arroyos y zanjas, obstruído por casas y jardines particulares, apiñados sus árboles en caprichosos grupos y no cual ahora en correcta formación, ofrecía asilo á misterio-

(1) Alúdese á la inscripción que para la portada del edificio compuso D. Tomás Iriarte: *Carolus III rex naturam et artem sub uno tecto in publicam utilitatem consociavit, anno MDCCLXXIV*. La Academia posee una apreciable galería de pinturas y otra de escultura, y abre anualmente sus salones á la exposición artística; el gabinete de historia natural encierra curiosidades en el orden animal, vegetal y mineral, preciosas por su rareza ya que no por su número, y que no es de nuestro objeto el describir.

MADRID



La Fuente de Cibeles y Calle de Alcalá

sas citas y amantes coloquios y caballerescos lances é insidiosas conferencias, que partían como de su foco de la corte del Retiro. El arte, sin embargo, no había descuidado enteramente aquel delicioso parque; el agua brotaba cristalina de las fuentes á las cuales su ingeniosa forma daba el nombre de *Caño dorado*, de la *Sierpe*, del *Olivillo*, y de otras muchas no menos estimadas, y una de ellas recogía en nueve grandes tazas de piedra el chorro que se elevaba á maravillosa altura. En las funciones y entradas reales convertíase el Prado en una selva encantada; doquiera se levantaban arcos, improvisábanse lagos y castillos; y desde la magnífica huerta del duque de Lerma (1) solían los reyes presidir las fiestas y gozar de las nocturnas iluminaciones.

En su longitud de media hora casi, presenta todavía el Prado distintos aspectos acomodados al sabor é índole de los concurrentes. La dulce soledad que reina en su primer tercio bajo los altos y copudos árboles alineados en cuatro filas desde la puerta de Recoletos hasta cruzar la calle de Alcalá, huye de la animación y del tumulto, que bajando por ésta y por la Carrera de San Jerónimo como un torrente, inunda el espacio entre ambas comprendido. Ensánchase el terreno, apártanse á los lados las alamedas para abrir en su centro despejado palenque á la juventud que bulle, á la belleza que sonríe, á la elegancia y al lujo que se pavonean, á la brillante y seductora confusión de conversaciones y de trajes, de ruidos y colores, de grupos que se codean, de carruajes que desfilan. Dos fuentes forman los límites del célebre paseo: frente á la calle de Alcalá reflejase en su pilón la hermosa estatua de Cibeles sobre carro tirado de

(1) Esta huerta con suntuosa habitación estaba á la salida de la Carrera de San Jerónimo. Honraba á menudo Felipe III con su presencia la propiedad de su valido, pero en el reinado siguiente cayó en desgracia el edificio lo mismo que el dueño, y á su abandono compuso Quevedo un soneto que termina así:

¡Oh amable, si desierta, arquitectura
Más hoy al que te ve desengañado,
Que cuando frecuentada en tu ventura!



Salón del Prado y Fuente de las Cuatro Estaciones

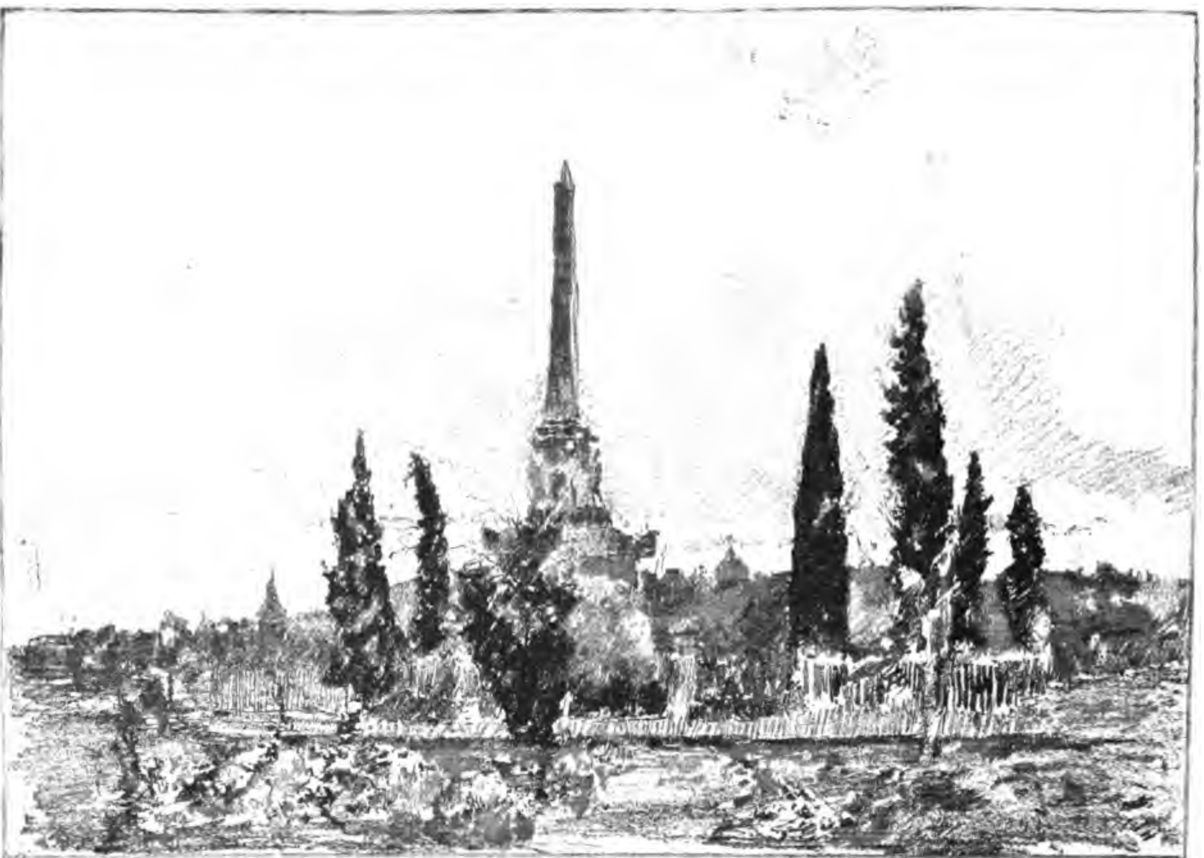
leones; frente á la Carrera de San Jerónimo descuella sobre el suyo la de Neptuno enfrenando á sus caballos marinos; y hacia la mitad del salón corona otra suntuosa fuente la imagen de Apolo á cuyas plantas se sientan las cuatro estaciones (1). Sobre el repecho de la izquierda extiende el Retiro sus masas de verdor y los mezquinos restos de su fábrica; mas al pié de su principal subida cimbréase airoso y grave el funeral obelisco consagrado á las glorias y á las víctimas del Dos de Mayo en el mismo suelo que regaron con su inocente sangre. En aquel sarcófago, al cual conducen cuatro graderías abiertas en el zócalo octogonal, descansan los restos de Daoiz y Velarde (2), improvisados héroes de la inmortal jornada; y sus bustos y las inscripciones y las cuatro grandes estatuas alegóricas colocadas en el arranque de la pirámide, y las verjas que cierran el fúnebre Campo de la lealtad, componen un digno monumento á la *última hazaña española*, dando en ojos á tanta servil libertad, á tanto venal patriotismo.

Ancho y risueño sigue adelante el Prado, acompañando al susurro de las hojas el murmullo de cuatro fuentes, que agrupadas en una plazoleta brotan el agua por la boca de unos delfines. Á la derecha la población, á la izquierda sucédense sin intermedio espléndidas obras de la munificencia de Carlos III y del buen gusto de su arquitecto Villanueva. De pronto es el Museo, que prolonga aislado entre el verdor su bellísimo fron-

---

(1) La Cibeles es obra de D. Francisco Gutiérrez; el Neptuno, de D. Juan de Mena; el Apolo, de D. Alfonso Vergaz; y las cuatro Estaciones, de D. Manuel Álvarez. Trazó el diseño de todas estas fuentes hacia 1780 el famoso D. Ventura Rodríguez que concibió también el proyecto de construir á lo largo del salón del Prado por el lado del Retiro un espacioso pórtico que le hubiera dado no poca belleza y comodidad.

(2) En 1822 hizo el modelo de este monumento el arquitecto D. Isidro Velázquez, pero no se llevó á cabo hasta 1840, en que fueron exhumadas y trasladadas á él con gran pompa las cenizas de Daoiz y Velarde, aunque el teatro de su hazaña fué el Parque de Artillería situado en el barrio de Maravillas. El monumento tiene cerca de noventa piés de altura; sus estatuas que representan el Valor, la Constancia, la Virtud y el Patriotismo español, son obra de los profesores Elías, Tomás, Medina y Pérez.



Obelisco del Dos de Mayo

tis, resaltando de sus esquinas dos vastos pabellones, y de su centro seis altas columnas que sirven de pórtico á su entrada: catorce arcos interpolados con nichos para estatuas figuran otros tantos ingresos en el piso bajo, y ciñe al principal una galería abierta sostenida por gentil columnata. Templo á la vez y panteón de las bellas artes, lleva el Museo la ornamentación y la gallardía que conviene á su carácter; y antes de contemplar las inestimables perlas guardadas en su seno, saluda con placer el artista la magnífica y elegante concha (1). Á su lado florece el Jardín Botánico, donde los adelantos de la ciencia y el celo por la humanidad doliente (2) halagan á los sentidos con variada é inmarcesible frondosidad, con rectas y hermosas calles, con fresca sombra en las tardes de verano, ensanchándose en suave cuesta hacia dentro, y dilatando sus verjas de hierro hasta la puerta de Atocha. Sirve allí de mojón al Prado la fuente que recibe nombre de la Alcachofa colocada en su remate, sobre la

(1) Trazó Villanueva en 1785 el edificio para Gabinete de Historia Natural; pero desde los principios de su reinado Fernando VII con mejor acuerdo lo destinó á Museo Artístico, reparando á costa de grandes sumas las quiebras abiertas en él durante la invasión francesa, y reuniendo para deleite é instrucción del público las inmensas preciosidades diseminadas en sus palacios. Ocupa el piso bajo la galería de escultura, entre cuyas excelentes y numerosas estatuas de la antigüedad descuella la célebre *Apoteósis de Claudio*, así como entre las modernas el sublime *Grupo de Zaragoza* en que supo el insigne Álvarez expresar la desesperación del amor filial defendiendo á un padre contra los extraños. El Museo de Pinturas tiene su entrada por el extremo septentrional del edificio donde se eleva el terreno casi al nivel del piso principal: á los lados de su vestíbulo circular dos grandes salones revestidos con lienzos de Velázquez y de Murillo, de Zurbarán y de Ribera forman la gloria del arte nacional: en frente se prolonga 378 piés otro salón magnífico, enriquecido con obras de Rafael, de Ticiano y de los artistas italianos más esclarecidos: á su extremidad otro salón que comprende las escuelas francesa y alemana introduce á los dos laterales donde se ostentan las pinturas flamencas y holandesas. Posteriormente se han habilitado varias salas bajas á los extremos. El Museo comprende muy cerca de dos mil cuadros; y sería superficial y hasta profana la rápida ojeada con que intentáramos apreciarlos. Monumentos son el cuadro *de las Lanzas* y el *Pasmo de Sicilia*, pero de índole muy distinta de los edificios: la pintura no cabe en un libro como asunto incidental.

(2) La fundación y el objeto de ese establecimiento se compendia en la siguiente inscripción: *Carolus III P. P. Botanices instaurator, civium saluti et oblectamento. Anno. MDCCLXXXI.* En 1755 Fernando VI había instituído ya un jardín de plantas en la Real Quinta, camino del Pardo. El actual jardín es rico y espacioso comprendiendo unas 30 fanegas.

MADRID



Museo de Pinturas

taza que sostienen un tritón y una nereida; mas el paseo tuerce solitario á la izquierda orillando el interior de las tapias, en busca del devoto santuario situado á la extremidad de las alamedas. De camino asoma sobre el contiguo cerro de San Blas (1) otro monumento contemporáneo de los anteriores, de proporciones graciosas aunque reducidas, de lindo pórtico en su fachada, de alas salientes á los lados, y cuyo jónico templete de diez y seis columnas coronado con su media naranja anuncia su destino de *observatorio astronómico*. Desde aquella atalaya abarcamos la uniforme línea en que se apiña la vasta capital, sus áridos contornos y verdes paseos, sus moles destacadas, su confuso caserío en cuya masa nos place reconocer los barrios y las calles que acabamos de recorrer no sin fatiga.

III

Mas para agrupar pintorescamente á los ojos del lector los puntos culminantes de esta serie de fábricas que por orden de fechas ha recorrido, y para lanzar á la corte española la ojeada de despedida, situémonos en la preeminente torre de Santa Cruz á cuyo pié se despliega Madrid en dilatado panorama (*a*). Á la variedad que ofrece por sus cuatro lados añaden las horas en su diario curso la mudanza de aspecto y colorido de que revisten los objetos; y cada hora tiene su encanto, cada cuartel presenta su carácter. Así al tiempo de despertar, cuando la voz de las campanas en variados tonos y distancias alterna con la desacorde gritería de vendedores fijos y ambulantes,

(1) Dió nombre al cerro la ermita de San Blas, fundada en 1588 por Luís de Paredes Pez, vecino de Madrid. El Observatorio Astronómico fué construído en 1785 bajo la dirección de Villanueva.

(*a*) Hoy ya no existe la torre de Santa Cruz, demolida con la iglesia parroquial en la revolución de 1868.

Hoy para dominar á Madrid á vista de pájaro pueden servir la atalaya de la Casa de Correos ó del Cuartel de guardias de Corps, así como para sus alrededores el Observatorio Astronómico.



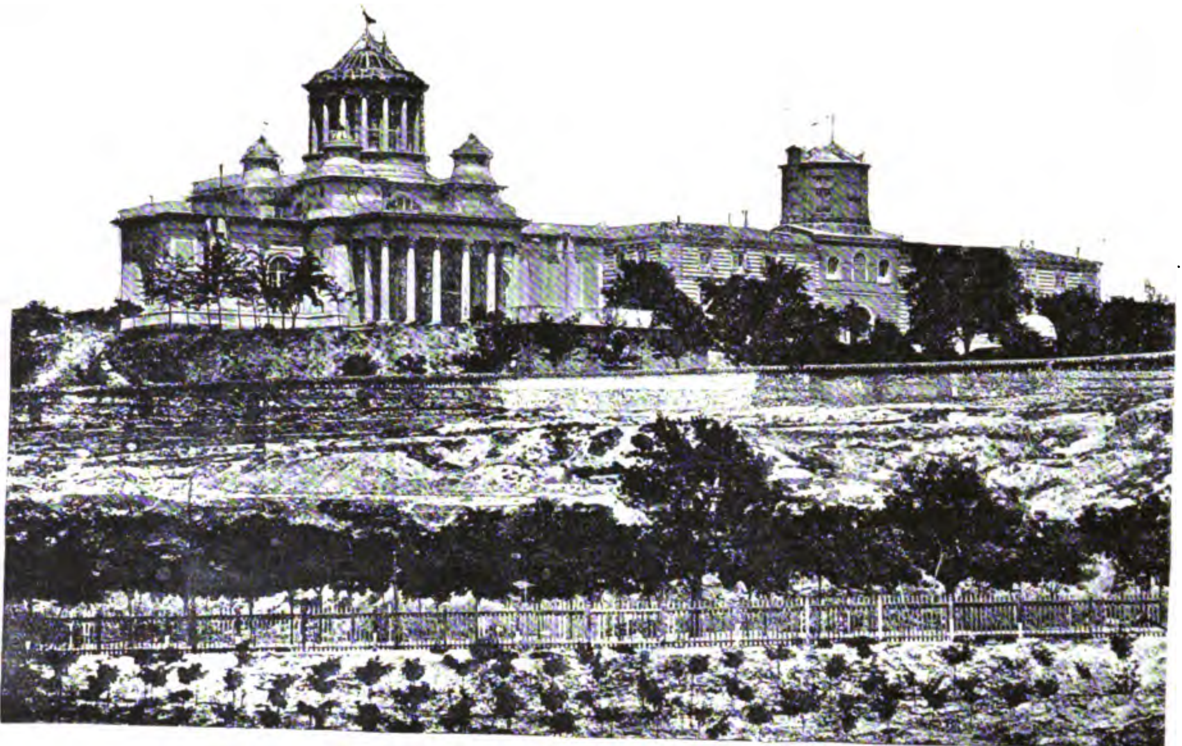
Galería del Museo de Pinturas

cuando las rápidas diligencias que remueven la población tropiezan á la salida con los pacíficos convoyes que la proveen, desde allí place ver al sol asomar por cima de las áridas cuestas que dominan la frondosidad amena del Retiro, y reflejar su luz primera en el lindo templete del Observatorio y extender sus rosadas tintas desde Atocha hasta el arco soberbio de Alcalá, é iluminar gradualmente la mole del Hospital, la cúpula de Santa Isabel y el grupo de veletas que marca la dirección de la calle de Atocha, hasta parar en la rojiza torre y cercana cúpula de la Trinidad.

Los rumores crecen y se confunden dominados por el continuo rodar de carruajes y por un prolongado zumbido de voces y pisadas, fermenta el bullicio y la animación, el sol toca á su zenit, y sus rayos deslumbradores hieren de lleno las cúpulas y techos de pizarra. En primer término aparecen como inflamados los de la Cárcel de Corte, y el cimborio de Santo Tomás con su crucero, nave y fachada; allá abajo la octógona cúpula de San Isidro entre sus dos incompletas torres, y más lejos descuella la de San Cayetano en medio de los plebeyos barrios meridionales. Su apiñado caserío campea sobre vasto paisaje que el declive de la población hace parecer más cercano, y al cual dan su principal realce tendidos en un recuesto los dos Carabancheles, donde van á buscar los madrileños una parodia de las delicias campestres.

Y luégo, mientras la gente afluye al extremo oriental á gozar en el Prado el dulce ambiente de la tarde, ó á espiar los últimos rayos del sol desde el Retiro, vuélvese instintivamente la vista al rojo ocaso dorado por una luz naranjada, que mezclándose con los vapores del río tiende una gasa encantadora sobre las márgenes y alamedas y frondosos valles al pié de ondulosa cordillera. Errante y distraída sigue los moribundos rayos resbalándose de techo en techo hasta despedirse del real Palacio, que aparece aislado y risueño con sus chimeneas blancas, como si posara en su techo un enjambre de palomas; y á

MADRID



Observatorio Astronómico

poco rato se oscurece ya el teatro y la grandiosa plaza de Oriente, y se confunde entre la arboleda el rojizo y octógono cimborio de la Encarnación. Ya la cúpula y torre de la decana de las parroquias, y el blanco y humilde campanario de San Nicolás, y los chapiteles de la casa de la Villa, y la iglesia del Sacramento, y las pardas y barrocas torrecillas de San Justo, y la oscura de San Pedro que brota de una hondonada como monumento de otra edad, y la elegante cúpula de San Andrés y la anchurosa de San Francisco el Grande allá en el confín izquierdo, van perdiendo su matiz y su contorno; ya sólo se divisan en primer término dos lienzos y gran porción del área de la plaza Mayor; y entonces al pálido vislumbre del crepúsculo es cuando Madrid evoca ante la fantasía las tradiciones de su infancia y las glorias de su juventud.

Pero si las sombras no arrancan aún al observador de su atalaya, si le place recoger los agonizantes murmullos de la noche y los fantásticos reflejos de la luz artificial y de las estrellas, velando sobre la capital dormida, contemple hacia el norte su porción más vasta; y tal vez con el auxilio de la luna la amarilla torre del telégrafo de Correos le indicará la Puerta del Sol no desierta todavía, y la alta cúpula de las Calatravas y las dos pintadas torres de San Luís le señalarán las calles de Alcalá y de la Montera por donde aún circula un resto de movimiento. Tal vez enfrente y en lo bajo distinguirá el Carmen como sombría masa de ladrillo, y verá descollar por cima la esbelta cúpula de los Basilios y más allá la de San Ildefonso entre dos esbeltas torrecillas. Inmediata á su izquierda dominará la torre de San Ginés, y más arriba el oscuro flanco de la nave de las Descalzas, y allá en lo más alto y remoto el aislado cuartel de Guardias de Corps y la airosa cúpula y las dos torres de las Comendadoras de Santiago, á las cuales sirve como de colateral á la derecha la regia mole de las Salesas. En medio de aquel silencio interrumpido sólo por el canto periódico de los serenos ó por el rechinar de rezagado carruaje, si antes

contempló la actualidad y se remontó á lo pasado, lánzase al porvenir su agorera mente, é interroga los destinos particulares de Madrid y los generales de la nación que rige.

¡Vanos esfuerzos! Los oráculos no responden, las tinieblas no se disipan, y ¿quién sabe lo que resta de la noche y qué escena alumbrará el nuevo día?





CAPÍTULO IV

Madrid moderno

TAL era el estado de la villa y corte de Madrid cuando lo describía el señor Quadrado á mediados de este siglo. ¡Cuánto ha cambiado desde entonces! Si alzara su cabeza Fernando VII apenas conocería la villa, y de la Corte sólo su palacio. La villa prefiere llamarse ahora la capital de España: menguada la fortuna de ésta, ha dejado el plural. Su última llamarada de esplendor fué en el reinado de Carlos III. Entonces á su imitación alzaba palacios la grandeza aristocrática en noble y digna emulación adornando los extremos de Madrid los de Alba y Villahermosa, aumentábase la Biblioteca Real pública, aunque en mezquino edificio, y se alzaban los Colegios y las Escuelas Pías de San José de Calasanz en las antiguas ermitas de San Antón y de San Fernando, cedidas por el ayuntamiento que las costeaba en parte.

* Las desgracias que sobrevinieron poco después de la muerte de aquel monarca ilustre, las guerras con Francia, mala administración y baja política, trajeron la decadencia precipitada y el abismo insondable de la deuda pública que, en vez de cegarse, parecía ahondarse cuanto más echaba la desamortización en la profunda sima. Paró el embellecimiento de la Corte, la cual vió con admiración comenzar á construir un teatro de bellas pero incómodas proporciones, ahogando la vista del Real Palacio junto al cual se alzaba.

* Las reyertas políticas que no cesaron durante el reinado de Fernando VII tampoco dieron lugar á que continuasen ni el aumento ni el embellecimiento de su Corte. Recuérdase apenas la creación de la Escuela de Farmacia en pobre edificio, grandioso para entonces, y costeado por los donativos de los farmacéuticos españoles, no por la Corona ni el Estado. Comenzáronse los edificios del Colegio de San Carlos y del Teatro Real, cuyas cuentas llegaron á tener una celebridad funesta, entre las muchas que antes y después han emulado á las decantadas del gran Capitán, y no porque su ornato exterior tenga nada de grandioso, ni merezca fijar las miradas del artista.

* Á la muerte de Fernando VII ardió por tercera vez la mal apagada llama de la guerra civil. También por tercera vez salieron los cenobitas de sus conventos, de donde ya los habían echado los franceses en 1811, y los liberales en 1821. Esta vez el degüello precedió al saqueo, el día 16 de Julio de 1835, pero Madrid no tuvo que presenciar los incendios de Zaragoza y Barcelona. Los conventos se convirtieron en cuarteles y despachos. Iniciábase la vida burocrática que iba á convertir á Madrid en una vasta oficina. Todos los Ministerios cabían antes en los entresuelos del Real Palacio en tiempo de Carlos III, y los empleados de los mismos se honraban con el modesto título de *covachuelos*. El torrente burocrático desbordado del Real Palacio, comenzó á inundar todos los ámbitos de Madrid. Los Ministerios de Guerra y Marina pasaron á ocupar los palacios de

MADRID



Teatro Real

Godoy, quedando el de Marina en el primero, frente á las Reales Caballerizas, después de haberse incendiado en 1846, y el de la Guerra en el de Buenavista, que el Ayuntamiento de Madrid había regalado al favorito de Carlos IV. Triplicada su extensión y anchura, demolido el mezquino edificio construído delante de él en la calle de Alcalá, rodeado de jardines y cerrado de sencilla verja, desde la calle del Barquillo al moderno paseo de Recoletos, ha venido por fin á realizar los grandiosos planes de su primer arquitecto D. Pedro Arnal, según los deseos y proyectos de sus primeros constructores, los duques de Villafranca.

* El Ministerio de Hacienda desalojó á la Aduana y lamenta ya su estrechez: el de la Gobernación desalojó de su casa á la Dirección de Correos, y ésta á la Imprenta Nacional, construída por Carlos III, y ya casi inútil cuando las empresas particulares sirven al Estado mejor y con más baratura. El llamado de Fomento, después de haber estado en el palacio de la antigua Inquisición, instalóse en el convento de la Trinidad, dando á su cenobítica fachada el mezquino aspecto de casa de rico nuevo. En cambio, sobre el área de la Escuela de Veterinaria y terrenos adyacentes, en el paseo de Recoletos donde estuvo el convento de Agustinos Descalzos, de donde tomó su nombre, se ha comenzado un vasto é interminable edificio, del que sólo se ha logrado construir el zócalo almohadillado, y cuyas cuentas eclipsaron las ya célebres del Teatro Real y de la contigua Casa de la Moneda, edificio grande pero nada bello, aunque moderno.

* El de Gracia y Justicia se instaló en el de la Sonora en la calle Ancha de San Bernardo, y el moderno de Ultramar pasó á ocupar el de la antigua cárcel de Corte, restaurándolo después de haber salido de allí la Audiencia y demás tribunales en 1870 á invadir y destrozar el grandioso edificio de las Salesas Reales.

* El aumento burocrático de Madrid ha venido ocupando todavía algunos edificios más, entre ellos el palacio de Altami-



Ministerio de Hacienda

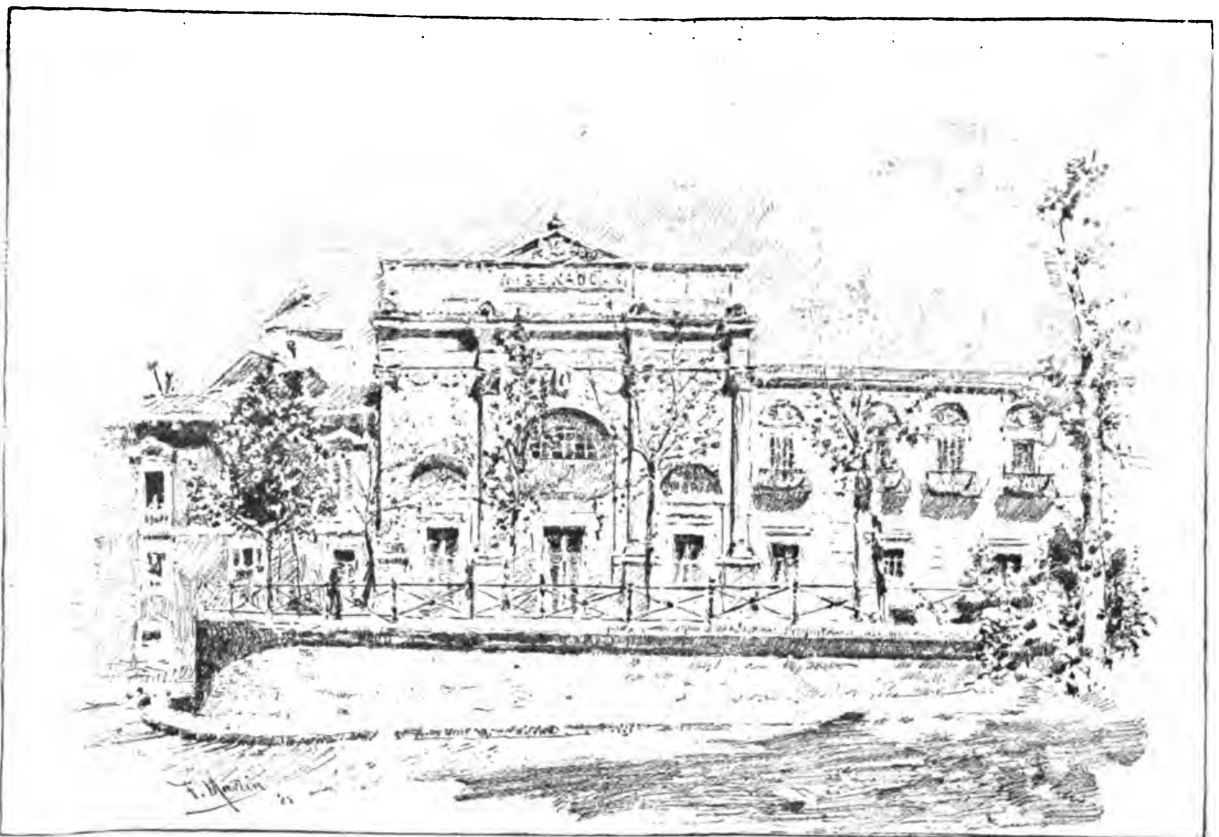
ra, magníficamente emprendido en el siglo pasado bajo los grandiosos planes de D. Ventura Rodríguez, contrastando la magnificencia de estos en la parte construída en la calle de la Floralta, con la mezquindad del resto del edificio.

* La vida parlamentaria, causa más bien que resultado de la moderna y absorbente burocracia, ha hecho necesarios también palacios para senadores y diputados. El Colegio de Agustinos Calzados en Madrid, contiguo al de la Encarnación y Ministerio de Marina, fué destinado ya en 1812 para instalar las Cortes que habían nacido en Cádiz, convirtiendo en salón la iglesia. Cerrado el salón por Fernando VII en 1814 y devuelto al culto, volvió á servir para el mismo fin político en 1821.

* En 1833, á la muerte de Fernando VII, se estableció en el Casón del Retiro el Estamento de Próceres, transición de las antiguas Cortes que allí se reunían al moderno sistema parlamentario. Mas luégo las nuevas exigencias políticas volvieron á traer el Senado al antiguo edificio de D.ª María de Aragón, que en su pobre fachada recuerda siempre al primitivo convento, á pesar de las enormes sumas gastadas en decorarlo interior y exteriormente, para borrar sus primitivas y pobres proporciones cenobíticas, acreditando el dicho vulgar de que los conventos sólo sirven para conventos.

* El Congreso se instaló en el inmediato del Espíritu Santo, y luégo, á mediados de este siglo, se construyó grandioso palacio en su desnivelada y mal escogida área, donde ya se queja de estrechez é incomodidad, á pesar de su amplitud.

* Aprobados en concurso los proyectos del arquitecto Don Pascual Narciso Colomer, se puso la primera piedra en 1843, y fué inaugurado siete años después con la apertura de Cortes en 31 de Octubre de 1850. Decoran el pórtico del edificio seis grandes columnas corintias istriadas sobre una vasta escalinata, terminándolo un frontón triangular, ático, en cuyo tímpano luce un bajo-relieve de mármol, ejecutado por D. Ponciano Ponzano,



Palacio del Senado

que representa á España con la Ley acompañada de la Fortaleza y la Justicia, juntamente con otras alegorías alusivas al objeto del edificio: dos enormes leones fundidos con el bronce de los cañones marroquíes, ganados en la campaña de África el año 1860, flanquean la escalinata y parecen guardar el frontispicio.

* Al salón de sesiones precede un vestíbulo elíptico al que da luz una gran linterna de la misma forma, que corona la bóveda, ornada de rosetones al estilo plateresco, que pretende imitar. Tiene el salón de sesiones 110 piés de diámetro, con una altura de 32. Su forma es elíptica, y la bóveda se halla decorada por preciosas alegorías alusivas, ejecutadas por D. Carlos Luís Ribera, las cuales compiten con los cuatro cuadros históricos que decoran el testero del salón, debidos al pincel del señor D. Federico Madrazo. Á los costados del salón se abren tribunas para varias clases sociales, y frente á la presidencia y el trono, está la gran tribuna pública.

* En pos de la política y la burocracia viene la fuerza militar, sostén poderoso de ambas en las sociedades modernas, en que perdida la influencia religiosa y autoritaria, tiene que hacer el temor á las penas civiles y la represión por la fuerza, lo que en las antiguas hacía lo que se llamaba el santo temor de Dios, según la frase cristiana.

* Trasladada la corte á Madrid, la carga de aposento tan gravosa en el siglo XVI se hizo todavía más pesada y vejatoria. Llenos de andrajos, vicios y enfermedades yacían por las calles los soldados que venían á la corte. La caridad les hizo los primeros cuarteles (*a*). Felipe V construyó el inmenso cuanto feo y monótono Cuartel de guardias de Corps, y más adelante el que había construído Carlos III para religiosos franciscanos

(*a*) El beato Simón de Rojas, confesor de Felipe III, hubo de cargar con un pobre soldado enfermo. Viendo esto un señor de título y admirado de su caridad, le cedió una casa que tenía allí cerca. Tal fué, según dicen, el origen del *cuartel del soldado*, ya demolido, como también el de San Mateo.



Congreso de los Diputados

(gilitos), teatro funesto de la sublevación militar del 21 de Julio de 1866.

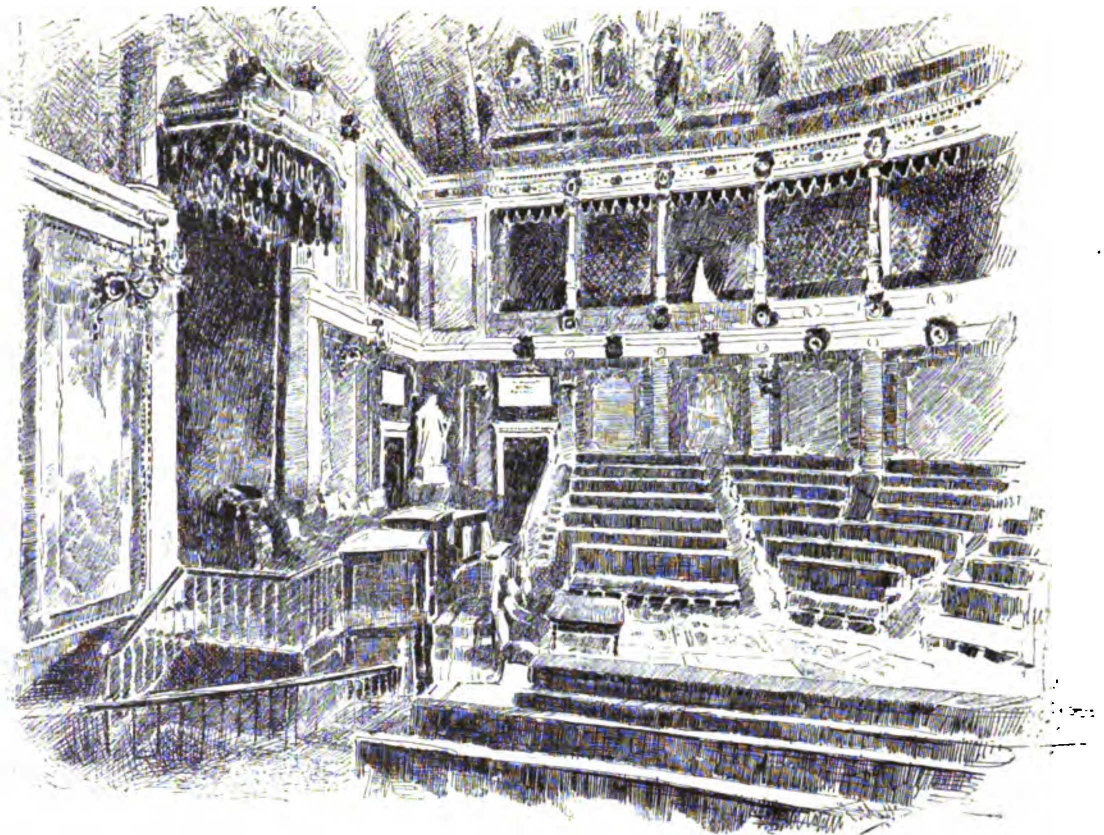
* En la montaña contigua, llamada del Príncipe Pío, se alza á guisa de fortaleza, dominando al anterior y mirando al Regio alcázar, por el que parece vigilar, el grandioso cuartel denominado por ese motivo de *la Montaña*, que, si llama poderosamente las miradas del político y del guerrero, no logra fijar las del artista, á pesar de su vasta extensión.

* El convento de San Francisco el Grande, que ya albergaba la poco caritativa tropa que dejó degollar á su vista á los que la hospedaban, quedó para cuartel, cuyos aires tenía en verdad más que de convento. Quedó el de Atocha para inválidos, y más allá se levantó otro junto á los almacenes *(doks)* para artillería, en sustitución de los del Pósito y Retiro, demolidos como los del Soldado y San Mateo por malos y ruinosos. En razón del rebajamiento moral y aumento de población, ha sido preciso aumentar la policía judicial y administrativa y los medios de sostener el orden público.

* En igual razón la antigua Audiencia con su contigua cárcel de corte, desalojadas del primitivo edificio donde cabían con holgura, han tenido que marchar á los extremos de la población, alojándose los numerosos juzgados y tribunales en el grandioso edificio de las Salesas Reales, donde se lamentan de estrechez y ahogo, invadiendo las casas inmediatas, donde tampoco caben. En la magnífica iglesia contigua, por fortuna conservada para el culto, y en su crucero, al lado del Evangelio, contrasta el sepulcro del general D. Leopoldo O'Donnell, con el del fundador Fernando VI, que no hubiera creído llegase á tener su cadáver tal compañía, y en mejor sepulcro.

* La cárcel trasladada á un lóbrego y repugnante edificio hasta por el nombre y el uso á que se destinó por su construcción (*a*), ha logrado al cabo hallar más cómodo y sano alber-

(*a*) El *Saladero*, edificio mezquino destinado á la salazón de puercos.



Congreso.—Salón de Sesiones

gue en los campos contiguos al antiguo y ruinoso convento de San Bernardino, que el marqués de Pontejos convirtió en Asilo de mendicidad. El hambre, mala consejera, y la holganza todavía peor, tienen casi á la vista la mansión del crimen, tardío aviso casi siempre. Y todavía la mendicidad y el pauperismo crecientes, en proporción del lujo, la impiedad y el afán de inmoderados goces, han invadido los Reales sitios, buscando también albergue en el del Pardo y cerca de los palacios destinados á la caza y esparcimientos de la Corte en duro contraste. Allí han encontrado también asilo las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, á quienes había construído Carlos III humilde convento con bastante regular iglesia, que les arrebató la revolución de 1868, y la Infanta religiosa, que allí yacía, no halló reposo para sus restos mortales, que hubieron de ser trasladados al Escorial, sacándolos del profanado recinto.

* La Caridad y la Beneficencia han venido también poblando los ensanches de Madrid con edificios suntuosos unos, modestos otros, siendo los primeros y más notables el Asilo de Huérfanos del Corazón de Jesús, edificio grandioso, en cuyo centro destacan la bella fachada de su capilla gótica, que á fuerza de caridad y energía ha logrado abrir una piadosa señora caritativa entre las muchas y muy caritativas que, para honra de su sexo y del catolicismo, conservan todavía en Madrid las tradiciones de una piedad ilustre y por lo común heredada.

* Y por no ser menos la Beneficencia oficial, que al fin es la caridad del gobierno y de la buena administración, ha erigido allí cerca en paraje anchuroso y ventilado el asilo de Nuestra Señora de las Mercedes, fundado por la Diputación provincial de Madrid, para casa de Maternidad á donde se trasladarán en su día la llamada Inclusa y el Colegio de la Paz. El grandioso edificio construído elegantemente de ladrillo, trabajado al estilo llamado *mudejar*, tiene en el centro la iglesia de la que sale alta flecha, poco en armonía con el resto del edificio y su gusto arquitectónico, pero que sirve para recordar á los que lo ven de

lejos, ó desde los contiguos palacios y paseos, que allí hay desvalidos á quienes asisten la caridad pública y privada. Á derecha é izquierda de la iglesia dos grandiosos pabellones indican la conveniente separación de sexos.

* Al otro lado del valle por donde corrían las aguas que desde Chamartín y los cerros inmediatos venían por el Prado á buscar el lecho del Manzanares, y en el cual se han construído los paseos de la Fuente Castellana y el moderno Hipódromo para las fiestas hípicas de importación extranjera, se alza frente á la antigua y ya desmantelada cárcel del Saladero otro grandioso edificio. Erigido de limosnas por las fervorosas Hermanitas



Hospital de la Princesa

de los Pobres, sirve de asilo á más de cien ancianos de uno y otro sexo para quienes mendigan ellas á fuerza de caridad, evitándoles así las molestias vejatorias de la mendiguez. Más allá, al extremo de la calle Ancha de San Bernardo y cerca del antiguo monasterio benedictino de Monserrat, convertido en cárcel de mujeres, se alza frente al antiguo quemadero el hospital llamado de la Princesa, construído en 1852 por suscrición nacional, para solemnizar el natalicio de la primogénita de la Reina D.ª Isabel II, D.ª María Isabel Luísa. Consta el edificio de cuatro grandes y largos pabellones, unidos por una galería central que corre de N. á S. y los pone en comunicación. La planta del edificio trazada por el académico D. Aníbal Álva-

rez, carece de belleza, sacrificando ésta á las exigencias de la higiene.

* En el centro del nuevo barrio de Chamberí, y en lo que se llamó su plaza, han alzado también (números 13 y 15), las llamadas siervas de María, ministras de los enfermos, otro vasto edificio, sino grandioso, en cuyo centro destaca la alta portada de la no terminada iglesia, imitando el gótico. Allí cerca las Hijas de San Francisco de Sales expulsadas de su primer monasterio en 1869, erigieron otro edificio grande, pero nada bello, que en sus formas no revela si es convento ú oficina del Estado.

* De este modo la piedad cristiana ha ido hermoseando los nuevos barrios del ensanche de Madrid, quebrantando esa monotonía de la moderna construcción urbana, que á no pocos seduce, pero que á los artistas no embelesa. Al embellecimiento también de estos nuevos barrios, contribuyen no pocos edificios, algunos bellos, otros caprichosos, los cuales designan con el extranjero nombre de *hoteles,* y adornan los paseos, más bien que calles, que surcan el ensanche en distintas direcciones. No se aclimató por fortuna llamar á estos paseos *boulevards,* como se pretendió por algún tiempo; ha prevalecido al fin el nombre más antiguo de *rondas*, no siempre exacto.

* Como hospital podríamos considerar también la nueva iglesia del Buen Suceso, y lo es una de las alas del edificio para los dependientes de la Real Familia. Al comenzar á construir en 1856, en su nueva forma, la llamada Puerta del Sol, donde terminaba la villa á fines del siglo XVI, fué demolida la iglesia en la que se veneraba una pequeña efigie traída por los religiosos hijos del venerable Obregón á la iglesia de aquel hospital, no suprimido por ser del Real Patrimonio y para los criados y dependientes del Real Palacio. La estatua de Diana, que el vulgo llamaba *la Mariblanca*, por ser de mármol y no despreciable, pasó á la plazuela de las Descalzas Reales, juntamente con su cohorte de aguadores y sus añejas cubas. El hospital con su

MADRID



Puerta del Sol

iglesia nueva, fueron erigidos en mejor sitio en el ensanche de Madrid, en el barrio llamado de Pozas, por el nombre del que construyó las primeras casas, que de modesto obrero había sabido con su trabajo subir á constructor, empresario y capitalista.

* Ocupa la iglesia, no bien orientada, el centro del edificio, formando con los dos pabellones laterales una especie de cruz griega: uno de ellos sirve de hospital, el otro de habitación al Patriarca de las Indias, Procapellán y Limosnero Mayor de Su Majestad. La iglesia y sus adyacentes fueron construídos por los planos y dibujos del arquitecto D. Agustín Ortiz Villajos.

* Consiste la decoración de la fachada principalmente en una esbelta torre, la cual juntamente con la cúpula, menos esbelta, dominan el edificio y le caracterizan. La iglesia no pertenece á género determinado, pero propende más bien al bizantino, aun cuando la ornamentación exterior, y aun más la interior, toma no poco del gótico germánico y del plateresco.

* El conjunto del edificio es agradable, y armoniza bien con los adornos y accesorios, siendo una de las principales obras modernas que embellecen á Madrid y sus ensanches. Terminóse la obra en 1868 y se abrió el templo al culto público en 25 de Marzo de aquel año, bajo la advocación del Buen Suceso, cuando tan funestos iban á ser pocos meses después para su Augusta Fundadora.

* En el centro de la población y sobre el solar que fué monasterio benedictino bajo la advocación de San Martín, se alza de nueva planta el caprichoso edificio del llamado Monte de Piedad, planteado en 1702 por el capellán de honor D. Francisco Piquer, á cuya institución se unió en 1838 con buen acuerdo la titulada Caja de Ahorros. El edificio nuevo que apenas satisface ya las exigencias de su instituto, satisface aún menos las de los artistas é inteligentes, perteneciendo á ese género híbrido, que apenas tiene nombre, y al que propenden los modernos arquitectos, en busca de originalidad, como sucedía á Churriguera y sus discípulos.

MADRID



Portada del antiguo Monte de Piedad



BARRIO DE POZAS.—IGLESIA DEL BUENSUCESO

* El Monte de Piedad, que en su origen tenía un objeto aun más caritativo que benéfico, con la aplicación de los principios de economía, ha llegado á tomar una especie de carácter mercantil, mediante la Caja de Ahorros que favorece los de las clases pobres, honradas y laboriosas á costa de lo que empeñan las menos afortunadas á quienes obligan á llevar allá sus alhajas y aun sus ropas, unas veces la desgracia, otras las consecuencias funestas del lujo y aun del vicio. Desde el pobre que empeña el colchón para embriagarse en la romería de San Isidro, hasta el magnate y el banquero, que se arruinan por llevar un tren y boato que no pueden sostener, y por dar un sarao *(soirée)* que compita con los más brillantes de la Corte, ¡cuántos de esos llamados *misterios* en la locución moderna, encierran los almacenes del Monte de Piedad!

* ¡Qué *revelaciones* no haría también el archivo del pequeño edificio de la Bolsa, que ha venido raquítica y bulliciosamente á suceder á las antiguas y grandiosas lonjas, que decoran todavía las capitales de la antigua corona de Aragón, tan industriosa como política y guerrera! Allí está la clave de las rápidas fortunas y de las estrepitosas quiebras y ruinas; allí el juego en inmensas proporciones oficiales, mientras se persigue justamente la holgazana tafurería; allí la acumulación repentina de fabulosas riquezas, que comienzan por construir palacios, heredados luégo por otros banqueros y empresas mercantiles. Así el Banco Nacional, sucesor de los de San Carlos y San Fernando, heredero del sólido y elegante edificio de los Cinco Gremios de Madrid, no cabiendo ya en ese edificio ni en otro contiguo en la misma calle de Atocha, construye nuevo y grandioso palacio en la confluencia de la calle de Alcalá con el Prado, frente al ministerio de la Guerra, habiendo demolido (1884) el histórico palacio de los marqueses de Alcañices, cuya torrecilla del siglo XVII terminada en cruz y veleta, en la esquina del Prado, sucediendo á los torreones feudales, marcaba la terminación de la antigua villa en el agreste Prado de San Jerónimo, y figu-

MADRID



La Nueva Bolsa

raba como tal en los cuadros y grabados de aquel tiempo.

* La aristocracia de la alta banca parece haberse puesto de acuerdo para afluir al antiguo paseo de Recoletos. En el ángulo frontero al demolido palacio de Alcañices, se alza el hermoso palacio del Sr. Murga, marqués de Linares, de formas clásicas y correctas del estilo greco-romano, al que sólo falta lucir en lindo jardín independiente de otros edificios. Sigue á éste el más bello de los modernos palacios, construído al estilo plateresco, por el marqués de Salamanca, cuyas aventuras y altibajos, le han llegado á formar la reputación de personaje legendario. La esbelta y elegante fachada decorada con bustos y medallones al estilo de la primera mitad del siglo XVI, ha pasado, después de su ruina y muerte, á servir de Banco hipotecario. Siguen á éstos y en la misma línea, los palacios de Zabalburu y marqués del Campo, y ya en el contiguo paseo de la Fuente Castellana los de Maroto, Anglada é Indo, precedidos de jardines y otros que sería prolijo referir. Al mismo tenor, figura entre ellos el Banco de Castilla habiendo adquirido la histórica casa de las Siete chimeneas que vió más de una vez al emperador Carlos V dentro de su recinto.

* No son de aplaudir ni imitar algunos otros levantados al estilo que llaman de Luís XIV, con sus techos cubiertos de plomo, cuyo lúgubre aspecto y forma de tumba, ha hecho que se las designe con el irónico título de casas de *requiem*.

* El palacio árabe de Xifré con sus costosos adornos, honra el nombre de su dueño, ofreciendo un muy curioso remedo del género arabesco más puro, digno, por tanto, de estudio para los aficionados á las costumbres y literatura de aquella raza, que tan buenos modelos dejó en nuestro país.

* La misma dirección que los modernos palacios y hoteles han seguido los nuevos teatros, marchando en pos de la opulencia y el lujo que los erige, sostiene y fomenta. Junto á la misma casa de las Siete chimeneas en la plaza que se llamó del Rey y en terreno del jardín de aquella antigua morada, se alza el Cir-



PALACIO DE XIFRÉ

co Hípico con su fachada que quiere ser morisca, recordando á los antiguos Farfanes. Casi á sus espaldas y en el solar del antiguo convento de San Fernando, el Teatro de la Alhambra, título fastuoso que recuerda las pretensiones del esquilón envidiando á la campana mayor. No lejos del Circo Hípico, en la calle de Alcalá, el Teatro de Apolo construído en el solar del antiguo convento del Carmen Descalzo, alza también su fachada á estilo de casa particular, que no se distingue de las otras contiguas, sino por sus tres arcos de entrada y los cuatro mascarones que caracterizan el objeto del edificio. También allí cerca, en el terreno que fué de las Salesas Reales y su anchurosa huerta, dando frente á los palacios nuevos llamados de la alta banca, se alza otro Circo (*a*), cuyo nombre y forma mal recuerdan, desde luégo, su origen hípico y mímico á la vez.

* En la nueva calle llamada de Jovellanos, á espaldas del Congreso, se halla otro nuevo teatro apellidado de la Zarzuela, embrión de la futura ópera nacional, acomodada á nuestro carácter, como el licencioso *vaudeville* lo es más al francés. Otros ocho teatros menores esparramados por el resto de Madrid, sirven todavía para solazar á gran parte del laborioso *pueblo*, que después de asistir á los toros por la tarde, al café al anochecer y al teatro hasta más de media noche, todavía no se acuesta hasta cerca de amanecer para ahorrarse el trabajo de que hieran sus ojos los rayos del sol naciente. Y entretanto el más antiguo de los teatros, llamado en otro tiempo del Príncipe, ahora Español, destinado á conservar las glorias tradicionales de Lope y Calderón, alza frente á la estatua marmórea de aquél, su fachada hábilmente restaurada á pesar de su primitiva mezquindad, que aparece más en evidencia colocada frente á una plaza. Y ¿para qué más, si la concurrencia suele ser tal que probablemente cerrado se vería si el gobierno dejara de alargarle protectora mano?

(*a*) Para distinguirlo del otro llamado de Price, se ha titulado á éste del Príncipe Alfonso.

MADRID



Teatro Español

* Rebosa empero de gente la nueva Plaza de Toros construída oportunamente al estilo morisco y más lejos de la villa. No conviene describirla, pues sería honrar el bárbaro espectáculo que en él tiene lugar.

* Pasemos más bien, siquiera la transición sea brusca, á los nuevos establecimientos de instrucción pública con que Madrid se ha enriquecido en la segunda mitad de este siglo, que este elemento de cultura honra más al país y á la civilización.

* Desde el siglo XVI venía agitándose el proyecto de trasladar la Universidad de Alcalá á Madrid. La indisciplina de los estudiantes y sus atropellos contra la autoridad y los vecinos, que echó en cara D. Fernando el Católico á Cisneros (*a*) hizo que, pocos años después de su muerte, trataran el Rector y Colegio de San Ildefonso de venirse á Madrid, donde el obispo Vargas les ofrecía construírles buen edificio. No aceptó el consejo la presencia de los turbulentos huéspedes. Pero la fundación de los Estudios de San Isidro y otros varios cenobíticos en el siglo XVII y los numerosos de ciencias naturales en tiempo de Carlos III, habían traído ya á Madrid la vida científica al estilo moderno, dejando en Alcalá solamente la mera vida literaria al estilo antiguo, y aun esa reducida á la Teología y el Derecho con exiguo número de cursantes.

* Las Reales Academias, el Museo de Ciencias, el Botánico, el Observatorio Astronómico, las escuelas de Medicina, Farmacia, Veterinaria, el Conservatorio de Artes, los Estudios de San Isidro y D.ª María de Aragón, los de Teología en Santo Tomás, hacían que hubiera ya en Madrid más Universidad que en Alcalá, cuando se acordó trasladar ésta á Madrid en 1821. Vuelta á su sitio por la reacción de 1824, se la volvió á la capital en 1836 y 37. Albergada pasajeramente en el antiguo Seminario de Nobles y después en las Salesas nuevas en la calle Ancha de San Bernardo, destruyó para su nuevo albergue el mezquino y poco

(*a*) ÁLVAR GÓMEZ. *De rebus gestis* á Fr. Ximeno Cisneros, folio 86 vuelto.

MADRID



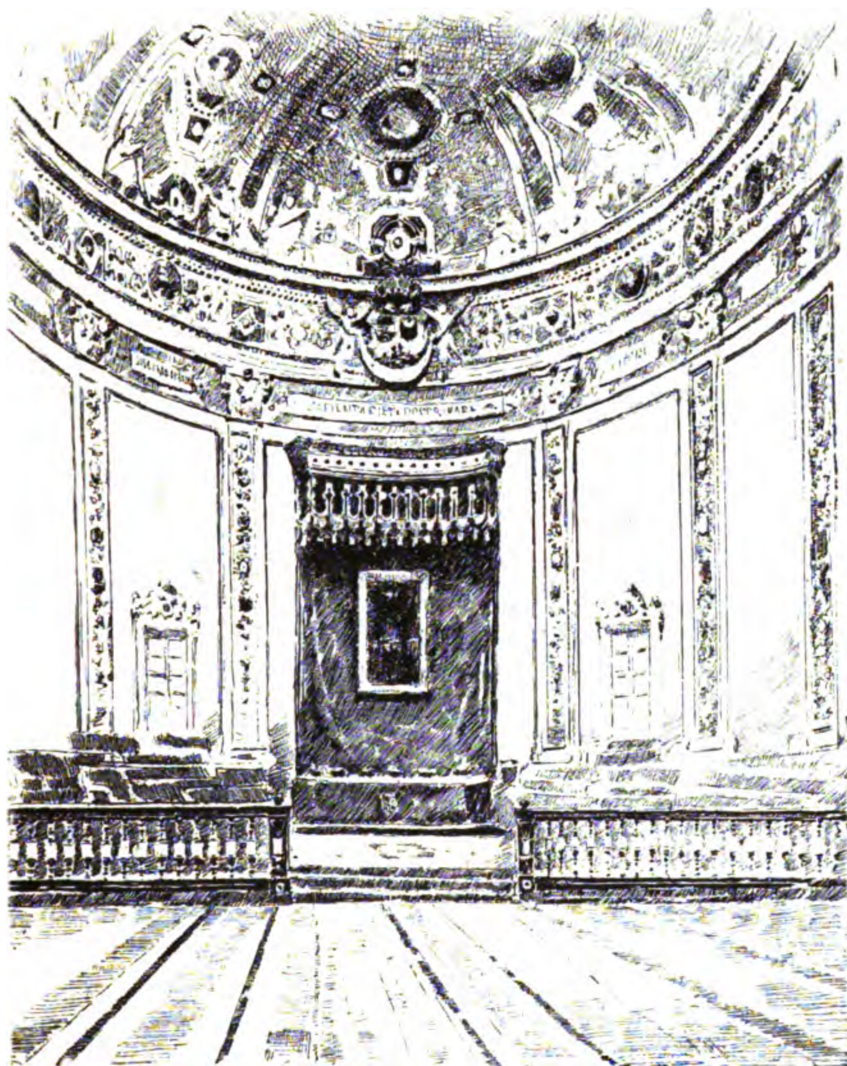
Plaza de Toros

sólido edificio que había sido Noviciado de Jesuítas y su linda iglesia, para construir en aquél, otro edificio de mediano gusto y condiciones incómodas, y en aquella, el salón designado con el grotesco nombre de *paraninfo,* que había sustituído en Alcalá al que primero se llamó *teatro* allí y en las demás universidades (*a*). El salón es de forma elíptica prolongada de 36 metros por 15 de latitud y proporcionada altura, con medianas condiciones acústicas.

* El nombre de Central que se dió á la Universidad de Madrid con el privilegio exclusivo de conferir los grados de doctor, hizo que surgiera la idea de decorar el salón de modo que representase los blasones de todas las centrales universidades de España, los retratos de todos los fundadores de ellas, y los de los españoles más distinguidos en todos los ramos del saber humano, desde San Isidoro y D. Alfonso el Sabio, hasta D. Jorge Juan y el naturalista Cabanilles. Lo mejor del salón es la bóveda adornada con las figuras alegóricas de todas las ciencias. Sus muros que decoran 20 pilastras al estilo plateresco, con poco afortunados emblemas, y los entrepaños con deslucida tela, reclaman un ornato más en armonía con el arquitrabe y la bóveda, y que los pinceles de diestros artistas representen en buenos frescos al estilo de Maella y Bayeu, las glorias universitarias de los principales establecimientos científicos de España. De todas maneras, el llamado paraninfo de la Universidad Central, sirviendo no sólo para actos universitarios, sino también para congresos científicos y otras reuniones literarias, y aun políticas, ha venido á lograr cierta celebridad conforme con su carácter. Sobre las siete puertas que dan acceso al salón, figuran los nombres de algunas de las principales y numerosas escuelas que han afluído á lo que verdaderamente se llama hoy día Universidad. Abandonado el estudio de la medicina en Al-

(*a*) *Theatrum* lo llama Álvar Gómez en varios pasajes, y teatro se llamaba en Zaragoza y otras universidades. El odio á los teatros y comedias hizo que en Alcalá el Claustro creyera ese nombre poco decoroso para actos académicos.

calá desde fines del siglo XVII, y no muy aventajado en Salamanca y demás universidades, se comenzó á pensar en estable-



PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

cer una enseñanza en Madrid el año de 1787, en los sotabancos del Hospital general, dándole fastuosamente el nombre de Colegio de San Carlos, por el nombre del monarca que en verdad

no fué mucho lo que hizo por él. Más hizo Fernando VII por insinuaciones de su médico, el señor Castelló; pero el edificio que era suficiente para su objeto en 1831, es ya insuficiente y defectuoso, á pesar de las muchas reformas en él ejecutadas. Su fachada al estilo moderno, siquiera no sea gran cosa, es mucho mejor que la más moderna del edificio central, en la calle Ancha de San Bernardo.

* Mejor suerte ha logrado la escuela de Veterinaria, fundada por el mismo tiempo (1793), en una huerta contigua al convento de Recoletos. Después de varias y poco afortunadas vicisitudes, expulsada de su primitiva mansión ha logrado nuevo y decente edificio en el terreno del que fué Casino de la Reina, siquiera las apariencias exteriores sean más que las comodidades en el interior.

* La Escuela de Arquitectura alojada en los que fueron Estudios de S. Isidro, debe cabalmente muy poco á la arquitectura; la de Música y Declamación se albergan en las salas contiguas al Teatro Real. La Escuela Normal de Maestros establecida en un pobre convento de monjas en la calle Ancha de San Bernardo, cerca de la Universidad, está construyendo sobre aquel terreno un nuevo edificio junto á las escuelas de Froebel, edificadas con amplitud sobre el terreno del convento de Carmelitas Calzadas, llamado de las Maravillas, frente al antiguo parque de artillería, dicho de Monteleón, donde sucumbieron heróicamente Daoiz y Velarde con otros valerosos españoles, en el funesto día 2 de Mayo. Nuevas y numerosas manzanas de casas se alzan en aquel vasto recinto, del que sólo queda el arco de la puerta principal, como perenne recuerdo de aquel acto de heroísmo.

* La fuerza de voluntad y constancia del médico y operador D. Pedro González de Velasco, han dotado á Madrid de un Museo que se titula *antropológico*, construído en el paseo de Atocha, bajo la dirección del arquitecto D. Francisco Cubas. Decoran su fachada cuatro grandes columnas jónicas, y las estatuas sedentes de Miguel Servet y el doctor Vallés, apellidado

MADRID



Puerta del Parque

el Divino, médico de Felipe II. El gran salón central, lleno de objetos raros y curiosos para el estudio de la ciencia y del desarrollo de la humanidad, tiene 6000 piés cuadrados y luz cenital, que permite aprovechar toda la longitud de sus muros sin necesidad de huecos.

* Últimamente el Ateneo y la Academia de Jurisprudencia, emigrando de la calle de la Montera, han logrado tener edificios propios más cómodos y adornados con elegancia, ya que no grandiosos, en las cálles de las Huertas y de la Libertad.

* Pero á todos ellos excede el que fuera de la puerta de Alcalá y contiguo al Retiro, han construído al estilo mudejar los testamentarios de D. Luís Aguirre, que dedicó sus caudales al fomento de las letras y la enseñanza. La esbelta torre que embellece y sobresale en la fachada y domina las avenidas de la Plaza de Toros, más concurrida que la escuela, parece predicar las ventajas de la instrucción y la cultura moral, sobre la disipación y los espectáculos bárbaros, pero su predicación se pierde en el desierto.

* Cuando ya parecía terminado el afán demoledor de templos, después de la saludable reacción conservadora, ya que no piadosa, iniciada desde 1845 á 1865, la revolución de 1868 vino á llenar á Madrid y España de nuevos montones de escombros y ruinas. Madrid vió desaparecer los antiguos y venerandos templos de la Almudena y Santo Domingo, llenos de arqueológicos recuerdos, las parroquias de San Millán y Santa Cruz, los conventos de Santa Teresa y Maravillas. Un incendio casual y desgraciado aniquiló la céntrica iglesia de Santo Tomás, á donde se había trasladado la parroquia de Santa Cruz. La piedad cristiana puesta á contribución acometió la empresa de restaurarla, convirtiéndola en bizantina, y ya estaba casi concluída y construída por tercera vez su desgraciada cúpula, en más ligera forma, cuando fué preciso demolerla, sin esperar los propósitos de consolidarla. Malos vecinos de inmediatos bodegones habían socavado los no muy sólidos cimientos de la iglesia, dando lu-



Museo antropológico del Dr. Velasco

gar á báquicas escenas en los subterráneos, mientras se alzaba en el presbiterio la Hostia consagrada. Posteriormente han desaparecido las iglesias de Loreto é Italianos, con sus respectivos hospital y colegio, fundados á fines del siglo XVI.

* En cambio el catolicismo y la caridad cristiana han logrado ver devuelta al culto y con derechos y honores parroquiales, la histórica iglesia de San Jerónimo del Prado, restaurada exteriormente con gótico ornato, más bello que sólido, y agraciada con dos torres de que carecía y que acompañan á su ábside, habiendo perdido su histórico altar de que sólo quedan recuerdos en los grabados que representan las coronaciones de antiguos reyes. Como parroquias han surgido también las de los nuevos barrios de Chamberí y las Peñuelas, con recursos arbitrados por la caridad cristiana, como también las otras iglesias de establecimientos benéficos y caritativos antes citados. Álzanse éstos principalmente en los barrios llamados de Chamberí y Salamanca, agrupándose en este último en breve espacio, las iglesias de la Concepción (ayuda de parroquia), Hospital de los Flamencos, Asilo del Corazón de Jesús para huérfanos, iglesia de las monjas de Santo Domingo el Real, y la de Ntra. Sra. de las Mercedes, donde estará la nueva Inclusa, todavía no habilitada para tal servicio. Tampoco lo están las de las Siervas de María y las Salesas, en el barrio de Chamberí, aunque ya muy adelantadas en sus obras. El gusto de casi todas ellas es el género híbrido á que propenden generalmente casi todos los modernos arquitectos de Madrid, en que se mezclan á placer con el género bizantino más ó menos calificado, detalles tomados del gótico, plateresco y hasta del egipcio.

* La llegada de las aguas del Lozoya á Madrid, que ha cambiado el aspecto de la villa, duplicando y casi triplicando su población y ensanche, tuvo lugar el día 24 de Junio de 1858, apareciendo dignamente con un surtidor improvisado de 90 piés de elevación frente al nuevo hospital de la Princesa, en uno de los más altos parajes de la corte. Este poderoso elemento de

vitalidad, dando nueva animación y lozanía á la sedienta villa, sirvió también para aumentar sus comodidades y ornato en arbolado y paseos, aunque no muchos ni frondosos. El Retiro, sima de millones desde el tiempo de Felipe IV, fué cedido al Ayuntamiento por la revolución de 1868, convirtiéndolo en Parque de Madrid, franqueando al público los jardines reservados, que tenían bien poco que admirar.

* La empresa constructora del canal del Lozoya, superados los obstáculos que impedían la llegada de las no muy distantes aguas, estableció su depósito más allá del nuevo y creciente barrio de Chamberí, formando alrededor pequeños jardines y una fuente alimentada con las aguas del depósito, junto á la carretera de Francia. No siendo suficiente el primitivo depósito para el abastecimiento de la villa, ha sido preciso construir otro segundo de mayores proporciones.

* Aumentáronse con este beneficio los paseos, prolongándose el de la Fuente Castellana en otro tanto de longitud, improvisando un hipódromo entre el paseo y el inmediato pueblo de Chamartín, sin lograr que las fiestas hípicas lleguen á ser populares para gentes que si sienten regocijo al tener un espectáculo más con que desaburrirse, prefieren ver matar caballos en el llamado circo taurino, á ver mejorar las razas, si es que por ese medio se mejoran.

* Dentro de la población el benéfico Lozoya ha proporcionado también la conservación de algunos jardinitos al estilo inglés, que mejoran no poco el aspecto urbano de sus desiguales y polvorosas plazuelas, en el centro de las cuales se han erigido estatuas á varios personajes importantes en la política y las letras.

* En la de Palacio se alza sobre alto pedestal la mejor de todas, la ecuestre de Felipe IV, que de lejos parece venir galopando sobre las copas de los árboles contiguos. Rodéanla numerosas estatuas de nuestros antiguos reyes bajadas de los altos pedestales con que adornaban la parte superior del Real Palacio.

Hechas para ser vistas á mayor altura y apenas desbastadas por su dorso, desdicen del mérito de los sujetos á quienes representan. Pero ¿qué hacer de ellas?

* Álzase en el centro de la plaza Mayor, la otra menos afortunada estatua de Felipe III, á quien debe Madrid la definitiva estancia de la corte, y la construcción de la misma plaza, de grandes recuerdos históricos. Acabaron ya en ella para no volver, las llamadas fiestas reales, con sus caballeros en plaza, los autos de fe, las ejecuciones capitales de ministros y de míseros plebeyos, pero en distinto sitio, que no era justo, *según la opinión pública de entonces*, que se degollase á un reo vulgar donde había sido decapitado un noble. Cesaron también las proclamaciones de los reyes, y los actos de levantar pendones y hasta la proclamación de las leyes, que se hacía desde los balcones de la real casa llamada de la Panadería, de donde ha emigrado también la Real Academia de la Historia, á la que dió allí digno y decoroso albergue su fundador Felipe V. Hoy, la estatua ecuestre del Tercero, sirve solamente de centro para marcar las distancias de las vías públicas desde la corte á todos los ángulos de la Península.

* Frente al Teatro Real se alza la estatua de la Comedia que, no hallando colocación en el paraje para donde se había construído, hubo de contentarse con otra más baja y modesta. Frente al Teatro Español en la plazuela de Santa Ana, sombreada por antiguos y corpulentos árboles, descansa la moderna marmórea estatua de Calderón. Entre el Museo de Pinturas y el Jardín Botánico, la de Bartolomé Murillo colocada allí en 1871. En la plazuela llamada del Progreso, en el área del antiguo convento de la Merced, se colocó oportunamente en 1869 la desgarbada estatua del ministro Mendizábal, en paraje que no pudo ser más oportuno para el caso.

* Últimamente ha visto Madrid surgir en su predilecto paseo de Recoletos y comienzo del de la Castellana, la estatua del inmortal Colón en demasiada alta columna ú obelisco, y al final

MADRID



Estatua de Isabel la Católica

del mismo paseo, frente al Hipódromo, el grupo que representa á Isabel la Católica á caballo, enarbolando una cruz que comienza por ser cetro y acompañada de la estatua del gran cardenal Mendoza, en cuya anacorética figura cuesta trabajo el encontrar al arzobispo guerrero y político, y la más afortunada del Gran Capitán que empuña la espada con la izquierda para sujetar con la diestra las riendas del alazán de la reina.

* No lejos de allí un pedestal modesto sostiene la estatua ecuestre del general Concha, que alternará en su día con otra del general Espartero; que al fin, nuestro siglo en su exuberante político-manía, si no tiene estatuas para las virtudes, las que huyen, no las escasea para los jefes de los partidos que los han acaudillado.

* La construcción urbana ha poblado además de nuevos barrios las inmediaciones de Madrid, ahuyentando del centro de la población á las clases menesterosas, por los subidos alquileres aun de sus altísimas viviendas. El barrio de Salamanca, duplicando y triplicando las prolongadas series de sus construcciones, ha venido á formar las calles paralelas de Claudio Coello y de La Gasca, y á mayor distancia, los barrios de la Prosperidad y la Guindalera, que, comenzando por humildes tugurios, rústicos merenderos y tabernas, van mejorando de aspecto poco á poco con decentes casas, y algunas quintas y jardines.

* En igual proporción el barrio que en su origen se llamó de Pozas, ha venido aumentándose con los de Argüelles, Calatrava y los más modestos de San Rafael y Vallehermoso, que se extienden hasta San Bernardino y el ferro-carril del Norte, y por oriente hasta los Cuatro Caminos y los cementerios de San Luís y San Martín, ya cerrados desde 1884, á pesar de la frondosidad de sus jardines y esmerado aseo con que parecía quitárseles el fúnebre aspecto que por precisión llevan consigo tales parajes.

* La población así aumentada, rompiendo ensanches, zonas y líneas de circunvalación, cegado el antiguo y cenagoso canal

[illegible] ... [illegible] de la [illegible]

[illegible] segurid[illegible],

[illegible] respecto [illegible]

[illegible]

[illegible] San L[illegible]

[illegible]

MADRID. – Hombre del pueblo



que corría paralelo al Manzanares, se extiende más allá de sus antiguos puentes, y amenaza convertir en arrabales de Madrid á Vallecas y los Carabancheles, mientras que la excesiva construcción en el centro de la villa va produciendo con lógica inexorable, la depreciación de la riqueza urbana; y el obrero que no halla ya trabajo donde le sobró en años anteriores, se retira famélico á los últimos confines de la extensa villa, envidiando el lujo y la opulencia que se despliega en Recoletos por la elegancia pedestre, y en el Parque de Madrid por los numerosos y elegantes trenes, que hacen creer que España posee todavía los tesoros de sus antiguas Indias y que su corte puede competir en riquezas con las primeras de Europa. ¡Ay! lo mismo sucedía en aquellos parajes en tiempo de Felipe IV, á quien los aduladores apellidaron *el Grande*, y los burlones compararon al agujero, que es más grande cuanto más le quitan.

* Las costumbres españolas van desapareciendo: se vive á la francesa, se come á la francesa, el sarao es *soirée*, el palacio ó casa algo grande *hotel*, la comida *menú;* todo ello, eso sí, con mucho patriotismo, y para sostener las costumbres populares se remedan las maneras de la gente desgarrada de Triana y los Percheles, apellidándolas género *flamenco*. La clase media llamada exóticamente la *burguesía*, remeda, ya que no puede imitar, las costumbres de la antigua y nueva aristocracia, y la clase popular ó plebeya, olvidados el aire y seriedad grotesca del antiguo chispero y del manolo de *Lavapiés*, presenta al desgarbado *chulo*, innoble tipo de procacidad y relajación moral, y el de la *chula* sin el airoso garbo y la terciada mantilla de la manola y de la maja de los tiempos de Godoy y de D. Ramón de la Cruz.

* Y entretanto que *Madrid se divierte*, tiembla su suelo agitado por subterráneas convulsiones como el de Pompeya y Herculano, y mientras se canta, se baila y se aplaude en el circo á los *diestros* sucesores del gladiador y del antiguo atleta, asoma en la cima del Vesubio el negro penacho del humo socialista,

que hierve en el fondo del cráter de la miseria, el odio, la desesperación, la envidia y las privaciones, sin fe política ni religiosa, sin amor y sin esperanza más que en la anarquía.

* Pero ¿acaso es Madrid la única y sola capital á la que amenaza el volcán? Á bien que no están mejor las demás capitales de Europa, y pues, perdido el carácter español, remeda su capital las costumbres extranjeras y su política y sus ideas y doctrinas, no hay por que extrañar adolezca de los mismos males, que, en buena lógica, los mismos antecedentes dan siempre idénticos resultados y consecuencias fatales.



MADRID — Mujer del pueblo



El Pardo. — San Lorenzo del Escorial *(a)*

Al nordoeste y á siete leguas de la capital de la monarquía, y perceptible en días serenos en el fondo de sus montañas, se eleva el rey de los monumentos españoles erigido en el más augusto de los reinados. El que se fabricó una corte á flor de tierra como residencia transitoria é interina, sin cuidarse de deslumbrar con su brillo á las naciones tributarias, reservó para Dios y para el desierto los alardes de su grandeza y poderío: todo en Madrid aparece deleznable, pasajero, sujeto á las vicisitudes de la fortuna y hasta á los caprichos de la moda; todo inmóvil, estable, perpetuo en el Escorial; porque el esplendor de los tronos pasa, y acusan el abatimiento de hoy los testimonios de las glorias de ayer; pero no envejecen ni caducan los monumentos consagrados á Aquel que permanece siempre el

---

(a) No habiendo sufrido alteración alguna el Escorial y los otros sitios reales, la descripción de ellos queda tal cual la hizo la elegante pluma del señor Quadrado.

mismo al través de las edades. Sin embargo, tres siglos no completos han transcurrido sobre la vasta mole de piedra, y se ha trocado toda en mansión de recuerdos y de difuntos, y gracias si la sombra del trono pudo preservarla de violenta ruina: los monarcas ya no fijan en ella su predilecta habitación, los monjes ya no pueblan sus dilatados corredores; y sólo interrumpen el silencio las pisadas del artista, las más veces extranjero, que visita sus inanimadas bellezas, ó las bulliciosas caravanas madrileñas que en la buena estación se citan para allá como para un sitio de placer.

Si franqueado el arco de la puerta de *Hierro*, nos desviamos un momento del camino del Escorial para seguir al norte la margen derecha del Manzanares, la densa frondosidad y suave ondulación del terreno parecen desmentir la proverbial aridez de los contornos de Madrid; y en el seno de poblados bosques que se dilatan en un circuíto de quince leguas, al pié de colinas de encinares, yace cercado de un corto pueblo un palacio que largo tiempo ha repartido con otros más suntuosos el privilegio de servir anualmente de residencia á los soberanos.

Fué el Pardo en sus principios un rústico albergue y pabellón de caza, construído en 1405 por Enrique III y frecuentado en demasía por el IV; imprimióle su presente forma Carlos V por medio de su arquitecto Luís de la Vega en 1547, y aunque no le permitió gozarlo su generosa abdicación, permanece esculpido su nombre sobre el dintel de la puerta. Hízose por entonces cuadrado, de sencilla arquitectura en sus dos pisos inferior y principal, flanqueado por cuatro torres de bajo chapitel; pero Carlos III dobló la extensión del edificio continuando á su espalda obras análogas al primer modelo, y las dos torres de la extremidad posterior figuran ahora como un cuerpo resaltado en el centro de las fachadas laterales. Circúyelo un pequeño foso cuyos planteles indican su pacífico uso; el patio principal con las columnas jónicas de su primer cuerpo y con las impostas y friso del segundo recuerda aún los tiempos del emperador;



Palacio Real del Pardo

Todo allí se presenta nacido de una idea exclusiva pero inmensa como el catolicismo; todo ordenado en su abrumador conjunto y en los más leves pormenores, como en la vasta y metódica mente del rey fundador los cuidados de la monarquía; todo uno en la multiplicidad como era su acción, todo majestuoso en la sencillez como su carácter. Templo, monasterio, palacio, están encerrados en el gran cuadrilongo, formando partes de un mismo todo, independientes aunque estrechamente hermanadas, en su exterior uniformes, si bien en su puesto cada cual y apropiadas á su destino. Precedida de un extenso patio prolóngase en el centro la magnífica iglesia de poniente á oriente, partiendo en dos mitades el edificio; la del mediodía fué dada para habitación á los monjes, la del norte destinada á mansión real y repartida aun con el colegio y seminario. Los cuatro lienzos apenas se distinguen entre sí en formas ni en ornato; en todos la misma sencillez y prolongación de líneas, en todos los mismos cinco órdenes de ventanas, todos defendidos en ambas extremidades por las erguidas torres que con su cubierta y chapitel se elevan á triple altura sobre la cornisa del remate (1). Elegantes jardines tiéndense á sus plantas por el lado de oriente y mediodía y se le someten verdes llanuras y pintorescas colinas; á su norte y poniente corre una ancha y espaciosa lonja encerrada por las capaces y uniformes casas de *Oficios*, *Ministerios* é *Infantes* que imitan la sencillez robusta aunque no la elegancia del monasterio, y por cima de cuyas pizarras asoman las inminentes laderas.

Sin embargo, tres grandiosas portadas dan á la fachada de poniente los honores de principal; las dos laterales, sin otro adorno que algunas fajas y las ventanas distribuídas en sus intermedios y la de medio punto abierta sobre su entrada, so-

(1) La planta del edificio tiene de ancho 744 piés de norte á mediodía, y 580 de fondo de poniente á oriente. La altura de sus torres es de 200 piés, la de sus lienzos hasta la cornisa de 72, y entre los cuatro hay repartidas 1,110 ventanas.

bresalen del lienzo con su frontispicio triangular; pero á mayor altura y en mayores dimensiones se levanta la del centro, bella y majestuosa si destacara mejor del muro, y si avanzando hacia fuera á manera de pórtico, cortara la monótona alineación de la fachada. Ocho columnas dóricas empotradas, con nichos y ventanas en los intercolumnios, sostienen el ancho cornisamento, sobre el cual, á más de cuatro agujas coronadas de bolas, cargan las cuatro columnas jónicas del segundo cuerpo que reciben el frontispicio: en medio de éstas ocupa su nicho la colosal estatua de San Lorenzo, de quince piés de alto, que labró en piedra berroqueña Juan Bautista Monegro, formando de blanco mármol su cabeza y extremidades; al pié figuran las armas reales humildemente, y debajo corresponde la cuadrada puerta que, aunque alta de 24 piés y ancha de 12, todavía parece estrecha y ahogada en el centro de aquella mole.

Pero antes de atravesar el dintel, busquemos en la historia la explicación de tanta grandeza, el objeto de tan magnánimo esfuerzo, el espíritu de monumento tan sublime; evoquemos la memoria del gran fundador y del artífice no menos grande, para que nos expliquen su obra, y la obra nos revelará en cambio todo el poder de su diestra, toda la osadía de su genio. No de interesado voto ni de expiatoria reparación de un sacrilegio, surgió en aquellos páramos *la octava maravilla;* una gratitud espontánea, una piedad ardiente y profundísima, la natural tendencia de todo lo grande, ilustre y fuerte á manifestarse y eternizarse en gigantescos caracteres, inspiraron á Felipe II su inmensa concepción (1). Su invicto padre reclamaba un sepulcro,

(1) Ni de este voto que algunos suponen hecho antes de la batalla en caso de salir victorioso, lo que se aviene mal con la ausencia del rey que no llegó sino cuatro días después al campo de San Quintín, ni del monasterio que se dice destruído por sus tropas en aquella jornada, como indica el cronista Herrera, hace mención la *Carta de dotación* del Escorial que trae el diligente Cabrera, quien rechaza por fabulosas ambas especies. «Reconociendo, dice la carta, los muchos y grandes beneficios que de Dios nuestro Señor avemos recebido y cada dia recebimos, y quanto él ha sido servido de encaminar y guiar nuestros hechos y negocios á su santo servicio y de sostener y mantener estos reinos en su santa fé y re-

un trofeo los laureles de San Quintín, y sus graves y melancólicos pensamientos un lugar de oración y de retiro donde se le anticipara la paz de la tumba y pudiera prepararse á un feliz descanso: no vaciló ni en la índole del monumento que no podía ser sino un monasterio, ni en los monjes que habían de ser jerónimos, como los que acompañaron en Yuste la soledad devota del emperador, ni en la advocación del templo recordando aquel glorioso 10 de Agosto de 1557, que tan belicosamente inauguró su pacífica carrera, y agradeciendo su ventura al mártir español cuya festividad se celebraba el mismo día. Sólo en el sitio vaciló por dos años, hasta que se lo ofrecieron apartado y pintoresco las pendientes de Guadarrama; mas no contento con su elección quiso que lo reconociera la orden que había de poblarlo (1). Había en la corte un sabio arquitecto nacido en ella, pero amamantado en Roma en la escuela de los más célebres artistas y con el estudio de sus grandiosas fábricas; recién llamado de Nápoles donde dejó sellado su nombre en más de un edificio, Juan Bautista de Toledo tuvo el cargo de transformar en idea el sublime deseo de Felipe II; y presentada en el papel su traza y después en madera, llenó cumplidamente la

---

ligion, y en paz y justicia;... teniendo asímismo fin e consideracion á que el emperador y rey mi señor y padre... en el codicilo que últimamente hizo nos cometió y remitió lo que tocava á su sepultura y al lugar y parte donde su cuerpo y el de la emperatriz y reina mi señora y madre avian de ser puestos y colocados, siendo cosa justa y decente que sus cuerpos sean muy honorablemente sepultados y por sus ánimas se hagan e digan continuas oraciones, sacrificios, conmemoraciones e memorias; e porque otrosí nos avemos determinado cuando Dios nuestro Señor fuese servido de nos llevar para sí, que nuestro cuerpo sea sepultado en la misma parte y lugar... Por las quales consideraciones fundamos y edificamos el monasterio de San Lorenzo el real, cerca de la villa del Escorial en la diócesi y arzobispado de Toledo; el cual fundamos á dedicacion y en nombre del bienaventurado San Lorenzo, por la particular devocion que como he dicho devemos á este glorioso santo, y en memoria de la merced y victorias que en el dia de su festividad de Dios comenzamos á recebir. E otrosí le fundamos de la orden de San Gerónimo por la particular afeccion y devocion que á esta orden tenemos, y le tuvo el emperador y rey mi señor.»

(1) En el capítulo general de jerónimos de 1561 tenido en Lupiana hizo proponer el rey su resolución de fabricar el nuevo monasterio, y pasando á inspeccionar el sitio una comisión de religiosos, quedaron de él muy complacidos.

grandeza del designio. Después de varias conferencias tenidas sobre el mismo sitio, y en que no se desdeñaba de intervenir el soberano (1), hecho acopio para la obra de materiales y gentes, acometióla en 23 de Abril de 1563 su inmortal trazador, asentando su primera piedra en el lienzo de mediodía; y en 20 de Agosto inmediato colocó el rey la primera del templo, bendecida por su confesor fray Bernardo de Fresneda, obispo de Cuenca.

Empezó á hervir la vida y el movimiento en aquel suelo que antes no ofrecía «sino un sitio inculto y majadas de pastores entre jarales y maleza.» Ofrecían hermosa piedra los vecinos cerros; y unos la pulían en las canteras mismas, otros la acarreaban, otros la colocaban y engastaban con maravilloso artificio; nivelábase á gran costa el área: era aquello una inmensa colmena, y no faltaba un rey que la presidiera y estimulara sus trabajos. Contemplaba Felipe II el crecimiento de su fábrica, y allí templaba sus pesares y aliviaba sus cuidados: como disparada flecha volaba desde su palacio de Madrid al pobre albergue provisional que repartía con los monjes (2), y cada vez

(1) En su clásica *Historia de la orden de San Jerónimo*, dice á este propósito el P. Sigüenza: «Mandó el rey que se juntasen en la villa de Guadarrama su secretario Pedro de Hoyo y Juan Bautista de Toledo escelente maestro de arquitectura, con fray Juan de Huete y fray Juan de Colmenar... en el dia de S. Andrés de 1561.» Y más abajo: «Habiendo ido el rey á Guisando á tener allí la semana santa con el duque de Alba... llevó consigo á Juan Bautista de Toledo arquitecto mayor que ya á este tiempo iba haciendo la idea y el diseño; hombre de muchas partes, escultor y que entendia bien el dibujo, sabia la lengua latina y griega, tenia mucha noticia de filosofia y matemáticas.» En la piedra angular que puso Toledo había la siguiente inscripción: *Deus O. M. operi aspiciat. Philippus II Hispaniarum Rex á fundamentis erexit MDLXIII Joan Baptista architectus IX. Kal. Maji.*

(2) Bello sobre todo encarecimiento es el pasaje en que describe el P. Sigüenza aquel humilde primitivo asilo: «Era, dice, la casilla en que los religiosos vivian harto pobre, y en ella hicieron unas estrechas celdas y escogieron un aposentillo para capilla; el retablo era un crucifijo de carbon pintado en la misma pared de mano de un fraile que sabia poco de aquello; tenia por cielo, porque no se pareciesen las estrellas por entre las tejas, una mantilla blanca de nuestras camas; la casulla y el frontal era de una cotonía vieja, y aquí celebraban sus oficios los religiosos. Y con poco mejor estado estaba el palacio del rey... aposentábase en casa del cura, y sentábase en una banqueta de tres piés, hecha naturalmente de un tocon de un árbol que la vi yo muchas veces, y porque estuviese con alguna decen-

admiraba nuevos adelantos, cada vez una bóveda, una torre, un claustro, un lienzo, le sonreían como desgajándose de las nieblas y saludando á su fundador. Aquí los grandes y cortesanos, allá los religiosos, más lejos los oficiales y jornaleros, todas las clases, todas las ocupaciones allí confundidas entre el polvo y el ruido, la desnudez presente contrastando con la opulencia y majestad futura, formaban un cuadro animado y bello cual nunca se presentara: y Felipe II así despachaba con los unos, como contemplaba y rezaba con los otros; así cernía sus miradas sobre la Europa, como atendía á sus peones estableciendo para ellos un hospital, disfrazando con lo crecido del jornal la generosa limosna, y *proveyéndolos de socorro y abrigo antes que á sí mismo de aposento.*

Á mediados de 1567 murió Toledo, pero la obra lejos de llorar su orfandad, halló en el asturiano Juan de Herrera, discípulo del primero, tal continuador, que por las felices innovaciones hechas en los planes, y por la habilidad y constancia desplegadas en la ejecución, le reconoce vulgarmente por padre (1). Entre las obras reales confiadas á su dirección, cifró Herrera en

cia rodeaban la silla con un pañuelo francés que era de Almaguer el contador, que de puro viejo y deshilado daba harto lugar para que le viesen por sus ahujeros. Desde allí oía misa, y podia bien, porque estaba todo tan estrecho que fray Antonio de Villacastin que servia de acólito hincado de rodillas llegaba con sus piés á los del rey. Jurábame llorando este siervo de Dios, que muchas veces alzando los ojos á hurtadillas, vió por los del rey correr las lágrimas, tanta era su devocion y ternura mezclada con alegría, viéndose en aquella pobreza, y considerando tras esto aquella idea tan alta que tenia en su mente de la grandeza en que iba á levantar aquella pequeñez del culto divino.»

(1) Apenas mencionar merece, cuanto menos refutarse, la pretensión sostenida por algunos de que la España debe á artífices extranjeros la grandiosa obra del Escorial. El presidente de Thou, copiado ligeramente por Voltaire, nombra arquitecto del célebre monasterio y autor del acueducto de Toledo á un tal Luís de Fox; era éste un simple criado del famoso Juanelo, y tan sólo entre los albañiles del Escorial figura un maese Luís francés. Atribuir á Bramante ó á otros artistas italianos los planes de la fábrica, no tiene más fundamento que la semejanza de ella con el templo del Vaticano y otras construcciones romanas que daban la ley al siglo y que Toledo y Herrera habían estudiado. Negar á éstos sin embargo la gloria de la invención es destruir el hecho mejor sentado en la historia de las artes, desmintiendo inscripciones, medallas, tradición, libros contemporáneos y documentos.

el Escorial su gloria y sus desvelos, y tantas y tales eran sus atenciones, que el monarca de ambos mundos despachaba con él como con su ministro dos veces por semana: en pos de Herrera figuraba un humilde lego de la orden, fray Antonio de Villacastín, diligente obrero, hábil instrumento de las benéficas y grandiosas miras de Felipe. Según adelantaba la construcción, estatuarios, pintores, artistas en todos ramos acudían á ornamentarla; mármoles, bronces, frescos, dorados, vestían la dura piedra; y cuando en 13 de Setiembre de 1584 se dió la fábrica por concluída, apareció ataviada ya con el decoro que convenía. Á los veinte y un año de empezada, se gozaron en verla completa las miradas del fundador; y la que pareciera bastante á agotar sus tesoros, sólo costó sesenta y seis millones de reales, hábilmente enlazada la economía con la magnificencia. Cuadros, volúmenes, alhajas, reliquias, todo país presentaba allí sus ofrendas, todo artista sus trabajos, y para que nada faltara á su realce, un sabio monje transcribía en interesantes páginas aquel asombroso y palpitante movimiento (1). Así de los lauros de las victorias fecundados por la piedad, brotaron los ópimos frutos de las artes, único rastro que ha dejado en nuestro suelo la hazaña de San Quintín, sobreviviendo á la política pujanza creada por el genio de Felipe II.

Con dificultad se habrá marcado más hondamente en otro edificio el sello de la época y del hombre. La religión es quien anima sus macizas formas, pero no ya la religión lanzándose á las alturas de ojiva en ojiva y de botarel en botarel, como una tierna y sublime aspiración, no ya risueña y adornada de bellas

(1) Este fué fray José de Sigüenza, cuya *Historia de la Orden de San Jerónimo* tanto se recomienda por su elegante y castiza frase, por la animada descripción y curiosos detalles que suministra acerca de la construcción del Escorial, y por los conocimientos artísticos que despliega en toda ella. Permaneció en el Escorial desde 1590 hasta su muerte en 1606, muy querido de sus hermanos y del monarca; y de él solía decir Felipe II: «los que vienen á ver esta maravilla del mundo no ven lo principal que hay en ella si no ven á fray José de Sigüenza; segun lo que merece, durará su fama mas que el mismo edificio.»

tradiciones cual de místicas esculturas y aéreos calados, no ya desprendiéndose del suelo como sostenida maravillosamente por la fe y atenta sólo á sus eternos destinos; sino asentada anchamente sobre la tierra, robusta y profundamente cimentada, como preparándose á deshechas tempestades, identificada con el trono y amparada con toda la fuerza del poder humano, rígida en sus ornatos, austera en su pompa, desplegando ostensiblemente su unidad y gerarquía. Es el Escorial á las basílicas de la Edad Media lo que una historia es á una crónica, lo que un magnífico discurso es á un sublime poema, lo que fué la grandeza de Felipe II á la de Fernando el Santo y á la de Jaime el Conquistador. ¿Por qué Toledo y Herrera rompieron las tradiciones del arte gótico? ¿por qué no adelgazaron y calaron aquellas moles, y las vistieron de rica y menuda filigrana? Preguntad á la Providencia por qué no los hizo nacer con uno ó dos siglos de anticipación. Á mediados del XVI el renacimiento empezaba ya á sacudir los encajes platerescos que le sirvieron como de pañales; el arte antiguo desenterrado de entre las ruinas del Capitolio, se reproducía en soberbias construcciones, y se vengaba de su pasado olvido proscribiendo como bárbaro todo lo hecho sin su sanción durante el larguísimo interregno. Nuestros arquitectos también le rindieron culto (1), pero no tan ciego y absoluto que sus fábricas disten menos de los templos y anfiteatros del gentilismo que de las catedrales y monasterios de la *ruda* edad pasada; Vitrubio fué vestido á la española; y el estilo greco-romano supieron trocarlo en idea original apropiada al culto, á las costumbres, á los sentimientos y necesidades del pueblo para quien edificaban. Dése enhorabuena al gótico la palma; pero negar al Escorial la admiración y el respeto,

(1) De las siguientes palabras del P. Sigüenza dedúcese que Herrera, exclusivo admirador de griegos y romanos, desdeñaba las construcciones de la Edad media: «Juan de Herrera decia que los romanos y mas atrás los griegos habian hecho sus fábricas tan famosas y grandes de esta suerte (labrando las piedras en las canteras), y que la *groseria* y *poco primor* de España lo habia olvidado ó no lo habia aprobado jamás.»

desdeñarle por ageno de la gótica arquitectura, sería cuando menos imitar el estrecho exclusivismo de los que cifrando en la obra de Herrera toda belleza y acierto, mutilaron y restauraron por una misma pauta los monumentos de los siglos anteriores, y cubrieron la península de mezquinas parodias de la *octava maravilla*.



ESCORIAL.—PATIO DE LOS REYES

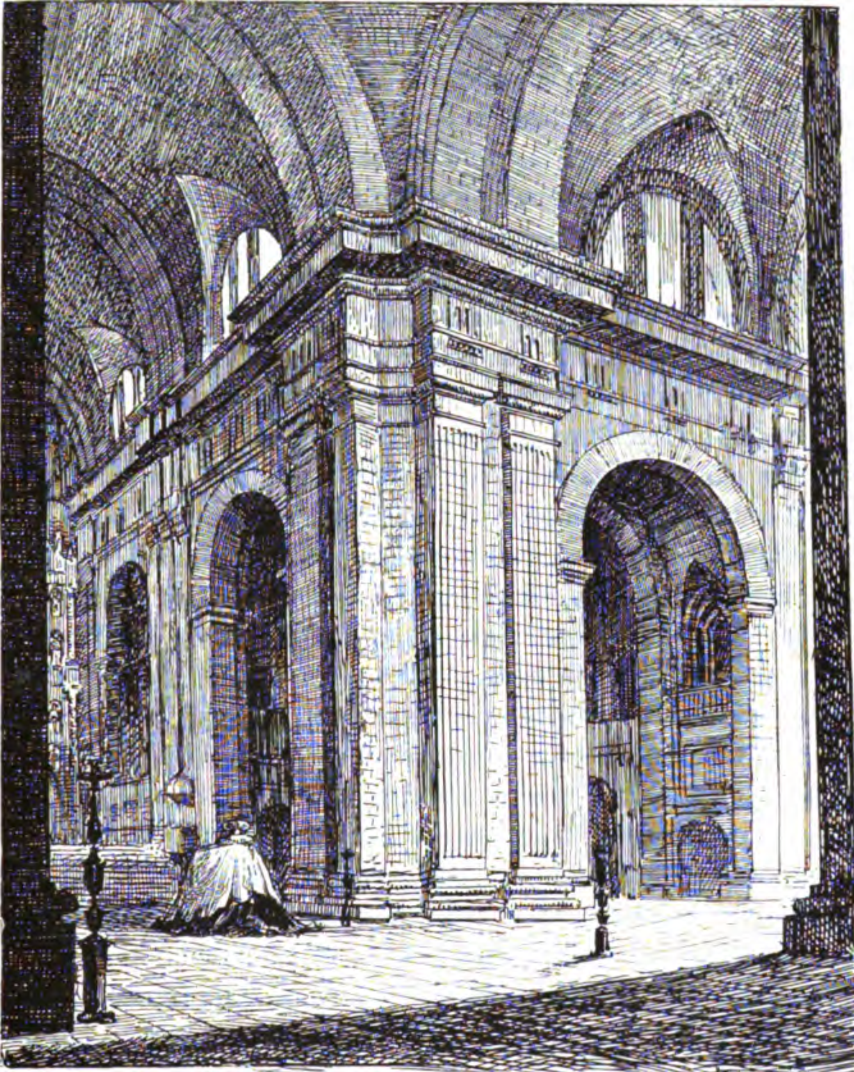
Por una feliz gradación va creciendo el asombro, cuando franqueada la puerta principal se desemboca por tres arcos en

Quitado el sotacoro y el presbiterio, figura el templo una cruz griega formada por la intersección de dos anchurosas naves (1), resultando en los ángulos de la cuadrada planta cuatro bóvedas más bajas á manera de naves laterales interrumpidas por el crucero, cuya luz y desahogo realzan con su misteriosa oscuridad. Los pilares robustísimos, más semejantes á cuerpos que á estribos de la fábrica, están revestidos en sus caras exteriores de grandes pilastras dóricas istriadas distribuídas de dos en dos, que se elevan hasta el cornisamento, y entre las cuales se abren los arcos que comunican con las naves laterales, trazando en los ángulos como cuatro pabellones. Sobre el ancho cornisamento arrancan los arcos torales, también dobles como las pilastras, dando asiento á la prodigiosa cúpula, dividida en ocho comparticiones por pilastras dóricas pareadas y alumbrada por rasgadas ventanas de medio punto; su media naranja ceñida con radios de resalte no se cierra sin abrir paso en su centro á la linterna cuyas dimensiones se pierden allá en la altura (2). La grandeza del Escorial está toda en sus proporciones, no en acumulados órdenes de arquitectura, ni en multiplicadas bóvedas, ni en columnas y arcadas una á otra sobrepuestas: apenas se compone de otras partes que las de un simple oratorio, y sin dificultad pudiera reducirse á un tamaño de miniatura. Y si esta unidad y sencillez agrada presentándose distinta y fácilmente á la primera impresión, agota por otro lado el número y variedad de las sucesivas, y perjudica á la idea de su propia magnitud: falto allí de objetos pequeños de comparación, y como si hasta su estatura se hubiera engrandecido, no comprende el espectador lo colosal de cuanto le rodea, si no viene en auxilio de los

(1) La longitud de la iglesia desde uno á otro muro es de 364 piés y su anchura de 230; excluído el sotacoro y presbiterio tiene en cuadro 180. Las naves del crucero tienen de ancho 53 piés y 110 de altura, las menores 30 de anchura sobre 60 de alto. Los pilares del centro tienen de grueso 29 piés en cuadro.

(2) Tiene la cúpula en su arranque 62 piés de diámetro y 207 de circunferencia, y su altura desde el pavimento de la iglesia hasta el remate de la cruz exterior es de 330 piés. Herrera proyectaba darle un pedestal de 11 piés de alto que le hubiera añadido gentileza sin dañar á su solidez como se temió.

ojos la fría relación de las medidas; porque así como las distancias desaparecen en la llanura, así las dimensiones absorbidas



ESCORIAL.—INTERIOR DE LA IGLESIA

por la desnudez ó sobrada regularidad del edificio. Su mole le impide abarcarlo pintorescamente de una ojeada, y donde quie-

ra se sitúe tropieza con cuerpos macizos que se interponen ante los segundos términos y no permiten transmitir al papel su conjunto sorprendente.

En el fondo de los brazos del crucero ábrense tres arcos descollando en altura el central, cerrados todos con doradas verjas y formando capillas, que si bien adornadas con ricas pinturas, obtuvieron escasa importancia en el plan arquitectónico. Por cima corre una tribuna baja con aberturas cuadrilongas de harto mal efecto: lo demás del testero lo ocupan dos magníficos órganos dorados con seis columnas corintias y frontispicio triangular. Desde la cornisa hasta la bóveda se extiende una gran lumbrera en semicírculo partida en tres segmentos, que derrama en el crucero copiosa luz. No así las navadas de los ángulos que no la reciben sino reflejada; á sus dos arcos de comunicación con el crucero corresponden otros dos en los opuestos muros que dan á un corredor espacioso con antepecho, formado sobre las capillas, por cuyas sombrías bóvedas dilátase la vista con misterioso placer. En las caras interiores de los machones, así de los arrimados al muro como de los que aguantan en el centro la cúpula, hay excavados dos grandes nichos uno sobre otro, vacío y con antepecho el superior y destinado á capilla el de abajo; de esta suerte el templo desembarazado á primera vista de objetos accesorios no abarca menos de cuarenta capillas. Las dos situadas al oriente á cada lado del presbiterio sirven de insignes relicarios á los venerados despojos de un sinnúmero de mártires, vírgenes y confesores; y al abrirse las puertas que forman el retablo, á vista de aquel cúmulo de brazos, cabezas, templetes, pirámides y urnas relumbrantes de oro y pedrería, dóblase la frente y bendícese la piedad regia que agregó tal tesoro, diezmado en su riqueza material por la rapacidad sacrílega de las huestes de Napoleón, pero intacto casi en lo que tiene de más precioso é inestimable (1).

(1) De estos relicarios dice el P. Sigüenza: «En abriéndose las puertas y co-

Las grandiosas bóvedas no fueron pintadas al fresco sino un siglo después en el reinado de Carlos II por el fácil y atrevido pincel de Lucas Jordán, ofreciendo ancho campo á su valiente destreza y copiosa fantasía. En las dos del crucero trazó el paso del mar Rojo por el pueblo de Dios y su victoria contra los amalecitas poniendo dignamente en acción á los personajes de la época; en la del centro inmediata á la capilla mayor representó la apacible muerte de María sobre un lecho de flores y su vacío sepulcro y los apóstoles siguiendo atónitos el luminoso rastro de su asunción; en la que sigue al coro pintó la resurrección de los muertos, el mundo envuelto en cárdenas sombras, la gloria del supremo Juez y su cruz suspendida en los aires, y el castigo y la recompensa eterna. Las bóvedas inferiores de los ángulos figuran en varios grupos la anunciación de María junto con el nacimiento del Salvador, el triunfo de la Iglesia militante sembrado de oportunas alegorías, el de la purísima Virgen escoltada de infinitas vírgenes, y la visión del tremendo juicio mostrada á San Jerónimo. En vida del fundador trazó ya Lucas Cangiaso, pintor menos aventajado que Jordán, la coronación de la Virgen en la bóveda de la capilla mayor, y en la anchísima del coro desplegó en quince meses con asombrosa pero reprensible rapidez todos los órdenes y jerarquías de la corte celestial dispuestas según teológica ordenanza por hileras en vez de grupos, produciendo una *gloria* bella á veces en los detalles aunque inanimada y monótona en su totalidad.

En dimensiones y forma la capilla mayor es una continuación de la nave principal, y desde su embocadura, flanqueada por dos púlpitos modernos de jaspe cuyo gusto armoniza poco

---

rridos los velos de seda que tienen delante, se descubre el cielo. Vense por sus hileras y gradas, unos más adentro, otros más afuera, vasos muy hermosos de artificio y precio, parte de oro, otros de plata, piedras singulares, cristales, vidrios cristalinos y otros metales dorados, que todo junto reverbera y deslumbra los ojos, enardece el alma y pone en ella juntamente temor y reverencia, que hace luego como naturalmente ó sobrenatural, que es lo más cierto, inclinar la rodilla y derribar el cuerpo hasta la tierra.»

con lo demás, se eleva la gradería del presbiterio más pendiente tal vez de lo que requiere la magnificencia del conjunto. Sobre la duodécima grada fórmase un descanso, á cuyos lados dos suntuosos arcos de jaspe cobijan los enterramientos de Carlos V y Felipe II, y siguen cinco gradas más con pasamanos de bronce hasta la meseta superior. En el fondo de la capilla el grandioso retablo destaca con menos brillo del que su valor y mérito prometieran: cuatro cuerpos lo componen regidos sucesivamente por los órdenes dórico, jónico, corintio y compuesto; jaspes verdes y sanguíneos alternan en su formación; las columnas son istriadas con bases y capiteles de bronce dorado, seis en cada uno de los dos cuerpos inferiores, cuatro en el tercero, y dos en el cuarto que sostienen por remate un frontispicio. Ocupa el centro del primer cuerpo el sagrario, y pinturas de Pelegrín Tibaldi y Federico Zúcaro representando misterios de la vida del Salvador llenan la mayor parte de los otros intercolumnios; los cuatro doctores del primer cuerpo, los evangelistas del segundo, Santiago y San Andrés en el tercero, San Pedro y San Pablo y el Crucifijo que con la Virgen y el Discípulo resalta en el nicho del cuarto, son preciosas estatuas de dorado bronce reputadas por obra del famoso León Leoni y de su hijo Pompeyo, aumentando progresivamente su tamaño según la altura á que están colocadas. Pero el objeto más insigne del retablo es el sagrario ó tabernáculo, que se contempla mejor desde una pieza del trasaltar revestida de mármoles y frescos. Exquisitos jaspes forman aquel bello templete circular de orden corintio; durísimo diaspro de color sanguíneo dió materia á la cúpula y á las columnas realzadas con bases y capiteles de bronce; cuatro apóstoles figuran dentro de nichos en los intercolumnios, ocho sobre pedestales encima del cornisamento, y en lo alto de la linterna el adorable Salvador. Dos puertas en el centro cerradas con cristal de roca dejan ver la custodia interior, insignificante y pobre si se compara con la que arrebataron los franceses guarnecida de oro y pedrería, donde lo mismo que en el

tabernáculo había desplegado Herrera su inventiva y el milanés Jacobo de Trezo su primorosa ejecución (1).

En el zócalo de los dos enterramientos que ocupan los lados del presbiterio, tres puertas introducen á los oratorios reales cubiertos de mármoles y cerrados con cupulillas; y sobre el zócalo dos columnas istriadas de jaspe con dos pilastras, forman una especie de galería revestida de mármol negro y sembrada de inscripciones, donde figuran orar de rodillas excelentes estatuas de bronce dorado, obras maestras de Pompeyo Leoni. Al frente del grupo que mira el espectador á su izquierda, reconoce al ínclito Emperador por su gallarda cabeza y por las águilas imperiales de su manto, acompañado de su esposa Isabel, de su hija la emperatriz María, y de sus hermanas la reina de Francia y la de Hungría; y á pesar de la dureza del metal, parecen mórbidas las carnes y flexibles y ondulantes las ricas vestiduras. En el lado de la epístola hace frente á la de su belicoso padre, la grave y reposada figura de Felipe II, también armado, y bordadas en su manto de matizadas piedras, las armas españolas; á su lado y espaldas oran tres de sus esposas, Ana de Austria, Isabel de Valois y María de Portugal, y el príncipe D. Carlos, en cuya deprimida frente, gruesos labios y macilento rostro, se cree adivinar al través del aire de familia, su degeneración y fatal destino. Sobre estas galerías de orden dórico, asienta un cuerpo jónico con frontispicio, en cuyo centro brillan sobre el enterramiento de Carlos las armas del imperio, sobre el de Felipe las de la monarquía. Los puestos preeminentes de ambos nichos, reservados á los monarcas que sobrepujen en gloria á tan ilustres ascendientes, están vacíos; ninguno lo ha conseguido, ni quizá se lo ha propuesto (2).

---

(1) La altura del tabernáculo es de 16 piés y su diámetro de 7 y medio. Léese en él esta bella inscripción del erudito Arias Montano: *Jesuchristo sacerdoti ac victimæ Philippus II rex dicavit. Opus Jacobi tritii Mediolaneus. totum hispano è lapide.*

(2) Las incripciones indicadas, notables por muchos conceptos, y que se creen también de Arias Montano, son: En el enterramiento de Carlos V: *D. O. M. Caro-*

Felipe II, satisfecho con *haber erigido habitación para Dios,* y reservando á su hijo el cuidado *de labrarla para sus propios huesos y los de sus padres,* se limitó á construir debajo del presbiterio una sombría y desnuda bóveda, que Felipe III imaginó transformar en panteón soberbio, según la traza de Juan Bautista Crescenci, realizado por fin, y á gran costa concluído, en los últimos años del IV. Al pié de una escalera de veinte y cinco gradas en piedra berroqueña, preséntase una portada de mármol con adornos de bronce, sobre la cual asienta una fúnebre inscripción (1) entre las imágenes de la *naturaleza* que mata y

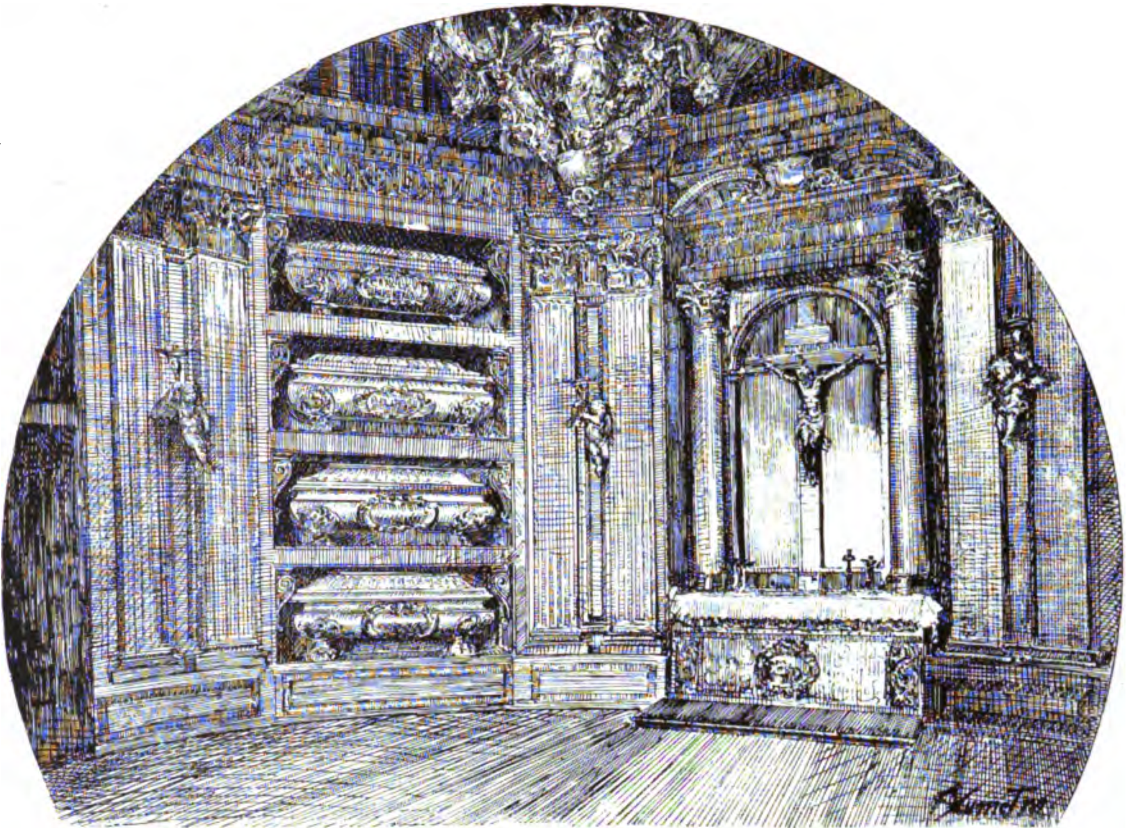
---

lo V Roman. Imper. augusto, horum regnor. utri. Sicil et Hierusalem Regi, Archiduci Austr. optimo parenti, Philippus filius posuit. Jacent simul Elisabetha uxor. et Maria filia imperatrices, Eleonora et Maria sorores, illa Franc. hæc Ungariæ regina. De los tres claros que forma la galería sólo ocupan el del centro las estatuas, los otros dos están vacíos, y en el más próximo al altar se lee: *Hunc locum si quis posterorum Carol. V habitam gloriam rerum gestarum splendore superaveris, ipse solus occupato, cœteri reverenter abstinete.* Y en el claro posterior: *Provida posteritatis cura in liberorum nepotumque gratiam atque usum relictus locus, post longam annorum seriem cum debitum naturæ persolverint, occupandus.* — En el enterramiento de Felipe II: *D. O. M. Philippus II, omniom Hisp. regnor. utriusque Siciliæ et Hierus. Rex Cathol. Archidux. Aust. in hac sacra æde quam à fundamentis extruxit sibi v. p. Quiescunt simul Anna, Elisabetha et Maria uxores, cum Carolo princ. filio primogen.* Los claros laterales de aquella galería también están vacíos, y en el delantero se repite el mismo notable reto á los que aspiren á precederle, y en el posterior la misma invitación á los descendientes que hayan de seguirle: *Hic locus digniori inter posteros illo qui ultro ab eo abstinuit, virtuti ergo asservatur, aliter immunis esto.* Y en el otro: *Solerti liberorum studio posteris post diutina spatia ad usum destinatus locus, claris, cum naturæ concesserint, monumentis decorandus.* En los testeros de ambas galerías habían de colocarse los blasones paternos y maternos de los dos soberanos; sólo existen las inscripciones que son entre sí idénticas sin más variación que la del nombre: *Caroli V Roman. Imperatoris stemmata gentilitia paterna, quot locus cæpit angustior, suis gradibus distincta et serie.*

(1) En ella se resume brevemente la historia de la fábrica del panteón: *D. O. M. Locus sacer mortalitates exuviis Catholicorum Regum, á Restauratore vitæ, cujus aræ maximæ Austriaca adhuc pietate subjacent, optatam diem expectantium; quam posthumam sedem sibi et suis Carolus Cæsarum max. in votis habuit, Philippus II regum prudentiss. elegit, Philippus III vere pius inchoavit, Philipus IV clementia, constantia, religione magnus, auxit, ornavit, absolvit. Anno Dom. MDCLIV.* Las dos estatuas de bronce de la *naturaleza* y de la *esperanza* además de sus insignias llevan este letrero: *natura occidit, exaltat spes.*

La portada y escalera hízolas Bartolomé Zumbigo, vecino de Toledo, por la suma de 265,363 reales; los mármoles son de Tortosa y los jaspes de San Pablo de Toledo. Pedro Lizargarate, vizcaíno, presentó igualmente planos para la obra del panteón, y su ejecución fué dirigida por Alonso Carbonel, maestro mayor del

ESCORIAL



Panteón de los Reyes

la *esperanza* que reanima. Revestida de mármoles en su bóveda y en sus muros, como si se hubiera excavado en una mole de granito, sigue la escalera bajando treinta y cuatro gradas más, embellecida con fajas y compartimientos y con espaciosos descansos; y la oscilante luz del guía reflejada en los bruñidos jaspes, y el eco sonoro de los pasos, y el frío de la tumba que deja ya percibirse, preparan el ánimo á solemnes impresiones. Un tenue y melancólico crepúsculo alumbra la magnífica rotonda del panteón, quebrándose en sus mármoles de color oscuro y en los follajes y molduras de bronce dorado que la esmaltan con prodigalidad excesiva; los arcos se reunen á modo de estrella en el centro de su bóveda, y del florón que le sirve de clave pende una suntuosa araña de bronce rica en esculturas y sosteniendo veinte y cuatro cornucopias. Dobles pilastras de orden compuesto dividen los muros de la estancia en ocho comparticiones, ocupando un altar con un gran crucifijo en medio del retablo la que da frente á la entrada, sobre cuya puerta hay dos sepulcros. Las otras seis, partidas horizontalmente en cuatro nichos cada una, contienen en urnas de mármol, recamadas de bronce, los despojos del mortal cuyo regio nombre se lee sencillamente inscrito en negras letras sobre un tarjetón dorado. Á la derecha del altar yacen los monarcas, á la izquierda las reinas que han dado un sucesor á la corona (1); las que no

---

rey. El crucifijo del altar, sobre el cual se lee el lema *Resurrectio nostra*, es debido, según aseguran, al famoso Pedro Tacca de Carrara, autor de la estatua ecuestre de Felipe IV; la araña es de Virgilio Fancli de Génova, los ángeles colocados á media altura de las pilastras son de Antonio Ceroni milanés, el bajo-relieve del entierro de Cristo en el frontal del altar es de fray Eugenio de la Cruz y fray Juan de la Concepción, legos del monasterio, que en unión con fray Marcos de Perpiñán y otro trabajaron en los ornatos de bronce. Tiene el panteón 36 piés de diámetro por 38 de altura.

(1) Las reinas sepultadas en el panteón principal son: Isabel de Portugal casada con el emperador Carlos V, Ana de Austria con Felipe II, Margarita de Austria con Felipe III, Isabel de Borbón y María Ana de Austria con Felipe IV, María Luísa de Saboya con Felipe V, María Amalia de Sajonia con Carlos III, y María Luisa de Parma con Carlos IV. El panteón llamado *de los Infantes* contiene más de sesenta entierros, y entre ellos algunos muy notables, como los de Isabel de Valois y María de Portugal esposas de Felipe II, del príncipe D. Carlos su hijo, de

gozaron de esta gloriosa fecundidad, los infantes arrebatados en niñez temprana, los príncipes y princesas unidas al soberano por lazos fraternales, descansan en otra contigua estancia. Aquella preciosa anaquelería del panteón, monótona y rígida como la etiqueta, dista mucho de las bellas y venerables sepulturas que dieron á sus antecesores las catedrales y monasterios; pero encierra en su destino, ya que no en sus formas, inagotable fuente de poesía. Carlos I, Felipe II, Felipe III, Felipe IV, Carlos II, Luís, Carlos III, Carlos IV, Fernando VII, ¡cuánto dicen estos nombres entre sí reunidos, tan desacordes y desiguales! ¡cuánta grandeza en un puñado de polvo! ¡cuánta historia comprimida en un renglón! De veinte y seis urnas están vacantes aún las nueve; aún hay sepulcros para siglo y medio de monarquía. ¿Será que un día lleguen á verse llenas? ¿y qué cuna ha de mecer á los que ya tienen allí preparada su sepultura?

Aun después de recorrido el templo resta admiración para la sacristía (1), que á su derecha se extiende precedida de otra pieza, y que risueña y ostentosa, parece formar otra iglesia menos severa y colosal. Cinco rasgadas ventanas y nueve menores sobre la cornisa abiertas en el muro de oriente, vierten en ella una luz templada con el color de las cortinas; y por el opuesto lado corre una cajonería de escogidas maderas encerrando riquísimos ornamentos y exquisitas vestiduras. Sus pa-

---

sus tías Leonor reina de Francia y María reina de Hungría, de sus hermanos el infante D. Fernando y el célebre D. Juan de Austria que deseó con encarecimiento ser allí sepultado *en pago de sus servicios*, y cuyo cadáver traído desde Namur entró el 21 de Mayo de 1579 en su postrer morada. Yacen allí también los infantes D. Carlos y el cardenal D. Fernando hermanos de Felipe IV, su hijo y presunto heredero D. Baltasar Carlos, su otro hijo natural D. Juan de Austria, las dos esposas de Carlos II María Luísa de Orleans y María Ana de Neoburg, el duque de Vendôme hijo natural de Luís XIV, los infantes D. Gabriel y D. Antonio Pascual hijos de Carlos III, D. Luís de Borbón rey de Etruria, María Antonia de Nápoles, María Isabel de Portugal y María Amalia de Sajonia esposas de Fernando VII (*a*).

(1) Tiene esta pieza 108 piés de longitud y 33 de anchura.

(*a*) El nuevo y grandioso panteón de los Infantes está sin concluir.

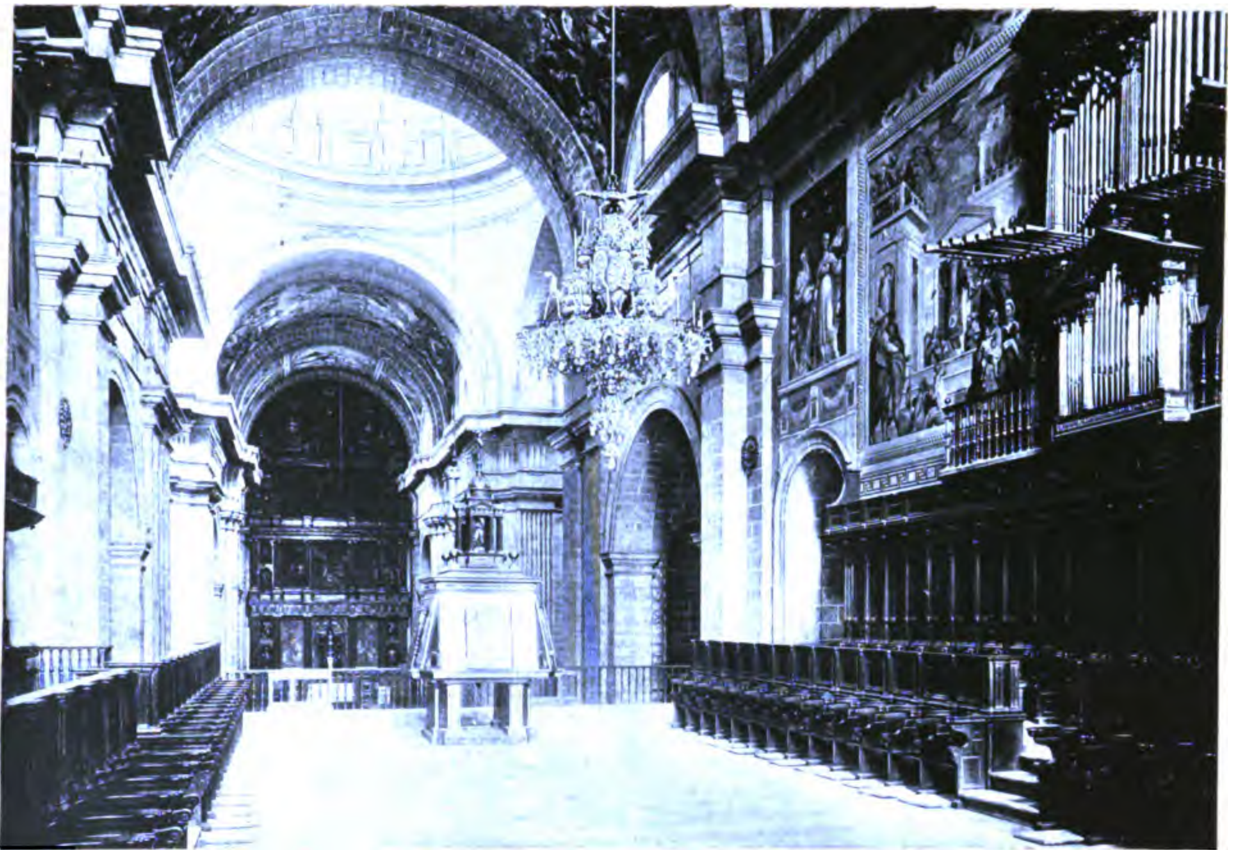
Recientemente se han colocado en las capillas laterales de la iglesia los panteones de algunas personas Reales, entre ellos el de la reina doña Mercedes de Orleans, primera esposa de D. Alfonso XII.

redes, aunque ya desnudas de las obras de más estima con que se envanece el Museo de Madrid, contienen en más de cuarenta cuadros una preciosa galería de pinturas nacionales y extranjeras; su bóveda la pintaron Granello y Fabricio según aquel género de menudo y caprichoso dibujo, de vivo matiz, de graciosos enlazamientos de grecas, follajes y figurillas á que se ha dado el nombre de *grutesco*. Cubre el testero de la sacristía un altar barroco consagrado á una *Santa Forma*, que preservada de los ultrajes de los zuinglianos y cedida por el emperador Rodolfo á Felipe II, persevera incorrupta al cabo de tres siglos; y su colocación solemne en aquel sitio á presencia de Carlos II y de su corte queda perpetuada en el famoso lienzo del retablo, donde el pincel de Claudio Coello, reproduciendo la estancia como en un espejo, y animando tanta multitud de semblantes y personas, oscuras muchas por desgracia, supo dar tal movimiento y realce á una regular y compasada ceremonia y tanta poesía á un conjunto de retratos. Descorrido el lienzo, aparece en el camarín la custodia bajo un templete, alumbrada por una especie de *transparente*, y pendiente de la bóveda un crucifijo de bronce, como sostenido por dos ángeles en el aire: aquel camarín espacioso situado á espaldas del retablo, es ostentoso recuerdo de una época política y artísticamente degenerada, con la cual no dicen bien las dos banderas de San Quintín colgadas de la tribuna real.

El coro respira la grandiosidad y opulencia propias del monarca más poderoso de la cristiandad, que en una de sus sillas venía á alternar humildemente con los monjes en las divinas alabanzas (1). Su sillería es de dos órdenes y de finas maderas,

(1) La silla que habitualmente ocupaba Felipe II sin la menor distinción, es la última del testero que forma ángulo con el lado de mediodía. Allí rezaba en 1571 cuando recibió la nueva de la victoria de Lepanto con tal impasibilidad, que nada se traslució hasta que concluídos los oficios mandó cantar un *Te Deum* en acción de gracias. Su moderación en la dicha corresponde bien á su serenidad en el infortunio, cuando se consoló de la destrucción de su *invencible* armada diciendo: «yo no la había enviado á pelear contra los vientos,» mostrándose inaccesible la

ESCORIAL



Coro de la iglesia

y la superior se adorna con istriadas columnas corintias de primorosos capiteles, agrupándose en el centro hasta diez y seis en torno de la silla prioral y sosteniendo un elegante frontispicio. En medio del coro se levanta un gigantesco facistol descansando sobre pilastrones de bronce, y coronado por un templete de doce columnas, entre las cuales asienta una figura de la Virgen, y sobre la cúpula una cruz (1). Los enormes libros de coro forman una rica biblioteca, adornados con preciosos títulos y viñetas por fray Andrés de León y su discípulo fray Julián de la Fuente el Saz, que engalanaron con todos los adelantos de su época el arte agonizante de los miniaturistas é iluminadores. Dos órganos menores en tamaño, idénticos en forma á los del crucero, ocupan los lados del coro, y su testero tres ventanas y otra muy rasgada sobre la cornisa; lo restante de las paredes desde el respaldo de las sillas hasta la bóveda está cubierto, lo mismo que ésta, de frescos de Cangiaso y Rómulo Cincinato, representando acciones de San Jerónimo y de San Lorenzo, y figuras de virtudes. Desde allí se contempla con más desahogo el inmenso recinto de la basílica, y aparece mejor su altura abarcando á la vez el pavimento y la techumbre.

En las bóvedas de los antecoros pintó Jordán cuatro historias de David y cuatro de Salomón, y en un tránsito que corre á espaldas del coro, se adora aquella imagen del Hombre-Dios espirante, en cuya formación parece ablandado el mármol, imitando la palidez de la muerte, obra que fué el orgullo de su autor Benvenuto Cellini (2). De esta suerte en el Escorial cada

grandeza de su ánimo á los halagos y rigores de la fortuna. Durante la obra del Escorial estuvo algún tiempo estrechamente aposentado debajo del coro, y como se le representase la molestia que con esto había de recibir, respondió: que no era digno de estar debajo del suelo que pisaban los siervos de Dios.

(1) Tiene el coro 96 piés de largo, 56 de ancho, y 84 de alto hasta la clave de la bóveda; sus sillas son 124. El facistol tiene 40 piés de ruedo y 16 de alto; los libros de coro son 218, y se custodian en estantes con singular esmero.

(2) En la cruz se lee la firma del autor: *Benvenutus Zelinus civis florentinus faciebat 1562*. Trabajó esta figura para su señor el duque de Toscana, quien la regaló á Felipe II. El singular aprecio que de ella hacía el mismo Cellini, lo revela éste en una de sus obras. «Aunque tengo hechas, dice, muchas estatuas de mármol, no

rincón guarda su joya; y cuando ya están agotadas al parecer las impresiones, place recorrer las vastas galerías que dan vista á las naves laterales, y trepar por las escaleras, é internarse por los corredores y pasadizos abiertos en el grueso de los muros, y admirar la osadía del artífice en el seno de la misma robustez, y observar de cerca la magnitud de los detalles casi imperceptibles en su conjunto, y sumir los ojos en la profundidad del templo desde lo alto de la cornisa ó desde las ventanas de su cúpula. Pero nada asombra al par de la grandiosa pesadumbre de esta suspendida á tamaña altura: asentada sobre un pedestal cuadrado que ciñe una balaustrada, corona otro antepecho igual el cuerpo circular en que se abren por fuera sus ocho ventanas intermediadas por pareadas columnas de orden dórico; y al creernos ya llegados á su cúspide, todavía se eleva sobre nosotros la media naranja, y sobre ésta la linterna con pirámide, globo y cruz. Ante aquella eminencia se encogen las demás cumbres del edificio como ante su torre de homenaje, y los pelados cerros de norte y poniente, parecen reconocer un competidor en aquel monte de labrada piedra. El pueblo al norte se despliega en anfiteatro, asomando por cima de las vecinas lomas el nevado Guadarrama; al mediodía ondula un castañar sombrío hasta la raíz de quebrados montes; al levante, en dirección á Madrid, dilátase llanura inmensa, y más allá de los vaporosos montecillos que cierran á primera vista el horizonte, divisa aún el ojo perspicaz tres términos aéreos perdidos en el espacio.

Y no se limita sólo al sagrado recinto aquel doble carácter de recogimiento y magnificencia; el mismo reina en los patios y corredores del monasterio, y sobrecoge de lleno con suaves, al

haré mención sino de una, por ser de las más difíciles que en el arte se ejecutan, y son los cuerpos muertos. Esta es la imagen de nuestro Salvador crucificado en que puse grande estudio, trabajando dicha obra con la diligencia y afición que merece tan precioso simulacro, y porque sabía ser yo el primero que hubiese ejecutado crucifijos en mármol.»

par que profundas emociones, al que penetra en la galería baja del claustro principal. Sus cuatro alas que comunican al patio, cada una por once arcos cerrados con vidrieras, presentan en otros tantos arcos á lo largo de sus muros, la historia del Salvador y de su Madre pintada al fresco con mejor invención y dibujo que colorido, y en sus ángulos ocho tablas de más esmerado pincel resguardadas por puertas de dos hojas, conservan toda su frescura (1). En la banda occidental ábrense cinco de estos arcos, los dos extremos para dar paso á otros claustros, los tres centrales á la escalera principal que en veinte y seis gradas se eleva magnífica y descansada hasta el testero, donde una espaciosa meseta con nichos y asientos convida á contemplar aquella parte que no es la menos imponente del edificio (2). Á derecha é izquierda giran dos ramales también de veinte y seis gradas, hasta desembocar en el claustro alto, á cuyo nivel rodean la caja de la escalera catorce arcos, abiertos los nueve y cerrados los cinco con frescos semejantes á los del claustro bajo; la bóveda la embelleció Jordán con una brillante representación de la Gloria, mezclando héroes y santos con personificaciones alegóricas, y en el friso trazó con fuego y energía la batalla de San Quintín, glorioso origen de aquella fábrica cuyo

(1) Contienen estas pinturas cuarenta y seis pasajes, desde la Concepción de la Virgen hasta el Juicio final: los frescos se hicieron todos por dibujos de Peregrino Tibaldi, hombre de imaginación fecunda y de grandes recursos, apasionadísimo á la escuela de Miguel Angel. Hostigado por la impaciente prisa del monarca, hubo de improvisar sus diseños y confiar su ejecución á simples ofiales, no pudiendo concluir de su mano sino cinco ó seis; por esto es tal la distancia que se nota entre la composición y el colorido. Las pinturas de los ángulos son el nacimiento del Señor y la adoración de los Reyes, por Luís de Carvajal, hermano uterino del escultor Monegro, la Transfiguración y la Cena por Rómulo Cincinato, la Crucifixión y la Resurrección por Tibaldi, la Ascensión y la Venida del Espíritu Santo por Miguel Barroso. Forma el claustro un cuadro de 840 piés, el ancho de sus galerías es de 24, y la altura de sus dos órdenes hasta la cornisa superior es de 60.

(2) Tiene la escalera de largo 59 piés, de ancho 41, y 82 de elevación. Trazóla Juan Bautista Castello conocido por *el Bergamasco*, hábil pintor y arquitecto á quien Felipe II desde 1567 atrajo á su servicio: fué padre de Fabricio y Nicolás Granello que pintaron varias bóvedas de grutescos.

comienzo está el rey contemplando en el otro lado, recibiendo la traza de sus inmortales arquitectos.



ESCORIAL.—PATIO DE LOS EVANGELISTAS

Desde el claustro alto puede gozarse la perspectiva exterior del patio cercado de dos órdenes de galería, dórico el inferior y jónico el de arriba, con medias cañas entre los arcos y sus correspondientes adornos en ambos frisos; una balaustrada con globos en los pedestales les da gentil coronamiento. En el centro del espacioso jardín guarnecido de boj y matizado de flores, álzase un lindo templete octógono sustentado por ocho colum-

nas dóricas, ceñido de balaústres sobre el cornisamento, cerrado por una alta cúpula hemisférica que remata en cruz. Cuatro portadas introducen á su interior revestido de mármoles; en los cuatro lados cubiertos campean dentro de nichos las estatuas de los Evangelistas que dan nombre al patio, bellamente esculpidas en mármol con sus atributos por el insigne Monegro; y del pié de cada una brota una fuente, manteniendo el caudal de cuatro verdosos estanques. El apacible murmullo de las aguas, el esmalte de las flores, las graciosas formas del templete cortando las prolongadas líneas de los claustros, como reflejo de la grandiosa cúpula del templo que por cima de ellos asoma, triunfan de la regularidad y monotonía de aquella arquitectura, y forman un conjunto encantador y risueño que apenas pudiera realzar la propia fantasía.

Sólo es capaz de sostener su competencia la belleza de los miradores abiertos en el mismo claustro hacia la fachada meridional. Corren al pié de ella, y dan vuelta al edificio por el lado de oriente, amenos pensiles compartidos en cuadros de flores, de cuyo centro saltan hasta doce fuentes; y de trecho en trecho pareadas escaleras taladrando el terraplén dan salida á la frondosa huerta que en lo más bajo se dilata. ¡Qué delicioso es pasear aquellas tersas calles aspirando el balsámico ambiente de una tarde de verano! ¡Qué delicioso el contemplar, desde la apartada galería de la *Compaña* (1) ó desde cualquiera de las trescientas ventanas que dan al indicado lienzo, las doradas huellas de los últimos rayos sobre aquella vegetación tan densa y robusta, sobre aquellas quebradas tan pintorescas! Evitando las funerales sombras que á la hora del crepúsculo brotan de su seno los monumentos, el alma fatigada de conversar con los di-

(1) Dase este nombre á una porción de edificio añadida al gran cuadrilongo hacia el ángulo del sudoeste por Francisco de Mora sucesor de Herrera, y destinada á varios edificios y talleres de la casa. Hacia los jardines presenta al oriente y al sur dos órdenes de galería de gentil estructura, dórico con arcos el de abajo y jónico el superior con arquitrabe plano.

funtos templa allí las impresiones harto severas del edificio con otras más suaves, y abre todos los sentidos á la armonía de la naturaleza, que en su perenne vida incesantemente renovada nos habla también de Dios como la fugacidad de las generaciones y los inanimados restos de su grandeza.

Otro tanto espacio que el claustro principal ocupan los cuatro menores, circuídos de tres órdenes de galería y completamente idénticos entre sí, sin más ornato que sus buenas proporciones. En el centro de las alas que en forma de cruz los dividen, levántase sobre los techos una cuadrada torre que sirve de lucerna, y cuyo interior, no cortado en pisos desde el suelo hasta la cúpula, contiene doce puertas y multitud de ventanas con una fuente en medio. Es grato perderse por aquel laberinto de escaleras, tránsitos, habitaciones, siquiera sea llana su estructura, y admirar donde quiera el orden y la solidez. Pero todavía hay goces para el artista mucho más vivos, que constituyen una esfera aparte, y que apenas indicamos por no desflorarlos con harto rápida descripción. En el claustro bajo la iglesia *vieja*, salón cuyos lisos muros sirvieron de templo provisional durante la fábrica, y las dos salas *de capítulos* cuyas bóvedas adornaron con bellísimos grutescos Fabricio y Granello, encierran obras maestras de Ticiano y de Ribera, caprichos del Bosco, retratos de Pantoja; el claustro alto adorna sus paredes con excelentes originales de Navarrete *el mudo* y de Jordán; el *Aula de moral*, el camarín, la celda prioral, la sala de *Capas* conservan aunque mermado su tesoro de pinturas y preciosidades, y en el testero del vasto refectorio preside dignamente la famosa *Cena* del Ticiano (1).

---

(1) De ésta dice el P. Sigüenza «que los apóstoles pintados parecen los vivos, y los frailes vivos parecen los pintados.» Los cuadros contenidos en dichas piezas pasan de 200, sin contar casi otros tantos de mérito inferior que adornan los claustrillos. En la iglesia *vieja* sobresalen el martirio de San Lorenzo y la Adoración de los reyes, de Ticiano; el entierro de Jesucristo del mismo autor y la célebre Virgen del Pez de Rafael han pasado al Museo de Madrid con otros muchos lienzos, sustituídos al presente por otros que yacían olvidados en varias granjas del mo-

ESCORIAL



La Biblioteca

Pero vence en ornato á las demás estancias la biblioteca, templo magnífico que abrió Felipe II á las ciencias como tributarias de la religión y emanaciones de la suma sabiduría, y que embellecieron las artes con su halagüeña pompa. No apreciaremos los tesoros de erudición que encierra su lujosa estantería, ni contaremos sus millares de volúmenes, ni seguiremos los incrementos progresivos que han multiplicado el precioso legado del fundador, ni sobre sus importantes códices y manuscritos ensayaremos un estudio que fuera tarea de muchas vidas y de generaciones enteras, ni siquiera recorreremos las ricas iluminaciones de su *Códice Aureo* vinculado desde el siglo XI al imperio de Occidente y las expresivas y misteriosas imágenes de su brillante *Apocalipsis* (2). Oculta é inagotable mina, para cada ramo guarda sus riquezas la biblioteca Escurialense; oráculo seguro y venerando, á todos instruye, á todos contesta, al lite-

---

nasterio. Sin embargo, todo él abunda todavía en copias y hasta en originales de los más insignes pintores españoles é italianos. Son dignas de atención por sus fantásticas y enérgicas alegorías de los vicios y pasiones humanas las tablas de Jerónimo Bosco ó tal vez Bosch, cuyo estilo, si bien floreció en el siglo XVI, recuerda mucho el de la Edad media.

(2) Ocupa esta biblioteca un salón de 194 piés de largo y 32 de ancho: situado entre el muro de la fachada principal y el atrio de los Reyes, báñalo la luz del sol á todas horas. Formó el primer núcleo de ella la librería particular del mismo Felipe que constaba de 2,000 cuerpos, pero aumentada con grandes adquisiciones y copiosos legados de particulares, pasaba ya de 18,000 cuando se puso bajo la dirección del sabio Arias Montano, á quien sucedió el P. Sigüenza: en la actualidad llega su caudal á 30,000 volúmenes. Hay en ella piezas reservadas que contienen preciosos autógrafos, libros persas y chinos, ricas colecciones de estampas y dibujos, de famosos artistas, y devocionarios con bellísimas miniaturas: el *Códice Aureo,* que comprende los cuatro evangelios, fué concluído en el reinado del emperador Enrique III, y el *Apocalipsis* según su lujo y esmero parece dos siglos posterior. La biblioteca alta que cae encima de la principal, tambien capacísima y adornada con cincuenta retratos de españoles ilustres en ciencias y letras, encierra más de 4,000 manuscritos, es decir, casi un tercio de los que atesoraba antes del fatal incendio de 1671. Los arábigos, que tanta luz arrojan sobre la dominación sarracena en España, pertenecieron á Muley Cidán, rey de Marruecos, y fueron apresados, reinando Felipe III, con la nave que los conducía. Los hay también preciosos para conocer nuestra Edad media, tales como el códice de Vigila, monje de San Martín de Albelda, compilado en el siglo X, las colecciones de Cortes, y multitud de documentos históricos y literarios, poco leídos ó del todo ignorados en medio de tanta comezón de escribir que no se harta de repeticiones y vulgaridades.

rato, al historiador, al anticuario, al orientalista; y los más lozanos frutos del campo de las letras han crecido fecundados con el riego de aquella fuente. Pero nosotros empujados por nuestro destino de viajeros, y sedientos en el seno de la misma abundancia de los caudales que brindan á más quietas y detalladas investigaciones, debimos contentarnos con admirar el aparato exterior, las mesas de mármol y pórfido, los bellos retratos de los monarcas austriacos, y contemplár meramente las ciencias en las ingeniosas personificaciones, alegorías é historias con que Peregrín Tibaldi en la bóveda y Bartolomé Carducho en las paredes representaron su condición y sus atributos, sus beneficios y trofeos (1).

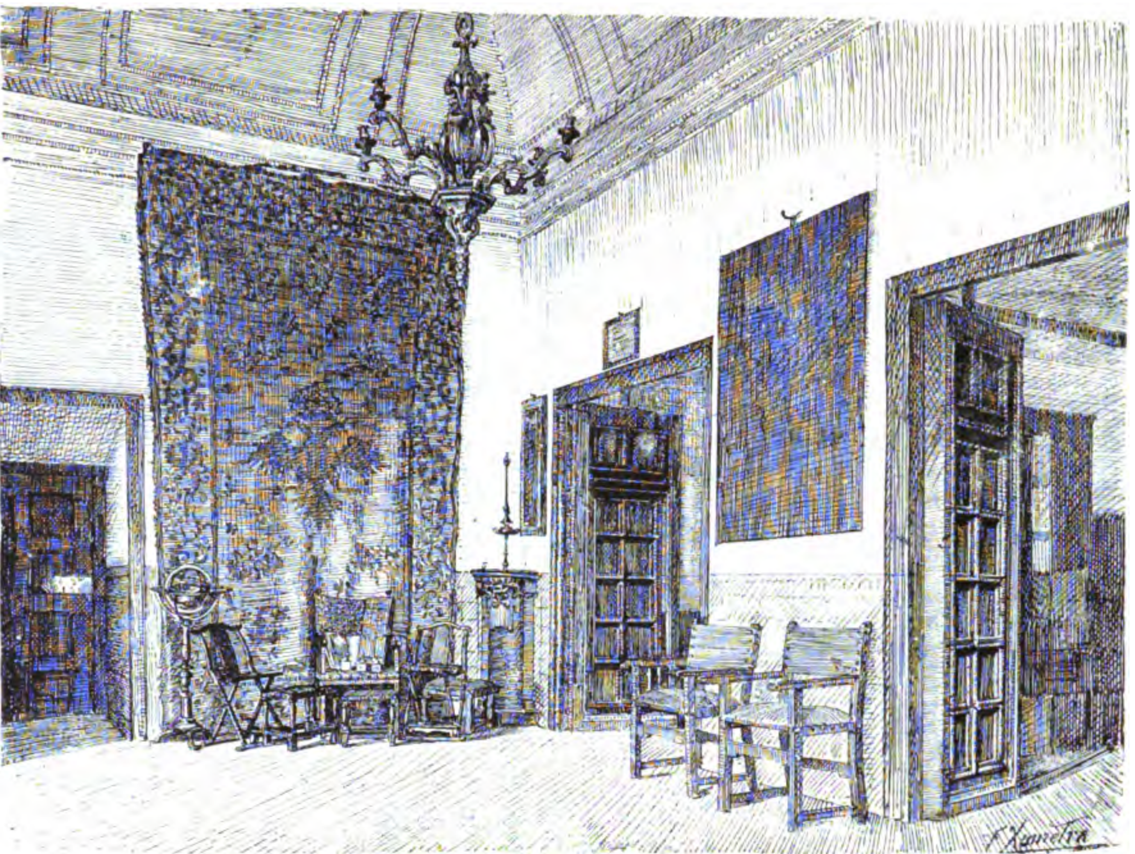
Á este glorioso depósito del saber añadiendo la viva antorcha de la enseñanza aquel monarca tan calumniosamente tachado de bárbaro y supersticioso, estableció para los monjes un colegio, para alumnos externos un seminario, donde se instruyeran en las ciencias eclesiásticas. Separados del monasterio ambos departamentos por el atrio *de los Reyes*, ocupan cuatro claustrillos en todo semejantes á los de aquel, dominados también por una torre ó lucerna en la intersección de sus alas. Aunque no les compete otro elogio que el de su capacidad y buena distribución, detiénense con placer los ojos en un espacioso salón ó *paseo*, situado entre dos claustros y rodeado de arcos y balcones, al cual corresponde otro en el piso superior; y nada faltaría á su belleza, si en el confuso fresco con que cubrió el techo y los ángulos un tal Llamas á principios del pasado siglo, hubiera seguido más dignamente las huellas de Jordán.

(1) Forma la bóveda siete comparticiones, donde se representan por su orden la Gramática, la Retórica, la Dialéctica, la Aritmética, la Música, la Geometría, la Astronomía en figuras de matronas, y al lado de las ventanas cuatro personajes los más eminentes en aquel ramo del saber; desde la estantería hasta la cornisa hay historias alusivas á la misma ciencia: ocupan los testeros la Filosofía y la Teología. Estas pinturas al fresco sobresalen entre cuantas adornan el Escorial, así por su ejecución como por la invención en que tuvo parte el P. Sigüenza.

Quedó pues al soberano para habitación suya una cuarta parte escasa de la excelsa fábrica que había levantado: *un templo para Dios y una choza para sí.* Y en efecto no pasa de una humilde y reducida celda la estancia donde moró y acabó sus días el espléndido fundador; y aquellas desnudas paredes, aquel suelo de ladrillo, la sencilla poltrona, los taburetillos de tijera en que descansaba su gotosa pierna, el raido escritorio de terciopelo en que á su lado, y bajo su dictado muchas veces, despachaba el ministro, no infunden menor reverencia que cuánto ha desplegado hasta allí el Escorial de grandioso y opulento. Á ningunos otros ceden en brillo los recuerdos que impregnan aquel ambiente, que consagran aquel asilo del genio, del poder y de la piedad más sincera; porque Felipe realzaba sus prendas de rey y borraba sus lunares de hombre con las virtudes de cristiano. Sus homenajes á Dios alternaban con los cuidados de la monarquía, y sus largas jornadas, robadas al sueño y al descanso, se repartían entre su Criador y Juez y sus pueblos y vasallos (1). Más que de años abrumado de fatigas, lisonjeóle la idea de morir en el Escorial, y quiso por sí mismo *llevar los huesos á su sepulcro;* recorrió en litera todo el edificio despidiéndose de su obra predilecta; y en su dormitorio puesto á nivel del presbiterio, buscando sus últimos consuelos en el altar que divisaba desde el lecho de dolor, templó por dos meses lo acerbo de sus padecimientos, despidióse de los suyos, y el 13 de Setiembre de 1598 durante su frecuentada misa del alba entregó el alma á Dios, de cuya fe había sido el más celoso campeón, de cuya soberanía el más venerado representante.

(1) «Su devocion y piedad, dice Cabrera (Lib. VII, c. 22), jamás fué vencida en cosa del oficio divino por larga que fuese, mas ella vencia á todos muchas veces... Recogíase tarde al reposo para alentar y volver mejor al trabajo ordinario de su oficio de rey; y á las cuatro de la mañana decian los niños de aquella religiosísima casa la misa del alba, que por su vida mandó se dijese por él y por la de los sucesores; y siendo forzoso el despertalle el canto y voces, pareciéndole de ángeles, no permitió alterar la hora, cuando suelen tener el mas agradable sueño los que ocupados en actos bien profanos, truecan el tiempo y tienen las mañanas por el paraiso de su descanso.»

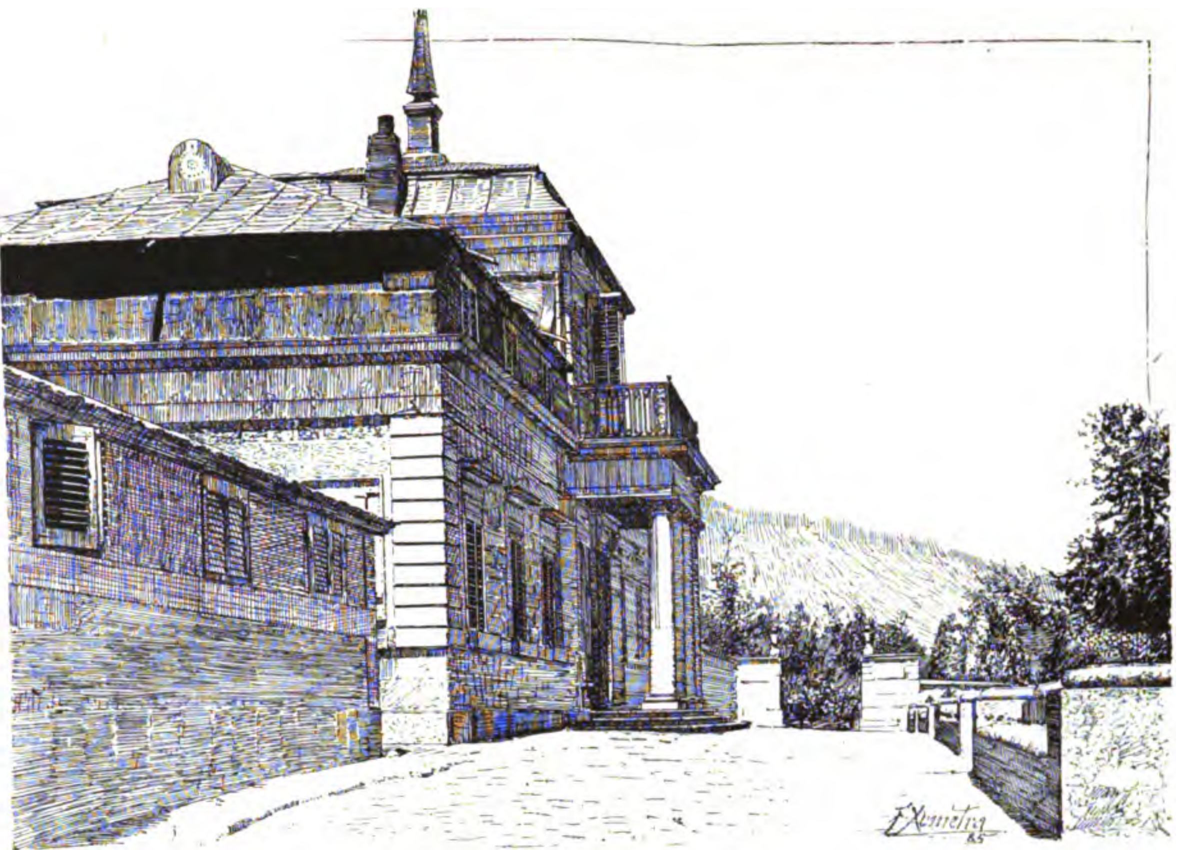
ESCORIAL



Habitación de Felipe II

¡Ah! su indignada sombra ya no había de ver lucir en su palacio un rayo de grandeza, una era de sólida ventura; incapaz de reconocer su sangre en las venas de su estirpe, pudo lamentar en su hijo una bondadosa pero funesta flojedad, en su nieto un desmedido amor á los placeres y un total entrego á sus validos, en su biznieto un alma más enfermiza que su cuerpo; y luégo ver instalados en su trono los descendientes del constante rival suyo Enrique de Bearne, y desdeñada en odio de la casa Austriaca aquel monumento de su gloria; más tarde las cacerías de Carlos IV, la licenciosidad de la corte, la prisión escandalosa del príncipe heredero; y por último expelidos de su mansión los religiosos cuyo protector y compañero honrábase de ser. Y si en una noche de invierno, reanimándose su yerto polvo, paseara la larga fila de salones habitados por su posteridad, hallaríalos bien cambiados y tan agenos de la noble sencillez como del grandioso aparato que alternativamente empleaba en sus construcciones; en las colgaduras, sillerías, adornos de sobremesa, vería retratada la época de Carlos IV; sonreiría comparando con la modestia de su retrete el lujo del despacho y de las piezas inmediatas pavimentadas y cubiertas de primorosos embutidos de madera; ofenderían su severidad las escenas de toros y meriendas y plebeyas costumbres representadas en las brillantes tapicerías, que han desalojado casi enteramente de aquellos muros los cuadros de asunto heróico ó religioso, despertadores de generosos sentimientos. Quizá entonces se arrepintiera de sus desvelos de fundador y de rey, y buscaría otra vez la tumba; pero en aquella galería que llaman *sala de batallas* (1), todavía reconociera con placer los frescos que hizo

(1) Ocupa toda la longitud de esta pieza, que es de 198 piés por 20 de ancho, la expedición de Juan II y batalla de la *Higueruela* copiada cuidadosamente de un lienzo de 130 piés de largo que se encontró en el alcázar de Segovia, pintura antigua que con recomendable celo mandó renovar Felipe II, conservándonos los trajes, armas, orden de batalla y modo de guerrear de aquel siglo. Aquel fresco dice más que una crónica, y es tan curioso el conjunto como variados é interesantes los episodios. Más alto asunto aunque menos original por la época á que per-



Casita del Príncipe

pintar á Fabricio y á Granello, de un lado la incursión de Juan II por la vega de Granada, inestimable tipo de una expedición y combate de la Edad media, del otro su propio triunfo de San Quintín, que haría palpitar su corazón como un lejano recuerdo de gloria y juventud.

Sin embargo, la distribución del palacio ha sufrido escasas variaciones: su entrada es la misma por la fachada del norte; su grandioso patio, rodeado de galerías cerradas como el principal del convento y coronado de balaústres, se ha dividido en tres para dar aumento á las habitaciones á costa de su esplendor y desahogo; la escalera, cambiada por Villanueva, despliega la ostentación compatible con la estrechez del sitio. Á espaldas de la capilla mayor, en la extremidad oriental, fórmase otro patio encerrado dentro de las piezas reales, figurando este cuerpo avanzado en la planta del edificio el mango de la parrilla. Las vistas exteriores del palacio por el norte caen á la lonja, por el oriente á los jardines que con sus cuadros de flores le ciñen cual bordada alfombra.

Pero en el siglo pasado, pareciendo todavía demasiado austera esta morada, Carlos IV, entonces príncipe de Asturias, convirtió en jardín hacia 1772 la falda oriental de la colina donde asienta el monasterio, y al extremo de largas y densas calles de árboles erigió un vasto pabellón ó más bien casa, cuya planta forma una cruz de tres brazos. Sus numerosas, aunque reducidas estancias, distribuídas en dos pisos, son un depósito de artísticas preciosidades realzadas con el moderno atavío: vistas, paisajes, batallas, retratos, la historia, la religión y la mitología, prestan asunto á innumerables pinturas, donde brilla la mano de Jordán y de Corrado, de Teniers, Rubens y Alberto Durero; de Guido Reni y del mismo Rafael; bajos relieves de marfil que revelan un perfecto estudio de la antigüedad, cuadros

---

tenece y por el género de milicia que allí juega, ofrece la batalla y toma de San Quintín: en los testeros se representan dos expediciones á las islas Terceras hechas en el mismo reinado. La bóveda está pintada de grutescos.

de porcelana, piezas de embutidos, escalera colgante y revestida de jaspes, deleitan agradablemente los ojos, si no llega á cansarlos la misma copia de detalles. Todo es allí minuciosidad, lujo, primor; todo suntuosidad, grandeza, majestad en el Escorial.

La casa *de arriba,* situada al sudoeste en el centro de un jardincito, aunque menos grande y espléndida que la *del Príncipe,* la granja de la Frésneda, amena por sus arboledas y estanques á media legua del monasterio, la rústica *silla* labrada en peña viva en medio del castañar, desde cuya eminencia solía contemplar Felipe II los progresos de su fábrica, ofrecen objeto á deliciosos paseos, como juguetes del arte sembrados en derredor del gran coloso. Pero cruzando las espesuras de mediodía surcadas de arroyuelos, trepando las ásperas cumbres de enfrente, allí ostenta la naturaleza toda su robustez y lozanía digna de competir con el monumento; y aparece el Escorial una gigantesca estatua medio desbastada en el seno de su cantera, un trofeo del ingenio y del poder humano plantado en el centro de la domada rudeza de las montañas.





CAPÍTULO VI

Real Sitio de San Ildefonso

AL abrigo de los montes Carpetanos que separan de la provincia de Ávila á la Nueva Castilla, á pocas leguas del Escorial, crecieron ya de antes otros dos monasterios, que entregados hoy al abandono prometen menos larga vida. San Martín de Valdeiglesias, donde ya en el siglo XII se establecieron los cistercienses bajo los auspicios de Alfonso VII, ha perdido su más rica joya, su famosa sillería, cuyos bellos relieves y esmeradas labores platerescas han pasado de los sótanos de la Universidad de Madrid al coro de la moderna iglesia prioral de

Ciudad Real (1). Á una legua de allí, dentro del mismo territorio de Ávila, San Jerónimo de Guisando, recostado en una ladera entre laureles y cipreses, domina la deliciosa vega de San Martín y las remotas llanuras de la corte; sus grutas dieron el primer asilo á los ermitaños de Italia, que en unión con algunos desengañados ó proscritos en el turbulento reinado de D. Pedro, echaron los cimientos de la orden jeronimiana; sus célebres toros de piedra, desgastados y medio hundidos en una viña á raíz del monte, pasan por monumentos de la edad romana y recuerdan, según algunos, el triunfo de César sobre los hijos de Pompeyo (2); y al lado de ellos una humilde venta hoy destruída, presenció en 19 de Setiembre de 1468 el reconocimiento de la augusta Isabel I por heredera de Castilla.

Pero no es este el itinerario que por lo común atrae al via-

---

(1) Consta de dos órdenes esta sillería, el inferior de 34 sillas, y el superior de 44. En los respaldos de las primeras se representa la vida de Jesucristo, y en los de las segundas pasajes del antiguo Testamento; por cima corría una columnata esculpida con todo el primor plateresco, y en los intercolumnios se veían los santos de la orden en figuras de bajo relieve: el friso y el coronamiento estaban cuajados de relieves y figuras. El facistol correspondía en ornato y gusto al de la sillería. Parece fué su artífice Rafael de León Toledano, que por cierto disgusto se acogió al monasterio, y después de cuatro años de trabajo acabó en 1571 su obra, que costó en todo 27,663 reales. Hizo las pinturas del altar mayor un tal Correa, muy elogiado por el P. Sigüenza.

(2) Estos toros, citados distintas veces por Cervantes, eran cinco de tamaño natural, si bien el uno desapareció ya, y el otro con dificultad se reconoce. Sus inscripciones, tan gastadas desde principios del siglo XVI, que según Pedro de Medina apenas se podían leer, decían: 1.ª *Cæcilio Metello consuli II victori.* — 2.ª *Longinus Prisco Cæsonio patri f. c.* (fieri curavit.) — 3.ª *Bellum Cæsaris et patriæ magna ex parte confectum, Sex. et Gn. Magni Pompeji filiis hic in Baltetanorum agro profligatis.*—4.ª *Exercitus victor hostibus fusis.*—5.ª *L. Porcio ob provinciam optime administratam Bastetani populi f. c.* Salta á la vista que los Bastetanos eran pueblos de la Bética, y que la batalla en que derrotó César á los hijos de Pompeyo se dió en Munda, dentro del reino de Granada; y así no se explica la existencia de semejantes trofeos en lugar tan apartado del teatro de la victoria. No se le ocultaron á Ambrosio de Morales estos reparos, y el crítico P. Sigüenza se adelanta á decir «que las inscripciones de los toros le parecen no muy auténticas, como otras muchas de que está lleno el mundo y en España no hay pocas.» Esto no quita que los toros sean monumentos romanos en memoria de alguna hecatombe ó sacrificio, como los animales que se ven en Segovia, Ávila y otros pueblos comarcanos (*a*).

(*a*) **Á estos hay que añadir el llamado toro del puente de Salamanca.**

jero; antes marchando al norte en dirección opuesta, busca allende del Guadarrama la frescura de los jardines y el murmullo de las fuentes que el real sitio de San Ildefonso contrapone á la magnificencia del Escorial para robarle la predilección de los monarcas. Desde el pueblo que da nombre á la soberbia cordillera, entra en el suntuoso camino abierto en el siglo pasado para la comunicación entre las dos Castillas, que escala con sus curvas y rodeos el encumbrado puerto de Navacerrada. Una vez llegado á la cima coronada de peñascos, volviendo la espalda á los amarillentos campos que atravesó, despliégase ante sus ojos una vegetación gigantesca en contraste con la desnudez acostumbrada. Franqueados ya los límites de Castilla la Vieja (1), caracolea el camino en rápido descenso á orilla de barrancos, de cuyo fondo surgen bosques de pinos y abetos tan densos como cañaverales, que mezclando sus copas y entrelazando sus nervudos brazos, forman un piélago de verdor sombrío y un laberinto impenetrable. Diríase que son ordenadas falanges selváticas apiñadas sobre la frontera, á cuya vigilancia está encomendada la custodia de aquellos valles, que, por entre cerros más suaves, por campos asimismo frondosos, conducen al viajero á la mágica residencia de los Borbones.

No fueron desconocidas de los anteriores soberanos la amenidad y frescura del sitio; con el nombre de Valsaín ó *valle de abetos* (vallis sapinorum) poseyeron un palacio á media legua de la Granja, que era propiedad entonces de los monjes de San Jerónimo, y en él veraneaban hartas veces divertidos con la caza tan abundante en las espesuras del contorno. Felipe II lo embelleció al principio de su reinado (2) con jardines y nuevas

(1) Aunque el real sitio de San Ildefonso pertenece por su situación á la provincia de Segovia, su carácter y relaciones que estrechamente le unen á la corte bien nos autorizan á apartarnos dos ó tres leguas de la frontera para abarcarlo en este tomo.

(2) «Hallábase el rey en el bosque de Segovia, gozando de lo que en su palacio de Valsaín aumentó en edificio, fuentes y jardines, y pasando el estío (de 1566) regaladamente.» (CABRERA, lib. VII, c. 3.)

habitaciones, cuyo arquitecto fué Gaspar de Vega. Carlos II al retirarse de una de sus jornadas lo vió arder á sus espaldas, devorando el incendio su lado de poniente; pero todavía subsiste aunque sumido en el abandono. Sin embargo parecióle mejor á Felipe V la situación de la Granja de los jerónimos, para ensayar en ella una imitación de Versalles á cuya sombra habían corrido sus primeros años, y para oponer al severo monumento de la casa de Austria otro más risueño y conforme al espíritu de la nueva dinastía. En 1719, adquirida la propiedad, abriéronse los cimientos del edificio; desmontáronse las laderas para jardines, transformáronse en fuentes y rías los arroyos, labrábanse tazas, fundíanse estatuas; y el rey, establecido en Valsaín, activaba y dirigía estos trabajos, pequeño remedo de los del Escorial. Alzábase la capilla trazada por D. Teodoro Ardemans, y en 1723 pudo ya ser consagrada y erigida en colegiata con pingües dotaciones. Pero en 10 de Enero del siguiente año presenció el naciente sitio un rasgo de desprendimiento, á cuya explicación no alcanzan el tedio del gobierno ni la genial melancolía del soberano: Felipe V, en plena paz y en la flor de sus días, abdicó la corona, á tanta costa adquirida, en su primogénito Luís, sin reservarse más que seiscientos mil ducados, y por retiro su palacio de la Granja. Mudos de asombro y dolor acompañaron aquel día los señores de la corte al que fué su rey en el paseo de los jardines, hasta que preguntando la reina al duque del Arco: «Alonso, ¿por qué no hablan?» prorrumpieron en lágrimas; y mandándoles Felipe ir á acompañar al nuevo rey su hijo, quedóse casi solo reducido á la condición privada.

Ocho meses saboreó sus delicias en el silencio de aquella soledad, dos veces interrumpida por las visitas del rey Luís, siempre dócil y respetuoso; pero arrancóle de ella en los primeros días de Setiembre el prematuro fallecimiento de su hijo, y trocó de nuevo el retiro por la corona. No por esto olvidó Felipe su amado sitio; allí recobró la salud en 1727, y para sustraerle á sus halagüeños encantos y distraerle de una segunda

abdicación, dispuso la reina un largo viaje por Andalucía. Entretanto manos extranjeras, porque las artes yacían entonces aletargadas entre nosotros, no paraban de adelantar la regia construcción; y al paso que los franceses Fermin y Thierri, Dumandré y Pitué sembraban los jardines de gentiles estatuas y primorosas esculturas, los italianos Procaccini y Sani dirigían sucesivamente el ornato de palacio, y Jubarra, famoso trazador del de Madrid, delineó sobre el mismo sitio la fachada de los jardines, que Sachetti puso luégo en ejecución. En 1746 al cerrar los ojos Felipe V dejó ya concluído su monumento; y la reina viuda Isabel Farnesio, que durante el reinado de Fernando VI lo escogió por morada, se encargó de completarlo. Con esplendidez singular y á gran costa hizo labrar además en un soto que compró á dos leguas de la Granja el palacio de Riofrío, con fachada ceñida de balaustrada, galería abierta al mediodía, patio regular y espaciosa escalera (1); ejemplo que imitó en nuestros tiempos otra reina viuda, María Cristina de Borbón, edificando sobre el camino de Segovia la bella quinta de Quitapesares.

En torno del palacio de San Ildefonso agrupáronse desde el principio informes chozas y barracas para alojamiento de los trabajadores, que con el tiempo crecieron y mejoraron, y que Carlos III, igualando el suelo y alineando calles, redujo á la regularidad de un lindo pueblo. Una magnífica fábrica de cristales, fundada ya por catalanes en 1728 y generosamente protegida por los soberanos, atrajo y mantuvo en actividad continua á sus moradores, fomentando la industria; erigiéronse dos iglesias más para servicio de la población; abrieron los infantes una hermosa calle con la prolongadísima casa construída para habitación de sus familias; y el cuartel de Guardias de Corps y las

(1) También fueron italianos los arquitectos de este palacio; hizo la traza Virgilio Ravaglio más en grande de lo que deseaba la reina viuda, y la ejecutaron Carlos Fraschina, Pedro Sérmini y por último José Díaz Gamones que lo dió por concluído.

caballerizas, las casas llamadas de *Canónigos* y de *Oficios*, formaron á la entrada del sitio una sorprendente plaza en declive, cuyo testero ocupan en su mayor elevación el palacio y la colegiata. La fachada de palacio sólo ofrece dos cuerpos de poco notable arquitectura, flanqueados en sus ángulos por dos torres de agudo chapitel; pero en el centro resalta la colegiata, presentando al espectador la convexidad de su ábside barrocamente adornada, y levantando su cúpula y sus dos torres en el seno de las montañas que cobijan á San Ildefonso, de verdes y nevadas galas alternadamente revestidas.

El interior de esta iglesia, aunque reformado por Sabatini y pintadas al fresco sus bóvedas por Bayeu y Maella, no es ni muy vasto ni muy elegante, á pesar de las buenas pinturas y mármoles que la decoran, y conserva indeleblemente el sello del barroquismo en que fué engendrada. Á espaldas del presbiterio, en el fondo de una pequeña pieza, está el sepulcro que erigió Fernando VI á la memoria de su buen padre (1), y donde se le reunió en 1776 el cadáver de su segunda esposa Isabel Farnesio, todo según los deseos del fundador, que truncando la serie de reyes que dormían en el Escorial, quiso descansar lejos de los Austriacos en su doméstico panteón. La urna asienta sobre un pedestal de mármol, coronada por dos medallones con retratos del rey y de la reina, y acompañada á los lados por dos llorosas figuras de virtudes: la Fama empuñando el clarín levanta el paño que cubre los retratos; á espaldas de la urna sube una pirámide rematando en un vaso que figura exhalar perfumes, y dos ángeles sostienen en lo más alto el escudo de las reales armas. Las estatuas son de Pitué y Dumandré, la traza de Sempronio Subisati, y aunque formado de mármoles y bronces, su recargado conjunto no produce honda impresión de magnificencia.

(1) Léese en el pedestal: *Philippo V, principi maximo, optimo parenti, Ferdinandus VI posuit.*

S. ILDEFONSO

Vista del Palacio Real

El palacio presenta hacia los jardines su fachada principal, metidas entre pilastras y medias columnas las rejas del piso bajo y los balcones del superior que llevan barrocos frontispicios, y corriendo sobre su cornisa una balaustrada adornada á trechos con jarrones. El centro de esta fachada trazado por Jubarra ofrece mayor regularidad y elegancia en sus columnas de orden compuesto y en los frontispicios de sus balcones; y descuella sobre lo restante su ático sostenido por cuatro cariátides, entre las que resaltan las armas reales y dos medallas, con lindos trofeos en el remate. En ambos flancos del palacio fórmanse dos patios que recortan su planta cuadrilonga; y el que mira al mediodía, describiendo en el fondo un semicírculo y abriendo su balconaje dentro de dos órdenes de arcos con nichos entre las pilastras, aparécese vistoso y risueño al que vuelve de los jardines, á pesar de las desventajas de su arquitectura. La capacidad y ornato de las habitaciones tan sólo cede á las del palacio de Madrid, si bien adolecen de aquel carácter uniforme que ya hemos observado en las residencias de nuestros soberanos; las salas bajas reservan mucho que admirar en las estatuas y antigüedades que atesoran (1), acumuladas en Roma dos siglos hace por la insigne Cristina reina de Suecia, y adquiridas más tarde por Felipe V; las piezas superiores vense tapizadas con un sin número de pinturas escogidas, y para que no le falte á este nuevo Versalles otro punto de comparación con el francés, también holló su pavimento insolente soldadesca amotinada, y el 13 de Agosto de 1836, aunque incruento, no fué muy desemejante al 5 de Octubre de 1789.

Pero la principal magnificencia de la Granja la constituyen los jardines, y de éstos forman las fuentes la mejor, la peculiar delicia. Si en algún sitio parecen bien las representaciones mi-

(1) Muchas de estas preciosidades las cedió Fernando VII al Museo de Madrid; sin embargo, todavía contiene más de cien estatuas, antiguas las más de ellas, y algunos ídolos egipcios con una preciosa colección de mármoles.

tológicas, es ciertamente á la sombra de las alamedas, al són bullicioso de las cascadas: lo blando y voluptuoso de las impresiones, encadenando por todos lados los sentidos, no permite á la fantasía levantarse á mucha altura del suelo, y evoca con atracción irresistible aquellas imágenes risueñas de dríadas y silvanos, aquellas innumerables fábulas de ninfas y semidioses, que pueblan de mil encantos las faldas del Olimpo griego. Así un mundo de estatuas vivifica aquel vasto recinto de verdor, asómase á sus prolongadas calles, se oculta en sus enramadas misteriosas; y al través de la espesura de las hojas y en torno de los pilones de las fuentes ostenta sus bellas formas y gallardas actitudes. Para las horas frescas y apacibles del crepúsculo hay anchos y despejados ramales, lindas plazoletas, amenos claros ó *parterres* matizados con cuadros de flores y sembrados de elegantes jarrones de exquisito adorno y relieves; para las ardorosas siestas de Julio frescas sombras y asientos, sonoroso murmullo de aguas, susurro de árboles movido siempre por regalada brisa, opacas sendas que escasamente penetra el sol para dibujar en el suelo menudas redes de luz. Pero en aquellos días solemnes por su rareza misma, en que el cristalino acopio de sus aguas baja de una á otra fuente como raudal de vida, y brota por sus caños tomando las mágicas formas que el artífice le prescribió, entonces parecen las figuras cobrar alma y movimiento, entonces el pacífico murmullo se vuelve estruendo; y los chorros ora lanzándose á las nubes, de donde bajan desatados en cataratas, ora desparramándose en vistosos cambiantes, tienden sobre los árboles y sobre la concurrencia una plateada neblina que roba su mismo azul al firmamento.

Delante del palacio y cerrado por un basamento donde asientan esfinges y grupos de niños, extiéndese un delicioso *parterre*, cuyos cuadros de boj y mirto bordan las flores con su vivo esmalte, y que adornan sobre pedestales varias estatuas y jarrones. Allá en su fondo deslízase la cascada *Nueva* sobre diez mesetas de diversos mármoles, proveyéndose de un estan-



JARDINES.—LA CASCADA

que circular en cuyo centro se levantan las tres Gracias sostenidas por tritones; y reforzadas sus corrientes con los surtidores de algunos monstruos y fieras por los pilones repartidas, júntanse abajo en el remanso semicircular donde Amfítrite sentada en su concha mira retozar en torno suyo los delfines, los cisnes y los céfiros, combinando sus chorros con grata variedad. Dos graderías de mármol sembradas de vasos y figuras orillan la cascada y conducen al cenador que la domina, octógono templete más recomendable por su posición que por sus macizas formas, revestido por fuera de jónicas pilastras y de trofeos, y por dentro de mármoles y mosáico con una preciosa araña pendiente de su cúpula. En extraordinarias solemnidades suele reemplazarlo un fantástico transparente, en cuya cima un sol artificial ilumina con inflamados reflejos la cascada; ruedas de fuego giran al través de las aguas sin apagarse, de los árboles brotan luces, flameros de los jarrones, arcos formados por vasos de colores transforman el parterre en salón encantado, mientras se responden en los aires concertadas melodías.

Oculta en la espesura de los árboles que cierran la derecha del parterre, imita la fuente de Éolo el rumor y lucha de los vientos encontrados, chocando violentamente las aguas que desde el centro arroja un grupo de céfiros aprisionados por su dios en torno de un peñasco, con las que despiden ocho cabezas más distribuídas por la circunferencia. Pero á la izquierda del parterre y paralela á la cascada despliégase la admirable serie de fuentes conocida con el nombre de *carrera de caballos*, por donde antes bullía libremente un arroyo. En las tres sombrías plazuelas que se enfilan á la entrada brotan otras tantas fuentes, la primera y tercera de un Cupido asido á la cornucopia, la segunda de la boca de un pez que juguetea con una ninfa, desparramándose en cristalino abanico del cual toma su denominación. Al bosquecillo sucede una vasta plaza ocupada casi toda por un prolongado estanque sembrado de delfines, tritones y amorcillos, escoltando el carro triunfal de Neptuno que

SAN ILDEFONSO



JARDINES.—LA CARRERA DE CABALLOS

en el centro se levanta majestuoso, y vertiendo raudales como por fiesta: súbense dos graderías, y en lo más bajo de otro estanque, por cuyos pilones desciende en tres caídas el agua salida de la boca de un monstruo marino y acrecentada por varios dragones, Apolo forma un gentil grupo con la diosa de la sabiduría, y á la serpiente Pitón atravesada por sus flechas convierte la boca en impetuoso surtidor. Un antepecho de hierro cierra el testero de esta plaza, cayendo sobre una ría que partida en dos brazos parece ceñirla y aislarla; pero tomada á la derecha la linda escalera de césped que sale al pié del cenador, y atravesado otro espacioso parterre, se llega subiendo siempre al término de aquella ría que baja en seis cascadas antes de dividirse. Ocho estatuas, que representan los cuatro elementos y cuatro géneros de poesía, rodean en semicírculo un grandioso estanque circular, en medio del cual aparece temblando la bella Andrómeda encadenada á un peñasco, á vista del colosal dragón que instigado por dos enemigos genios abre las fauces para devorarla; pero á su lado está Perseo como suspendido en los aires, blandiendo la cuchilla y fascinando al monstruo con la encantada cabeza de Medusa, y Minerva guarda sus espaldas cubriendo con la égida á su protegido. Y al brotar de la fuente, entonces la fiera revienta en agua por cada escama formando una araña esmaltada con los colores del iris, y el chorro de 115 piés que despide su garganta parece la cadena que la mantiene prendida á la bóveda del cielo.

Mientras el brazo derecho de la ría se oculta para formar la cascada *nueva*, el otro baja descubierto á regar un lozano plantel de flores y frutales, y antes de introducirse en su recinto atraviesa un puentecillo con grupos de niños en sus extremos y dos caños á su lado. Allí enfrente y al pié del ángulo de palacio, volviendo la espalda á las escaleras que á él conducen, brota la fuente de Pomona dentro de su ovalado estanque; y el agua cayendo de pilón en pilón, saltando de las espadañas figuradas entre peñas y de las frutas, espigas y guirnaldas que

ofrecen varios cupidos á Vertumno y á Pomona, forma un templete de cristal en torno de las deidades campesinas, por cima del cual entre masas de verdor el palacio asoma su flanco gentilmente. Por aquel lado del norte varios cercados reservan para sus augustos dueños sus goces y tesoros; allí como en su propio reino apíñanse las flores, allá los árboles ostentan á porfía sus delicados frutos, acullá las tiernas y desvalidas plantas guarécense en lindas estufas de los rigores del invierno. Más arriba un ingenioso laberinto retorciendo sus senderos á guisa de araña enreda al curioso en sus inextricables rodeos, presentándole en sus árboles, en sus muros de haya, en sus glorietas y callejones una uniformidad que desespera.

En lo más alto de los jardines, hacia el extremo oriental, un grandioso lago, llamado *el mar* por la imagen algo reducida que de él ofrece, recibe de los inminentes y encumbrados montes los caudales que distribuye entre las fuentes y obradores de tantas maravillas. En su tersa superficie se refleja la casita de la góndola que en otro tiempo la surcaba y las peñas y matorrales; y sus bordes bien alineados por un lado, irregulares y formando ensenadas por el otro, brindan con despejado horizonte y con dulce y melancólico sosiego al que se cansa de los esfuerzos del arte, de la sombra y de los rumores. Los jardines continuando á su derecha toman un aspecto más rudo y silvestre, y hacen dudar si se huella ya la enmarañada falda del monte; tórnanse pinares las alamedas, y la fuente *del Pino* metida en la espesura opone su rusticidad á la magnificencia de las otras y su frío manantial á las prestadas corrientes de aquellas.

Descendiendo del grande estanque por su ángulo de mediodía, crúzanse en rectángulos y diagonales una multitud de anchas y despejadas alamedas, cuyo centro forma la magnífica plazuela de las *ocho calles*. En las esquinas que describen éstas, levántanse sobre estanques de mármol blanco ocho arcos de lindo adorno, y sobre el fondo de verde haya que cubre su respaldo destacan con sus atributos las estatuas de Saturno,

Vesta, Neptuno, Ceres, Marte, la Paz, Hércules y Minerva. Todas al brotar los caños aparecen cercadas de diversos surtidores, y rocíanse las plantas, y hierven en espuma los pilones; y para mayor realce de esta mágica perspectiva, desde las gradas del pedestal, que plantado en el centro sostiene el grupo de Apolo, Mercurio y Pandora, en el fondo de cada una de las ocho calles vense jugar otras ocho fuentes más grandiosas todavía que las que en primer término se presentan.

Las cuatro más inmediatas, puestas al extremo de sus calles oblicuas, forman parejas simétricas entre sí; las dos de arriba toman su nombre de una magnífica taza de mármol, sobre la cual cuatro delfines boca abajo sostienen con las colas otra pequeña taza donde brota el agua de una cornucopia abrazada por dos figuras. Las dos de abajo se denominan de los *dragones* por los cuatro que sostienen el trípode de Apolo, combinados con cuatro delfines y otros tantos tritones que confunden sus chorros en vistoso juego. Pero enfrente en la calle superior asoma una fuente á quien toca la palma por lo sencillo é ingenioso, si bien otras la vencen en aparato y esplendor. Nada anuncia de pronto su sorprendente efecto; en medio de un pilón circular cuatro nereidas sostienen un canastillo lleno de frutas y de flores; pero ábrense los caños, y el canastillo toma proporciones gigantescas entretejiendo sus mimbres los mismos surtidores, los chorros se proyectan en derredor á larga distancia del pilón, trazando una bóveda cuyo círculo crece ó disminuye según el empuje que reciben, y del centro se levantan ocho surtidores que duplican su altura y otro principal que la triplica, lanzando al aire una pirámide cristalina.

La calle *larga*, que se extiende desde la fuente de las Tres Gracias, origen de la cascada *nueva*, hasta la de Latona, cortando por medio la plazuela de *ocho calles*, adorna sus encrucijadas con catorce estatuas, figurando entre ellas Apolo y las nueve musas. La fábula de Latona inspiró á Renato Fermín la idea de una bella y expresiva composición que el agua pone en

movimiento: la afligida madre, abrazada por sus dos sedientos hijos Apolo y Diana, levanta las manos al cielo pidiéndole venganza, y los insolentes villanos convertidos en ranas experimentan sin remedio el poder de la querida de Júpiter cuya mendiguez ultrajaron. Ocho ranas, sentadas sobre el pedestal octógono que la sostiene, vierten cristalina en verticales chorros el agua que malignamente enturbiaron, y otras ocho sobre una grada del pedestal se la envían recíprocamente, formando arcos que permiten ver el juego de dos órdenes de mascarones, cuyos raudales á modo de cascada inundan el marmóreo basamento. Dentro del estanque, interpoladas con espadañas cuyos surtidores brotan en abanico, ocho figuras, hechas ya ranas en su parte inferior, imploran demasiado tarde la misericordia que negaron; y diez y seis ranas repartidas por el borde circular despiden hacia el centro sus chorros, que se reunen por cima de la cabeza de la diosa. Según afloja ó aumenta la fuerza del empuje, ora se marcan limpiamente y en toda su elegancia los detalles y transparentan las estatuas, ora lo cobija todo una cúpula vaporosa sobre la cual se elevan á trechos á guisa de botareles impetuosos surtidores.

Mayor complicación y aparato despliega algo más abajo la de los baños de Diana, arrimando al muro un cuerpo arquitectónico de cincuenta piés de altura, y mantenida en su caudaloso juego por el vasto estanque que cae á sus espaldas. Los tres jarrones que coronan la fachada y en sus intermedios dos leones abrazados con una sierpe vierten gran copia de agua, que por el centro rebosa de una taza donde la derrama á boca llena un mascarón, y por los lados se precipita bulliciosamente por una serie de cuatro conchas reforzada por otros tantos surtidores. En medio ábrese en arco una gruta revestida de conchas y mariscos, en cuyo fondo Acteón tañendo la flauta acecha con irreverente curiosidad á Diana sentada en una gradería de mármol á la boca de la gruta, y servida por seis ninfas que parecen sustraerla á las ávidas miradas del mancebo, por si no basta á

protegerlas la densa lluvia que por sus gentiles miembros se desliza. Hierve en espuma el estanque, en medio del cual retozan doce grupos de ninfas jugando con perros, venados y aves, y dos de ellas asidas á peces les obligan á lanzar un violento chorro que describe doble arco. Diz que el fundador, alcanzando á ver en sus postreros días este brillante espectáculo, dijo para sí: «tres minutos me divertiste, tres millones me cuestas;» ¡pero ojalá que las profusiones de los reyes nunca fueran peor dirigidas por el gusto, ni sus objetos de más efímera duración!

Felipe V no vió ya la gran plazuela de Diana adornada en semicírculo con cuatro jarrones y seis estatuas de ninfas cazadoras, ni paseó el lindo parterre que desde ella hasta el palacio se extiende con el mismo ornato de jarrones y estatuas y variados diseños de boj esmaltados de flores. Allá en el medio se levanta sobre su estanque un encumbrado risco, en cuya cima vuela montada en el Pegaso alado la Fama empuñando la trompeta, y atropellando bajo sus piés á la envidia y al error, á la malignidad y á la calumnia. Á raíz del peñasco cuatro figuras de ríos recostadas en sus grutas vierten el agua de sus urnas en el estanque, y cuatro delfines montados por niños en el borde del pilón lanzan adentro oblicuos chorros por boca y narices. Á flor de agua casi, cuatro surtidores como obeliscos suben á nivelarse con la cabeza de la Fama; pero de su trompa con sordo rumor salta de pronto un golpe de agua disparado como una flecha, hasta remontarse á ciento y treinta piés de su arranque. En torno de aquella cristalina columna, tan maciza que hace sombra al mismo sol, y cuya cima vela una nube de vapores, cae desprendida como flotante cabellera el agua deshecha en blancos copos y en menuda lluvia; y no toda cae, sino que sus partículas más sutiles se evaporan en celajes por el firmamento. Una gasa dorada por el sol ó tornasolada por el iris se tiende sobre las arboledas del contorno, hasta que las postreras masas se desploman con acompasados chasquidos, la concurrencia se disipa, el silencio renace, y salimos suspirando del encantado recinto.



CAPÍTULO VII

Cartuja del Paular. — Valle de Lozoya

De un lado el bullicio de la corte, del otro el silencio y soledad de un claustro; allí la animación y esplendidez, aquí un día la austeridad y al presente el abandono; allí los portentos del arte y las delicias de los jardines, aquí la oscuridad de las selvas y la seriedad sublime de las montañas: tal es el contraste que en corto espacio presentan el sitio de San Ildefonso y la Cartuja del Paular, separados tan sólo por áspera y encum-

brada barrera que sirve al propio tiempo de muro entre las dos Castillas. Para descansar de la penosa y árida subida vuélvense atrás los ojos con frecuencia á despedirse de las amenas espesuras y regios techos que á vista de pájaro dominan, y á contemplar el inmenso rojizo llano de Castilla la Vieja sembrado de poblaciones, entre las cuales descuella la monumental Segovia. Á unos cerros se sobreponen otros; y aun después de llegados á la cima del *Reventón*, asoman á entrambos lados más fieros y agudos picos, señoreando á todos sobre la derecha el de Peñalara. La bajada se hace muy más áspera y pendiente que la subida, y encrespan el horizonte opuesto otras cadenas de montañas, ramales desprendidos de la gran cordillera. Grato es en un medio día de Julio hollar por aquellas cumbres la nieve tendida en largas sábanas ó serpeando cual riachuelo guarecida entre las hendiduras; pero en los dos tercios del año el blanco velo recogido sobre su cabeza se tiende hasta sus plantas, envolviendo al hondo valle en nieblas y hielos que á su tiempo se desatan en cristalinos arroyos. «¡Sitio, exclama un historiador de la orden, tan ingrato al común de los mortales por lo destemplado del clima, por lo agreste del suelo y por lo profundo del retiro, como amable y propicio por esto mismo á los cartujos!»

También era aquella una mansión de recreo de los antiguos reyes de Castilla, aptísima para la caza, único solaz de sus belicosos tiempos; y de los pobos y álamos que en él crecían tomó el distrito el nombre de *Pobolar* trocado en Paular actualmente. Acosaba á Enrique II el de Trastamara el remordimiento, y no sería éste el único ni el más punzante, de haber quemado allá en sus campañas con los franceses un monasterio de cartujos, y encomendó á su hijo que en reparación de su culpa construyera una casa de aquella orden desconocida hasta entonces en sus dominios. Olvidaba Juan I el paterno voto, cuando en día de Santiago de 1390 se presentó á recordárselo un monje de Scala Dei, fray D. Lope Martínez; y el rey prometió que no transcu-

rrirían tres meses antes de que se cumpliera, empeñando al mismo fin su generosa cooperación el justicia mayor, el condestable, el almirante y los más nobles magnates de Castilla. Como si presintiera el soberano que ni los tres meses cabales de vida le restaban, en 29 de Agosto siguiente hízose la concesión del territorio y echáronse los cimientos de la fábrica, que con doscientos mil pesos á ella asignados muy pronto pudo recibir á sus nuevos moradores venidos de Scala Dei, junto con D. Lope, prior de la naciente casa. Agrególe Enrique III su propio palacio y un contiguo santuario de Santa María, y concedió pastos á sus cuantiosos rebaños y vacadas; Juan II les dió en propiedad el río de Lozoya excluyendo de la pesca á sus mismos criados, y excedió á sus antecesores en liberalidad y munificencia, tanto que con los sobrantes de aquellos bienes se pensó desde 1458 en erigir otra Cartuja, que al cabo en 1514 por mediación del Gran Capitán se estableció en el bello suelo de Granada.

Pero el verdadero poder de aquellos monjes consistía en el crédito de sus virtudes y en el valimiento de sus plegarias. Por ellas se dijo que el alma del rey D. Pedro halló tras de dilatado purgatorio el descanso eterno que parecían negarle su borrascosa vida y desastrada muerte (1); á ellas se encomendaba cuando mancebo Enrique IV, buscando allí en vida de su padre un retiro bien ageno de su edad y de sus costumbres, y solicitando descansar á su muerte en aquel santo y humilde suelo (2). Allí Carlos V se complacía en someterse á todo el rigor de la abstinencia; y tal idea llevó de los merecimientos de aquella

---

(1) Ha desaparecido el curioso documento que hablaba de la aparición del rey D. Pedro á un monje del Paular, cuyas oraciones habían abreviado su purgatorio, y sólo resta mención de él en un índice, que es casi lo único que se ha salvado del archivo.

(2) En cambio de su sepultura ofreció el príncipe ochocientos florines de oro para la fábrica de la iglesia y un altar en honor de la Santísima Virgen, á cuyos piés había de pintarse su propio retrato. Este proyecto formado en 24 de Mayo de 1443, cuando Enrique apenas contaba 18 años, no se realizó por motivos que se ignoran (*a*).

(*a*) La borrascosa y licenciosa vida de Enrique IV en los últimos años de su vida, explican este olvido.

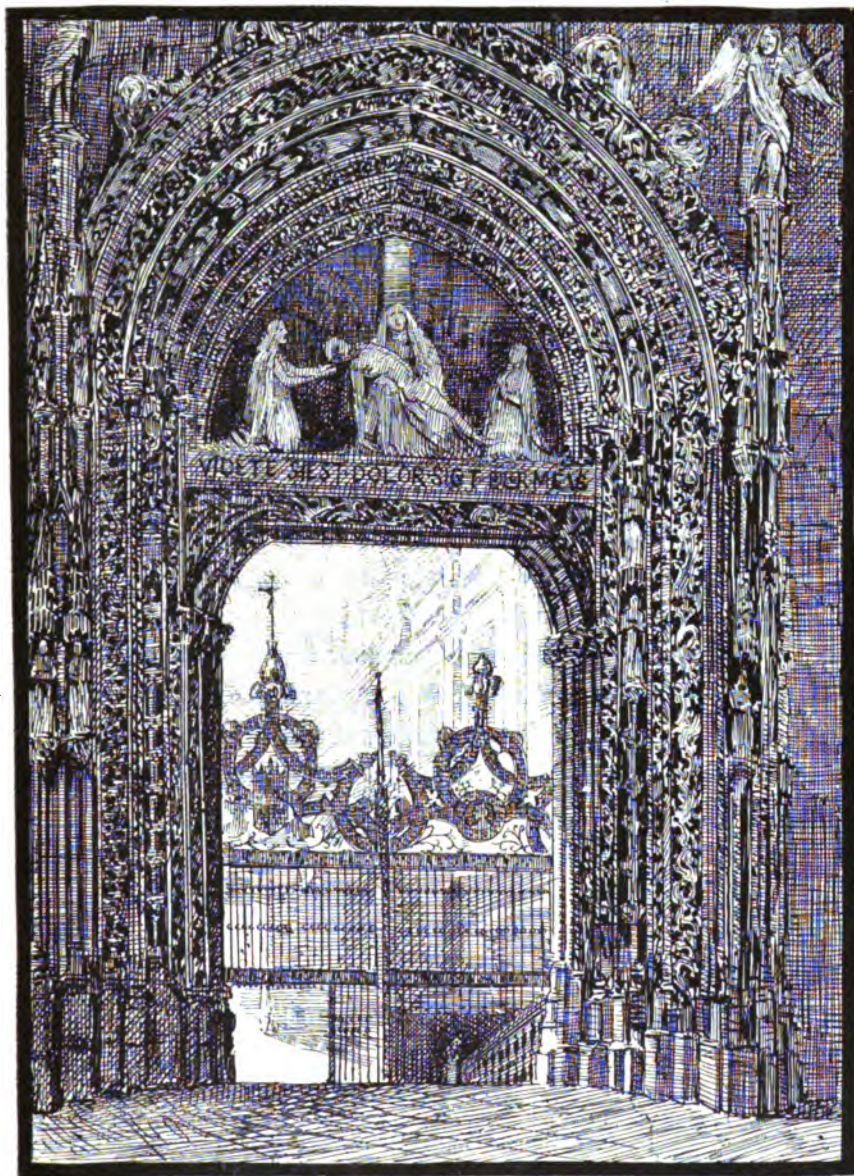
casa para con Dios, que al dirigirse con su armada sobre Argel, en alta mar, en punto de media noche, en lo más recio de la borrasca, cuando Andrés Doria le anunció tristemente que todos iban á perecer, «no, dijo, no pereceremos, que á esta hora misma están orando por nosotros mis religiosos del Paular.» Las mismas reinas nunca pasaron el umbral del claustro; la llegada de la corte no desalojaba de sus bóvedas el silencio; y á los murmullos de los palaciegos mal hallados con semejante rigidez respondían los dignos hijos de Bruno redoblando sus oraciones, creyendo con ellas mostrar mejor su gratitud á los príncipes que con vanos y lisonjeros coloquios.

Y esta dulce calma, esta veneración religiosa, que sentidas por el alma pura de Jovellanos levantaron su musa á más alta esfera (1), todavía las inspira el desierto edificio, cuya soledad acompañan algunos de sus más constantes moradores asistiendo como por gracia á sus funerales. La majestuosa alameda erguida al cielo, de la cual desprendidas en el otoño

las agostadas hojas, revolando
bajan en lentos círculos al suelo,

anunciando lo caduco de las humanas dichas, el incesante fluir de las fuentes, blando al par que melancólico como el llanto de la penitencia, la cruz sepulcral al propio tiempo que hospitalaria, que puesta á la entrada del monasterio indica su doble destino de tumba para los de adentro y de asilo para los de fuera, ¿no son además otros tantos guías que mudamente introducen al callado recinto? Á la izquierda de la portería subsiste la capilla *de los Reyes* de cuadrada y reducida forma, cuyo techo de crucería parece posterior á los primitivos tiempos en

(1) Su epístola de *Fabio á Amfriso* es ciertamente un modelo en el género de poesía que se apellida *filosófico*. Sin duda no preveía el ilustre escritor que las impresiones que sentía entonces pasajeramente como huésped, las sentiría más hondas y repetidas como desterrado en otra Cartuja de la pintoresca Mallorca, consolando á porfía su desgracia la religión y el estudio.



F. Xumetra.

Portada de la Cartuja

que sirvió de iglesia: una portada del renacimiento, adornada con las estatuas de la Virgen, San Juan y San Bruno dentro de nichos, y cobijada por un grande arco artesonado, da ingreso al vasto patio exterior rodeado de pórticos con columnas, en medio del cual chorrea copiosa fuente. En el fondo de un segundo patio ábrense dos arcos ojivos con sencillas molduras, de los cuales el de la izquierda levantado sobre seis gradas conduce á la espaciosa anteiglesia que el otro alumbra en forma de ventana. La bóveda es de crucería esmaltada de florones y con escudos de armas en sus claves; una lápida de mármol negro resume concisamente la historia del edificio (1); pero antes de bajar por siete escalones al mismo templo, detiénese el artista á contemplar uno de aquellos monumentos del siglo XV, en que el gótico vertía á manos llenas sus caprichosas galas.

Guarnecida de menudos follajes entre sus multiplicados boceles, forma la portada una grandiosa ojiva, que cubre todo el muro y ahonda su grueso con delicadas labores de crestería y de guirnaldas mezcladas con figuritas y animalejos. En uno de los arquivoltos interiores se sobrepone una serie de pequeñas efigies bajo doseletes; y ocho estatuítas de apóstoles con sus repisas y pináculos de filigrana adornan las dos pilastras que flanquean el exterior de la ojiva sosteniendo dos ángeles en su remate. Un arco rebajado corta la ojiva á sus dos tercios, ocupando su tímpano ó testero una tosca pero expresiva escultura de la Madre dolorida con el cadáver de Jesús en su regazo, y de rodillas á su lado San Juan y la Magdalena; y en el friso se lee

(1) Dice la inscripción: *D. O. M. Cœnobium hoc B. Mariæ del Paular erexere Castellæ reges, Enricus II sacro voto, Joannes I ædificii exordio et dote, Enricus III amplificatione et palatio, Joannes II perfectione atque ornamento, pares magnificentia in illud, religione in Deum.* Y en la orla: *Cartusiæ alumni muneri regio gratitudinis debitæ pignus perpetuæque memoriæ obsidem ad posteros hoc dedere monumentum.* Dentro del templo, á la izquierda de la entrada, está la lápida de su consagración, que no se verificó hasta el 11 de Julio de 1629 por el obispo de Segovia D. Melchor de Moscoso.

con caracteres romanos: *Videte si est dolor sicut dolor meus.* Tal fué la magnificencia y esplendor que quiso dar Juan II á la nueva iglesia que costeaba, confiando su dirección al moro Abderramen de Segovia, que en el techo de maderaje pintado y sobredorado siguió todavía las tradiciones del estilo arábigo, y dándole por auxiliares á Alonso Estevan, albañil de Toledo, á Gabriel Gali, carpintero, y al cantero Juan García, ambos de Segovia. El violento terremoto de 1755 estremeciendo la fábrica antigua ofreció á los monjes la apetecida ocasión de renovarla: la nave conserva sus dimensiones y formas y hacia fuera algunos vestigios de su estructura, pero el interior se ve revestido de pilastras corintias, de ancho friso y gruesa cornisa, y su techo cuajado de soles, follajes, y multitud de relumbrantes ornatos, que imprimen generalmente en las iglesias de cartujos un carácter de frivolidad nada conforme con lo austero de su instituto.

Sin embargo, en primer término y al pié casi de la gradería se levanta una hermosa reja, que en los arcos y círculos que la coronan trepados á modo de sutil encaje, se anuncia indudablemente contemporánea de los Reyes Católicos; y dos bustos esculpidos en medallones alternan en su remate con blasones regios y de familia, descollando en el centro un crucifijo. La sillería del coro de los legos pertenece ya al renacimiento, y las minuciosas labores de sus brazos y de su friso llevan ventaja á las esculturas de su respaldo y sobre todo á las del reclinatorio; respecto de sus dos barrocos altares compiten en extravagancia con el arco suspendido al aire alrededor de una imagen de la Concepción, que da entrada al coro de los sacerdotes. Las esculturas de esta otra sillería no proceden de más diestra mano que las de la primera, ni son de fecha más remota; si bien corre por cima de ellas un calado guardapolvo, describiendo arcos con colgadizos, é intermediando con delgadas agujas sus góticos arabescos que marcan ya la decadencia del estilo. Más riqueza y elegancia presenta al extremo derecho el esbelto

pináculo de la silla prelacial; y por último el precioso retablo nos remonta á los buenos tiempos de Juan II, que lo mandó traer de Génova, habiendo costado su conducción ocho mil ducados. Su principal objeto es la bellísima Virgen con el Niño en brazos y de relieve entero, que cercada de ángeles ocupa el cuerpo inferior; dos puertas laterales cubiertas de figuras y menuda crestería introducen al tabernáculo. El resto del retablo se compone de cuatro cuerpos más, dividido en seis compartimientos el primero, en cuatro el segundo y tercero, y en dos el último, y flanqueados á trechos por pilastras que suben desde abajo sembradas de figuritas: sírvenle de remate un Calvario y dos estatuas del Bautista y de San Bruno, que posteriormente se le añadieron. Con novedad y curioso detalle en los accesorios representan los diez y seis compartimientos en relieve pasajes de la vida y muerte del Salvador (1); pero careciendo de resalte los afiligranados doseletes que los guarnecen, barnizada con vivos colores y dorados la blanca piedra que labró como cera el hábil cincel, no sostiene el conjunto monótono y aplastado la grata impresión causada por cada una de las partes.

Llegamos por fin al famoso escándalo del arte, al malhadado tabernáculo ó transparente objeto de la puritana cólera de

(1) En el primer cuerpo se representa la presentación de la Virgen en el templo, la anunciación, la visitación, el nacimiento de San Juan, el de Jesús y la adoración de los magos; en el segundo, Jesús en brazos de Simeón, el bautismo de Jesús, la cena y la prisión en el huerto; en el tercero, la flagelación, la cruz á cuestas, la crucifixión y el descendimiento de la cruz; en el último cuerpo, la resurrección de los muertos y la segunda venida del Hijo del Hombre. En una historia latina del Paular, que tuvimos ocasión de ver allí, y á la cual nos hemos ya referido, se leen los siguientes detalles acerca del retablo: *Templi longitudo CLXXX constat pedibus, latitudo XC cum lateralibus sacellis postea ex ædificatis, antiqua enim XXXIV continet. Medium præcipuumque altare ex marmore elaboratum ad XXI cubitos in latitudine extenditur, in longitudine vero ad XXV; fornicem enim olim contengebat. Operis polities eximia et admiranda; XVI loculamentis vita et mors Dni. nostri J. C. est insculpta; figura quævis cubito constat, omnes vero CXXX sunt: effigies pulcherrima Virginis trium cubitorum. Zophori et laquearia illud ornantia non lapidea sed cerea judicantur. Experti viris sæpius quinquagies millibus aureis æstimarunt, loculamentum seu tympanum virgineæ effigiei decem millibus.*

Ponz; y no pudimos menos de contemplar con asombro, ya que no con placer, aquel caprichoso embolismo de una imaginación descarriada, aquel derroche de mármoles, dorados y hojarasca, en que á principios del otro siglo se cifraba la perfección y la belleza. En 1719 los buenos monjes imaginaron reemplazar la ochavada capilla, construída y pintada al fresco un siglo antes, con un alarde de magnificencia, que en aquella época no podía engendrar sino un aborto de churriguerismo; dió la traza y ejecutóla cierto D. Francisco Hurtado muy conocido á la sazón, y Palomino se encargó de pintar sus cupulillas. Pero ¿cómo expresar lo que en aquellas dos reducidas piezas se contiene? Columnas de rosado mármol, altares barrocos empotrados al rededor de la octógona capilla, un tabernáculo en medio que la obstruye, todo sostenido por columnas salomónicas, y dentro de él un templete de mármol blanco destinado á albergar una gran custodia de plata que no le cedía en lo costoso y embrollado, y sobre el segundo cuerpo del tabernáculo apoyado en la cúpula del templete otra media naranja y un tropel de figuras que se pierden allá en la estrechez de la linterna; tal es el espectáculo de que los ojos pueden dar cuenta tras de larga atención. En seguida viene otra estancia formando crucero, con retablos semejantes en el fondo de sus brazos; y en sus ángulos bajo colosales figuras de santos, ábrense cuatro entradas á otras tantas sexágonas capillas que compiten en lujo de extrañezas. Duele ver allí los preciosos fustes de las columnas y los dorados capiteles, y los jaspes de todos colores, y el mosáico de mármoles que caprichosamente alfombra el pavimento; duele tanto caudal de riqueza, tanto tesoro de imaginación allí malgastado. ¡Lección terrible para el ingenio humano que hoy desprecia lo que ayer adoró, y que á vista de tales ilusiones y desengaños, sujeto siempre á las vicisitudes de la moda, debiera mostrarse harto menos dogmático é intolerante! ¡Ay por lo mismo de la historia del arte si prevaleciera el bárbaro sistema de las demoliciones, y si al través de escombros y renovaciones

interminables procediera todo vencedor al exterminio de los vencidos!

La dominación de ese falso gusto no se contuvo dentro del tabernáculo, sino que invadiendo la espaciosa sala capitular, erizó de hojarasca su sillería, con hojarasca entretejió su cornisa y cubrió la máquina de su retablo, y cundiendo á las próximas capillas, apenas dejó intacta en ellas otra cosa que su primitivo techo de crucería. Esto ó poco más es lo único que han conservado otras vastas capillas contiguas al claustro, en las cuales los restauradores ensayaron también sus habilidades, y entre las pérdidas artísticas que han sufrido todas últimamente, deploramos como principal la del sepulcro que se levantaba en el centro de la que nombran de la Resurrección (1), obra del gótico espirante según sus fragmentos, y la del purista retablo de su primer titular San Ildefonso. El refectorio, si bien desnudo de los grandes cuadros que cubrían sus paredes, ofrece todavía un conjunto acorde é imponente en los arcos cruzados de sus bóvedas, en los lindos arabescos esculpidos al rededor de los asientos, en los que adornan el pedestal y antepecho del púlpito, y en la antigua escultura que en su testero representa la crucifixión del Salvador cuya divina sangre recogen los ángeles en copas de oro.

Un angosto corredor, cuyo singular techo consta de dos vertientes separadas por un plano horizontal, y que cierran dos puertas orladas de graciosos follajes, conducen de la anteiglesia al claustro; y en todas estas obras reina asimismo un gótico decadente, caprichoso en las líneas, pero austero y sobrio en los ornatos. Cada una de las alas del claustro presenta en su bóveda distinta forma realzada con gruesas aristas; ya se cruzan á manera de rombos, ya corren en línea recta á lo largo de la cúspide de las ojivas enfilando las claves centrales, ya los

(1) Esta capilla, cuyo patronato pertenecía últimamente al duque de Frías, fué fundada hacia 1484 por D.ª María Niño, que donó para su fábrica una dehesa. El destruído sepulcro era tal vez de D.ª María Guzmán, cuñada de la fundadora.

arcos al ir á cerrarse en semicírculo se elevan para rematar en airosa punta; y este último tipo, tan usual en aquel género, domina también en la larga serie de ventanas que comunican al patio ó luna. Marcos de yeso señalan en el opuesto muro el sitio ocupado por la bella colección de cuadros de la historia de San Bruno y de su orden, pintada de 1628 á 1632 por Vicente Carducho, objeto elocuente de contemplación y grata compañía de aquella soledad, que hoy cubre en Madrid las paredes de otro claustro (1). Lindos follajes y entrelazamientos ó labrados prismas forman las repisas en que estriban los arcos de la bóveda; y debajo de los vacíos marcos se ven las puertas semicirculares y angostas con un ventanillo al lado, tras de las cuales cada monje vivía retraído, permaneciendo siempre cerradas como los labios de sus moradores.

Debajo de las malezas que cubren el vasto y cuadrado patio del claustro, duermen el sueño de la eternidad numerosas generaciones de cenobitas, que en ella cifraron sus estudios y deseos; y los robustos cipreses cimbreándose sobre sus tumbas aparecen como el símbolo de su incesante y tranquila aspiración. Con sus verdinegras copas hacen juego las largas filas de botareles que arrancan de los estribos de la galería distribuídos entre ventana y ventana; las mohosas gárgolas destacadas de ellos, apenas retienen la figura de animales; y doble fila de ménsulas combinadas con un cordón de bolas imprime en su cornisa un prematuro sello de ancianidad. En uno de los ángulos se levanta sobre cuatro gradas circulares una devota cruz, cuyo tronco une á los boceles góticos platerescos follajes, y cuya parte superior adornan varias figuras poco esmeradas del Crucifijo, de los apóstoles y de la Virgen dolorida. Al lado del cobertizo un sepulcro con cubierta de dos vertientes, mintiendo

(1) Estos grandes cuadros en número de cincuenta y seis, y por los cuales se dieron al autor más de 130.000 reales, con las demás pinturas recogidas de los conventos de la provincia, forman el museo del ministerio de Fomento en el ex-convento de la Trinidad.

años en lo liso y carcomido, encierra al obispo de Segovia Don Melchor de Moscoso, de cuyo epitafio no puede leerse sino la fecha de su muerte, 30 de Agosto de 1632. Pero con el



CLAUSTRO DE LA CARTUJA

claustro mismo nació en su centro el octógono templete como creación risueña para templar su adustez: cuatro puertas y cuatro ventanas de semicírculo recortado en punta alternan en sus ocho lados, con proporciones tan iguales entre sí que el remate de las ventanas se levanta sobre el de las puertas otro tanto

que su arranque sobre el nivel del suelo. Lisos contrafuertes flanquean sus ángulos, y un chapitel con arpón y cruz corona su techo de pizarra; en el interior, empero, se diseñan limpiamente las boceladas pilastras, la cornisa que enlaza sus capiteles, los agudos arcos en la bóveda y la estrella de crucería; y del centro de su pilón brotaba un tiempo el agua, midiendo el curso callado y lento de aquellas horas y llevando en pos de sí al alma contemplativa. Allí hasta las toscas piedras cobran realce de la solemnidad del sitio; el pensamiento comprende mejor el dulce atractivo de la vida cenobítica, y se hacen más bellas é interesantes á la fantasía las tradiciones de los siervos de Dios, cuyos cuerpos yacen incorruptos en aquel suelo, de la celeste fragancia exhalada de sus sepulcros, de las misteriosas visiones y espantables monstruos errantes á media noche por el cementerio y ahuyentados con el toque de maitines.

En torno del monasterio sonríe la naturaleza agradecida á los que desmontaron su fragosidad selvática; y los grupos de lánguidos sauces y arrogantes olmos, las bulliciosas corrientes que ponen en movimiento el molino de papel (1), las espesuras de robles y fresnos, en cuyo fondo blanquea siempre la Cartuja, sin alejar del alma la serenidad y la dulzura, truecan la grave meditación en juvenil actividad y regocijo. Encerrado entre sinuosas breñas se prolonga dos leguas hacia oriente el amenísimo valle por cuyo fondo se desliza raudo y límpido el Lozoya. Cinco aldeas, pobladas hacia 1302 por los segovianos (2) y crecidas

(1) En 1396 vendieron este molino al monasterio Martín Fernández, vecino de la Alameda, y otros de Rascafria; y lo era ya de papel en el siglo XVI según indica un privilegio de D.ª Juana la Loca. En 1625 sufrió un incendio, y Felipe IV le otorgó la merced de no pagar alcabala.

(2) Las ordenanzas formadas por el concejo de Segovia en 1302 para poblar desde la sierra hasta los campos de Jarama y Tajuña, en defensa de la ciudad y acrecentamiento de la caballería, hablan del val de Lozoya y divídenlo en las cuatro cuadrillas, de Rascafria, Oteruelo, Alameda y Pinilla, obligando á los caballeros, dueñas, escuderos y doncellas que adquiriesen sus tierras ó quiñones, á establecerse en ellas, á fabricar casa y á tener caballo propio que valiera 200 maravedís, y previniendo la demasiada acumulación de propiedad por herencia ó casamiento.

luégo á la sombra del Paular, se asientan en las márgenes del río; y sucesivamente asoman los modestos campanarios de Rascafría, Oteruelo, Alameda, Pinilla y Lozoya, la más importante de todas, situada á la embocadura del valle. Copudos árboles entoldan el tortuoso camino, el agua rebosa bajo los piés de las cabalgaduras, los prados alternan con los bosquecillos, los frutales con las alamedas; y el caserío mismo, oculto entre el verdor, pierde su deforme y miserable aspecto, sintiendo necesidad de mayor aseo y desahogo. Benéficas montañas, focos de vida y perennes manantiales de las corrientes que derraman fertilidad y abundancia por las llanuras; en vosotras está el vigor nativo, la libertad y la grandeza (*a*); vuestros jardines al primer rayo de sol rompen lozanos la envoltura de nieve que los cubre, vuestros arroyos atruenan, vuestras rocas palpitan; lejos de vosotras ¿no parecen muertos los ríos y artificial y prestada la vegetación?

(*a*) Á ellas debe hoy día Madrid su aumento y gran parte del moderno ornato, según queda dicho en el capítulo IV.



CAPÍTULO VIII

Buitrago, Torrelaguna, Uceda
Talamanca

OBJETO y teatro de encarnizadas contiendas entre Madrid y Segovia fueron durante el siglo XIII los valles formados por las vertientes y ramificaciones del Guadarrama, cubiertos entonces por densos matorrales y hoy reducidos á tierras de cultivo. Ambos concejos disputándose el derecho de poblar en ellos, los mantuvieron á porfía yermos, destruyendo á sangre y fuego las obras de sus competidores, hasta que los reyes, incapaces de avenirlos, guardaron para sí el territorio imponiéndole el nombre de Real de Manzanares. Habían ya dado principio los segovianos en 1247 á las poblaciones de Manzanares y Colmenar; y en 1268 las ensanchó Alfonso el Sabio y formó las cuatro nuevas de Guadarrama, Galapagar, Guadalix y Porqueri-

zas, hoy Miraflores. El señorío de estas seis villas y de otras varias, fué la única herencia que cupo á su nieto D. Alonso de la Cerda, cuando, tras de largas é infructuosas tentativas para revindicar la corona, sometió su mejor derecho á la mejor fortuna de su primo; pero habiéndolas cedido su hijo D. Luís en cambio de la villa de Huelva á la célebre querida de Alfonso XI, Doña Leonor de Guzmán, fueron presa con los demás bienes de esta dama de la codiciosa venganza del rey D. Pedro. Á Pedro González de Mendoza, su mayordomo, hizo merced Juan I en 1383 del citado Real de Manzanares, que confirmó Juan II á sus descendientes con título de Condado, y desde entonces prestó vasallaje á la poderosa casa del Infantado aquella fértil serranía, sembrada ya de multitud de pueblos, cortos sí, pero amenos y abastecidos. Surcan su quebrado territorio varios arroyos, entre los cuales llegan á ser ríos el Guadarrama y el Manzanares, desaguando los demás en el Jarama: abundan sus montes de caza y de silvestre arbolado, y preside al vasto distrito Colmenar el Viejo como villa céntrica y principal.

Residencia empero de los nobilísimos Mendozas y centro de su poder feudal fué la ilustre Buitrago, cuyo término lindando con el Real de Manzanares formó á mediados del siglo XIV su adquisición primera. Si en la época romana tuvo por ascendiente á la fuerte Litabro rica en viñedos (1), si más tarde se denominó Britablo, si Taric atravesó el Guadarrama por aquel valle dejándole el nombre de Feg-Taric, la historia en este punto no dice más que la etimología, y deja en duda si la reconquista de Buitrago precedió ó siguió á la de Toledo, si bien fué casi simultánea. Trájola en dote juntamente con Hita la hija de

(1) Los eruditos Loaisa y Colmenares reducen á Buitrago el antiguo pueblo de Litabro, del cual refiere Tito Livio: *C. Flaminius oppidum Litabrum munitum opulentumque vineis expugnavit, et nobilem regulum Corribilonem vivum cœpit.* Morales opina ser Litabro el mismo lugar que Britablo, que un arzobispo de Toledo, llamado Montano, menciona en una carta como comarcano de Segovia y Cauca. Otros, finalmente, derivan la etimología de Buitrago de Feg-Tarec, valle citado en las historias árabes: el arzobispo D. Rodrigo la llama *Butracum.*

Diego Fernández de Orozco, D.ª Juana, á Gonzalo Yáñez de Mendoza, montero mayor de Alfonso XI, que había dejado su antiguo solar de Álava para establecerse en Castilla. Hijo fué de este enlace el generoso Pedro González de Mendoza, leal servidor de tres monarcas, que coronó sus servicios y pagó las mercedes que se le otorgaron, salvando la vida á Juan I á costa de la suya en la funesta jornada de Aljubarrota (1); y el nieto de los mismos Diego Hurtado de Mendoza ganó por mar insignes despojos como almirante de Castilla. Coronó dignamente las glorias de aquella estirpe su biznieto Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana: guerrero esforzado en las campañas de Andalucía, cumplido y leal caballero entre las revueltas y amaños de la corte de Juan II, poeta dulcísimo y protector de poetas, mostróse en todo superior á su época; y Buitrago, donde en 1435 dió brillante hospitalidad al mismo soberano, conserva recuerdos de su benéfica hidalguía.

(1) La crónica del rey D. Juan I, contando á Mendoza entre los muertos, calla su heróico sacrificio, si bien deja lugar á suponerlo. «E al rey, dice, al comienzo de la batalla, como estaba flaco, levaronle en unas andas caballeros e escuderos que eran ordenados para la guarda de su cuerpo, e desque vieron la batalla vuelta pusieronle en una mula; e quando vieron que las gentes del rey se retraian e muchos de ellos cavalgaban para se ir del campo, entonces pusieron al rey en un caballo e sacaronle del campo, magüer estaba muy doliente.» La hazaña, pues, de Pedro González, sólo está consignada en los anales de familia y en el bellísimo romance que de ella hizo cierto Hurtado de Velarde, y que no podemos menos de transcribir como no incluído en el romancero:

El caballo vos han muerto;
Sobid, rey, en mi caballo,
Y si no podeis sobir
Llegad, sobiros he en brazos.
Poned un pié en el estribo
Y el otro sobre mis manos:
Mirad que carga el gentío;
Aunque yo muera, libradvos.
Un poco es blando de boca,
Bien como á tal sofrenaldo;
Afirmadoos en la silla,
Dadle rienda, picad largo.
No os adeudo con tal fecho
A que me quedeis mirando,
Que tal escatima deve
A su rey el buen vasallo.
Y si es deuda que os la debo
Non dirán que non la pago,
Nin las dueñas de mi tierra
Que á sus maridos fidalgos
Los dejé en el campo muertos
Y vivo del campo salgo.
A Diagote os encomiendo,
Mirad por él que es muchacho,
Sed padre y amparo suyo:
Y á Dios, que va en vuestro amparo.
Dijo el valiente alavés
Señor de Fita y Buitrago
Al rey don Juan el primero,
Y entróse á morir lidiando.

La villa, situada casi á la falda del Somosierra en el último confín de la provincia, ceñida á manera de península por el profundo Lozoya, y registrando desde su altura un horizonte de verdor cortado á trechos por los peñascosos cerros de allende el río, presenta en sus almenados muros y torreones suspendidos sobre derrumbaderos, en el puente altísimo de un arco lanzado sobre la corriente que le sirve de foso, y en el pintoresco grupo de sus edificios, el belicoso é interesante aspecto de una población de la Edad media. Sus casas, desbordando de la antigua cerca por el lado que deja libre el río, han trasladado su mayor vecindad al arrabal, donde se levanta la que fué parroquia de San Juan con techo enmaderado sobre grandes arcos en semicírculo, con góticas capillas y multitud de lápidas de los siglos XV y XVI (1), é irregulares vestigios de la misma fecha en su exterior. El mercado, conocido por sus ferias desde 1304 y adornado con una moderna fuente, se extiende fuera de la sombría puerta que formando abovedado recodo con arcos ojivos y de herradura, cuyas canales echan de menos el rastrillo, introduce al interior casi desierto de la villa. Á la entrada asoma Santa María del Castillo, parroquia primitiva y al presente única, su gótica portada de la decadencia bajo un cobertizo de istriadas columnas dóricas y su elevada torre, cuyos ajimeces y ventanas semicirculares cerradas dentro de un marco cuadrangular ú orladas con molduras de ladrillo le comunican arábigo carácter. Rombos y triángulos de estilo ya plateresco resaltan con vistoso capricho del arco situado debajo del coro; pero la bóveda de su ancha nave es de más antigua crucería, y enmaderado techo cobija otra nave que se abre á su derecha privada

(1) De estas lápidas con blasones está como enlosado el pavimento. En el pilar de una capilla á la derecha nótase una efigie de mujer esculpida de plano, en cuya inscripción á pesar de la oscuridad creímos leer el nombre de *María Inés, mujer de Diego Pérez de Luna,* y la fecha de 1494; y efectivamente en su escudo brilla una luna con cuatro conchas. En el fondo de otra capilla á la izquierda, bajo un arco gótico con colgadizos y sobre una urna esculpida de arabescos, hay una efigie tendida de prebendado con birrete de clérigo y un libro en las manos.

de colateral (1). Su retablo es un conjunto de pinturas de aquella misma época de transición que representan el nacimiento y la pasión de Cristo, divididas en comparticiones por columnas abalaustradas.

Dentro del fortificado recinto numerosas ruinas, que datan del desastroso paso de las huestes de Napoleón, alternan con viejos caserones que en sus escudos de piedra llevan las coronas condales, la media luna, el *Ave María*, que reunieron en su blasón los señores de Buitrago. Su castillo, donde se albergaron reyes, donde se intentó resistir en 1368 al de Trastamara, enarbolando la bandera legítima aunque sangrienta del rey D. Pedro, donde un siglo después D. Luís de Mendoza tuvo en su custodia á la Beltraneja, reuniéndose luégo con ella la reina D.ª Juana, mejor madre que esposa, no pasa ahora de un desmoronado solar, cuya planta describen gruesos machones cuadrados ó polígonos, mostrando alguno restos de ventanas abiertas en herradura. Pero á la mansión del poder ha sobrevivido el asilo de la caridad, y allí enfrente subsiste una pequeña iglesia de sencilla puerta ojiva con el campanario asentado en el ángulo de sus dos vertientes, unida al hospital de San Salvador que fundó el buen marqués de Santillana (2). El interior es extraño y de época indefinible si fuera su origen menos conocido: el pavimento de la iglesia aparece hundido trece gradas respecto del piso de la calle y de la capilla mayor; su bóveda plana en las naves laterales y formando semicírculo en la central, apoyando su plano arquitrabe sobre seis pilares octógonos por lado, dentro de menudos casetones pintados de rojo presenta escudos de armas interpolados con sendas cruces; y sirve de

(1) En una capilla se ve la losa de los patronos de ella, el caballero Gonzalo del Castillo, señor del castillo de Mirabel, alcaide y justicia mayor de la villa y consejero de la reina Católica, cuya genealogía describe hasta su bisabuelo, y su mujer D.ª Inés de Contreras, fundadores de cierto mayorazgo en 1475. La lápida trae la fecha de 1484.

(2) En el archivo de dicho hospital no consta el documento de su fundación primitiva por el marqués, pero sí la confirmación de la misma por su nieto, en la que se exponen únicamente motivos generales de caridad y devoción.

dosel á la indicada capilla una cúpula de madera prolijamente labrada al estilo arabesco. Pero el más curioso ornato lo constituye el retablo mismo, donde el insigne fundador quiso á la vez consignar su retrato y el de su consorte, y un devoto homenaje de sus lindas y tiernas inspiraciones á la Madre del amor hermoso. En el primer cuerpo los ojos no se sacian de contemplar el semblante del esclarecido poeta puesto de rodillas y vestido de negro con un paje á su espalda, haciendo colateral con el de la noble D.ª Catalina Suárez de Figueroa, hija del maestre de Santiago, cuyo tocado se distingue por un gran turbante blanco; en el segundo doce ángeles gentilmente revolando (1) llevan en anchos rótulos otras tantas estrofas, que leídas á vista de su autor, escritas bajo su dictado y por medio tan peregrino conservadas, adquieren un singular encanto, que quisiéramos en cuanto cabe transmitir á los lectores (2).

---

(1) De un codicilo otorgado por el marqués de Santillana en 1455 aparece que las pinturas de este retablo mayor, y de otros dos colaterales de Santiago y San Sebastián que ya no existen, los mandó hacer al maestro Jorge Inglés, pintor, y dispuso se colocase en el mayor la imagen de nuestra Señora que hizo traer de la feria de Medina.

(2) Gózate, gozosa Madre,
Gozo de la humanidad,
Templo de la Trinidad
Elegido por Dios Padre:
Vírgen que por el oido
Concepisti;
Gaude, Virgo Mater Christi,
En vuestro gozo infundido.
Gózate, luz reverida
Segunt el Evangelista,
Por la madre del Baptista,
Anunciando la venida
De nuestro gozo, Señora,
Que traías,
Vaso de nuestro Mesías;
Gózate, *pulchra et decora.*
Gózate, pues que pariste
Dios é hombre por misterio,
Nuestro bien é refrigerio,
E *inviolata permansisti*
Sin ningun dolor ni pena;
Pues gozosa
Gózate, cándida rosa,
Señora de gracia *plena.*
Gózate, ca prestamente
De Eóus sin más tardar
Le vinieron á adorar
Los tres príncipes de Oriente;
Oro y mirra le ofrecieron
Con encienso:
Pues gózate, nuestro acenso,
Por los dones que le dieron.
Gózate, de Dios mansion,
Del cielo felice puerta,
Por aquella santa oferta
Que al sacerdote Simeon
Graciosamente é benina
Ofreciste:
Gózate, pues mereciste
Ser dicha reina divina.
Gózate, nuestra dulzor,
Por aquel gozo infinito
Que te reveló en Egito
El celeste embaxador
En la nueva deseada
De la paz:

Rara vez hay que buscar poblaciones históricas ó artísticos monumentos á la orilla de las carreteras, donde bulle siempre el tráfico y el ruido, donde todo es fugaz como el paso de los carruajes y estéril como el polvo de los caminos. Al bajar pues de Buitrago á Madrid, dejados ya á la derecha los agudos y dentellados picos entre los cuales se ocultaba el austero convento franciscano de San Antonio de la Cabrera, antes que el onduloso terreno se convierta en raso y monótono, antes que desfilen uno tras otro aquellos pajizos y cenicientos villorrios sólo conocidos en los itinerarios de las diligencias, bien hará el curioso viajero en internarse á la izquierda en busca de las már-

---

Gózate, batalla é haz
De huestes bien ordenada.
Gózate, flor de las flores,
Por el gozo que sentiste
Quando al santo Niño viste
Entre los sabios doctores,
É disputando en el templo
Los vencía:
Gózate, *Virgo Maria*,
Una, sola é sin exemplo.
Gózate, nuestra claror,
Por aquel acto divino
Que por tu ruego benino
El tu Fijo é facedor
Fizo cuando el agua en vino
Convirtió,
É faltando consoló
La fiesta de architriclino.
Gózate, nuestra esperanza,
Fontana de salvacion,
Por la su resurreccion
Refugio nuestro é folganza,
É de tus dolores calma
Saludable:
Gozo nuestro inestimable,
Gaude, Virgo Mater alma.
Gózate, una é entera
Bendita por eleccion,
Por la su santa Ascension
Entre los santos primera:
Gózate por tal nobleza,
Mater Dei,
Principio de nuestra ley,
Gózate por tu grandeza.
Gózate, Vírgen, espanto
É tormenta del infierno:
Gózate, santa *ab æterno*,
Por aquel resplandor santo
De quien fuiste consolada
É favorida:
Gózate, de aflictos vida,
Desde *ab initio* criada.
Gózate, sacra patrona,
Por gracia de Dios asunta;
No dividida más junta
Fué la tu digna persona.
Á los cielos es sentada
Á la diestra
De Dios Padre, reina nuestra
É de estrellas coronada.

Y junto al retrato del marqués se lee:

Por los quales gozos doze,
Doncella del sol vestida,
É por tu gloria infinida
Faz tú, señora, que goze
De los gozes é placeres
Otorgados
Á los bienaventurados,
Bendita entre las mugeres.

genes del Jarama que se desliza paralelo á la carretera; y aunque no se precie de artista, con tal que hablen á su corazón las glorias españolas, visite la opulenta y hermosa villa que ilustró con su cuna y beneficios el gran Cisneros. Torrelaguna, cercada hoy de frondosas viñas en horizonte ameno y claro, descollando con su gallarda parroquia sobre el hidalgo caserío, fué aldea un tiempo de la decadente Uceda; y el almenado torreón de su entrada, colocado ahora en el centro, indica lo angosto de su primer recinto. Á ella vino, dejando su tierra de Campos, Alfonso Jiménez de Cisneros á desempeñar el humilde empleo de exactor de tributos, menos acomodado á su clase que á su escasa fortuna, y de su enlace con una honrada doncella del pueblo nació en 1437 el que había de ser lumbrera, no ya de su linaje y pueblo, sino de su nación y de su siglo. Los dos primeros tercios de la vida de Cisneros, aunque resplandecientes con altas prendas y virtudes, pasaron ocultos y desconocidos entre contradicciones y trabajos, y en la prisión de San Torcaz y en el retiro y austeridades del convento; hasta que la prudente y católica Isabel le sentó á pesar suyo en la silla primada de Toledo, no supo España qué varón debía á Torrelaguna. El discreto prelado logró evitar respecto de su familia y de su patria los dos extremos de ciega predilección y desdeñosa ingratitud: su hermano Juan continuó allí su residencia en una decorosa medianía, y de allí salieron sus hijas á enlazarse con los ilustres Zapatas y Mendozas, y á fijar en Madrid el domicilio su hijo Benito, heredero del cardenal. La villa que, adornada con obras útiles ó espléndidas, pudo gozar apenas de la presencia de su bienhechor, vióle entrar cadáver en Noviembre de 1517, y reposar un instante en el convento que había fundado para sus hermanos de religión, antes de llegar á su sepulcro de Alcalá de Henares.

En el fondo de la vasta plaza de Torrelaguna, frente á la moderna cruz rodeada de verjas que, á falta de estatua, indica el solar donde según tradición vió Cisneros la luz primera, y al

pósito que atestigua su próvida liberalidad (1), ostenta la parroquia magníficamente renovada á sus expensas el gótico si bien adulterado refinamiento de aquel siglo. En medio de dos contrafuertes piramidales forma su portada principal un arco de tres curvas rematado en florón, flanqueado por dos agujas de crestería, y encerrado junto con el rosetón en una moldura rectangular á modo de pulsera de retablo: el relieve de su testero representa al cardenal de rodillas ante el monarca y con la mitra á sus piés. Tapiáronse posteriormente dos lindas portadas colaterales; pero en el flanco de la iglesia subsiste otra bajo un grueso arco de crucería, donde al lado de la ojiva guarnecida de follajes y bordada en su testero de arabescos delicados asoman nichos y pilastras del renacimiento. Robustos machones y góticas ventanas adornan el ábside por fuera: la torre, cuadrada y sin diminución progresiva en sus cuerpos, no ofrece una elevación proporcionada á su robustez, sino que desde el segundo cuerpo suben á flanquear sus ángulos ó á partir por medio sus cuatro caras ocho pilastras rematadas en agujas, entre las cuales se abren las ventanas semicirculares ú ojivas, y alternan los jaquelados blasones del fundador con los timbres de la villa. El espacioso templo se distribuye en tres naves de cinco bóvedas cada una, cuyos arcos de comunicación describiendo ojiva descansan en pilares de agrupadas columnas con capiteles de follaje: sus capillas á vuelta de barrocos retablos encierran apreciables pinturas y memorias sepulcrales no muy antiguas; y el pavimento está formado de lápidas casi contemporáneas de la restauración, que no compensan la pérdida de la que cubría las

---

(1) Contigua á las casas municipales, cuya fachada se compone de pórtico, galería y puerta ojiva rebajada, se lee en caracteres góticos la inscripción siguiente: «Esta casa y graneros rehedificó el ilustrísimo y reverendísimo señor D. fray Francisco Ximenez de Cisneros, cardenal de España, arzobispo de Toledo, gobernador de estos reynos, natural de la villa, el qual dexó en ella siete mil fanegas de trigo en depósito para siempre para en tiempo de necesidad de pobres y viudas, en el año de mil DXV años.»

cenizas hoy olvidadas del rey de los poetas del siglo XV, el fecundo y elegante Juan de Mena (1).

Á un extremo de la población descuella un austero edificio abandonado antes de su vejez á los ultrajes del tiempo, que el inmortal prelado construyó para la orden cuya túnica vestía, y cuya portada de crestería no muy primorosa con sus nichos y figuras de santos franciscanos, ya que no introduce á la destrozada iglesia, anuncia todavía su religioso destino. Las religiosas empero conservan su modesto convento de la Concepción; y en su iglesia de regular portada del 1500 y abovedada con hermosa crucería, yacen sus fundadores D. Fernando Bernaldo de Quirós y su consorte D.ª Guiomar de Bercosa, representados en estatuas de rodillas dentro de un nicho de jónica arquitectura. Todo indica que el crecimiento de Torrelaguna data del siglo XVI: al girar por sus calles detiénese el forastero á cada paso ante graciosas fachadas del renacimiento; y el caserón de piedra que da frente á una solitaria plazuela, con su portada de columnas istriadas y medallones en sus enjutas, con los frontis-

(1) En 1456 á sus 45 años murió en Torrelaguna este insigne poeta cordobés, y en el sepulcro que le erigió su noble amigo el marqués de Santillana, puso estos versos que en el último siglo aún subsistían, si bien renovados, en las gradas del presbiterio:

Feliz patria, dicha buena,
Escondrijo de la muerte:
Aquí le cupo la suerte
Al poeta Juan de Mena.

Entre las indicadas capillas la más notable es la de San Gregorio, cuyo retablo se compone de pinturas y bajos relieves de estilo purista, que hacia 1540 mandó hacer Pedro Vélez por disposición de Gregorio Vélez, inquisidor; yace éste en una urna de mármol al pié de un nicho, donde se ven arrodilladas las efigies de Pedro Vélez y de su mujer Eufemia Capillas; y ocupan otro nicho contiguo dos efigies más recientes. Las de la Asunción y de San Felipe, á más de los cuadros de Vicente Carducho, contienen estatuas arrodilladas, la primera de un caballero con manto capitular pero sin epitafio, la segunda de Felipe Bravo Aguayo y de su mujer D.ª Petronila de Pastrana que murió en 1626. Al extremo superior de las naves laterales hay dos capillas pentágonas, y en la del lado de la epístola dedicada á la Anunciación nótase otra estatua de mármol de Fernán López de Segovia, natural del pueblo, quien según la inscripción grabada en el muro exterior de la capilla, fué fundador de ella y dejó seiscientos ducados para obras pías, muriendo en 1585.

picios triangulares que asientan sobre sus ventanas y la sencilla galería que la corona, presenta un severo y majestuoso tipo de las construcciones particulares de aquella era (1).

Una legua separa á esta floreciente villa de la abatida Uceda, mostrándonos en tan corto trecho las opuestas vicisitudes de la fortuna; pero á la mitad del camino sobre la izquierda llama la atención una angostura abierta en fragosa aunque breve cordillera. Diz que aquella es la frontera de una patriarcal monarquía encerrada en el hondo y reducido valle, que independiente y desconocida atravesó la dominación mahometana, las luchas de la Edad media, la prepotencia omnímoda de los soberanos españoles; y después de haber pasado por las fases de electiva y hereditaria, cuentan que murió á impulso de la susceptibilidad de Carlos III, que no consintió otro rey á diez leguas de su capital. Ello es cierto que el microscópico reino de Patones no alcanzaba una legua en cuadro, y que su homérico príncipe con noble sencillez acarreaba leña á los vecinos pueblos: y seguramente al franquear el boquete, y al descubrir tendidas por el pendiente repecho aquel conjunto de chozas apenas habitadas por treinta vecinos, que hubieron de pedir un alcalde al duque de Uceda, y que carecieron de parroquia hasta principios de este siglo, no es difícil comprender que su pobreza combinada con lo escabroso del terreno mantuviera allí de hecho una casi completa libertad, abultada luégo y embellecida por narraciones no sabemos si crédulas ó joviales (2). De esta suerte el humilde pueblo de Patones es un monumento viviente que en su traje, costumbres y habla conserva indelebles rastros de originalidad,

(1) En el friso de la portada está escrito en gruesas letras: *Memento, homo.*

(2) El viajero Ponz se divierte tanto en exponer el origen y la índole de este reino, que acaba por convencerse á sí mismo de su existencia, hasta el punto de asegurar que el gobierno de Madrid se entendía con el de los Patones. Esto empero que, según dice, sería fácil de *comprobar* en Madrid á pocas diligencias que se hicieran, y que por cierto no carecería de interés, resta todavía por hacer á cuantos se han ocupado más ó menos latamente de esta curiosa tradición (*a*).

(*a*) La tradición del reino de Patones corre parejas con la del descubrimiento de las Batuecas y las Jurdes, en la provincia de Salamanca.

los cuales en vez de probar el hecho acaso han dado margen á suponerlo.

En otro de estos valles formado por las sierras de Buitrago, en medio de espesos bosques guarecíase un antiguo monasterio consagrado á San Audito (1), vulgarmente llamado Santuy, cuya existencia, si hemos de remontar su origen al siglo VI atribuyéndolo á Adelfio, discípulo de San Benito, debió asimismo, no con mayor probabilidad, sustraerse al ímpetu de los sarracenos. Los canónigos de Santa Leocadia en Toledo lo poseían en el siglo XII; y transferido por su abad Aquilino á Alfonso VIII y por éste á Fernán Díaz, maestre de Santiago, siguió habitado por sacerdotes en amena soledad: hasta que careciendo de disciplina y casi de moradores, fué aplicado con sus pingües tierras por el gran Cisneros á la universidad de Alcalá.

Uceda está asentada en árido recuesto al otro lado del Jarama, cuyo cortado puente es una de las huellas que de su paso dejaron las tropas inglesas y portuguesas en la guerra de Sucesión. Espiraba ya la luz del crepúsculo, cuando trepamos las revueltas de la penosa subida, sin rumor, sin vestigio de población cercana, hasta que en lo más alto se apareció un aislado y ruinoso santuario, primer monumento que Castilla la Nueva nos presentaba del siglo XII. El muro de la fachada formando segmento cóncavo, sin más realce que una aspillera semicircular y una puerta ladeada y ruda; la portada principal en el flanco de la iglesia, compuesta de ocho arcos ojivos en degradación sencillamente bocelados y sostenidos por columnas de bajos fustes y de cónicos capiteles; el ábside acompañado de otros dos menores colaterales, con grandes ventanas en semicírculo abiertas entre las columnitas que de él resultan, reproducían por fin á

(1) De este santo desconocido en el martirologio supone el falso cronicón de Hauberto que sufrió martirio de fuego en Buitrago con veintidós compañeros más á 1.° de Noviembre de 208. En el mismo monasterio se guardaban los restos de cierto D. Sancho que daba la tradición por hijo de rey ó príncipe refugiado en aquellos montes con una porción de reliquias á la caída del imperio godo.

nuestros ojos el raro tipo de una iglesia bizantina. De las tres parroquias que tuvo un. tiempo la populosa villa, fué aquella la principal dedicada á Nuestra Señora de la Varga, imagen cuyo milagroso hallazgo compite con el que venera Madrid en la Virgen de la Almudena: al pié de sus aras acudían á velar los caballeros, y los peregrinos subían la cuesta de rodillas para adorarla. Hoy empero, único edificio que resta en pié dentro de la antigua cerca, y abandonado por la población que se aleja al extremo opuesto, vuelto cadáver de lo que fué, acoge en su seno los cadáveres de los fieles; y sus paredones, sin bóveda que sostener, se han convertido en tapias de cementerio.

Atravesamos el desolado recinto de la antigua Uceda, cuyos muros sobresalen á trechos todavía; y al pasar por debajo del arco abierto en un destrozado torreón por donde antes se salía y ahora se entra al pueblo, gemía tristemente en lo alto de los adarves una veleta enorme, ostentando en su arpón el castillo de tres torres que es el timbre de la villa. Humildes chozas y mal trabadas ruinas, en que resalta uno que otro escudo de piedra como girones de púrpura en el traje de un mendigo, forman el caserío del escaso y pobre vecindario desparramado á sus anchuras. ¿Y es esta, nos decíamos, la villa que extendiendo su jurisdicción sobre diez y ocho aldeas formaba un concejo de seis mil vecinos, que emitió á veces su voto en cortes, y figuraba en confederaciones y ligas al lado de Alcalá y Guadalajara, la llamada por Fernando el Santo *muy noble y generosa*, al confiar la guardia de la real persona á los hijos de sus hidalgos? Sometida sucesivamente al señorío de la orden de Calatrava y de la mitra de Toledo, repugnó cualquier dominio que no fuese el de la corona; y sin embargo su nombre va unido como de reata á la grandeza de un valido, D. Cristóbal de Rojas y Sandoval, hijo y sucesor del duque de Lerma en la privanza de Felipe III, que para honrarle erigió á Uceda en título ducal. Un fuerte castillo asomado sobre el Jarama la amparaba desde tiempos muy

remotos, encerrando á menudo á ilustres prisioneros (1); y á pocos pasos de allí mandó abrir Juan II los cimientos de una colegiata, que un siglo después el cardenal Siliceo hacía levantar con diligencia bajo un plan magnífico y vasto dirigido por Juan del Pozo y Diego de Espinosa. Pero ni del castillo ni de la gran fábrica no concluída restan ya vestigios, cual si la mano del hombre se hubiera anticipado al rigor del tiempo arrancándolos de cuajo del cerro que cubrían: la milagrosa efigie de Nuestra Señora de la Varga habita la moderna parroquia que en 1806 hizo construir el cardenal Lorenzana (2); y el pueblo entero transmigró de la villa al arrabal como situación más acomodada á la humildad de su condición presente, y se ha internado hacia levante en rasos y adustos campos, retirándose del alto mirador desde cuyo borde dominaba el río y el verdor de las llanuras.

Siguiendo su curso aquél hacia mediodía costeando un árido y prolongado cerro, dos leguas más abajo besa los cimientos de otra villa que no cede á la anterior ni en esplendor pasado ni en actual decaimiento. Talamanca, cuyos restos de murallas y sonoro nombre merecían con más justo título que otros apurar las conjeturas del anticuario, fué presa en 1196 de la barbarie y rapacidad de los almohades, vencedores en

(1) En esta prisión murió Hernán Alonso de Robles, tesorero de Juan II, que suplantando á D. Alvaro de Luna gozó por algún tiempo del favor del monarca; en ella estuvo preso el hermano uterino del mismo D. Alvaro, D. Juan de Cerezuela, que llegó más tarde á ser arzobispo de Toledo; y con este ejemplo consoló un clérigo el infortunio de Cisneros, encerrado allí en su juventud por haber impetrado de Roma el arciprestazgo de Uceda sin contar con la propuesta del arzobispo Carrillo, pronosticándole que un día también se sentaría en la silla primada de las Españas. De aquel castillo salió por fin el famoso duque de Alba tras de largo encierro, para mandar el ejército que había de someter á Portugal, acreditando su lealtad con nuevos triunfos.

(2) Es la fachada de dos cuerpos, adornada con pilastras de orden dórico y frontón triangular, y sobre la puerta se representa en relieve la memoria de dos portentos que obtienen en Uceda insigne popularidad: el uno del capitán Vela de Bolea, que invocando á la Virgen de la Varga mató un formidable endriago que asolaba el país, y el otro de un cautivo que durmiéndose en el calabozo despertó á las puertas del templo de su bienhechora, que había roto sobrenaturalmente sus cadenas.

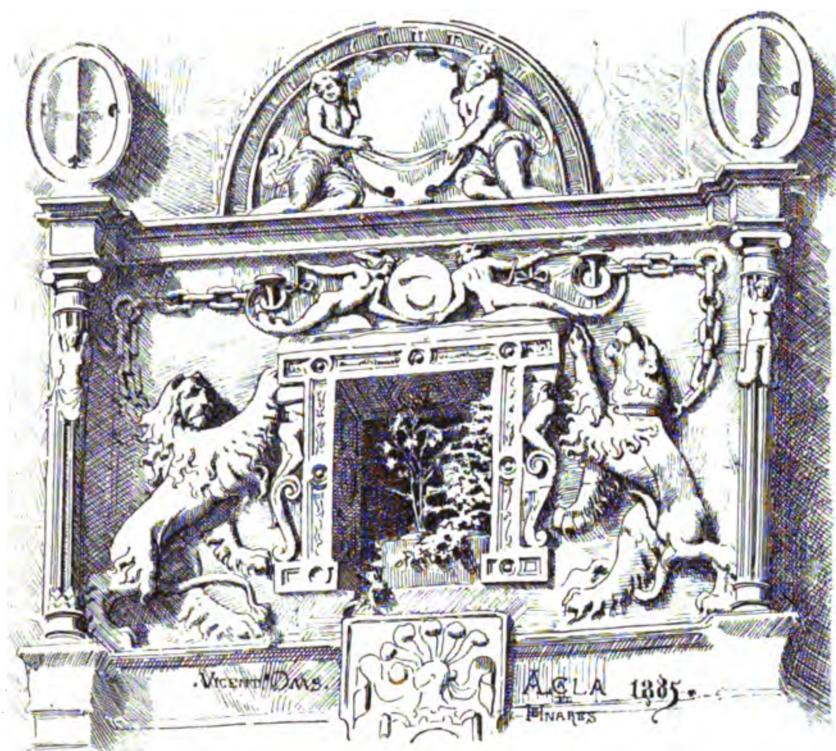
Alarcos y rechazados de Toledo, y por los estragos que en ella hizo Aben Jucef puede medirse su opulencia de entonces (1). Refloreció, sin embargo, tras de esta invasión pasajera, y subió su población á algunos miles de vecinos (2); pero decayó rápidamente antes del siglo XVI bajo el señorío de los duques de Béjar, sin que la exención de alcabalas otorgada á su miseria fuera bastante á remediarla. En medio de ella todavía inspira Talamanca cierto melancólico interés avivado á cada instante por imprevistos hallazgos; un lienzo de torreón que le servía de entrada, un muro y un arroyo que dividen la población más reciente de la primitiva, y al extremo del puente la vieja casa y bodega de la cartuja del Paular, poseedora de ricas haciendas en aquel territorio, las tapias del palacio arzobispal, y el testero de una caduca ermita subsistente en medio de la plaza, de cuyo ábside resaltan dos filas de dobles arcos de ladrillo, aunque no merezcan por sí el nombre de monumentos, rastros son de otros siglos, á cuya vista brotan en el alma poéticas emociones. Desapareció la una de sus tres parroquias; la de Santa María la Mayor yace trocada en extraño cementerio sombreado en parte por algunos arcos semicirculares que permanecen de pié sobre macizas columnas; y únicamente conserva su destino la de San Juan, ostentando al rededor de su ábside ricos y curiosos detalles del arte bizantino. Las columnas que lo flanquean, más gruesas que de costumbre, arrancan del mis-

(1) Las crónicas árabes al referir el hecho dan á Talamanca el nombre de *medina* ó ciudad, como encareciendo su importancia. «Y pasó Abenjucef, dice Conde, á medina Talamanca, y la entró por la fuerza de armas, y mató á todos sus moradores llevando cautivas sus mugeres y niños, y sus bienes fueron saqueados por las tropas; quemó la ciudad, y asoló sus muros, y la abandonó, y terrible como las tronadoras tempestades tomó á Sevilla.» Nuestras historias en esta ocasión no mencionan á Talamanca, que á pesar de su indudable pujanza rara vez aparece nombrada por cronistas y viajeros.

(2) Es un hecho fuera de duda el floreciente estado que alcanzó la población en Castilla al terminar la Edad media, y su decadencia se explica por la multitud de causas que posteriormente contribuyeron á diseminarla por la Europa y por el Nuevo Mundo, y á concentrarla en la corte y en el litoral de la península. «Á principios del siglo XV, dice el crítico P. Burriel, contaba Toledo 40,000 vecinos, y á esta razon era la poblacion de las villas comarcanas.»

mo suelo, al paso que estriban sobre repisas las que adornan las ventanas abiertas en los intercolumnios; los capiteles, las ménsulas, la cornisa, ofrecen prolijas y caprichosas labores; y la capilla mayor por dentro en la disposición y ornato de sus ventanas, en las proporciones de las columnas sobre cuyos capiteles se levantan las boceladas aristas de la bóveda, y en la forma bizantina si bien levemente apuntada del arco del presbiterio, corresponde exactamente al estilo y á la época de aquel fragmento venerable. Lo restante del templo pertenece fuera de duda al siglo XVI; aunque el techo de madera en parte lindamente artesonado, los rebajados arcos que dividen las naves laterales de la central apoyados sobre columnas, el pórtico exterior, la multitud de lápidas sepulcrales, no desdicen del carácter austero y sombrío de su fábrica primera.

El pueblo del Molar con sus frecuentados baños, con su caserío tendido en semicírculo al pié de un cerro, y su parroquia de estilo gótico decadente, y sus contrastes de soledad y bullicio, de vida rústica y cortesana, cierra esta poética excursión por entre ruinas y memorias tanto más interesantes cuanto menos conocidas en el desencantado distrito de la corte. Cinco siglos atrás Madrid se envanecía de hermanarse con las principales villas comarcanas, hoy recuerda apenas el nombre de aquellas con cuyos despojos se ha engrandecido y cuya población absorbió en su seno. De esta suerte la fortuna colosal de un rico improvisado, lejos de ceder en provecho de sus compatricios, traga el campillo de la viuda y del huérfano, y acumula bajo una sola mano el modesto patrimonio de cien familias un tiempo sus vecinas y compañeras.



CAPÍTULO IX

Alcalá de Henares

VÍCTIMA empero más ilustre y más reciente de la prepotencia de la capital, es la docta Alcalá de Henares, cuya belicosa frente orlaron las ciencias con su académica aureola, y con su diadema de templos el espíritu religioso. Acampada en espaciosa llanura, á la margen derecha de su río oculto entre alamedas, y al abrigo de un ramal de cortados cerros, ostenta gallardamente sus cúpulas y torres á los que de Aragón y Cataluña vienen y rodean sus tapias por afuera, presentándose como digna avanzada de la regia villa del Manzanares, que se adelanta seis leguas á recibirlos. Al penetrar empero en su re-

cinto, sea por la puerta de *Mártires* (1) que conduce á Guadalajara, sea por el arco moderno que mira al occidente hacia Madrid, la ilusión se desvanece, y Alcalá depone el espléndido manto de ciudad, encubridor de su miseria: una vejez prematura roe sus fábricas y caserío, desnudo al par de carácter antiguo y de flamante regularidad; sus iglesias no se atreven á figurar entre monumentos de primer orden; el palacio arzobispal cuya sombra la amparaba, y la universidad que como foco de vida derramaba por su ámbito bandadas de estudiantes, yacen sin moradores á merced del abandono: la soledad reina en sus herbosas plazas y prolongadas calles, concentrado su escaso movimiento en la *Mayor*, que ceñida de soportales, atraviesa casi la población de un extremo al otro. Algunas exclusivamente formadas de iglesias y de conventos, por cima de cuyas portadas y muros de ladrillo descuellan los cimborios, participan de la triste inmovilidad y solitaria grandeza de Roma, presintiendo la hora no muy lejana que debe transformarlas en campo de ruinas (*a*).

No es Alcalá el primitivo nombre que llevó el pueblo en remotos siglos, ni aquel el suelo donde brotó por vez primera. Para reconocer el sitio de la disputada *Compluto* (2), preciso es

(1) Tomó este nombre la que antes se llamó de *Guadalajara*, desde que entraron por ella en 1568 las reliquias de los santos Justo y Pastor, con cuya ocasión fué adornada de pinturas no borradas aún del todo, y descritas á la larga con los demás festejos por Ambrosio de Morales (a).

(*a*) Afortunadamente no se han cumplido los lúgubres vaticinios del señor Quadrado, muy probables á mediados de este siglo, según luégo veremos.

(2) La etimología de este nombre, más bien que griega, parece latina del verbo *compluere* por la confluencia de varias aguas y torrentes que allí se juntan al Henares, río llamado así por los campos de heno que atraviesa. Guadalajara disputa á Alcalá su descendencia de Compluto: pero aunque divididos los pareceres de los cronistas y anticuarios, favorecen á su competidora más numerosos y autorizados votos; y las graduaciones de los antiguos y dos piedras miliarias de la época de Trajano halladas en aquel contorno, aunque no resuelven con toda evidencia la cuestión, convienen mejor á Alcalá. Bajo la dominación sarracena, siendo ésta un simple castillo y Guadalajara una ciudad populosa, pudo la segunda

(a) Hace pocos años fué demolida, y en verdad que no hay por qué llorarla, pues sobre ser fea, estrecha, mezquina y sin ningún adorno arquitectónico, sólo servía para impedir la circulación del aire y ventilación de la calle.

atravesar el hermoso puente de diez arcos poco apartado de la ciudad hacia el mediodía, y trepar la gran cuesta de Zulema, cuya cima junto á la granja de San Juan del Viso ha conservado hasta nuestros días subterráneas bóvedas y restos de fortaleza impenetrables al arado. Ameno y fuerte y anchuroso asiento ofrecería á la población romana aquella capaz meseta de escarpados bordes y dilatada vista; pero los vestigios de piedras, vasos y monedas, continuados hasta la falda de la colina, y aun más allá del río en la ribera misma de Alcalá al rededor de la fuente del Juncar, persuaden que su recinto se extendería por la pendiente, y que más tarde, en la época del Imperio, se trasladaría por entero á la cómoda llanura. El nombre de Compluto, aunque mencionado en las tablas de los geógrafos, no aparecía unido á ningún personaje ilustre, á ningún hecho de importancia, cuando en los primeros años del siglo III dos niños hermanos, Justo y Pastor, se presentan ante el tribunal de Daciano proclamando la fe de Cristo, resisten con varonil constancia á los halagos y á los azotes, y fortaleciéndose mutuamente, entregan en el campo *Laudable* su tierna cerviz á la cuchilla del verdugo. Cantó Prudencio su valor invicto; y San Paulino, también poeta y esposo de Terasia, insigne dama complutense, depositó los restos de su reciennacido en el suelo consagrado por aquellos mártires inocentes; pero la sepultura de éstos permaneció desconocida, hasta que un siglo después, fué revelada sobrenaturalmente á Asturio, arzobispo de Toledo. Desde entonces se les erigieron altares y templos en todos los ángulos de la Península, y sus alabanzas dictadas por San Isidoro resonaron solemnemente entre los cantos de la iglesia: pero los santos cuerpos emigraron durante la invasión sarracena, permaneciendo en las montañas de Aragón bajo la fiel cus-

---

por su mayor importancia apropiarse los recuerdos de Compluto, y esto acaso dió margen á una reducción equivocada. Plinio nombra á Compluto entre las ciudades estipendiarias y sujetas al convento jurídico de Cesaraugusta.

todia del ermitaño Urbicio (1); y sólo tras de varias traslaciones y repetidas instancias y tentativas por parte de los de Alcalá, volvieron harto desmembrados en 1568 desde Huesca á su patria en medio de pomposos y entusiastas regocijos.

Al descubrir Asturio las preciosas reliquias, no resolviéndose á apartarse de ellas, abdicó la mitra de Toledo, fundando antes en Compluto una silla episcopal, cuya serie de prelados aparece por intervalos en los concilios de la monarquía goda (2); los mahometanos mismos respetaron de pronto su existencia, y á mediados del siglo IX el santo viajero Eulogio recibió hospedaje de Venerio, obispo complutense. Pero entre las densas sombras de aquella era desaparece Compluto, y en su lugar se levanta con el nombre de Al-kala ó *castillo* una, no se sabe si población ó fortaleza, sobre aquel áspero cerro bañado por el río al oriente de la ciudad, donde aún subsisten dilatadas cavidades y descuellan restos de muros y torreones (3). Si en el campo *Laudable*, es decir, hacia la llanura actualmente poblada, permaneció el principal y más numeroso vecindario á la sombra

(1) Véase el tomo de *Aragón*.

(2) El largo intervalo que media entre Asturio y la época de los indicados concilios lo han llenado los supuestos anales de Marco Máximo y Auberto con el siguiente catálogo de obispos complutenses: Facilio, sucesor de Asturio, Fulmaro en 493, Alusiano en 522, Venerio en 558, Novelo, en 563, en 581 Bonito; del penúltimo se sabe que fué señalado barón en el reinado de Leovigildo. Con más seguridad son conocidos los nombres de los prelados siguientes por las firmas que de ellos se encuentran en los concilios toledanos; la de Presidio en el III, la de Blas en el IV, la de Hilario en el V, VI y VII, la de Dadila en el VIII, IX y X, la de Acisclo Audala en el XI, en el XII la de Anibonio, presbítero, á nombre de su obispo Gildemiro, en el XIII y XIV la de Agricio, en el XV y XVI la de Espasando. Del rey Vitiza refiere Auberto que asoló en Compluto un convento de monjas, y las hizo quemar vivas en un horno por no haber accedido á su torpe apetito, noticia que, si bien inserta en un cronicón apócrifo, pudo derivarse acaso de tradición popular (*a*).

(3) Este recinto fortificado, que llaman Alcalá la Vieja, y que reparó á fines del siglo XIV el arzobispo Tenorio, no pudo según su estrechez contener una población á no ser muy reducida; en tiempo de Morales conservaba todavía sus puertas y torres, y se observaban piedras y hasta inscripciones romanas que debieron ser arrancadas de las construcciones antiguas.

(*a*) Por mi parte lo creo un puro embuste de los muchísimos del falsario que engendró tan pestilente cronicón.

del castillo, si la villa sucumbió muchos años antes que éste á las armas de los cristianos, y si á la completa reconquista de aquel suelo precedieron reñidos vaivenes ó pasajeras incursiones, son hechos que las crónicas callan y que ilustran muy poco las conjeturas (1). Largos años hubo de tremolar en las enriscadas almenas la orgullosa media luna en medio del país ya sometido, sembrando la alarma, y el luto á veces, entre los pobladores cristianos, si hasta 1118 no avanzaron contra Alcalá las cruces del venerable D. Bernardo, primer arzobispo de Toledo, á quien de antemano estaba cedido el territorio. Ora por sí solo llevase á cabo la empresa, ora se desplegara en auxilio suyo el pendón real, sobre el escarpado pico hoy llamado de *Mal vecino,* vieron los moros improvisarse otro castillo que desmanteló el suyo con obstinada batería; obligados á abandonarlo, dispersáronse por ocultas sendas; y es fama que en el más alto cerro de la *Veracruz,* hoy consagrado con una ermita, apareció entonces luminoso el signo de la redención, astro de victoria para los sitiadores y aterrador cometa para los cercados.

Confirmado por el rey en la posesión de su conquista, el

(1) En sus incursiones por el reino de Toledo devastó Fernando I entre otros el término de Alcalá, lo que obligó al rey sarraceno á constituirse su tributario. Los que á más del castillo suponen una población en la llanura, convienen en que ésta fué subyugada por Alfonso VI al tiempo de la conquista de Toledo; y en efecto así parece indicarlo la fecha de un antiguo códice de concilios, guardado en aquella catedral, que escribió en 1095 el presbítero Juliano *habitans in Alkalaga quæ sita est super campum Laudabilem.* Pero del castillo propiamente llamado Alcalá, aseguran los anales toledanos que no fué tomado sino en 1118 por el arzobispo D. Bernardo; cosa en verdad extraña que por treinta años permaneciera en poder de los moros aquella aislada fortaleza, enclavada tan adentro en el país conquistado. D. Rodrigo, sin fijar el año de la conquista, parece referirla á los tiempos de Alfonso VI que murió en 1109, lo cual es ciertamente más verosímil y más propio del glorioso reinado de éste, que del turbulento de D.ª Urraca; mucho más, si el rey en persona hubo de acudir al sitio, en socorro del arzobispo, como dice la *Historia general.* Alfonso VII, todavía príncipe, no contaba en 1118 sino doce años; y él mismo presta apoyo á nuestras indicaciones, en la donación que otorgó en 10 de Febrero de 1126 al arzobispo Raimundo «del *castro* que ahora se dice Alcalá, *pero antiguamente Compluto,* con todos sus términos antiguos y que tuvo cuando más floreció así en tiempo de los sarracenos *como en el de nuestro abuelo.*»

arzobispo D. Raimundo, sucesor de D. Bernardo, fundó ó acrecentó la villa tendida por el llano dentro del recinto que hoy ocupa; y los fueros que le otorgó, justicieros al par que libres, protegiendo las clases todas con la igualdad á la sazón posible (1), atrajeron en breve multitud de pobladores. Aquel pací-

(1) Digno de examen á todas luces es el citado fuero escrito en un hermoso códice del siglo XIII que se guarda en el archivo municipal. *Hæc est carta,* dice al principio, *quam fecit Dominus archiepiscopus don Remondus cum omnibus poblatoribus de Alcalá de suis consuetudinibus, quam postea confirmavit successor ejus archiepiscopus dominus Johannes;* y siguen las confirmaciones de los arzobispos D. Cerebruno, D. Gonzalo, D. Martín y D. Rodrigo Jiménez, cuyos son los postreros artículos de los 304 que contiene. En ellos andan revueltos los diversos ramos de la legislación como sucede en los antiguos fueros; pero todos contienen curiosas indicaciones y á veces un espíritu de ilustración más avanzado que su época. Por de pronto reconoce *derechos* en el concejo, es decir, en el pueblo, lo mismo que en el señor. «Abeat el señor sus derectos, et el concejo abeat foro esos derectos.» Había más de un alcalde, y se les asociaban varios *fiadores* ó prohombres; sus fallos, empero, eran absolutos, y sus juicios *en corral* secretos, y para conferenciar entre sí podían hacer salir á los fiadores y al mismo juez, que era nombrado por el señor. Cada viernes *tenian corral*, es decir, daban audiencia al juez y fiadores, y cada sábado al pueblo: pero desde San Juan á Santa María de Agosto había ferias ó vacaciones, á no ser en cuestión de homicidio, violación, incendio ó cosa perteneciente *á era* ó *agua de horto.* El que hacía fuerza al sayón para entrar en corral sin mandato de su mayordomo, pagaba un *mencal;* el que retaba á los alcaldes en cabildo, pagaba á éste cinco mrs. Respecto de salarios sólo se lee: «El escribano tome diez mrs. por soldada, et tome el judez por manto doce mrs. et non pida, et el mayordomo seis mrs. El judez prenda el sétimo de quanto con ducho conceyo diere en servicio al señor de rey e del archiepiscopo.» Todos estos cargos de alcalde, juez y fiadores eran anuales y se renovaban por San Martín, eligiéndose por *colaciones* ó distritos: de jurados se habla pocas veces. Los que viciaban semejantes elecciones por medio del cohecho, no eran castigados con menos rigor que en el antiguo fuero de Madrid: «Todo el que comprare, dice, judgado ó alcaldía ó fiaduría ó juradía, sea perjurado e alevoso probado; e si los alcaldes e jurados probaren que alguno lo compró, peche L mrs. los medios al señor e los medios al castiello, e pierda el portiello e non haya mais portiello en Alcalá.» Llamábanse *aportellados* aquellos á quienes estaba encomendada la guarda de un portillo, y de este honor y confianza sólo disfrutaban los avecindados en Alcalá por espacio de un año. De otro artículo aparece que la población se hallaba repartida entre la villa y el castillo, ó sea el cerro de Alcalá la Vieja, y que estos gozaban de ciertas preeminencias sobre los otros: «El que toviere casa poblada en *castiello* con filios e con muger todo el anno, non peche nisi quarta parte de la pecha, e los que moraren en la *vila* media pecha: el que tenga cavallo de quince mrs. escúsese de pechar.»

En los juicios era grande la fe del juramento y de la palabra aun en boca del mismo acusado. Tolerábase la vindicta propia en las querellas personales, pero la alevosía era severamente castigada. «Qui desafiar quisiere, es decir, romper con otro las amistades, desafie dia de domingo en conceyo;» pero más abajo añade: «Todo ome qui firiere adotro dia de domingo en conceyo, duple las calonas (mul-

fico señorío nada se resentía de feudal dureza; y el palacio arzobispal levantado sobre el reciente caserío para protegerlo y no para dominarlo, difundía en torno el esplendor y la beneficencia de sus dueños. Si alguna vez albergaba como huéspedes á los monarcas, su autoridad enmudecía ante los derechos de los prelados; y en 1485 todavía los mismos Reyes Católicos hubieron de acatarlos, cediendo á la firmeza del cardenal Mendoza, tan adicto suyo. La administración de justicia la delegaban á un juez; los vecinos elegían á los alcaldes y jurados para su gobierno municipal. Un alcaide mantenía por el arzobispo la fortaleza cuyos muros no fueron inútiles en 1195 para defender la población del ímpetu de Aben Jucef, que embravecido con la victoria de Alarcos, cebó su furor en las campiñas: pero sus torres dos siglos después caían ya desmoronadas, cuando el arzobispo Tenorio, á quien asimismo debe Alcalá su hermoso puente, reparó las unas y levantó de nuevo las otras, abriendo

tas) superscriptas, como si fuere sobre salvo, et si matare muera por elo como García.» Para muestra de su código penal pondremos los artículos siguientes: «Qui matare vezino, peche CVIII mrs. por omezilo, e si non oviere onde los peche, peche todo lo que oviere e aduganlo delante los alcaldes, e parientes del muerto tayenle la mano dextra; e peche de los CVIII mrs. un tercio de aver, un tercio en ropa e un tercio en ganado. — Qui pasare el cuerpo con lanza ó azcona peche XX mrs. et si non lo pasare X, e por feridas onde ixiere sangre cinco sueldos. —Varon qui prisiere ad otro á la barba, peche IIII mrs. e meta la suya ad enmienda, e si barba non oviere, tayenle una pulgada in carne in sua barba. — Todo cristiano vezino qui matare ó firiere á judeo, a tal calona peche como pechan por vezino cristiano á cristiano; todo judeo que matare ó firiere á cristiano, otra tal calona peche como cristiano á cristiano, e non escan enemigos.» De esta singular y laudable igualdad de condiciones ante la ley no participaban los moros tal vez por considerarse en su mayor parte como cautivos. «Quien moro ó mora firiere peche las medias calonas que pechan por cristiano.—El que matare á su fijo, si ante non ovo otra baraia, non peche sino ocho mrs. e jure con doce vezinos e sea creido que no lo fizo con mala voluntat. — Todo ome qui su muger matare muera por ello, e la muger otrosí.—Qui casa quemare á sabiendas, pectet CVIII mrs., e si non oviere donde, justícienle el cuerpo e pierda lo que oviere.» De todo robo debían pagarse las setenas, y además los ladrones eran ahorcados. La mujer deshonrada debía quejarse de su forzador en el acto, y casarse con él si se avenían los parientes; y se necesitaba también el consejo de uno de estos para que una viuda pasara á segundas nupcias. Por otros artículos se señalan á los tejedores la cantidad de telas que hán de tejer, se organizan los gremios, regúlanse los pesos y medidas, se pone tasa á los víveres y en particular al pescado, y se arreglan las cuestiones de pastos, viñas y labranzas.

bóvedas y almacenes, y previniéndola no ya contra la saña de los moros, sino contra las discordias intestinas del reino.

Alcalá, no obstante su dependencia de la silla Toledana, vió á menudo á los soberanos establecer allí por largas temporadas su residencia, y asociar de este modo sus propias alegrías y desventuras á la historia de la villa. Minado por dolencia prematura llegó á sus puertas Sancho IV en los últimos meses de 1294; pero no encontrando bajo su puro cielo el esperado alivio, otorgó ante la corte que le seguía el solemne testamento, que puso al niño Fernando bajo la tutela de su varonil esposa, la reina María; y menos solícito acerca del porvenir, salió como huyendo de la muerte que le alcanzó por fin en Toledo. Allí el mismo Fernando IV en 1309, estrechó la mano de Jaime II de Aragón, y acordaron unir contra los sarracenos sus armas hasta entonces divididas: allí Alfonso XI en las cortes de 1348 formó el célebre *ordenamiento* que tomó el nombre de Alcalá, código que por algún tiempo fué la norma de los tribunales; y allí mismo al año siguiente, en las nuevas cortes que juntó, las ciudades de Castilla la Nueva y de Andalucía compraron caro el honor de ser representadas por primera vez en la asamblea, sometiéndose no sin murmullo al gravoso pecho de alcabalas, y se suscitó sobre la primacía la famosa competencia entre Burgos y Toledo, dirimida por la prudencia del monarca.

Alguna vez empero enlutó funesto azar estas solemnidades y regocijos; bien que risueño cual nunca amaneciese el domingo 9 de Octubre de 1390 que debía alumbrar los funerales de Juan I. Por la puerta de Burgos contigua al palacio arzobispal salía el buen rey á caballo después de misa, á presenciar las diestras evoluciones de una cuadrilla de *farfanes*, cristianos aventureros largo tiempo ejercitados entre los marroquíes; y la hora, el espectáculo, el bullicio, despertando en su ánimo un ardor más ageno de su salud endeble que de sus años casi juveniles, le hicieron aplicar las espuelas á su corcel brioso, que

partió disparado como un rayo. Sonó un grito de aplauso mezclado de inquietud; pero el caballo volaba ya fuera de camino por campos y barbechos, el jinete arrastrado oscilaba sobre su silla, y dió por fin en tierra con estrepitoso choque ahogado por un ¡ay! general. Levantóse á toda prisa una tienda en el sitio de la caída, dobles guardas la cercaban, hacíanse plegarias, circulaban favorables nuevas desmentidas por lo lloroso de los semblantes; el monarca había ya cesado de existir, pero su muerte convenía quedase oculta, mientras el prudente arzobispo Tenorio, por temor de las revueltas, preparaba en secreto la proclamación del rey niño Enrique III.

El humor belicoso de los arzobispos y su intervención en los negocios y revueltas del Estado comprometieron á menudo el sosiego de Alcalá, al paso que realzaron á los ojos de sus señores la importancia de poseerla. Tenorio disputando y reclamando para sí solo la regencia durante la agitada menoría de Enrique III, Cerezuela auxiliando en la prolongada lucha contra sus rivales á D. Álvaro de Luna su hermano uterino, Carrillo declarado en su veleidosa ambición á favor de los portugueses contra Isabel y Fernando, cuyo enlace había formado él mismo, consideraron á Alcalá como su fortaleza, y atrajeron alguna vez sobre ella las armas enemigas. Los Reyes Católicos apoderados de la villa le restituyeron la paz y la ennoblecieron con sus largas y repetidas permanencias; allí vió la luz su hija Catalina, infortunada reina de Inglaterra, allí su nieto Fernando, emperador de Alemania, cuyo nacimiento costó la razón á su madre D.ª Juana. Situada casi á las puertas de Madrid, Alcalá se familiarizó más y más en los siglos posteriores con el esplendor de la corte y la vista de sus soberanos; y aunque ganó poco en prosperidad verdadera, adquirió por fin en 1687 el título de ciudad (1) desdeñado por su vecina.

(1) En este privilegio dado en Aranjuez á 5 de Mayo se recopilan de esta suerte las excelencias de Alcalá: «que antiguamente fué honrada con el título de ciudad, y que es cabeza de obispado pues encierra en sí la jurisdiccion de metró-

La villa en sus principios no conoció otra parroquia que la de San Justo, donde se reunía el concejo cuando no en la contigua ermita de Santa Lucía; y de ella tomó el nombre de Alcalá de *San Juste* la que posteriormente se llamó de *Fenares*. Erigida en colegiata insigne la parroquia hacia 1479, levantóse sobre el área antigua más grandioso y bello el edificio, de 1497 á 1509, bajo la dirección de Pedro Gumiel; bien que su generoso promovedor Cisneros atendió, no tanto á la magnificencia de la fábrica, como al lustre y autoridad de los prebendados, que dispuso fueran doctores, por lo cual en 1519 la apellidó León X iglesia *magistral*. Su fachada aunque campee en desahogada plazuela, su torre de piedra si bien robusta y terminando á regular altura en agudo chapitel, carecen de las caprichosas líneas y profusión de labores que en aquel tiempo suplían por la gótica pureza. Verdad es que el interior reviste aún las formas de ese bello estilo; las naves laterales poco menos altas que la del centro se juntan en el trasaltar, bocelados pilares á seis por fila sostienen los ojivos arcos de comunicación; pero falta gracia á su conjunto, y adorno á cada una de sus partes. Al través de una artificiosa reja labrada por Juan Francés, y en el fondo de espacioso presbiterio, aparece levantado sobre once gradas el retablo principal, de barroco gusto (*a*) destacando

poli, y una iglesia tan insigne que toda se compone de prebendados dignos de ocupar las prebendas de las iglesias catedrales, y que tambien se halla con una universidad de las mas célebres de toda Europa...; hallándose con muchas casas originarias muy ilustres, habiéndose celebrado muchos concilios en que se determinaron materias muy importantes, y que tambien se hicieron cortes en ella por el Sr. rey D. Alonso XI y muchas pragmáticas por los Sres. reyes D. Fernando y D.ª Isabel, no siendo menos ilustre por los santuarios tan grandes que goza, iglesias, monasterios y hospitales, y estar murada, por su mucha poblacion, y por la gloria que la dieron los felices nacimientos de la Sra. infanta D.ª Catalina, reina de Inglaterra, y los de los Sres. infantes D. Alonso y D. Fernando, en cuyos nacimientos tuvo la esperanza de que se la honrase con el título de ciudad,» por todas estas razones acaba concediéndole el mencionado título con las preeminencias de voto en cortes aunque sin el voto.

(*a*) El altar actual, armatoste de madera dorada, se colocó allí cuando se trajeron las Santas Formas de la iglesia de los Padres Jesuítas, expulsados en 1767.

sobre el ábside pintorreado (1); y debajo de él está la cripta ó capilla subterránea, á la cual introducen por el trasaltar dos portadas de orden corintio adornadas de estatuas y relieves, y donde se custodian con amor y reverencia las reliquias de los tiernos mártires de Compluto. La sillería del coro situado en



ALCALÁ DE HENARES.—FACHADA DE LA COLEGIATA

medio de la nave principal y rodeado de altares en su parte exterior, reclama apenas una ojeada sobre su ligero trabajo: sencillas son y del Renacimiento las portadas que llevan algunas de las capillas; y asoman harto truncadas otras dos más antiguas en el fondo de los brazos del crucero, que se distingue

(1) En el friso á los lados del presbiterio se leen, en letras góticas, alabanzas de la Virgen: *Ave regina cœlorum, mater regis angelorum, ó Maria decus virginum... ora pro nobis, sancta Dei genitrix, ut digni, etc.*

únicamente de las demás arcadas por su mayor anchura. Ni busque allí el curioso variedad de inscripciones y memorias sepulcrales (*a*), si es que no llama su atención la de Pascual Pérez y su mujer, fundadores de un hospital en el siglo XIV (1); pero antes de salir al claustro, observe el bello nicho artesonado donde yace la efigie sacerdotal de Pedro López (2); y al dar la vuelta al exterior del templo, lea á sus espaldas la inscripción que recuerda los desvelos paternales de Cisneros á favor de su predilecta villa (3).

(*a*) En la renovación del pavimento, que se hizo hacia el año 1860, se removieron de su sitio todas las lápidas sepulcrales colocándolas en el ábside, como se hizo por entonces en otras muchas iglesias principales de España; así que sería en vano buscar debajo de ellas los restos de los personajes cuyos nombres conservaban.

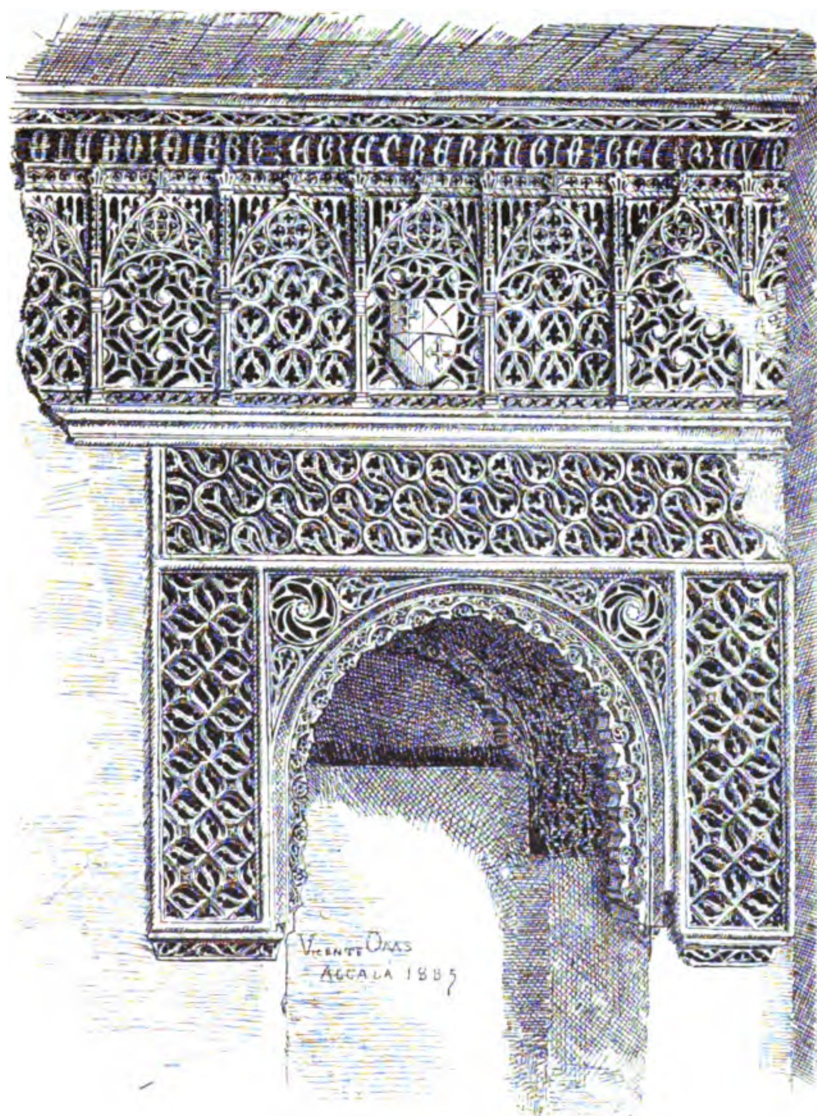
(1) «Aquí yacen, dice la lápida, Pascual Perez e dona Antona su muger, patrones del cabildo de Sancta María la rrica, que finaron en la era de Cesar MCCCL anos (1312) que doctaron el cabildo de los molinos e todos sus bienes.» Hallábase ya su sepulcro en la iglesia vieja, y al construir la nueva fué reedificada en 1520 la capilla por la cofradía de dicho hospital de Santa María *la rica*.

(2) Aunque este personaje no es conocido sino por su epitafio, que carece de fecha, indican ser de principios del siglo XVI el estilo de los follajes de la urna y del nicho, el trabajo de la estatua con traje de prebendado y un monaguillo á sus piés sosteniendo un cáliz, y sobre todo la elegancia de los dísticos siguientes:

Hanc aram, has tabulas, atque hoc tibi, Petre, sacellum
Condidit hac primus Petrus in æde Lupus.
Nomine nempe Lupus priscorum à stirpe parentum,
Re tamen atque æquis moribus agnus erat.
In reliquos clemens, sibi durior, ausus in altum
Ire polum invicte per pietatis iter.
Jura teneus, recti custos, et largus egenis,
Qua potuit patriæ dampua levavit ope.
Sed postquam hoc templum... ornavit et auxit,
Hac tandem placido fine quievit humo.

(3) En ella se dice: «Año de MDXII Fr. Francisco Ximenez de Cisneros etc. legó á esta villa diez mil fanegas de trigo, con que el dinero de ellas no se emplee sino en trigo para que el pan vaya siempre en crecimiento y el precio en baja: pónese aquí para que, no cumpliéndose así, cualquiera pueda reclamar. En reconocimiento de esta merced hace la villa cada año dia de San Miguel una procesion á San Ildefonso y al dia siguiente un aniversario en la iglesia.» Y siguen estos dísticos:

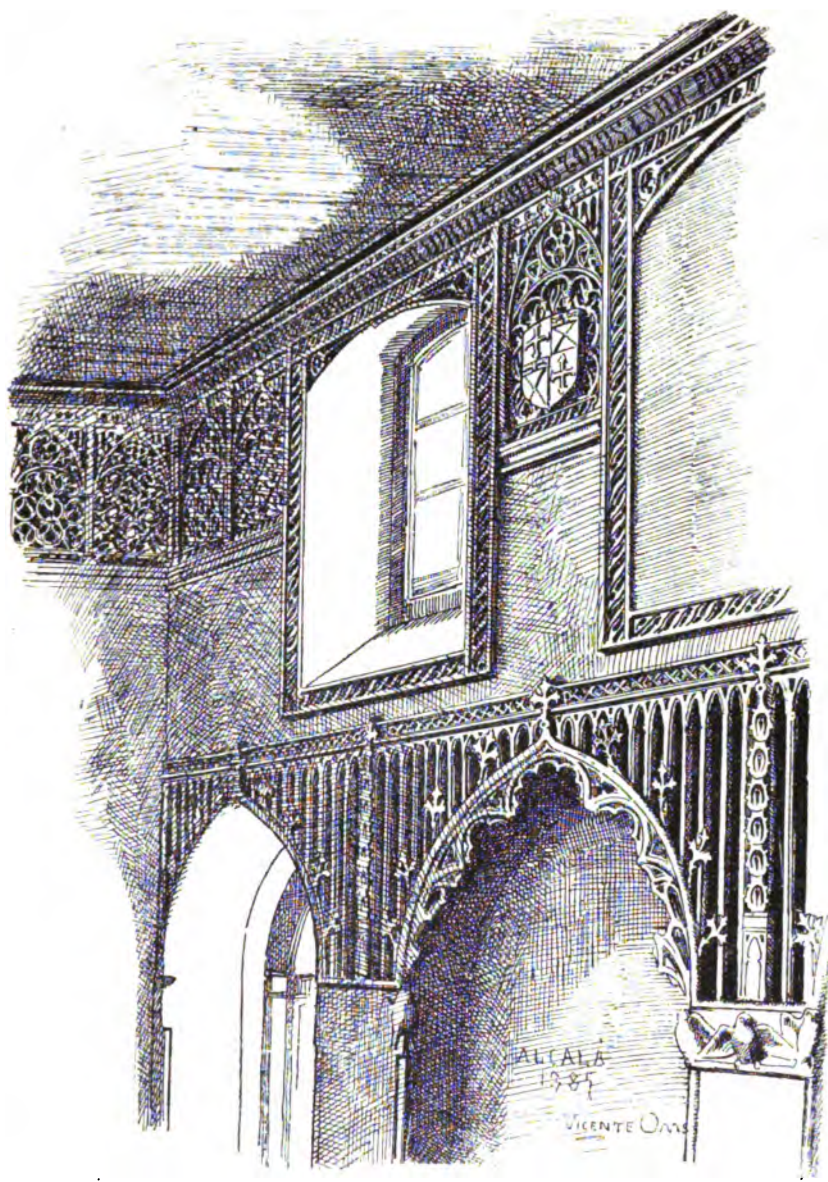
Æthere seu largus seu parvus decidat imber,
Larga est Compluti tempus in omne Ceres.
Namque animis dederat sophiæ qui pabula præsul,
Idem corporibus jussit abesse famem.



Arabescos de Santa María

Por cima de los árboles que dan sombra al paseo, que el año de 1835 se hizo en la antigua plaza, descuella la segunda parroquia de Santa María, en cuya pila bautismal fué regenerado en 1547 el inmortal Cervantes (1), varón de mayor lustre para Alcalá que todas sus glorias universitarias. La iglesia como incompleta y sometida á varias renovaciones, presenta una anchura desmedida respecto de su longitud, tres naves elevadas, ancho crucero con linda bóveda de arcos entrelazados, alumbrado á los extremos por un grande ajimez semicircular, y tres ábsides de poca profundidad en el fondo á manera de nichos excavados en el muro: el principal, donde se representa pintada al fresco la Asunción de la Virgen, contiene un retablo de buenas pinturas y un tabernáculo de regular elegancia. Para comprender la estructura del edificio, preciso es conocer sus vicisitudes: hacia 1400 Santa María la Mayor, regida por un arcipreste, ocupaba el sitio del convento de San Diego, y en 1449 se trasladó á su actual asiento donde existía desde 1268 la ermita de San Juan *de los Caballeros*. Pasó un siglo sin intentar variación en la fábrica; pero en 1550 pareciendo ruinosa y tosca, fué derribada la mitad de ella para construir el crucero, y en tiempos posteriores se derribó la otra mitad que restaba de la ermita, convirtiéndose en longitud de la iglesia la que antes fué su anchura cuando la capilla del Cristo formaba su cabecera. Por esto ahora vemos arrancada de la capilla de Santiago la bella urna sepulcral de sus fundadores, é incrustadas de pié sobre ella á la izquierda del crucero las efigies antes echadas

(1) En el libro de bautismos de 1533 á 1550 se halla la interesante partida que decide la famosa competencia acerca de la patria de Cervantes: «En domingo nueve dias del mes de octubre año del Señor de mil e quinientos e quarenta e siete años fué baptizado Miguel hijo de Rodrigo de Cervantes e su mujer D.ª Leonor; fueron sus compadres Juan Pardo, baptizóle el rev. Sr. bachiller Serrano, cura de Nuestra Señora; testigos Baltasar Vazquez, sacristan, e yo que le baptizé e firmé de mi nombre=Bach. Serrano.» En el mismo libro se hallan las partidas de bautismo de sus hermanos Andrés en 8 de Diciembre de 1542, Andrea en 24 de Noviembre de 1544, y Luísa en 21 de Agosto de 1546. Una lápida moderna en apoyo de la tradición designa como casa natal del autor del *Quijote* un tapiado portal arrimado á la huerta de capuchinos.



Detalles de la Capilla del Cristo en Santa María

de Fernando de Alcócer y María Ortiz (1). Por esto sorprende, subiendo al órgano, hallar oculta y abandonada la capilla que puesta un día al lado del presbiterio formó el principal ornamento de la iglesia; y da grima ver tapiado el arco arábigo de su entrada y la alta ojiva de enfrente que tal vez cobijaba el sepulcro del fundador, y truncados y cubiertos de polvo los arabescos, arquerías y frisos con que tan delicadamente bordaba los muros en el siglo XV el arte gótico combinado con el sarraceno (2).



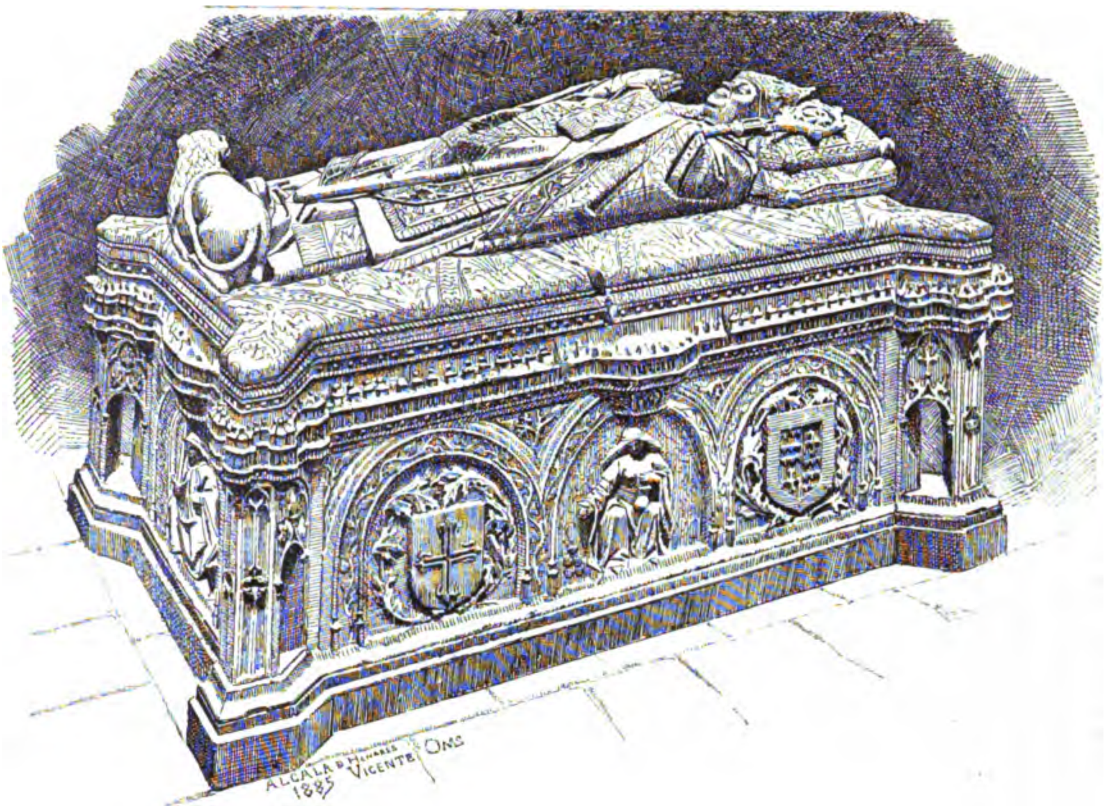
EFIGIE DE FERNANDO DE ALCÓCER

La tercera parroquia de Santiago no fué erigida hasta 1501, cuando convertidos en su mayor parte los moros de Alcalá y echados los restantes, pudo su mezquita convertirse en templo, cuya renovación hecha con pésimo gusto después del 1600 borró del todo los indicios de su origen. No lejos de allí hacia la calle Mayor tenían los judíos su sinagoga, cuyo nombre conserva aún cierto corral, tratados por el anti-

(1) Sobre la urna esculpida con pámpanos y blasones se leen fragmentos de la antigua inscripción: «guarda del rey nuestro señor fundó e dotó en su vida esta su capilla e sepultura en que... su mujer que... passó de esta vida á XXIIII de jullio de MCCCCXLI.» Arriba hay otra inscripción de letra corriente, en que se expresan los nombres de los consortes, y que habiéndose derribado la capilla de Santiago para construir la mayor, puso sus bultos en aquel sitio en 1648 su biznieto D. Luís Ellauri y Medinilla. Fernando Alcócer, caballero de la Banda, casó segunda vez con Blanca Núñez, de quien tuvo numerosísima prole.

(2) De la inscripción puesta en el friso de esta capilla, he aquí lo único que puede leerse... «Toledo, oidor e refrendario del rev. arz... á nombre de Dios et de la gloriosa Vírgen Santa María et de los apóstoles Sant Pedro e...»

ALCALÁ DE HENARES



SEPULCRO DE CARRILLO EN SAN JUSTO

guo fuero de la villa con una consideración de que ofrecen raros ejemplos los anales de la Edad media.

Antes de la época de Cisneros no existía en Alcalá otro convento que el de franciscanos: un poderoso y turbulento arzobispo, D. Alonso Carrillo de Albornoz, lo había fundado en 1454, y traído á él un humilde lego andaluz, para que lo ilustrara con sus heróicas virtudes y con su crédito milagroso después de muerto. El cuerpo de San Diego, abandonando su renovada capilla y la urna de mármol en que yacía (*a*), es venerado ahora en la colegiata de San Justo; el sepulcro del arzobispo fundador, puesto en alto bajo un arco gótico á la izquierda del presbiterio, y transmitiendo su enérgico semblante á la posteridad en la tendida estatua, constituye la única joya (1) de su

(*a*) Fué trasladado sin aparato alguno desde su sepulcro á la capilla de San Pedro Regalado, en la iglesia de San Justo, el día 29 de Diciembre de 1835, al otro día de Inocentes, en que fueron cerrados todos los conventos de Alcalá, y desterrados muchos catedráticos. Salvóse afortunadamente el arca de plata, por la poca cantidad y espesor de ésta.

(1) Del cuerpo del sepulcro resaltan dos órdenes de arquitos semicirculares con blasones y figuras esculpidas, y entre ellos y en el interior del nicho y en las pilastras laterales, se notan mal juntados estos fragmentos de epitafio: «D. Alfonso de Carrillo... ria arzobispo de Toledo fundador de este monasterio, vivió arzobispo treinta e V annos... magnífico señor de la villa de Alcalá... primero dia de... e quatrocientos e ochenta e dos annos, de hedat de sesenta e ocho annos e diez...» Este desorden proviene de la traslación, que mandó hacer Cisneros, desde el centro del presbiterio, donde yacía al lado de su hijo D. Troylo, al sitio donde actualmente está, llevando el de su hijo á la lóbrega capilla de San Julián en el claustro, junto á la sacristía, en cuyo paraje estaba el entierro de los religiosos, borrando de paso parte de las inscripciones, para quitar de la vista, decía el virtuoso Cisneros, lo que pudiera revelar la incontinencia de aquel prelado. Á esta traslación alude la inscripción latina puesta allí en 1613 por D. Juan de Acuña, marqués del Valle, descendiente del arzobispo, en que dice «haber sido trasladado desde el antiguo sepulcro en que yaciera durante muchos años.» Era hijo D. Alonso de Lope Vázquez de Acuña, regidor de Cuenca, pero tomó el apellido de su madre D.ª Teresa, hija de Gómez Carrillo *el viejo* y de D.ª Urraca de Albornoz: la historia de este ambicioso prelado es harto conocida, como tan ligada á la de los reinados de Juan II, de Enrique IV y de los Reyes Católicos en su principio: murió en Alcalá á 1.° de Julio de 1482. Bajo el arco del nicho se ve un pelícano con esta sentida divisa:

Si el alma no se perdiera,
lo que esta ave hace, yo hiciera;

prolongada y desierta nave, digna de mejor suerte por su bóveda de crucería (*a*). Al lado de este convento medio siglo después erigióse la universidad; y cual si hubiera fecundado el suelo su vivificante semilla, brotaron en derredor conventos, colegios, hospitales y demás establecimientos que reclamaba aquel emporio de la enseñanza (1). Á la sombra de este, cada orden religiosa quiso fabricar su residencia y á veces más de una, y se glorió de ser dignamente representada por los hombres más eminentes; hoy su memoria yace confundida con las ruinas de los claustros que habitaron (2), y con harta mengua del saber sumidas sus obras en el polvo de las bibliotecas. Entre tanto número de edificios vaciados, como los conventos de Madrid, en el molde de los siglos XVI y XVII, destinados en la actualidad á usos militares ó entregados á una lenta consunción, sobresale únicamente junto á la puerta de Mártires el colegio de Jesuítas por la nobleza y majestad de su fachada. Seis magníficas columnas istriadas de orden corintio sostienen el primer cuerpo, y.cuatro menores

alusión bien clara al desmedido cariño que profesaba á su hijo, el cual tenía sobre su sepulcro esta otra inscripción:

Llebó la muerte consigo
quien nunca muere conmigo.

(*a*) El convento é iglesia de San Diego fueron demolidos en 1856 para construir el grandioso cuartel de caballería en su gran área, que bien se hubiera podido construir sin demoler aquél, donde tantos terrenos había.

El sepulcro de San Diego estaba en el paraje donde hoy está el cuarto de banderas, junto al cuerpo de guardia.

El sepulcro del arzobispo Carrillo fué llevado también á la iglesia de San Justo, y colocado en el trascoro.

(1) Las casas de religiosos llegaron muy pronto á 21 entre conventos y colegios, y otros tantos eran los colegios seculares.

(2) Bajo del coro de San Agustín tropezamos por casualidad con la inscripción siguiente: *Fr. Ambrosius Calepinus ordinis Eremitarum Sancti Augustini, obiit anno 1511:*

Ille ego Pieridum princeps, limenque sophiæ
Quo sine nil prosunt ars, schola, dogma libri.
Me sapiens, senior, pueri juvenesque salutant,
Consulti, medici, biblicus, astra, tropus (*b*).

(*b*) Alude á su diccionario latino, tan usual entre los escolares, que comunmente á todos los diccionarios latino-hispanos se los llamaba *calepinos*.

el segundo; entre los claros de aquellas ábrense tres portadas, adornada la principal con columnas del mismo género, y sobre ella una gran ventana con frontispicio semicircular; gallardas estatuas de San Pedro y San Pablo, de San Ignacio y San Francisco Javier, ocupan unos y otros intercolumnios; y un ático triangular flanqueado por dos pirámides corona airosamente la obra de Juan Gómez de Mora, digno sucesor de Herrera en la arquitectura greco-romana.

Habitados por las vírgenes del Señor, alargan su vida á duras penas los numerosos conventos que para ellas se fabricaron en otro siglo más piadoso. Fundación del gran Cisneros para religiosas franciscas son los de Santa Clara y San Juan de la Penitencia, marcado con su escudo de armas sobre la puerta, este en 1508, aquel en 1515 (1); más tarde, en 1562, cierta milagrosa aparición de la Virgen dió motivo á erigir el de carmelitas descalzas titulado de la Imagen y adornado de muy linda portada plateresca (*a*). Siguieron los de Santa Catalina, Santa Úrsula y Santa Magdalena; y apareció por último el más suntuoso de todos, el que construyó para las bernardas, entrado ya el siglo XVII, el arzobispo Sandoval. Por cima de su fachada de ladrillo gravemente sencilla (2), asoma la gran cúpula elíptica, que cobija su airosa elipse recamada de dorados filetes y dibujos por adentro; y aun cuando buenos cuadros no revistieran sus capillas y no ocupara la mayor un aislado tabernáculo de dos cuerpos, bastaría para recomendación de aquella iglesia la

---

(1) Formáronlo ciertas beatas ya de antes reunidas bajo la advocación de Santa Librada en el local del que fué luégo convento de bernardos.

(*a*) Este convento es muy célebre por muchos conceptos, y su historia escribió el señor Portilla, cronista de Alcalá. Fundóle la ven. María de Jesús, amiga de Santa Teresa, la cual habla de ella y de su fundación en el cap. 35 de su *Vida*.

Observan la Regla *primitiva* de Santa Teresa, sin modificación alguna, pues no quisieron admitir ni aun las que hizo el padre Gracián, de acuerdo con Santa Teresa.

(2) En las fajas resaltadas que la adornan se lee esta inscripción trazada en gruesos caracteres: *Ad gloriam Dei conditoris, sedente Paulo V pontifice maximo, Philippo III rege catholico, divo Bernardo patrono, D. Dominus Bernardus archiep. Toletanus card. de Sandoval inquisitor generalis construxit a. 1618.*

elegante forma que le imprimió su arquitecto Sebastián de la Plaza, y que imitada tal vez en San Francisco el Grande de Madrid pierde en gracia cuanto crece en dimensiones.



SOBRE-PUERTA EN EL PRIMER PATIO DEL PALACIO ARZOBISPAL

Al cruzar empero la solitaria plazuela de las Bernardas rodeada de otras iglesias, es imposible no fijar la vista en dos magníficas ventanas engastadas en grueso paredón, cuyos góticos arabescos bajando hasta la mitad de su abertura describen una preciosa estrella. Flanquea el ángulo un cuadrado torreón con saliente barbacana, sobre el cual creció una parásita torrecilla, y volviendo la esquina nos hallamos de pronto en la residencia de los antiguos señores de Alcalá. En el centro de la

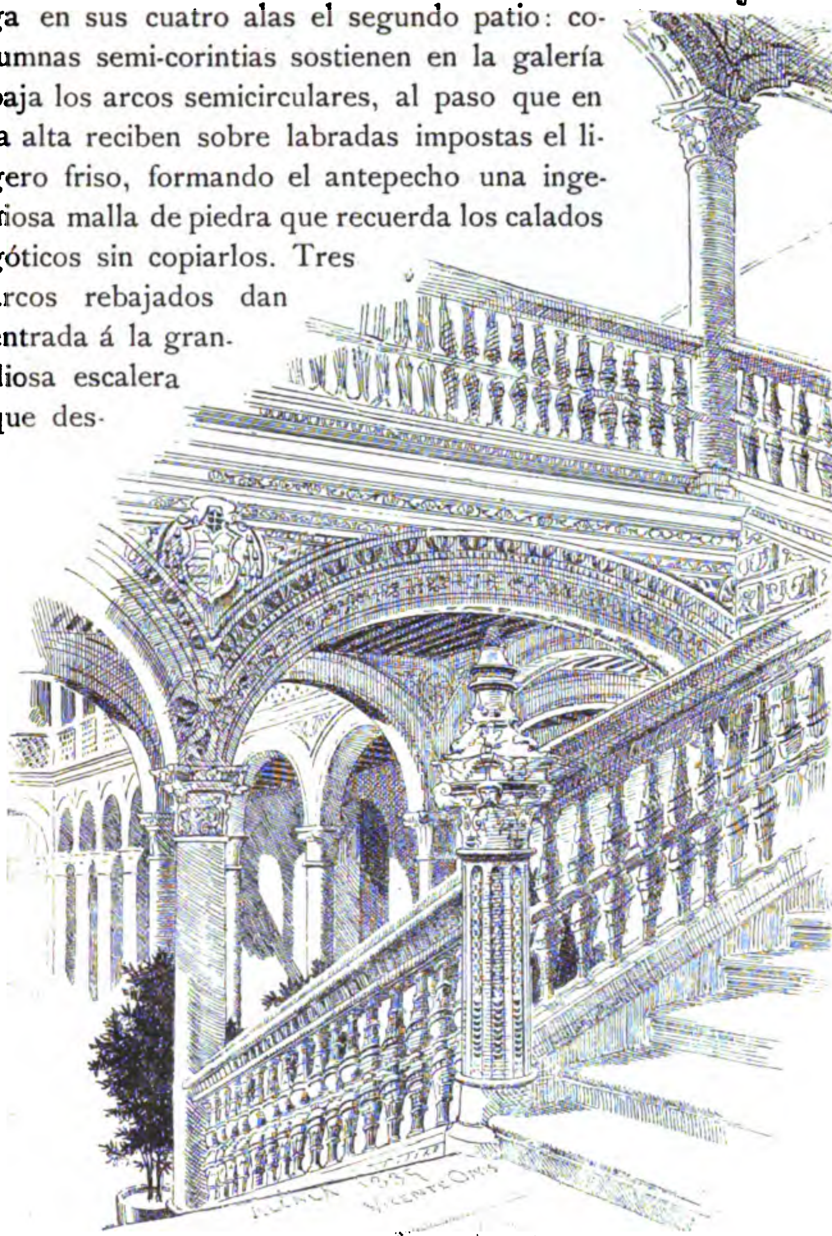
fachada del primer patio campea un grande escudo arzobispal; y el plateresco garbo de sus siete puertas que introducen á



ALCALÁ DE HENARES.—Patio del Palacio Arzobispal

otras tantas oficinas, el de las ventanas del segundo cuerpo y la galería que sirve de remate, dan claros indicios de su construcción á mediados del siglo XVI. Igual estilo pero mayor riqueza desplie-

ga en sus cuatro alas el segundo patio: columnas semi-corintias sostienen en la galería baja los arcos semicirculares, al paso que en la alta reciben sobre labradas impostas el ligero friso, formando el antepecho una ingeniosa malla de piedra que recuerda los calados góticos sin copiarlos. Tres arcos rebajados dan entrada á la grandiosa escalera que des-



ALCALÁ DE HENARES.—Escalera del Palacio Arzobispal

emboca por otros tantos en el piso principal, llamando la aten-

ción sobre su pié prolijamente almohadillado con variedad de casetones, sobre los balaústres de su pasamanos y sobre el



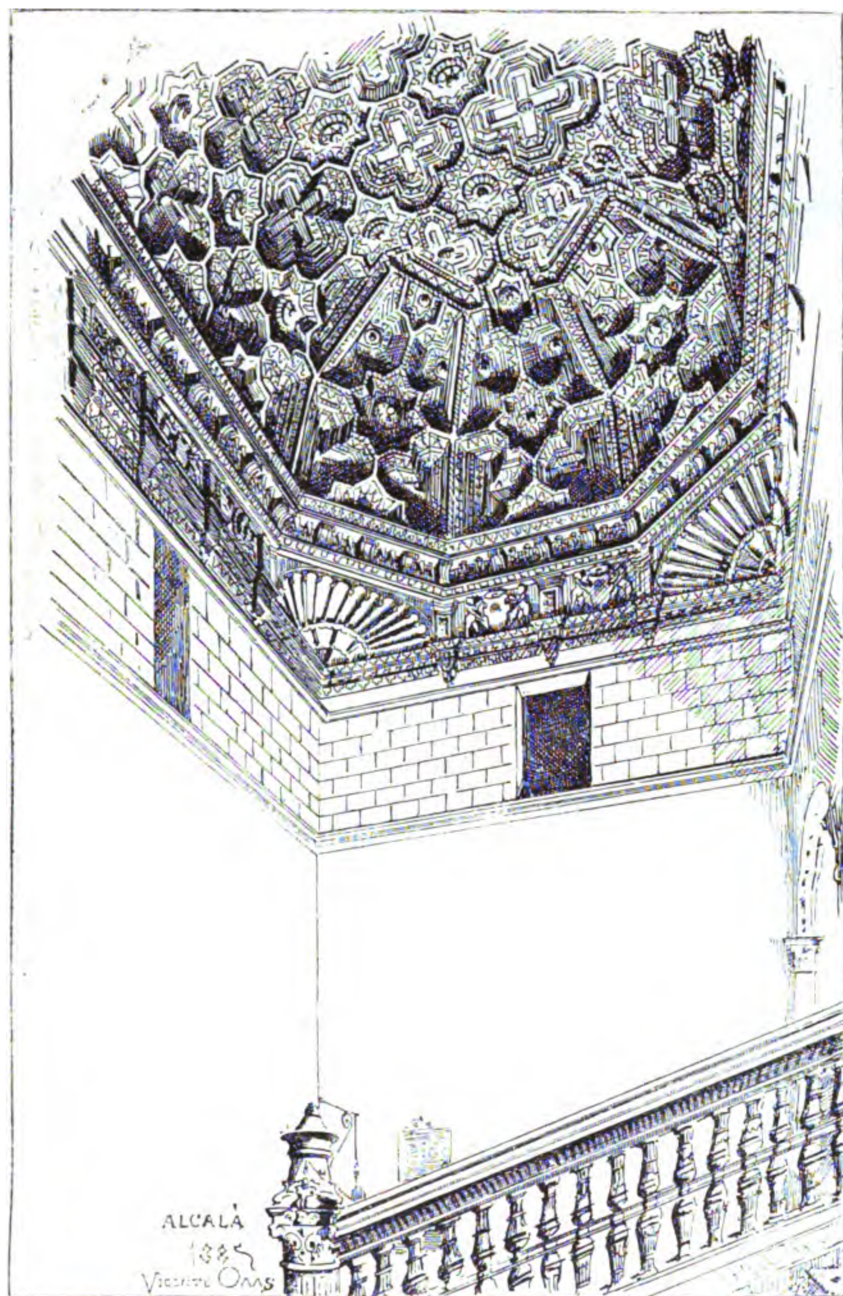
Decoración del almohadillado de la escalera

artesonado de su techo todavía lindo á pesar del blanqueo. Todo se debe á la esplendidez de los arzobispos Fonseca y Tavera; las cinco estrellas, blasón del primero, brillan en las



Decoración del almohadillado de la escalera

enjutas de los arcos; el nombre del segundo se lee sobre las airosas portadas de la galería superior: y sólo acusan allí una fecha más remota los dos ajimeces de austero gótico abiertos en el piso bajo.



Artesonado de la escalera del Palacio Arzobispal



PORTADA EN LA GALERÍA ALTA DEL PALACIO

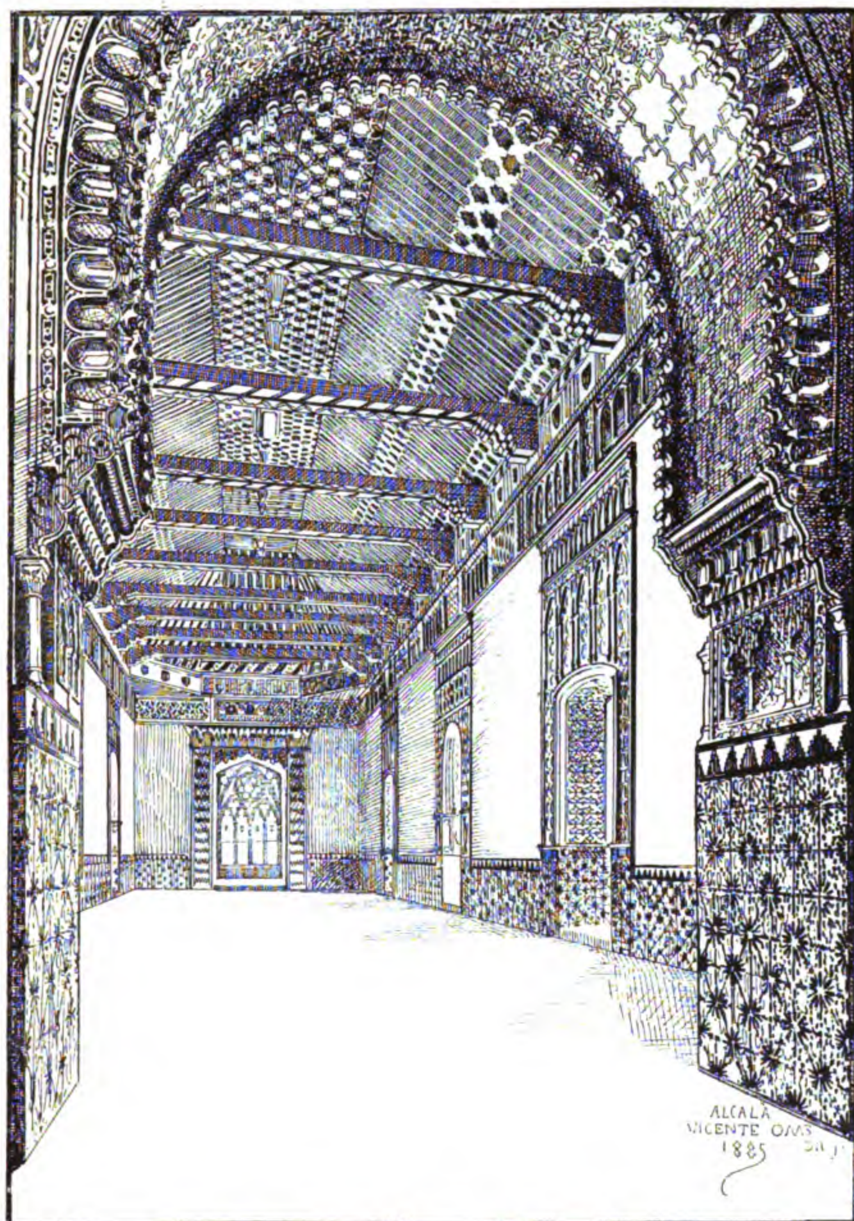
Á estas obras otras sin duda debieron preceder no menos suntuosas respecto de su siglo, ya que los arzobispos de Toledo desde el principio parecieron fijar en aquel palacio sus complacencias. Allí residieron á menudo como en su propia corte, allí exhalaron muchos el último aliento (1); algunos legaron á aquella tierra sus mortales despojos. En la sala de concilios juntáronse repetidas veces los obispos de la dilatada provincia toledana, convocados en 1333 por D. Jimeno de Luna, y acordando en 1400 por influjo de la Francia suspender la obediencia al papa de Aviñón; y todavía fuera imponente el aspecto de aquella vastísima estancia si desapareciera el postizo techo que la ahoga, y dejara ver su rico artesonado formando dos vertientes (*a*). Más allá se admiran las estrellas y casetones que bor-

---

(1) He aquí los nombres de los arzobispos que fallecieron en Alcalá y la fecha de su muerte: D. Jimeno de Luna en 17 de Noviembre de 1338, si bien Mariana lo pone en el año anterior; D. Sancho de Rojas en 24 de Octubre de 1422, y Juan II acompañó su cadáver hasta la puerta de la villa; D. Juan Martínez de Contreras en 16 de Setiembre de 1434; D. Alonso Carrillo en 1.° de Julio de 1482; D. Alonso de Fonseca en 4 de Febrero de 1534; D. García de Loaysa en 22 de Febrero de 1599, y está sepultado en la capilla subterránea de San Justo.

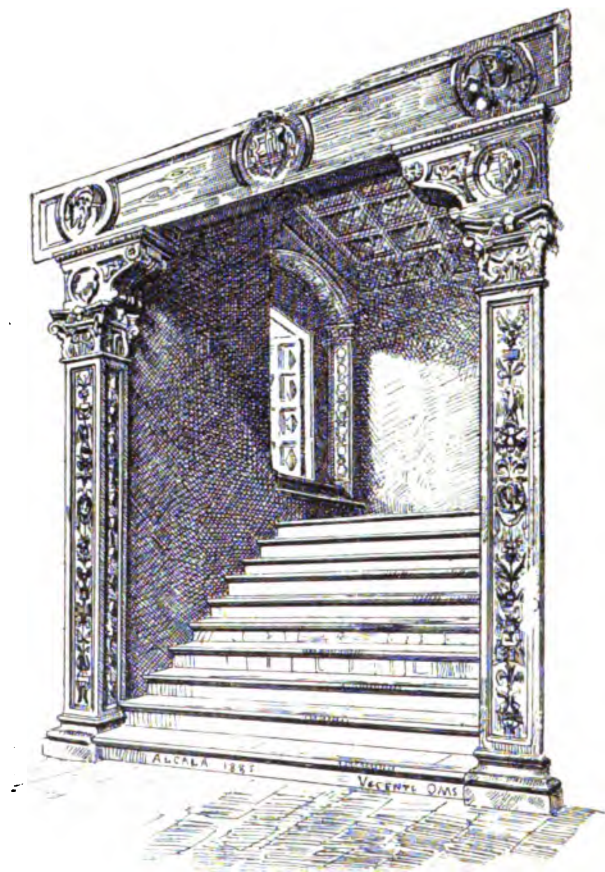
(*a*) Afortunadamente se ha logrado ya lo que deseaba el señor Quadrado. El señor Cardenal Lorenzana dió hospitalidad á más de quinientos clérigos emigra-

ALCALÁ DE HENARES



Salón de Concilios en el Palacio Arzobispal

dan el techo de la gran torre, cuadrada en su raíz y octógona en su remate; y al través de renovadas piezas, ora aparece una



PORTADA DE LA ESCALERA DEL ARCHIVO

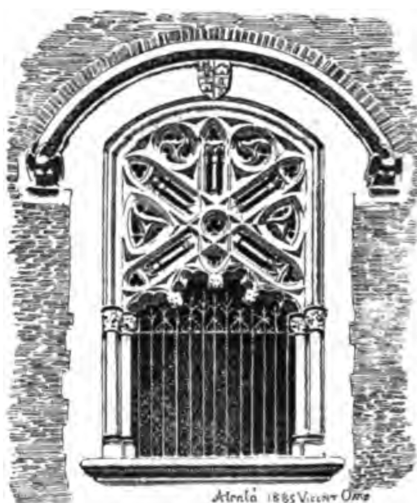
galería del renacimiento, cuyo antepecho pretende aún remedar

---

dos durante la revolución francesa, haciendo que cada párroco mantuviera á uno. En este su palacio de Alcalá albergó á más de ciento, y se dice que entonces se hizo aquel techo que ocultaba el grandioso artesonado, por ser inhabitable aquel salón.

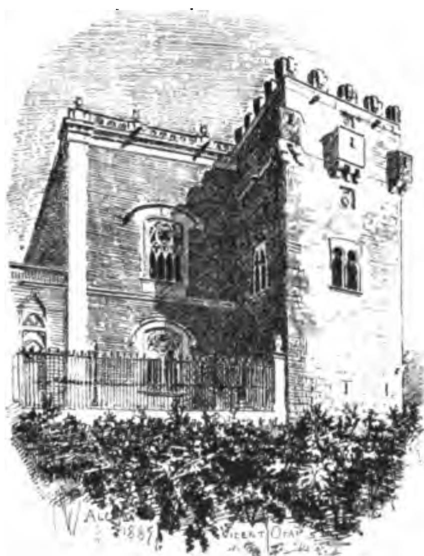
Convertido el palacio arzobispal en *archivo histórico general*, el gobierno ha gastado grandes sumas en restaurarlo. El grandioso salón de Concilios, que fué construído por el arzobispo D. Juan Contreras en 1424, es hoy día una de las más ricas joyas, no sólo de Alcalá, sino de la nación.

el gótico, ora se enfila la extensa columnata contemporánea del patio, que flanqueada por dos pabellones, y abarcando la fachada más visible, tiene un jardín á sus piés y ante sí la población entera. Y para compendiar en la fisonomía del monumento todas sus épocas y destinos, si seguís por la desierta calle abajo hasta la puerta de Madrid, y dais vuelta á sus afueras entrando por el portillo de San



VENTANA DEL SALÓN DE CONCILIOS

Bernardo, se os presentará como alcázar encerrado en ciudadela belicosa que hizo construir para su resguardo el infatigable Tenorio (1); y de sus altos muros, hoy tapias de huerta, irá destacándose larga serie de torreones, cuya forma en sí diversa varían más y más los caprichosos estragos del tiempo.



TORREÓN DE TENORIO

Ya no teme asaltos la aportillada cerca, ya no aguardan tampoco los desiertos salones la pomposa comitiva del primado de las Españas; harto empero tiene que

(1) En la *Vida* del arzobispo Tenorio dice Eugenio de Narbona «que edificó

llorar Alcalá por otras ruinas que hunden en pos de sí su prosperidad y su gloria. Émula de Salamanca durante tres siglos, repartió con ella el honroso timbre de madre del saber y maestra de la juventud castellana; desde fines del siglo XIII presintió el arzobispo Don Gonzalo su destino, obteniendo de Sancho IV la erección de estudios generales con iguales privilegios que los de Valladolid; y aquel día, 14 de Marzo de 1498, en que Cisneros investido apenas de su dignidad, sobre el plano trazado á presencia suya por el arquitecto Gumiel, colocó so-



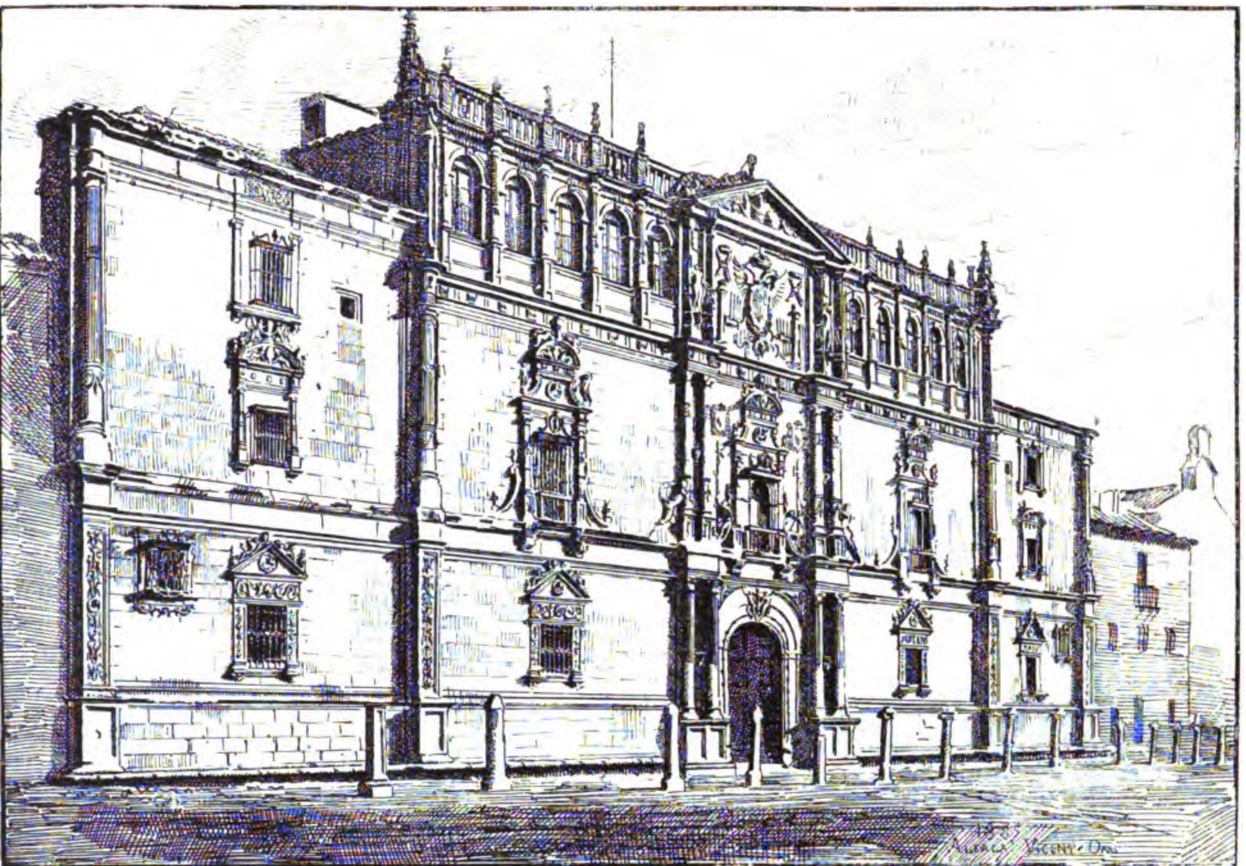
TORREONES DEL PALACIO ARZOBISPAL

lemnemente la primera piedra del colegio mayor de San Ildefonso, aquel día Alcalá nació por segunda vez para recorrer su período más brillante. Removióse la población cual industriosa colmena al hospedarse en ella las ciencias con su bagaje y comitiva; las artes concurrieron para fabricarles su morada; y la naciente imprenta rompiendo sus envolturas, se puso al frente del movimiento con su famosa edición de la Biblia *poliglota*. En medio de los cuidados que le daba el gobierno de su vasta diócesis y su

---

muro labrado de cantería bastante á defender mayor poblacion con torres y baluartes cual convenia, desde la puerta de Madrid hasta la torre de palacio, al cual tambien aumentó con fábrica de muchas piezas, torres y homenages, que hoy se reconocen obras de tal dueño marcadas con los escudos de sus armas.» Y añade Portilla, historiador de Alcalá: «Este muro interior con otro esterior al campo, en cuyo ángulo está la torre Almarrana, forman el recinto de una plaza de armas muy capaz, en cuyo distrito hay al presente una huerta amena, propio fruto de la paz.»

ALCALÁ DE HENARES



FACHADA DE LA UNIVERSIDAD

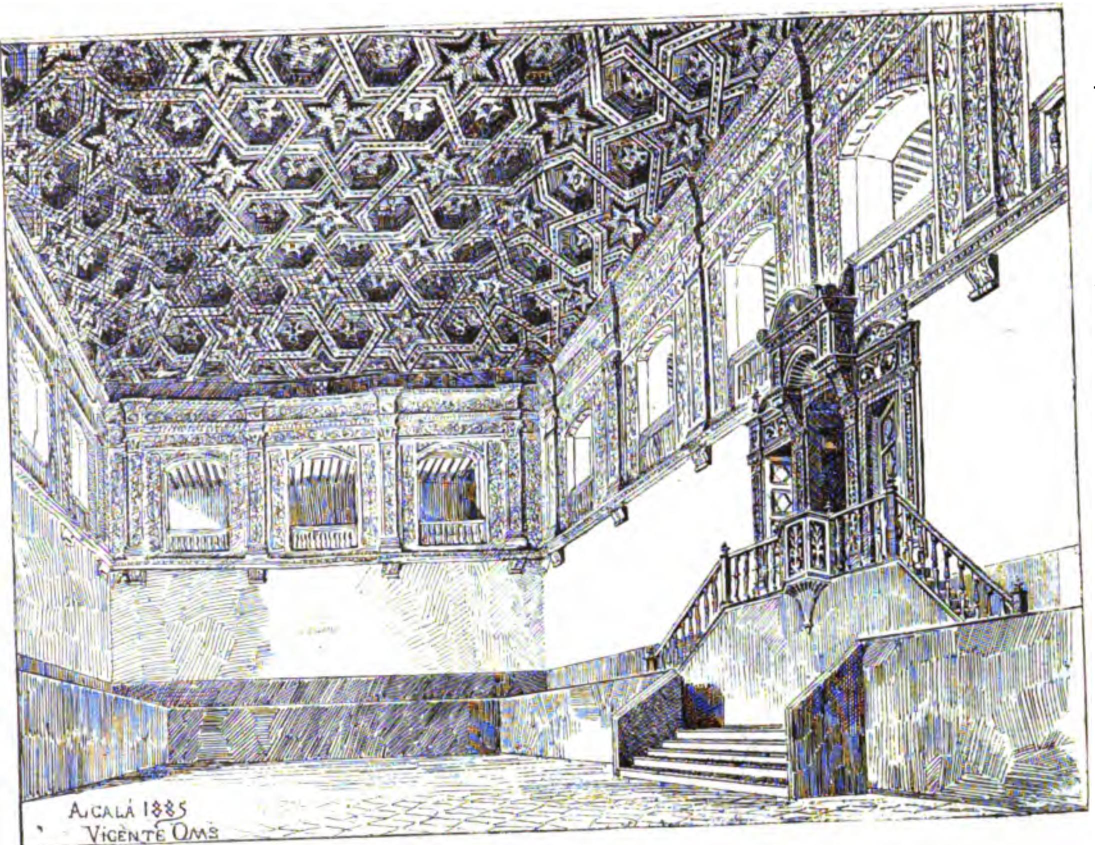
alto influjo en el de la monarquía, en medio de sus empresas, fundaciones y reformas, no perdió de vista por un momento el gran prelado aquella creación favorita de su genio, ya dotándola con pingües rentas y heredades, ya buscando y reteniendo para su nuevo plantel los más sabios profesores dentro y fuera de la Península; y al través de obstáculos y sinsabores sin cuento, logró al cabo, en 26 de Julio de 1508, poco antes de vestir la coraza para la expedición de Orán, ver inaugurada su querida universidad. Lo que obró en París una larga serie de siglos y la constante protección de los monarcas, un fraile en breves años lo llevó á cabo entre nosotros (1): las ciencias eclesiásticas, las lenguas sabias, la renaciente literatura, la física, en mantillas aún, hablaban en Alcalá por boca de ilustres representan-



DETALLE DE LA FACHADA DE LA UNIVERSIDAD

(1) Hizo esta observación Francisco I visitando la universidad de Alcalá cuando era conducido prisionero á Madrid, y admirando sus repentinos adelantos.

ALCALÁ DE HENARES



PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD

tes; y al colegio *mayor* se agregaron otros siete, brindando á todos por igual con generosa enseñanza, y abriéndoles con ella la entrada para los más altos puestos y dignidades. Apénas hay hombre esclarecido cuya planta no trillara aquéllas losas, ya comunicando, ya recibiendo las luces que después le inmortalizaron: las generaciones se renovaban, y mientras Alcalá se envanecía de sus alumnos, asociaban éstos á su nombre con filial complacencia las vivas impresiones de su mocedad, sus primeros afanes y triunfos, y los recuerdos de aquella libre y animada vida de estudiante que destacan tan halagüeños entre los cuidados de la edad madura.



Detalle de la fachada de la Universidad

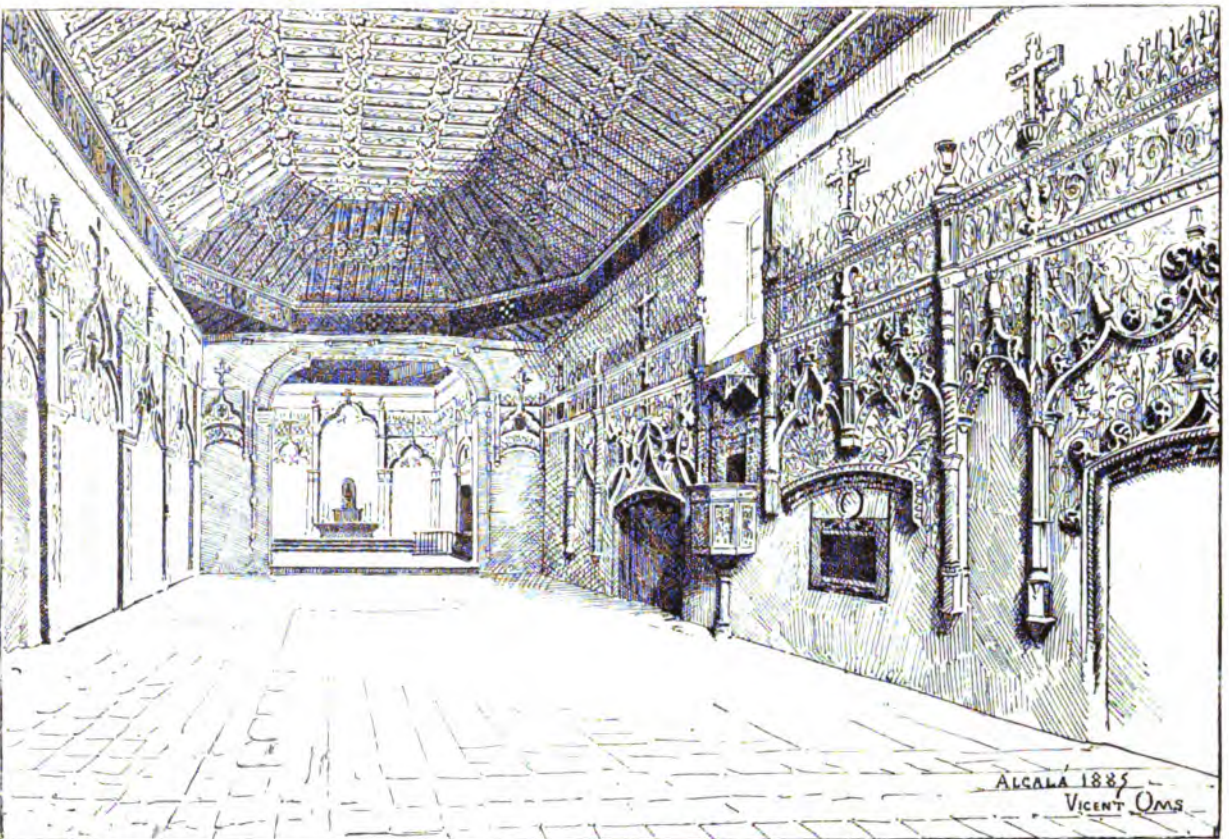
Cisneros no gozó de la vista del suntuoso edificio que ahora entristece por su desvalida grandeza; presintiendo su fin cercano, dióse prisa á concluirlo de modesta pero sólida mampostería, con la esperanza, manifestada al Rey Católico, de que otros en pos de él lo construirían de mármol (*a*). Y en efecto, antes de pasar los treinta años, el rector Juan Turbalán, con

---

(*a*) Alvar Gómez de Castro, que alcanzó á conocerla, dice que era muy sólida y que costó trabajo deshacerla.

No le pareció mezquina á Francisco I de Francia, cuando la visitó en su tránsito de Guadalajara. Respetuosos salieron á recibirle todo el claustro, Colegios mayor y menores y estudiantes. Silencioso recorrió el monarca los claustros, cátedras y dependencias, y sólo dijo al despedirse del Rector y Cancelario: «En verdad que no se dirá de vuestro fundador aquello del Evangelio: *Hic homo cœpit œdificare, et non potuit consumare.*»

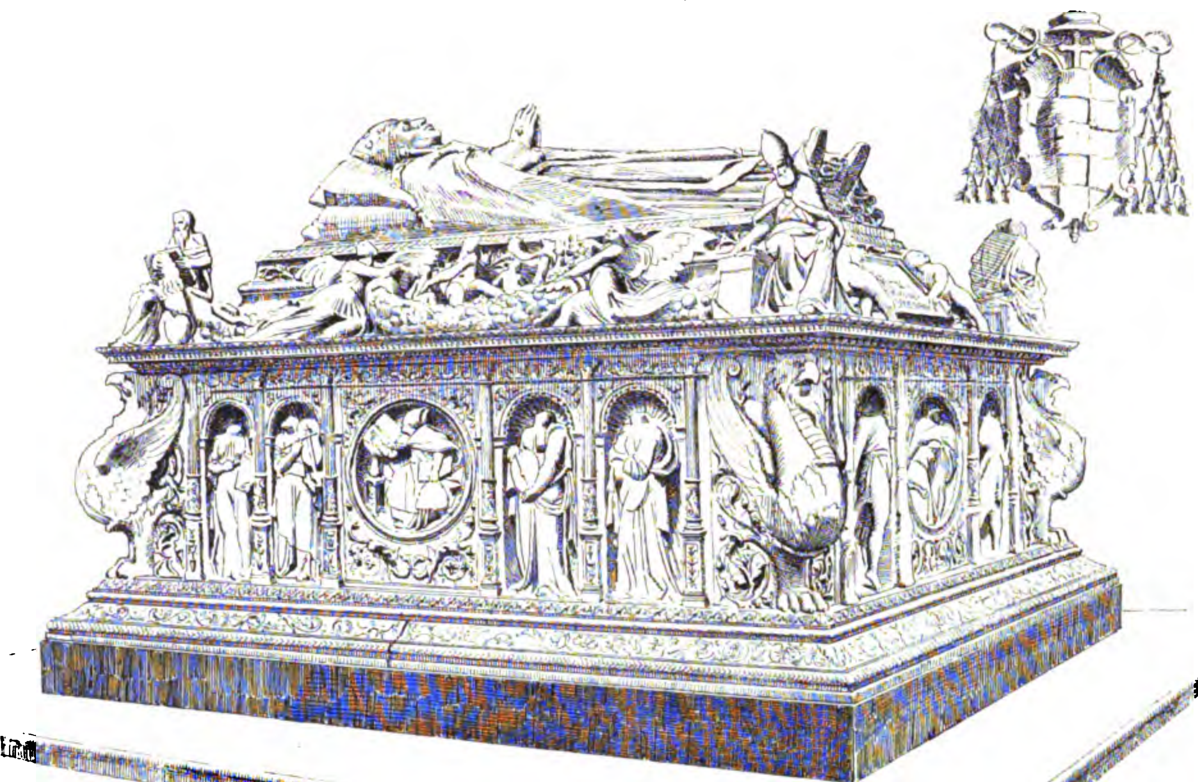
ALCALÁ DE HENARES



CAPILLA DE LA UNIVERSIDAD

achaque de inminente ruina, hizo reedificarlo desde los cimientos, siguiendo la traza de Rodrigo Gil de Hontañón, que proveía entonces de nueva catedral á Salamanca. La arquitectura de la fachada es como de aquel tiempo, caprichosa é indecisa, desnuda y prolija á la vez, de grandes masas y minuciosos ornatos, de tímida robustez en su parte inferior y de osada ligereza en el remate; pero al desembocar por bajo de un arco en la desierta plaza, su grandioso conjunto impone, realzándolo la ancha lonja que corre á lo largo de su zócalo cerrada un tiempo con altas verjas, y el hermoso barniz que en su piedra ha dejado la huella de tres siglos. Pilastras en el primer cuerpo (1) y columnas en el segundo, labradas unas y otras al estilo plateresco, dividen la fachada de arriba abajo en cinco partes; un frontispicio triangular, con hojas y figuras y la efigie de los cuatro doctores en el medallón de su centro, corona las ventanas del piso bajo, pero las gruesas jambas y el anchísimo dintel ahogan casi su abertura. En el cuerpo principal las dos ventanas del extremo y los tres balcones centrales, con adorno de columnas y frontispicio semicircular, ofrecen más ligereza; y encima tiende sus arcos una airosa galería, intermediados con istriadas columnitas, y una balaustrada superior lanza al viento sus agujas imitando góticos botareles. Rica en detalles la portada ocupa la división del medio hasta la mayor altura del edificio; pareadas columnas, ya corintias, ya platerescas, sostienen sus tres cuerpos, con repisas sin estatuas en los intercolumnios de los dos primeros; y cada cuerpo presenta sus peculiares blasones. En el inferior ábrese la puerta en arco levemente aplanado, con ángeles esculpidos en las enjutas, y orlada con el cordón franciscano del fundador que rodea asimismo la fachada; adornan el segundo sus timbres cardenalicios á cada lado del balcón y cuatro atletas en diversas actitudes; campea

(1) En un tarjetón de la pilastra derecha extrema está consignada la fecha de la obra, 1543.



SEPULCRO DEL CARDENAL CISNEROS

en el tercero un grande escudo imperial con las columnas de Hércules y dos reyes de armas á los lados. Á manera de ático este tercer cuerpo corta por medio la galería, y descuella sobre la balaustrada el frontón triangular que lo corona, donde aparece bendiciendo la obra el busto del Redentor (*a*).

Hállase el claustro principal destituído de la única animación y belleza que podían comunicarle alegres bandadas de estudiantes inundando á horas fijas sus tres órdenes de galería (1) ó rodeando el barroco templete de la fuente que en medio brota. El salón de ceremonias, decorado con el eufónico nombre de *paraninfo* y desnudo ya de su mueblaje y colgaduras, bajo su deslucido artesonado de estrellados y polígonos casetones, restaurados en parte por sus nuevos pobladores, no verá repetirse aquellos lucidos y solemnes actos, que daban á los grados académicos cierta índole caballeresca, y que encerraron de vez en cuando fecundo porvenir para las letras; festivo tropel de convidados ya no ha de coronar el balconaje de aplanados arcos, que rodea la estancia á la mitad de su altura, cuajado en sus pilastras y friso de platerescas labores (2). Devuelta

(*a*) El señor Quadrado deploraba justamente el abandono en que yacía el edificio en 1850. Al descubrirse en 1851 los restos del que llamaron por algún tiempo el *Santo Fundador*, el pueblo de Alcalá, en respetuoso cortejo, los llevó á la iglesia de San Justo donde ya se habían colocado no solamente los de San Diego, sino también los del arzobispo Carrillo, y pasando adelante en tumultuosa manifestación, exigió comprar el sepulcro y el edificio. Cediólo el comprador, no muy tranquilo interiormente, en los 60.000 reales que dijo haberle costado, precio que ya ha pasado á la historia.

Hoy lo considera como propiedad suya el pueblo de Alcalá, y el dominio es de los compradores, que en mal hora lo arrendaron por poco tiempo y con no poca generosidad para Colegio escuela de caballería. Más modestos, pero más idóneos pobladores, los hijos de San José Calasanz, tienen allí un excelente y grandioso colegio, que anima aquellos claustros, y han restaurado en gran parte los deterioros del monumental edificio.

(1) Corona estas galerías una barandilla de piedra con agujas ó merlones, y en cada una de éstas hay una letra que juntas dicen: *en luteam olim, marmoream nunc*, aludiendo á las palabras dirigidas por Cisneros al Rey Católico, que extrañaba lo humilde de la fábrica. Hizo este claustro José Sopeña por los años de 1670.

(2) En 1518 fueron llamados para adornar este salón los escultores Bartolomé Aguilar y Fernando de Sahagún, y á fines del mismo siglo lo continuaron Alonso Sánchez y Luís de Medina.

ha sido también al culto la antigua capilla, adornada interior y exteriormente de arcos góticos de varia y adulterada forma; y los primorosos detalles de su techo se pierden en la oscuridad. Pero ya no ocupa la capilla mayor un gótico retablo, representando en el centro la imagen de San Ildefonso, á quien la dedicó el heredero ilustre de su mitra. Mas en medio de ella el suelo se nota removido como si algo de allí faltara. Y es que en aquel sitio yacían los huesos del inmortal prelado (*a*) y su efigie de blanco mármol, revestida de pontifical, descansaba sobre la urna de exquisito trabajo, cuyos ángulos sostenían cuatro grifos, y verjas labradas más tarde á mediados del XVI por Nicolás de Vergara, sembradas de follajes y mascaroncillos, rodeaban el monumento (1).

(*a*) El señor Quadrado lamentaba justísimamente el abandono en que se tenía en su tiempo (1850) el sepulcro del Cardenal, y el paradero de sus escasos restos mortales, indicando oportunamente que no yacían bajo su grandioso túmulo de mármol. En efecto, fueron extraídos de allí clandestinamente en 1677 por el Rector del Colegio Mayor y el P. Quintanilla, Procurador de la causa de Beatificación. El documento autógrafo lo tenía guardado con gran reserva el autor de estas líneas, como bibliotecario entonces de la Facultad de Derecho de Madrid, y descubierto el escondido depósito, se dió copia autorizada al ayuntamiento y cabildo de Alcalá.

(1) Labró este sepulcro el escultor Domenico florentino, no se sabe si en España ó en su patria misma, y costó 2100 ducados de oro; los dísticos de su inscripción los compuso Juan de Vergara en su mocedad:

Condideram musis Franciscus grande Lyceum
Condor in exiguo nunc ego sarcophago.
Prætextam junxi sacco, galeamque galero,
Frater, dux, præsul, cardineusque pater.
Quin virtute mea junctum est diadema cucullo,
Cum mihi regnanti paruit Hesperia.
Obiit Roæ VI idus novem. MDXVII.

En un pedestal de la hermosa reja se esculpieron estos otros:

Advena, marmoreos mirari desine vultus,
Factaque mirificá ferrea claustra manu.
Virtutem mirare viri, quæ laude perenni
Duplicis et regni culmine digna fuit.



CAPÍTULO X

Aranjuez

Al sudoeste y al sur de la capital dentro de los confines de la provincia, ni interesantes poblaciones, ni aislados monumentos descuellan en el seno de aquellas sábanas sin limites, que desnudas de objetos, tan sólo de las horas y de las estaciones reciben variedad de colorido. Verdad es que á menudo en el declive de una hondonada ó en lo alto de un recuesto asoma un grupo de casas extenso ó reducido, que sin la torre de su parroquia apenas se distinguirían del suelo del cual pare-

cen naturales excrecencias: las hay que se envanecen de su origen carpetano, y de su antigua repoblación en el siglo XII por colonias segovianas (1); las hay que conservan informes restos del castillo que habitaron en la Edad media sus señores; mas no por esto es menos trivial al par que rústica su fisonomía. Sin embargo, la proximidad de la corte las ha ilustrado á veces con pasajeras é inesperadas honras, confiándose á su hospedaje los soberanos en solemnes ocasiones. Si tomáis el camino de Extremadura, bien pronto os apartará á la derecha la amena Odón, al presente Villaviciosa, brindándoos con delicada y copiosa fruta: escogióla por retiro Fernando VI para llorar la muerte de su consorte y prepararse á la suya propia; y en aquel castillo de los Condes de Chinchón, batido por los comuneros, que la arquitectura de Herrera convirtió más tarde en gruesa y ancha mole desnaturalizando su objeto y dándole en comodidad lo que perdió en gallardía, allí cerró los ojos en 1759 el buen monarca. Sobre el mismo camino Navalcarnero os recordará el enlace allí consumado en 1649 por Felipe IV, brillante todavía en su edad madura, con su sobrina y segunda esposa la austera D.ª Mariana: dos leguas más allá la decaída villa de Casarrubios, labrada en parte con las ruinas de su castillo, por poco no recogió en 1618 el postrer suspiro de Felipe III asaltado allí por aguda dolencia á su vuelta de Portugal, si no le sanara su devota fe á vista de las reliquias de San Isidro.

Si enderezáis empero el rumbo hacia mediodía, veréis desfi-

(1) Hay quienes reducen la *Mantua Carpetana* á Villamanta, *Methercosa* á Móstoles, *Miacum* á Alcorcón ó á Meco, *Varada* á Vallecas, *Thermeda* á Tielmes, *Titulcia* á Bayona de Aranjuez, y así de varios otros pueblos nombrados por Tolomeo; pero de esto apenas hay nada de cierto. Menos dudoso es que hacia 1100 fundó el segoviano Guillermo de Rivas la villa de Rivas, que Alfonso VIII en 1190 incorporó á la corona; que Mejorada lo fué en 1150 por el obispo de Segovia, y en el mismo año fué reparado Getafe, llamado Satafi por los sarracenos. A Navalcarnero lo poblaron igualmente segovianos, reteniendo por privilegio de los Reyes Católicos el derecho de nombrar alcaldes. Batres, repoblado en 1136, conserva un castillo, del cual eran señores los Garcilasos de la Vega.

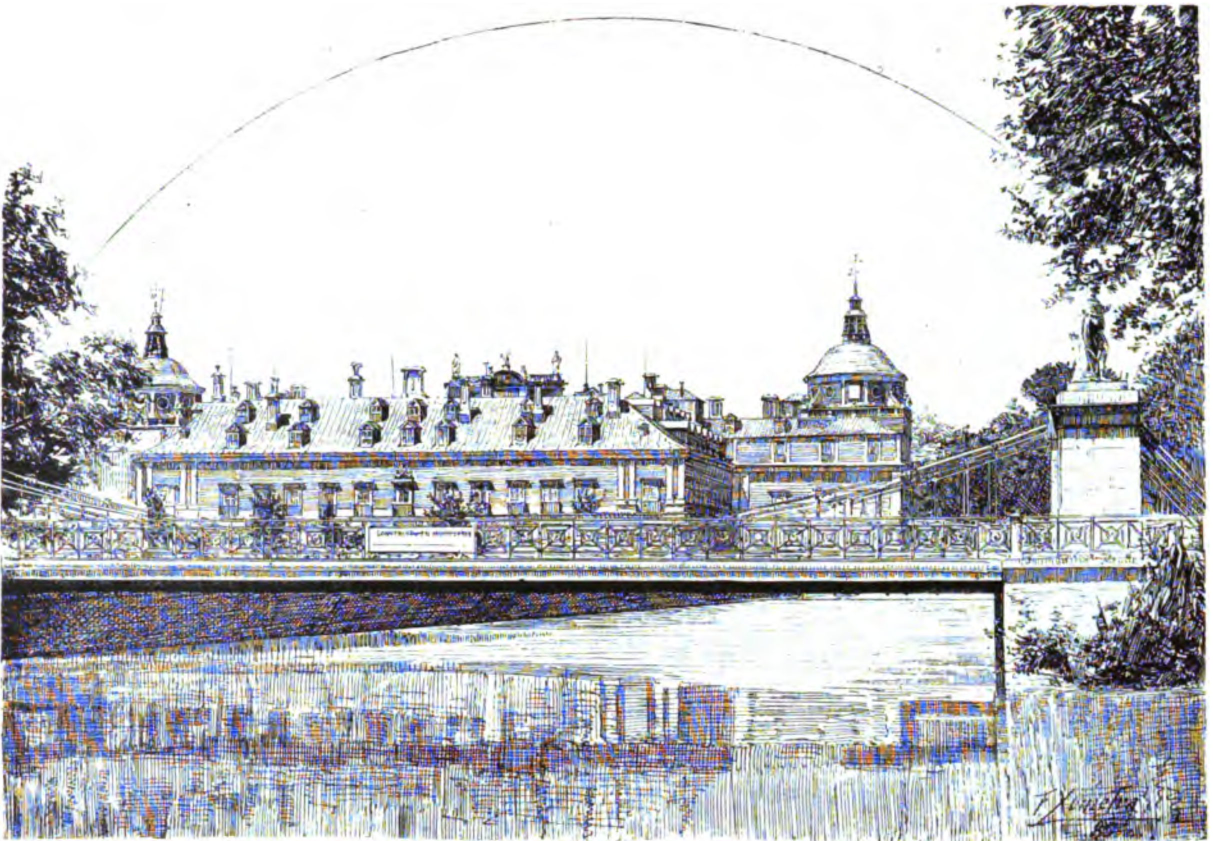
lar á vuestra derecha, unas apartadas, otras á orillas de la carretera, á Villaverde, Leganés y Getafe, á Pinto y á Valdemoro, villas floridas y opulentas respecto de la comarca, bien que desnudas de interés para el viajero que anhela reposar bajo la fresca sombra de Aranjuez. Apenas huella los límites de la provincia para entrar en la de Toledo, se distinguen serpeando en la terrosa llanura las franjas de verdor que señalan el curso del Jarama, y á poco rato rueda el coche sobre el magnífico puente *Largo*, cuya construcción fué uno de los primeros cuidados de Carlos III. Ya no es el río que á dos leguas de Madrid atraviesa humilde y silencioso el puente de Viveros; acrecentado con las corrientes del Henares, ha murmurado bajo la moderna armazón de hierro del de Arganda, ha recogido en su seno al cortesano Manzanares, acaba de juntarse al rústico y alcarreño Tajuña, y diríase que lleva consigo los tributos y homenajes de la provincia entera para deponerlos bajo los balcones del monarca; pero tropieza con el Tajo, y cediéndole el honor insigne de alegrar por sí solo la regia mansión, le aguarda á la salida para celebrar con él su enlace, sosteniendo con sus caudales los *dorados* timbres y nombradía de su compañero.

Al descubrir por fin el delicioso valle inundado de colina á colina por un piélago de verdor, donde parece haberse refugiado la vegetación de muchas leguas en contorno, al enfilar sus altas y copudas alamedas que se prolongan en todas direcciones, igual es la sorpresa del que por primera vez se acerca á la corte y del que por primera vez se aleja de ella; y ambos conciben ilusorias esperanzas del punto adonde respectivamente se encaminan, tomando aquel breve oásis por frontera de un país encantado. Angosto y turbio, como mermado ya por copiosas sangrías, se desliza el Tajo á la entrada bajo un puente colgante de hierro; y desde luégo asoma sus techos de pizarra la rojiza mole del real palacio envuelta en densísima arboleda al lado de una cascada. Su lienzo contrapuesto á la fachada principal, con larga fila de balconaje y cúpulas á los extremos, es el que de

pronto aparece á la derecha del que viene de Madrid, en el fondo de un pensil de flores regado por cuatro estanques y una magnífica fuente: á la izquierda se dilata muy lejos el grandioso jardín del *Príncipe,* y osténtase entre verjas como en miniatura la linda plantación que inauguró el reinado de Isabel II. Con la fuente de Diana en primer término, campea en frente la vistosa plaza cerrada á los lados por largos pórticos de las casas de *Infantes* y de *Oficios,* y en el fondo por el de la capilla de San Antonio que descuella en medio sobre ancha escalinata; por cima de su cúpula cierran el horizonte los frondosos cerros del *Telégrafo* y del *Parnaso.* Un pueblo formado de posadas en su mayor parte, afectando en su caserío cierta regularidad y elegancia, pero mal preservado de los ardores del sol por sus anchas calles tiradas á cordel, vive en el seno de aquel continuado jardín, respirando una atmósfera que no siempre fué saludable: sírvele de parroquia la iglesia de Alpagés, cuyo nombre es el único recuerdo de otro lugar que existió más al oriente. Largo tiempo comprimieron el desarrollo de la población las severas ordenanzas de la dinastía austriaca, celosa de mantener cerrada su amena soledad al tropel de curiosos é importunos, y los grandes y los mismos embajadores tenían que buscar alojamiento en los pueblos circunvecinos; pero los Borbones, más francos y accesibles, pusieron fin al sombrío aislamiento; la villa brotó de nueva planta á la voz de Fernando VI, restaurador de su parroquia, y la aumentó y mejoró Carlos III, fundador del convento de San Pascual.

Cuando la orden de Santiago poseía sobre las márgenes del Tajo el vasto territorio conquistado con su esfuerzo, llamó la atención de los maestres establecidos en Ocaña la amenidad de la aldea que entonces llamaban Aranzuel ó Aranzueje situada en el confluente de ambos ríos. Junto al sitio que ocupa el actual, levantóse un palacio gótico al empezar el siglo xv para el maestre D. Lorenzo Suárez de Figueroa; los Reyes Católicos lo habitaron alguna vez después de incorporar los pingüísimos

ARANJUEZ

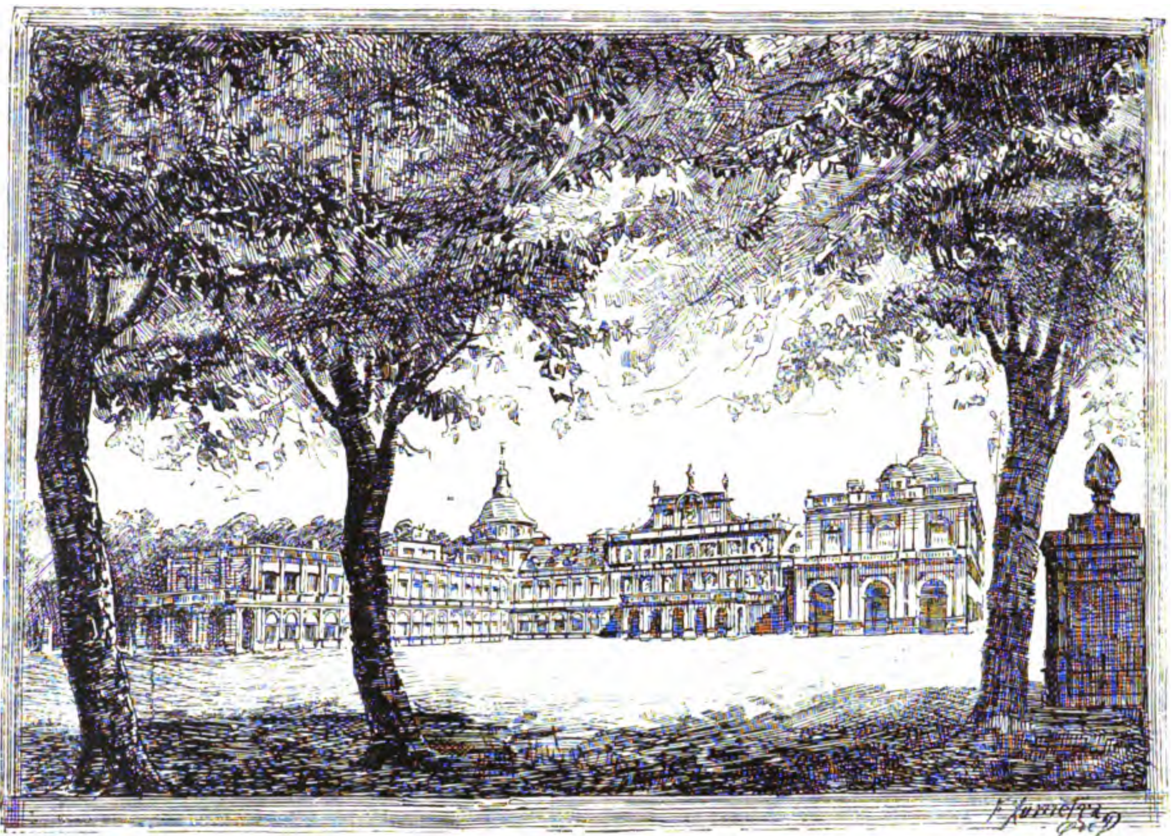


Vista del Palacio y Puente colgante

maestrazgos á la corona, y la grande Isabel se complacía en la frondosidad todavía salvaje de la *isla* formada por el Tajo. El emperador reservó ya el sitio para su caza y recreo ensanchando el término considerablemente; pero las nuevas obras no empezaron hasta el reinado de Felipe II, puestas bajo la dirección de sus inmortales arquitectos Toledo y Herrera, bien que la atención de entrambos absorbida por el Escorial no les permitió producir en Aranjuez otra cosa que construcciones sólidas y regulares. Entonces al sur del palacio existente levantóse el *cuarto real* enlazado con aquel por medio de dos pasadizos suspendidos en arco, y luégo la capilla primitiva, de la cual resta sólo la cúpula, y la vasta casa de *Oficios* y *Caballeros;* entonces tomaron más varia y elegante forma los jardines sembrados de fuentes y pabellones, plantáronse frondosas alamedas, abriéronse canales para el riego, y trocóse el pantano de Ontígola en vastísimo estanque honrado con el título de mar: de suerte que en 1576 se hablaba ya de Aranjuez como de *una de las cosas más memorables del mundo* (1). Los dos Felipes III y IV se esmeraron en adornar los jardines con nuevas fuentes y estatuas, pero de estas las más excelentes pasaron por orden del último á su nuevo sitio del Buen Retiro, y entre ellas la de Carlos V hollando al Furor encadenado: en esto y en varios ensanches y reformas de las habitaciones del *cuarto real* transcurrió el siglo XVII. El palacio de los maestres existía aún, bien que maltratado por dos incendios y destinado para alojamiento de la servidumbre; y no desapareció del todo hasta que en 1727 fué absorbido dentro de la nueva planta, que fundió las diversas construcciones en una fábrica regular y homogénea. Mandóla levantar Felipe V bajo la dirección de D. Pedro Caro, conser-

(1) En la descripción general de España, que de orden de Felipe II se hizo en dicho año por pueblos y ciudades, dicen los de Ocaña: «que Aranjuez solia ser término de aquella villa, y S. M. la ha sacado de su jurisdiccion y dádosela aparte, y puesto en ella gobernador y justicia. Es este heredamiento una de las cosas mas memorables del mundo, y donde mas ingeniosas y artificiales cosas se hallan, mayor cantidad de granos, conejos, aves, etc.»

ARANJUEZ



Palacio Real

vando apenas algunos restos de las obras de Felipe II; dióle la última mano Fernando VI, y añadió Carlos III al cuadro las dos alas salientes que avanzan á los extremos de la fachada principal.

Vuelta esta á poniente hacia una plaza semicircular adornada con lindos asientos de piedra, desde donde parten largas calles de arbolado sobre el sitio de la primitiva aldea, preséntase risueña y suntuosa, calcada sobre el modelo que presidía á las obras regias del siglo pasado. Acaso la memoria de Herrera contuvo allí los delirios del churriguerismo; y la arreglada arquitectura de sus dos cuerpos, sus balcones distribuídos entre pilastras, y la balaustrada de piedra que corona el edificio, no desdicen del palacio de Madrid aunque le lleven algunos años de ventaja. Bien parecen en el frontispicio del centro las estatuas de Felipe II y Felipe V y en medio la de Fernando VI, repartiéndose el honor de autores de la obra, con esta inscripción que asigna á cada cual su parte: *Philippus II instituit; Philippus V provexit; Ferdinandus VI, pius, felix, consummavit anno MDCCLII.* Y en las dos alas salientes que majestuosamente se prolongan dejando en medio una ancha plaza, se lee: *Carolus III adjecit anno MDCCLXXV.—MDCCLXXVIII.* Los bustos de Felipe V y de su abuelo Luís XIV presiden en la grandiosa escalera que mandó construir el primero en 1744; sus muchas entradas, sus espaciosos tramos y ramales, los arcos de la galería que la rodea, ofrecen una imponente perspectiva bien que desnuda de adornos. En aquellas reales estancias, lo mismo que en las otras que hasta ahora hemos visitado, todo sonríe á los sentidos, todo entretiene la curiosidad, en los ricos muebles, en las elegantes colgaduras, en los cuadros y frescos de los techos (1): pero no hay qué buscar allí sucesión de épocas y de gustos, no hay matices en la uniforme esplendidez, no

(1) Algunos de estos pintaron Bayeu y Amiconi; entre los cuadros se distinguen varias pinturas de Jordán y de Mengs, pero sobre todo uno de mosáico representando una tempestad que parece obra del más delicado pincel.

domina un pensamiento del arte que sea como el tallo común y vivificador de esas brillantes y derramadas flores; y los ojos se cansan de ver y admirar sin haber transmitido al alma ni una sola impresión profunda. De entre largas filas de salones sin fisonomía propia, entre la revuelta confusión de espejos y tapicerías, relojes, candeleros y arañas, tan sólo dejan rastro en la memoria el gabinete que Carlos III mandó revestir de porcelana de la China con figuras de lindo y caprichoso efecto, y el arábigo retrete con que D.ª Isabel II se propuso trasplantar á las márgenes del Tajo un renuevo de la Alhambra.

Ningún otro sitio acaso encierra más recuerdos de la vida íntima de los reyes; porque la boga de Aranjuez no ha sido pasajera ni se ha resentido de la mudanza de los tiempos ó del cambio de dinastías: cada primavera por espacio de algunos siglos le traía á sus augustos huéspedes casi con la misma regularidad con que trae las flores y el verdor á sus jardines. Á la historia empero no han pasado sino los sucesos oficiales, tratados, matrimonios, nacimientos y muertes de infantes y de princesas: tan sólo entre estos días de pasajera fiesta y pasajero luto uno descuella de loco entusiasmo é incruenta asonada, principio vicioso bien que excusable de una gloriosa y sangrienta lucha, que apresuró tal vez la tempestad misma que trataba de conjurar; el día 19 de Marzo de 1808. El pueblo, revolucionario sin saberlo, derribó á un rey para salvar el trono; cayó el príncipe de la Paz arrastrando en pos de sí la corona de su complaciente soberano; y aquellos sitios, testigos de los pueriles recreos de éste y de las insensatas ovaciones de aquél, vieron al uno temblando en su escondrijo, magullado y tendido sobre las pajas de su prisión, pálido con el temor de acerba muerte, y al otro olvidado de ser rey y padre preparando con su debilidad las vergonzosas abdicaciones de Bayona.

En los jardines, en esos palacios de la naturaleza que cada año se desnudan y engalanan de nueva pompa, descubriremos sin embargo más distintas las huellas de los sucesivos reinados.

Aún subsiste al pié de la fachada oriental del edificio el pequeño jardín *de las estatuas*, solaz y adorno del primitivo *cuarto real;* brota en medio una fuentecita, ocupan sendos nichos en derredor bustos de mármol de antiguos emperadores, y allí permanece la estatua de Felipe IV que en 1623 le hizo dar aquella forma. Osténtase en frente el ameno *parterre* desmontado en 1728, y embellecido más tarde con la fuente de Hércules que se levanta en medio de cuatro estanques y de macetas de flores: á los lados están las dos columnas del famoso estrecho, en torno del pedestal esculpidas las hazañas y trofeos del membrudo semi-dios, y en lo alto su atlética estatua abrazada con la de Anteo, que muere levantado de la madre tierra en convulsa agonía. Pero un sonoro estruendo de aguas obliga á asomaros al lado del norte, donde abre el río sus cristalinos brazos para estrechar la isla encantada como un haz pingüísimo de plantas y ramilletes: su corriente principal se desliza de golpe sobre una ancha pendiente hirviendo en blanca espuma, y después de dar movimiento á unos molinos elegantemente disfrazados, baña con largo rodeo las floridas márgenes de los jardines; su canal besa los cimientos septentrionales del palacio, y despeñándose obsequioso por la cascada que se le hizo, corre sin torcer camino á reunirse con su antiguo cauce. Y bien que la gradería harto regular de la cascada desvirtúe hasta cierto punto su grandioso efecto, dándole una monotonía de que jamás adolece la libre naturaleza, el rumor, el movimiento, los cambiantes y reflejos de las aguas hacen al alma dar saltos de placer al compás de sus caídas, y prestan vida y hermosura nueva á las formas del palacio, cual si su mole inanimada participase de lo risueño de las impresiones. Y los vapores de la corriente y los perfumes de las flores impregnan de tal suerte el aire, que al trasponer el sol su anaranjado disco sobre un cielo de esmeralda, semeja un ondulante raudal de oro cada uno de los postreros rayos que penetran oblicuamente al través de la espesura.

Ancho puente con escalones de mármol introduce desde el

palacio al jardín de la *isla;* y en el centro de una encrucijada adornada de estatuas mitológicas y cerrada por verjas de hierro, preséntase desde luego la fuente de la Hidra muerta á manos del invicto Alcides, á quien rodean sátiros y ninfas solazándose en las aguas del pilón. Á espaldas de ésta, en otra plazuela más umbría y deliciosa rodeada de cómodos asientos, da nombre á la segunda fuente la gallarda estatua de Apolo vencedor de la serpiente; cabezas de águilas y leones con escudos de armas, resaltan de los bordes de su estanque. Desde allí irradian, se extienden, crúzanse en opuestos rumbos opacas galerías á las cuales sirven de bóveda las densas ramas y de columnata los añosos troncos; el azul de los cielos apenas se vislumbra entre el verdor, y la luz del mediodía sólo desciende en finísima lluvia bordando el suelo de menudos arabescos. De senda en senda va la planta errando, dirigiéndose instintivamente allá donde es más oscura la enramada, más perfumado el ambiente, más dulce la melodía de los ruiseñores; y así también va discurriendo el alma en éxtasis delicioso, y se agolpan mil suaves recuerdos á la memoria, mil vagos deseos al corazón. Si buscan los ojos esparcimiento y luz, entre la compacta arboleda hallan amenos claros alfombrados de preciosas flores; si desean variedad y guía entre la uniforme frondosidad, al extremo de la calle ó al revolver de una esquina tropiezan con hermosas fuentes, cuyas estatuas de bronce descuellan en medio de sus pilones de mármol con gentil apostura. Ya es un chorro cuya sombra indica el curso de las horas; ya un niño que de su pié arranca una espina, en el centro de una plazoleta cuyos ángulos lindamente adornan cuatro pabellones con columnas de mármol blanco; ya una Venus que esprime el agua de su larga cabellera; ya un rechoncho Baco grotescamente sentado sobre un tonel y brindando con la copa; ya la figura de Neptuno gobernando su marina carroza, y más abajo en otros tantos pedestales las de Júpiter, Juno, Ceres y Cibeles, grupos de no gran tamaño ejecutados admirablemente por Algardi; ya por fin, en una península

antes isleta, tritones y ninfas que sostienen doble taza. Todas estas fuentes, no tan complicadas en su forma ni tan ricas y copiosas en su juego como las de la Granja, llevan impresa la severidad y buen gusto de los primeros años del siglo XVII, aunque reparadas algunas hacia 1660 (1); y el jardín entero, á pesar de las modificaciones y reformas por que ha pasado, parece retener el sello de sus primeros poseedores, sombrío como los pensamientos de Felipe II, galante y misterioso como los placeres de Felipe IV.

Menos umbrías y más anchas calles que el de la *isla*, más reciente y variado aspecto, ofrecen los dilatados jardines del otro lado de la carretera. Al oriente de palacio, cogiendo una legua de extensión, plantóse en 1564 doble línea de chopos, que reemplazada en 1692 por olmos negros tomó el nombre de *calle de la Reina;* varios puntos deliciosos, como el *Sotillo* y el jardín *de Primavera* se esparcían por la llanura que media entre aquel paseo y las orillas del Tajo. Allí Carlos IV todavía infante principió á formar un pequeño vergel, que ensanchándose luégo y abarcando en su seno á los otros ya existentes, los refundió en uno solo con el nombre de jardín del *Príncipe;* y en su ornato y dimensiones obsérvase una idea muy superior á la que produjo por aquellos años obras análogas de recreo. Más bien palacio que pabellón, levántase á un extremo de los jardines la casa del *Labrador*, que principiada en 1803 encubre bajo su modesto título toda la ostentación de la opulencia real: sus dos alas salientes que dejan en el centro un patio, su elegante ventanaje con bruñidos arquitrabes y dinteles, las estatuas dentro de nichos interpolados con los balcones del piso alto, su aspec-

(1) La fuente del Niño de la espina, llamada también de las Harpías por las que asientan sobre cuatro columnas en los ángulos del pilón, fué empezada en 1615 y reparada en 1669; la de Neptuno, antes de Ganimedes, fué hecha en los primeros meses de 1621, reinando aún Felipe III, según la inscripción, y reedificada en 1662; la de los Tritones lleva por fecha el año de 1657; la de la Hidra fué colocada en 1661 en lugar de otra de Diana, y sus figuras son obra también de Alejandro Algardi, célebre escultor italiano de aquellos tiempos.

ARANJUEZ



Jardines de la Isla. — Fuente de Hércules

to exterior en fin, no parecen brindar á un pasajero descanso sino á una detenida permanencia. Y bien la requiere el prolijo examen de las preciosidádes que se agolpan á los ojos, desde su escalera revestida de mármoles y dorados bronces, hasta la última estancia de sus buhardillas: mosáico de jaspes y porcelana en el pavimento, frescos de Maella y de Zacarías Velázquez en los techos, muros forrados de platina ó de sederías bordadas con exquisitos paisajes, la galería *italiana* poblada de antiguos bustos y curiosos objetos, riqueza en todo combinada con la elegancia, tal ės el espléndido atavío de aquellas salas en miniatura.

Cerrados al norte por el río, y al sur por la *calle de la Reina,* hacia la cual tienen varias y suntuosas entradas, prolónganse los nuevos jardines, agotando en su distribución los caprichos de la fantasía, y los tesoros de la vegetación en su recinto. Allí flores de todo matiz, frutales de toda sazón, plantas de todo suelo; y entre frondosos álamos y chopos, entre el lánguido sauce y el erguido ciprés, asoman su extranjero follaje árboles venidos de Inglaterra y China, de las cumbres del Líbano y de las riberas del Misisipí. Vese la naturaleza, sometida á las exigencias del arte sin perder nada de su vigor y lozanía, llevar á cabo con rápido y constante afán lo que aquel solo trazó, y perfeccionar más y más su obra; porque los años que desgastan las fábricas de piedra, desarrollan y embellecen los verdes palacios de la otra, añadiendo corpulencia á los troncos y á la bóveda espesura. Á guisa de calles adornadas de pórticos tienden sus cuatro hileras las alamedas principales, cruzadas por otras menores ora rectas ora oblicuas, y surcadas en el interior de sus cuadros por angostas y enmarañadas sendas que enredan y confunden como las revueltas de una ciudad morisca. Gusta el curioso de extraviarse á propósito en ellas, de engañarse á sí propio multiplicando con mil rodeos la distancia de los lugares, y de ir descubriendo sin más guía que el capricho ó la casualidad las bellezas y curiosidades por el ámbito derramadas; la

gentil estatua de Neptuno cabe un arroyo, la montaña *Suiza* que domina el jardín, el ameno emparrado, el travieso laberinto, la figurada unión del anciano Tajo con la ninfa del Jarama dando origen entre peñascos á un riachuelo que se aleja serpeando, la cabaña del *ermitaño* en una isleta, y reflejados en las aguas de verdosa balsa el pabellón chinesco y el griego templete cuyos mármoles realza el ornato propio de su estilo. Las fuentes, imitando en suntuosidad á las de San Ildefonso, deben asimismo sus estatuas á otro escultor, Dumandré: Ceres ó la *espigadera* asoma sentada á flor de agua en medio de dos primorosas canastas de flores; en la del *Cisne* dos tritoncillos sujetan al ave blanca de Venus; el gallardo Apolo aparece como inspirado en medio de un semicírculo de columnas, que al brotar los caños se convierte en templete de cristal; y cuatro atletas sostienen la grandiosa taza sobre la cual el bello Narciso se abalanza á besar su imagen, y sus trémulos labios parecen modular los dulcísimos versos que tributa á su amor sin esperanza el autor de las *Metamórfosis* (1).

¡Mansiones encantadoras, remedo ó más bien injerto de la fecunda naturaleza! El poder humano para embelleceros no ha encontrado nada mejor que robar su gala á los bosques y praderas; y cansados de su esplendor ficticio los monarcas han sentido la necesidad de procurarse los placeres que el campo á todas horas está ofreciendo á sus habitantes. En balde empero prodigan sus tesoros y apuran en vosotras el ingenio: su importuna grandeza les precede cual opaca sombra; y el tedio y los cuidados, las pasiones y las intrigas componen su inseparable acompañamiento. La corte instalada en vuestro seno os trae consigo el emponzoñado aliento de las capitales; y los actores y la escena forman entre sí un profundo contraste de fausto y sencillez, de etiqueta y libertad, de agitación y de sosiego. La

(1) *Metamorph.* lib. III. El soliloquio de Narciso es tal vez el pasaje más delicado de las obras del tierno Ovidio.

pureza del ambiente no se transfunde á los sentimientos, ni la risueña y apacible calma á los deseos y tempestades del corazón; el rumor de la cascada no concilia el sueño al ambicioso; el blando susurro de las hojas confúndese hartas veces con el arrullo de la lisonja ó con el silbo de la calumnia. Muchos y graves secretos guardáis; muchos secretos cobijasteis, bajo vuestras enramadas, de grande influencia en los destinos de la monarquía; pero en las bandadas de cortesanos que por tantos reinados habéis visto renovarse, ¿no hallasteis por lo general algo de común con esos árboles vuestros, de costoso riego y pomposa apariencia, cortados á tijera, formados en línea, y sobrado parecidos entre sí!




PER • ANGUSTA • AUGUSTA